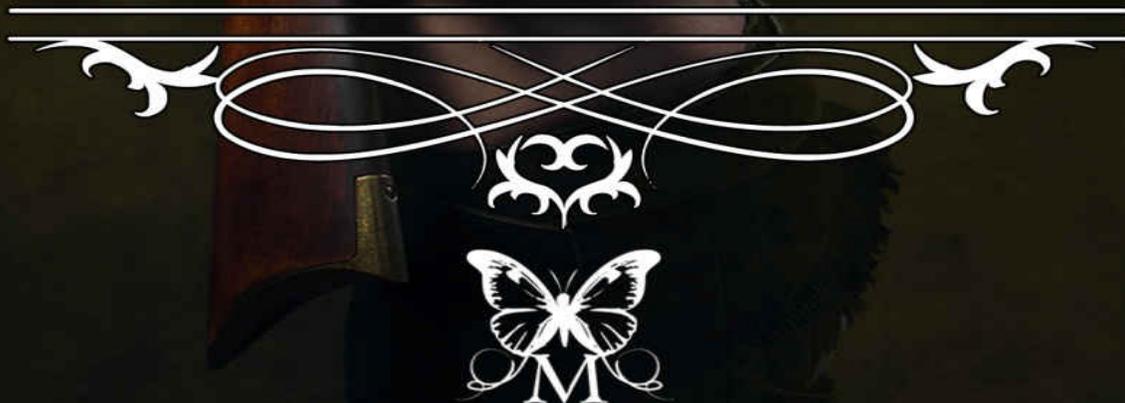


Mar Fernández

FORAJIDA



FORAJIDA



Mar Fernández

FORAJIDA

Copyright © 2018 Mar Fernández Martínez

Todos los derechos de esta obras están reservados. Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: Violeta Triviño

violetamtcorreccion@gmail.com

Portada y Maquetación: Valerie Miller

Imágenes: © <http://es.123rf.com/>

Nº: 35669110 Sandaboy

All Rights reserved

1ª edición Noviembre 2018

Safe Creative :

1808088000467

Esta historia, que lleva en proyecto cerca de dos años y que es tan especial para mí, se la quiero dedicar a una persona única, Eugenia Dorado.

Por su amistad y ánimos constantes para que no me rindiera, y porque su protagonista femenina, Shannon, me recuerda a ella por ser una mujer luchadora.

Va por ti, cielo.

Mar

INDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Mar Fernández](#)

[Otras obras de la autora](#)

Prólogo

Yerba Buena Cover, California.

Primavera de 1842.

Lauren se acercó a la cuna y se reclinó sobre la misma para observar a sus pequeñas, que dormían plácidamente. Todavía le costaba asimilar que su cuerpo hubiera sido capaz de formar dos seres tan maravillosos, aunque estaba segura de que todo se debía al amor que compartía con su esposo y que había logrado el milagro de la vida.

Alfred, su Alfred, el hombre al que había entregado su corazón y por el que había recorrido de punta a punta el país, desde Baltimore, su ciudad natal, hasta California. Le conoció gracias a su hermano, Charles. En aquel entonces estudiaba en la universidad de Georgetown, en el distrito de Columbia, y fue allí donde entabló amistad con Alfred Archibald. Un fin de semana, su hermano le invitó a pasar el fin de semana en casa y fue entonces cuando surgió el amor entre ambos. A partir de ese momento Alfred se dedicó a conquistarla y tras pedir su mano, en menos de un año estuvieron casados.

Los primeros años de matrimonio fueron los mejores de su vida. En aquel entonces, Alfred trabajaba en el banco familiar que había fundado su abuelo, pero todo cambió cuando viajó hasta California con la idea de abrir una nueva sucursal del banco Archibald en esa parte del país para expandirse. En ese viaje, Alfred conoció un pequeño poblado situado en la bahía de California, con el nombre de Yerba Buena. Se quedó prendado del lugar y cuando regresó a Baltimore, una idea comenzó a obsesionarle; quería abrir una empresa de exportación. Incluso había mantenido conversaciones con

una naviera interesada en el negocio.

Al principio, Lauren no tenía muy claro el asunto de alejarse de su familia y el lugar que le había visto crecer, pero amaba tanto a Alfred que no dudó en sumarse a la aventura que su esposo estaba deseando emprender. Angus Archibald, el primo de Alfred, intentó disuadirle de dicha idea, alegando que era una completa locura. Ambos eran propietarios del banco Archibald desde que sus padres les cedieran el mando y no parecía muy contento con la idea de tener que hacerse cargo de todo, pero a pesar de eso Alfred estaba decidido y unos meses después emprendieron un largo viaje para instalarse en Yerba Buena Cover.

Hacía cuatro años de aquello y Lauren no se arrepentía. Se sentía más feliz que nunca en su vida. En aquel pequeño lugar, que parecía un verdadero paraíso, todo era más sencillo que en Baltimore. No había tantas normas y tenía mayor libertad. Y la guinda de aquel perfecto pastel fue el nacimiento de sus hijas cuatro meses antes.

—¿Ya están dormidas? —preguntó Alfred en un susurro, situándose detrás de su esposa antes de enlazar su cintura con un brazo y besar tiernamente el arco de su cuello.

Lauren sonrió y enlazó sus dedos con los de su esposo, que reposaban en su cintura. Se recostó contra su pecho.

—Sí, y dormirán al menos un par de horas —respondió, sin apartar la mirada de la cuna—. ¿No te parece que es lo más bonito que hemos hecho?

—Sí, y espero que en el futuro sean tan felices como lo soy yo a tu lado.

—No tanto como yo desde el día que nos conocimos —replicó Lauren antes de separarse de su esposo y coger su mano para guiarle fuera del dormitorio y cerrar la puerta a su espalda con cuidado.

La pareja se dirigió al salón, donde encontraron a Evangeline tomando

una infusión mientras su mirada se perdía en la ventana orientada hacia la bahía. La madre de Alfred había viajado hasta Yerba Buena unos meses antes, cuando supo que iba a ser abuela. Lauren se sentía muy agradecida con su suegra, que estaba siendo una gran ayuda con las niñas.

—Madre, ¿quieres dar un paseo? —ofreció Alfred a su madre, que al percatarse de la presencia de la pareja giró su rostro y los sonrió.

—Me encantaría —respondió abandonando el sillón que ocupaba y acercándose a ellos.

Los tres recorrieron el sendero que llevaba a los acantilados y desde allí disfrutaron de la furia del Pacífico mientras los rayos del sol acariciaban su piel. Evangeline estaba impresionada por aquel maravilloso paisaje y ahora comprendía porque su hijo se había enamorado de aquel lugar. Se acercó al borde del sendero y observó cómo las olas rompían contra los riscos sobre los que se encontraba la casa que había construido Alfred para su familia.

—Vamos a echar de menos esto mientras estemos fuera —comentó Alfred.

—¿Por qué no dejáis ese viaje para más adelante? —expresó Evangeline sus dudas.

—No es posible —dijo Lauren—. Hace unas semanas le mandé una carta a mi madre confirmándole el viaje. Debe estar deseando conocer a sus nietas.

Evangeline vio la ilusión en el rostro de su nuera, pero un mal presentimiento llevaba atormentándola desde hacía días.

—¿Por qué no esperas al verano...? —prosiguió Evangeline, pero la voz de su hijo la interrumpió.

—¿Eso qué detecto en tu voz son celos? —Río con humor—. Te pongas como te pongas saldremos en una semana.

—Por supuesto que no son celos —negó la anciana frunciendo el ceño

—. Solo pienso que las niñas aún son muy pequeñas. —Aunque conocía de sobra a su hijo. Si algo se le mentía en la cabeza era imposible hacerle cambiar de opinión.

Capítulo 1

Coloma, California. Año de 1849.

Aquella noche el ambiente cargado del *saloon* presagiaba grandes ganancias para el propietario. Era viernes y muchos vaqueros que trabajaban en los ranchos cercanos se dirigían hasta allí para gastar su paga semanal. Por no hablar de los buscadores de oro que arribaban al lugar después de que unos años antes el diario [*New York Herald*](#) anunciase a bombo y platillo que se había descubierto oro en California. Roswell había triplicado su negocio desde entonces, y no podía negar que veneraba el dorado metal. No porque lo poseyera, si no por las ganancias que le reportaban aquellos locos que se habían lanzado en su busca y que le habían hecho prosperar como nunca hubiera imaginado en sus comienzos.

El whisky corría a raudales en forma de botellas y Morgan Roswell estaba más que contento con el rendimiento del local en los últimos meses. Las chicas nuevas, que habían llegado la primavera pasada desde el este eran un gran reclamo, pero entre todas ellas la más popular y solicitada era Lymae, una belleza exótica de cabellos rubios como el trigo y rostro angelical que era capaz de volver loco a cualquier hombre con sangre en las venas.

Morgan reservaba la noche de los jueves para él, y la joven no se atrevía a negarse a sus requerimientos por miedo de que rompiera el acuerdo que ambos habían contraído a su llegada. No era fácil criar a un hijo, y mucho menos con su oficio, pero al menos hasta el momento había logrado no apartarse de su pequeña.

En aquel momento, Shannon estaba jugando a los naipes con Roger mientras las ollas crepitaban en la cocina de hierro situada junto a la puerta

trasera. Aquel viejo gruñón se había convertido en su único compañero en las largas horas que debía esperar para estar con su madre. La pequeña, de apenas siete años, sonrió alegremente al ganar por quinta vez a su rival.

—¡Shannon! —exclamó Roger, mientras sacaba unas monedas de su ajado pantalón marrón para ponerlas sobre la mesa donde reposaba el trío de ases que había hecho ganar a la pequeña—, si sigo jugando contigo acabaré con mi paga antes de haberla cobrado.

La niña sonrió anchamente mientras ocultaba las monedas en uno de sus calcetines, entre la bota y su piel.

—Recuerda que fuiste tú el que me enseñó a jugar.

El hombre sonrió ante el desparpajo del renacuajo que tenía ante sus ojos. No podía negar que había tomado cariño a la cría, pero pensaba que un *saloon* no era el mejor lugar para crecer. Al principio la idea de cuidar de una mocosa no le había hecho la menor gracia, pero finalmente se había rendido frente a la veleta que alegraba su corazón.

El sonido de la olla burbujeante recordó a Roger que debía seguir con su tarea y dar de comer a los trabajadores del local.

—Se acabó el juego por hoy —afirmó, abandonando la banqueta en la que había reposado su trasero hasta entonces—, sé buena y vete a tu habitación.

La niña frunció los labios con enfado. No le gustaba dormir en el amplio desván, que era donde debía pasar la mayor parte del día, como le había ordenado su madre. Era un lugar grande y aterrador sin demasiada luz. Las cajas de madera se apilaban unas encima de otras y a la pequeña le parecían torres amenazantes. Por no hablar del polvo que se acumulaba por doquier, y que en ocasiones le provocaba estornudos. Estaba a punto de subir el último tramo de escaleras que le faltaban para llegar a su improvisado dormitorio, cuando recordó que había dejado su muñeca de trapo en la

habitación de su madre, que solía utilizar para su «trabajo». Era como ella llamaba a que un señor gruñera encima de ella con los pantalones bajados.

Volvió sobre sus pasos con cautela y llegó hasta la puerta. Puso su oreja sobre la hoja de madera para cerciorarse de que no había nadie en su interior y tras comprobar el silencio, no dudó en girar el pomo y entrar en la estancia. Su mirada recorrió el lugar hasta dar con lo que buscaba. En dos pasos alcanzó la butaca, forrada de terciopelo rojo, donde reposaba su muñeca. Estaba a punto de salir cuando escuchó la risa de su madre en el exterior. Asustada, dio un paso atrás, y temerosa de ser descubierta y recibir la posible reprimenda de su progenitora, decidió ocultarse bajo la cama.

Lymae no podía creer en su suerte cuando aquel desconocido le ofreció una generosa suma de dinero, casi el doble de lo que solía cobrar, por pasar un buen rato con ella. No podía dejar de admirar la calidad de sus ropajes y su atractivo, a pesar de la línea que surcaba su mejilla derecha. Definitivamente, aquel hombre nada tenía que ver con sus clientes habituales. En la alcoba no perdió el tiempo y comenzó a besar al hombre, deseosa de disfrutar de un cuerpo joven y bien formado. Pero se sorprendió cuando él la apartó y la arrojó sobre la cama con virulencia.

—¿Eres de esos a los que les gusta pegar? —preguntó asustada, mientras intentaba incorporarse del lecho, con la única intención de llegar hasta la puerta.

Él no se lo permitió. Se acercó hasta ella y la cogió del brazo para arrastrarla a una esquina en penumbra.

—Tú no vas a ninguna parte —apuntilló él con voz fría—. Tengo unas preguntas que hacerte.

—¡Suélteme! —Chilló Lymae con angustia, mientras intentaba liberarse de su agarre.

—Ni lo sueñes, preciosa.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó ella con angustia.

—Respuestas. Hace siete años que sigo la pista que me ha llevado hasta ti. ¿Tu hermana se llamaba Melinda? —indagó sin apartar su mirada fría del rostro femenino para poder estudiar su reacción.

Lymae sintió como su rostro perdía el color al escuchar aquel nombre. Claro que Melinda era su hermana, y aún le dolía su pérdida, acaecida cuatro años antes. En aquel entonces trabajaba en un *saloon* en Richmond, pero un día le llegó un telegrama donde Melinda le informaba de que había enfermado de viruela, y que le quedaba poco tiempo. Llegó a su antiguo hogar a tiempo de ver morir a su hermana y hacerse cargo de su hija, de la que no había sabido de su existencia hasta aquel momento. «Mi pequeña Shannon». La única dueña de su corazón.

No pensaba decirle nada a aquel hombre, que la atemorizaba solo con el tono de su voz. «Tengo que ser fuerte para protegerla», se dijo con una resolución que no sentía.

—Creo que se equivoca, no tengo ninguna hermana... —mintió, pero sus palabras fueron interrumpidas por un fuerte bofetón.

—¡No mientas, zorra! —explotó el desconocido—, no tengo tiempo que perder. Habla de una maldita vez o te moleré a palos. Esa mujer tenía algo que llevo años buscando.

Lymae se limpió la sangre que manaba de su nariz con el dorso de la mano. El golpe había sido duro, pero no era la primera vez que la pegaban, y elevando su rostro, respondió a su requerimiento.

—Pues aquí no encontrará lo que busca.

Jasper Bradley estaba empezando a perder la paciencia. No dudó en sacar de su bolsillo la navaja que siempre le acompañaba, y con la que un malnacido había marcado su rostro antes de morir bajo la hoja acerada de la

misma. Disfrutó de la visión del rostro asustando de la mujer mientras recorría con la punta de la navaja su mejilla.

—Putá, no se juega con Jasper Bradley. Si no hablas, mi amiguita —se refería al arma que sostenía— se clavará en tu piel.

—¡No, por favor! Tengo una hija... —rogó la joven aterrorizada.

—Por ahí vamos bien, eso es lo que quiero.

Lymae no entendía nada, pero sabía que tenía que hacer algo si quería salvar su vida. Podía vislumbrar, en aquellos ojos negros como la oscuridad de la noche, que aquel hombre no estaba jugando. Su mano estaba cerca de la mesilla, donde reposaba la lámpara de aceite. Con esfuerzo, sus dedos reptaron por la madera hasta alcanzarla. Cuando logró aferrar el pie de la lámpara, la asió con fuerza y la alzó para estamparla contra la cabeza del hombre, pero para su sorpresa, él ni se inmutó.

Bradley sonrió, a pesar del reguero de sangre que corría por su rostro, y sin añadir una palabra más, hundió la navaja en su corazón sin misericordia. Un sonido sordo se escapó de los labios femeninos antes de exhalar su último aliento.

—Es una lástima —dijo su asesino, mientras acariciaba su rostro con los dedos—, pero encontraré lo que busco. No puede estar muy lejos.

Con la mayor parsimonia, Bradley limpió la hoja del arma con la sábana blanca y la guardó en su bolsillo antes de abandonar la habitación. Con paso firme se dirigió a las escaleras que daban acceso al desván, esperando encontrar allí a la pequeña. Se había criado en un lugar parecido, y si su instinto no le engañaba, la niña debía estar allí, oculta de las posibles miradas de los clientes. Sabía que no tendría mucho tiempo antes de que alguien encontrara el cadáver, pero no por ello aceleró su paso tranquilo.

Shannon cerró fuertemente los ojos, deseando olvidar aquella voz que repicaba en su cabeza una y otra vez. Intentó salir del lugar donde se

encontraba, pero su cuerpo parecía negarse. Quería moverse, ayudar a su mamá, pero algo parecía retenerla bajo la cama donde se había ocultado. No supo cuánto tiempo estuvo allí, solo que la puerta se abrió para dar paso a una de las chicas, que al ver el dantesco espectáculo, se puso a chillar, alertando al resto de personas que pululaban por el pasillo. Las chicas fueron llegando una a una hasta la puerta abierta para taparse la boca con espanto.

Cuando Roger apareció, fue el primero en percatarse de que la pequeña sollozaba bajo la cama. No dudó en tomarla de los brazos y sacarla de aquel lugar. Su preciada muñeca cayó al suelo, una de las llorosas mujeres la cogió y se la entregó a la pequeña.

El dueño del local, que entró en aquel momento, crispó su rostro al descubrir la espeluznante escena ante sus ojos. Roger, que conocía bien a su jefe, supo en aquel momento que había sentido algo especial por la joven que ahora el Señor acogía en su seno.

Roswell estaba a punto de abandonar la estancia, intentando ocultar la humedad de sus ojos, cuando su mirada se fijó en Roger, que cargaba a la pequeña en sus brazos.

—¿Dónde vas con la mocosa? —preguntó con sospecha.

—No creo que sea bueno que siga viendo este espectáculo, me la llevo a la cocina.

—Espera allí —le ordenó—, luego decidiré qué hacer con ella.

Roger asintió con un gesto de cabeza, antes de desaparecer por la puerta. Bajó las escaleras con esfuerzo, mientras la pequeña seguía sollozando contra su pecho y sintió que su corazón se desgarraba. Ya en la cocina la sentó en un banco situado junto al fuego y le dio un vaso de leche caliente, con la esperanza de que se tranquilizara. Luego la tumbó en su catre, situado tras una cortina en una esquina de la cocina, hasta que la pequeña cerró los ojos, dejándose llevar por el cansancio.

El viejo cerró la cortina tras echar un último vistazo y subió a una silla para coger una botella que guardaba en una de las vigas del techo. Una voz femenina le sorprendió, al punto de casi hacerle caer al suelo.

Suzanne era una de las veteranas del lugar, aunque cada vez tenía menos trabajo porque los clientes preferían a las jovencitas. No es que ella no fuera hermosa a sus treinta años, pero no podía competir con las muchachas que contrataba Roswell.

—¿Cómo está? —preguntó con preocupación.

Roger descendió con la botella en una mano, mientras con la otra, colocada en su pecho, intentaba ralentizar los alocados latidos de su corazón.

—¡Suzie! Casi me matas del susto.

—No deberías beber, ya sabes lo que dijo el *matasanos* —le espetó la meretriz.

—Lo necesito —se excusó, dando el primer trago—, lo de esta noche ha sido demasiado.

—¿Y la niña? —volvió a preguntar.

—He logrado que se duerma, pero no la reconozco.

—Ha sido horroroso, y lo peor es que debió presenciarlo —dijo Suzanne, mientras cogía un vaso y se servía de la botella de Roger, antes de bebérselo de un solo trago.

—Eso no es lo peor —dijo el hombre, sentándose en una silla junto al fuego que crepitaba—, creo que Roswell está interesado en la pequeña.

—Ese malnacido... —pronunció la mujer con asco—, seguro que esperará unos años para que trabaje para él. Mientras, la tratará como a una esclava a la que no pagará un centavo por limpiar este apestoso antro.

—Eso me temo —confesó Roger—, pero no pienso permitirlo.

—Ni yo tampoco, Lymae se removería en la tumba que aún no ocupó.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó el hombre, con la desesperación

reflejada en su rostro arrugado por los años.

Suzanne meditó largo tiempo antes de hablar. Estaba cansada de la vida que había llevado en los últimos tiempos, y ya se sentía vieja e inútil en aquel lugar. Quizás había llegado el momento de desaparecer, y qué mejor momento que aquel. Podía llevarse a la pequeña Shannon y quizás darle una vida mejor que la que había llevado hasta entonces. Estaba segura de que su hermana y su cuñado la acogerían con los brazos abiertos, y con el dinero que había ahorrado a lo largo de los años, quizás podría empezar de nuevo.

—Antes del alba ten preparadas sus cosas —le dijo al hombre, que la miró estupefacto.

—¿Qué tienes pensado?

—Creo que ha llegado el momento de irme de aquí.

—¿Qué? —boqueó el hombre incrédulo.

—No pongas esa cara —dijo Suzanne, sonriendo sin humor—. Ya estoy vieja y no quiero acabar limpiando habitaciones. Tengo otros planes, y no me vendría mal la compañía de la pequeña.

Roger respiró tranquilo al descubrir que Suzanne había solventado el dilema que se había presentado ante sus ojos. También se alegraba por ella y la decisión que había tomado, aunque sabía que era mejor que Roswell no supiera de aquello.

—Bien, mañana antes del alba lo tendré todo preparado. Puedes contar con mi discreción.

—Ya contaba con ella —dijo ella, mientras se dirigía hasta la puerta—, y ahora debo intentar trabajar.

Shannon apenas fue consciente de que la despertaban al amanecer y la subían a un caballo. Suzanne se subió a su espalda y la protegió con sus brazos a la vez que cogía las riendas.

—Ten mucho cuidado —le dijo Roger con emoción.

—¿Y qué harás tú cuando Roswell se entere de que uno de sus caballos ha desaparecido? —preguntó Suzanne, preocupada por el anciano.

—Ya me inventaré algo, tú no te preocupes por eso. Aléjate todo lo que puedas, estoy seguro que cuando se percate de tu huida atará cabos y te seguirá —le aconsejó.

—Roger, tardaré meses en llegar a mi destino. Son cientos de millas, no creo que Roswell pierda su tiempo persiguiéndome hasta allí.

—Eso espero —dijo el hombre con esperanza, antes de llevarse la mano al bolsillo de su ajada chaqueta, de donde sacó un fajo de billetes, que colocó en la mano de Suzanne.

—¡Roger! —exclamó ella, sorprendida—. ¿Qué es esto?

—Parte de mis ahorros.

—No puedo aceptarlo —se negó, intentando devolver el fajo a sus manos.

Roger sacudió la cabeza y se apartó.

—Te ayudará en el camino; además, es para que la pequeña tenga un futuro.

—Pero...

—Yo soy viejo, no me queda mucho, no lo necesito.

Suzanne asintió y guardó el dinero en su escote antes de aferrar la mano del anciano con afecto y agradecimiento.

—Gracias —pronunció, antes de espolear al animal y desaparecer por el oscuro camino que daba paso a la salida del pueblo.

Capítulo 2

Territorio de Utah. Año de 1850.

Fue un viaje largo, demasiado. Después de varios meses, y cerca de mil millas de distancia, habían llegado a su destino: Utah. A pesar de las penalidades del viaje, Suzanne no desistió de su sueño de una nueva vida junto a la única familia que le quedaba en el mundo. No podía negar que sentía cierto temor a tener que enfrentarse a su hermana pequeña, a la que hacía años que no veía. Eventualmente se carteaban, aunque Suzanne se había cuidado mucho de dejar la dirección de una pensión de Coloma para que Gwen no descubriera la verdad de su triste vida. Le había mentado, sí, pero lo había hecho para protegerla y no se arrepentía.

Llegar a Small Plain no fue una tarea fácil. Estaba amaneciendo cuando sus pies se detuvieron frente a la entrada del rancho Henderson. Suzanne dudó unos instantes, pero finalmente agarró la mano de Shannon y avanzó. Al llegar a la puerta de la casa, esta se abrió antes de que pudiera llamar, y del interior salió una mujer rubia de ojos azules muy parecidos a los de Suzanne. Durante unos segundos, que parecieron eternos, ambas mujeres se estudiaron antes de fundirse en un emotivo abrazo.

—¡Suzanne, has vuelto! —habló la mujer con voz contenida, mientras abrazaba a su hermana—. ¿Cómo no me has avisado de tu regreso? —le recriminó.

—Es una larga historia que algún día te contaré —respondió Suzanne mientras disfrutaba del calor del abrazo de su hermana.

Gwen soltó el frágil cuerpo de Suzanne y fijó su mirada en la pequeña

que se escondía a su espalda.

—¿Quién es esta jovencita? —preguntó con curiosidad.

—La hija de una amiga —respondió Suzanne, que no quería dar demasiados detalles sobre la procedencia de Shannon—. Se ha quedado huérfana y no tuve corazón para dejarla sola —le explicó.

Gwen sintió lastima por aquella niña de ojos tristes. No sabía de las intenciones de Suzanne al volver a casa, pero en aquel momento no le importaba.

—Bueno, supongo que estaréis hambrientas, pasad.

—¿Y Ben? —preguntó Suzanne, temerosa de que su cuñado no aceptara su presencia en su hogar.

—Está con Caleb, labrando los campos.

Suzanne sintió que una emoción especial embargaba su pecho ante la perspectiva de conocer a su sobrino.

—Estará hecho todo un hombrecito.

—Esta primavera cumplirá doce años —le indicó su hermana, con una sonrisa orgullosa en los labios.

Los ojos azules de Suzanne se abrieron con sorpresa.

—Suzanne, has estado demasiado tiempo fuera de casa.

—Eso parece —replicó la aludida con pesar, pero de nada servía arrepentirse por algo que ya no se podía cambiar.

Las tres almorzaron en armonía. A Gwen le resultó gracioso cómo la pequeña engullía el beicon, como si hiciera años que no metía bocado en el cuerpo, y cuando salió a jugar con Sparky, el perro de la familia, al fin pudo hacer las preguntas que quemaban su lengua.

—Suzanne, ¿qué te hizo regresar? ¿Qué ha sido de ti todos estos años?

Ella bajó la cabeza, avergonzada. No iba a ser fácil contar la triste

verdad, pero su hermana merecía conocerla. Quería comenzar su nueva vida sin mentiras que pesaran sobre sus hombros.

—Me fugué con Robert.

—Eso ya lo sé, papá se enfureció.

A Suzanne le tembló el labio inferior al escuchar nombrar al único hombre que había querido en su vida.

—¿Y cómo está él? —preguntó con temor, más cuando vislumbró los ojos empañados de Gwen.

—Falleció el invierno pasado. Te mandé una carta.

Suzanne aferró la tela de su falda entre sus dedos y contuvo un sollozo. Aquella carta debía estar en la pensión, a la espera de ser entregada.

Gwen, al ver su expresión, no dudó en alargar su mano y aferrar la de su hermana en un gesto de consuelo.

—No sufrió —dijo, mientras notaba la humedad en sus propios ojos, recordando el momento en el que lo encontró. Estaba sentado en el porche, en su vieja mecedora y con una sonrisa en los labios, pero su piel estaba fría como la nieve.

Al escuchar sus palabras, Suzanne notó que un nudo se formaba en su garganta, mientras las lágrimas surcaban sus mejillas. Ambas hermanas acabaron fundidas en un emotivo abrazo que duró minutos, hasta que lograron calmarse lo suficiente.

—Bueno, ¿y qué pasó con Robert? —indagó Gwen con curiosidad.

—Me dejó tirada en un pueblo de mala muerte en San Francisco.

—¿Cómo? —exclamó Gwen, con los ojos abiertos como platos.

—Se largó con nuestro dinero.

—Valiente hijo de perra —comentó Gwen, santiguándose poco después.

—Espera —le dijo con un gesto de la mano—, prefiero acabar el

relato. Me va a costar un mundo confesar mis pecados.

Su hermana aceptó, asintiendo con la cabeza.

—Me encontraba en ese pueblo, sola y sin una moneda en el bolsillo. Durante días estuve sin comer, durmiendo en callejones. No podía regresar a casa y solo me quedó una opción... vender mi cuerpo —concluyó avergonzada, mientras bajaba la cabeza y clavaba su mirada en la superficie de la mesa.

Era incapaz de enfrentar la mirada de su hermana, temiendo que la echara del rancho. Se sintió aliviada cuando una mano se colocó sobre su hombro, dándole la fuerza que necesitaba.

—Suzanne, no te preocupes, no fue culpa tuya, solo hiciste lo que tenías que hacer para subsistir. Ahora deja el pasado atrás y empieza una nueva vida.

—No sé si Ben.... —comenzó, pero su hermana le cortó.

—No habrá problema —la tranquilizó—, es un buen hombre.

—Pero...

—No hay más que hablar. Hay una habitación de sobra en la casa y será para vosotras.

—Gwen, no sé como agradecértelo.

—Me basta con que no vuelvas a huir. Te necesito junto a mí — confesó Gwen antes de abrazar nuevamente a la hermana que había añorado durante años, atesorando los recuerdos compartidos.

El verano daba paso al otoño, tiñendo los campos de colores anaranjados. Shannon los observaba desde el altillo del granero, que se había convertido en su lugar favorito en el rancho Henderson; su nuevo hogar.

Llevaba varios meses allí, junto a Suzanne, su salvadora. No podía negar que le gustaba el lugar, sobre todo el contacto con la naturaleza y los animales. Todo era tan distinto a lo que había conocido hasta entonces... No extrañaba Coloma, ni el *saloon* donde había vivido con su madre, solo al viejo Roger y sus partidas de póker.

La trágica muerte de su madre había sido un duro golpe. Añoraba sus abrazos y su olor, y el color del trigo de su cabello. Algunas noches aún se despertaba con sobresalto tras una pesadilla, donde recordaba el cruento asesinato de Lymae. «Jasper Bradley». Aquel nombre resonaba en su cabeza una y otra vez, como un martillo golpeando sobre un yunque. Suzanne le había dicho que debía olvidar, seguir hacia adelante, pero Shannon se veía incapaz.

—Shannon —le sobresaltó la voz de Caleb a su espalda. Al girar su rostro descubrió que su nuevo amigo iba perfectamente vestido con una camisa blanca y su chaqueta gris, la que reservaba para los domingos—. Te estamos esperando —le advirtió el chico—, si no te vistes llegaremos tarde al oficio.

Shannon apartó la mirada y cruzó los brazos sobre su pecho antes de fruncir sus labios con hostilidad.

—¡Shannon! —insistió Caleb perdiendo la paciencia.

—No pienso ir —le advirtió, dispuesta a cumplir sus palabras.

—¿Y se puede saber el porqué? —preguntó el chico.

—No creo en ese Dios que tanto se venera —dijo Shannon llanamente.

Caleb chascó la lengua, molesto por su comentario.

—Más te vale que mi padre no te escuche decir eso o te lavará la boca con jabón —le advirtió, seguro de sus palabras.

Shannon se giró y dio un paso al frente para clavar su mirada en Caleb.

—¡No me importa! —gritó, mientras intentaba controlar el temblor de

su labio inferior. Estaba muy enfadada, y no dudó en derramar todas sus frustraciones contra Caleb, que la miraba sorprendido—. Ese maldito Dios tuyo dejó que ese hombre malo matara a mi madre. Si fuera tan bueno como anuncia el pastor cada domingo, ella estaría ahora conmigo —concluyó mientras se secaba las lágrimas con la manga de su chaqueta marrón, que la protegía del frío de la mañana.

Caleb observó su rostro y una tristeza desconocida hasta entonces para él lo embargó. En el tiempo que hacía que su tía Suzanne había regresado junto a aquella niña no había podido evitar encariñarse con ellas. Con torpeza, se acercó a Shannon y con inseguridad la tomó entre sus brazos y la estrechó durante interminables minutos, hasta que notó que se relajaba.

—¡Caleb, Shannon! ¿Dónde os habéis metido? —tronó la voz de su padre desde el exterior, alertándoles de su llegada.

Caleb se apartó de la niña y tomando su mano la obligó a avanzar hasta las escaleras para bajar por las mimas.

—Vamos, mi padre se está poniendo de mal humor. Nos jugamos la tarta que hizo mamá esta mañana. Si te portas bien, te enseñare a cabalgar. Llevas semanas pidiéndomelo.

Shannon iba a negarse, pero al escuchar su promesa, una enorme sonrisa se dibujó en sus labios. Desde que había llegado al rancho su único anhelo era aprender a montar a caballo. Pasaba horas observándolos desde el cercado y disfrutaba cuando el señor Henderson domesticaba a algún ejemplar que cazaba en las praderas cercanas al rancho.

—¿De verdad lo harás? —preguntó mientras descendía por los peldaños que crujían a su paso.

Caleb se paró, a pocos pasos de la puerta y se giró para dedicarle a Shannon una de sus radiantes sonrisas.

—Shannon, una promesa es una promesa —dijo, antes de coger

nuevamente su mano para ir al encuentro de su progenitor, que les esperaba a medio camino del granero y la casa.

—Gracias, Caleb —expresó ella con emoción antes de llegar frente al padre de este, que mantenía sus brazos cruzados sobre su pecho, en una actitud de enfado.

—¡Niña! —dijo Henderson fingiendo enfado, aunque en el fondo adoraba a aquella mocosa díscola que se había ganado su corazón por su desparpajo—. ¿Aún no estás vestida?

Shannon se mordió el labio inferior, sintiendo remordimientos por sus actos, y a pesar de que le había dicho a Caleb que iría a misa, odiaba la idea de tener que ponerse el pomposo vestido azul de organza que habían confeccionado entre Suzanne y Gwen. Aún así aceptó su requerimiento.

—Lo siento, señor Henderson, ahora mismo me cambio.

El hombre revolvió su cabello oscuro y sonrió a su pesar.

—Ben, llámame Ben, te lo he dicho un centenar de veces.

—Ben —pronunció Shannon más tranquila a ver su sonrisa.

—Y corre, que no vamos a llegar al inicio del oficio. No tengo ganas de que el reverendo Collins clave su mirada reprobatoria en mi persona durante todo el tiempo y luego me sermonee sobre que el domingo es el día que Nuestro Señor designó para el descanso.

La niña asintió y salió trotando hasta la puerta, donde ya la esperaba Suzanne, que frunció el ceño ante su tardanza. Shannon no pudo evitar pararse en seco al ver a la mujer con un hermoso vestido amarillo floreado que se ajustaba a su cuerpo a la perfección. Estaba muy bonita, y sus ojos refulgían como nunca lo había visto en el *saloon* donde se habían conocido.

—Suzanne, estás preciosa —dijo con sinceridad.

La aludida, que estaba a punto de afear su comportamiento, sintió que sus mejillas se coloreaban ante el comentario de la niña.

—Anda, zalamera, déjate de palabrerías y prepárate —dijo antes de empujar a la niña al interior de la casa con una sonrisa adornando sus labios.

Capítulo 3

Gwen dio las últimas puntadas a la camisa que estaba confeccionando para Ben y la dejó sobre la mesa, a falta de colocar los botones nacarados. Una ligera brisa corría libremente por el porche donde se encontraba y agradeció cuando acarició su rostro. Aquel verano de 1859 estaba siendo uno de los más calurosos que recordaba.

Tras dejar el hilo y la aguja en la caja de costura, se levantó para aproximarse hasta la barandilla, donde apoyó sus antebrazos y disfrutó del paisaje ante sus ojos. Estaba observando a los caballos, que pastaban en el cercado próximo a la casa, cuando descubrió un torbellino de polvo que se acercaba por el camino de entrada al rancho.

Al descubrir que se trataba de Shannon y Caleb, que parecían protagonizar una carrera, frunció el ceño, molesta. Estaba harta de decirle a la muchacha que no era correcto su comportamiento. A sus diecisiete años ya era toda una mujercita y tenía que olvidarse de los caballos y sus travesuras habituales. Tenía que aprender los oficios de una buena ama de casa si quería encontrar un marido. Se lo había repetido una docena de veces, pero era como aquel que oía llover sin apartarse de la lluvia para no mojarse. Pero no solo Shannon era la responsable. Caleb era igual de culpable que ella, y también tendría la reprimenda correspondiente por su comportamiento.

Shannon tiró de las riendas y giró su cabeza para poder observar la llegada de Caleb, cuyo rostro evidenciaba su enfado. Sus labios se curvaron para formar una triunfal sonrisa, pero cuando descubrió a su tía Gwen, observándola con los brazos cruzados sobre su pecho, la sonrisa de victoria se esfumó. Maldijo para sus adentros por verse descubierta y con resignación

abandonó su montura. Tras atar al animal en el poste frente al porche dirigió sus pasos a la escalera para enfrentarse al sermón que la esperaba.

—Buenas tardes —saludó con voz apagada.

—¿Buenas tardes?! —repitió Gwen con voz estridente—. No te hagas la inocente. Sabes perfectamente que no me gusta que cabalgues. Ya eres toda una señorita. Y tú —dijo señalando a su hijo con su dedo índice en alto, que llegaba en aquel momento y movía el sombrero nerviosamente entre sus dedos—. ¿Cómo se lo has permitido?. Eres el mayor de los dos, deberías tener más cabeza.

—Lo siento, madre —replicó este, aunque sabía de sobra que con eso no bastaría.

—Le prometí a Suzanne, que Dios la tenga en su gloria —añadió persignándose—, que cuidaría de su pequeña y le daría un futuro. Y no descansaré hasta cumplir esa promesa. Pero para eso es necesario que te encuentre un buen marido —concluyó, cruzando nuevamente los brazos sobre su pecho.

Observó alternativamente a ambos jóvenes. Caleb mantenía la vista fija en las puntas de sus botas, mientras que Shannon se ajustaba el cinturón de los pantalones masculinos que solía utilizar para trabajar en los campos, a pesar de que Gwen lo odiaba.

—Dime, hijo mío —insistió, notando como su enfado incrementaba por momentos—. ¿Alguno de tus amigos la verá como a una mujer con su forma de vestir? —preguntó, elevando una de sus cejas.

Caleb giró su rostro y clavó su mirada en Shannon, recorriéndola desde sus botas altas de montar manchadas de tierra, ascendiendo por sus piernas, cubiertas por unos pantalones negros de trabajo que habían sido suyos, siguiendo por la camisa beis que cubría su torso y que era dos tallas mayor. Su hermoso rostro estaba oculto a medias por un sombrero de ala

ancha y su cabello negro apresado en una larga trenza, anudada con un lazo rojo, que caía sobre su hombro derecho. No, ninguno de sus amigos se fijaría en ella, preferían a las chicas con vestidos bonitos y con el cabello peinado en elaborados recogidos. A Shannon la veían como a un igual, un chico más. Habían crecido juntos, haciendo carreras a caballo, competiciones de escupitajos, habían cazado ranas...

—Bueno, da igual —dijo Gwen al límite de su capacidad—. Shannon, sube a tu dormitorio y ponte un vestido.

—¿Por qué? —preguntó la aludida elevando su rostro y clavando sus ojos marrones en el rostro de su tía.

Gwen chascó la lengua antes de responder.

—¿Recuerdas que esta mañana os encargué ir al pueblo a por provisiones?

«Mierda», pensó Shannon frustrada. Era verdad, en el desayuno su tía le había dado una lista con los comestibles que faltaban en la despensa, pero se le había ido completamente de la cabeza cuando Caleb le había dicho que tenía que ir a dar de comer a las vacas que pastaban junto al pie de la montaña, situada a varias millas, y sin pensarlo se había ofrecido a acompañarlo.

—¡Niña! —sonó la voz de su tía sobresaltándola—. ¿A qué esperas?

No tuvo que repetirlo dos veces, porque la joven entró corriendo al interior de la casa en dirección a su dormitorio.

—Y tú —prosiguió Gwen, dirigiéndose a su hijo—, prepara el carro y acompañaala.

—¿Por qué?! —exclamó Caleb molesto. Tenía un millón de cosas por hacer en el rancho, una de ellas era ayudar a su padre con un caballo que habían cazado el día anterior.

—Tómalo como una penitencia por alentar a tu prima en su

comportamiento varonil.

—¡Diablos! —dijo Caleb, ganándose una sonora colleja por parte de su madre.

—Jovencito, cuida tu vocabulario en mi presencia.

—Lo siento, madre —se disculpó Caleb a regañadientes, mientras se acariciaba la nuca dolorida.

Tras asearse en la palangana, Shannon luchó con los botones delanteros del vestido azul que se había puesto. Odiaba la ropa femenina por su complicación. Maldijo al notar que las enaguas se enredaban entre sus piernas, por no hablar de que le darían un calor horrible. Luego se deshizo de la trenza y cepilló vigorosamente su cabello antes de formar un extraño moño sobre su coronilla. Estaba segura de que cuando bajara su tía retocaría su peinado y protestaría por su mala maña.

Odiaba ir al pueblo y mezclarse con sus gentes, sobre todo con las jóvenes de su edad. No era estúpida y sabía que hablaban de ella, en más de una ocasión las había descubierto riéndose a su espalda y eso dolía.

Todo su mundo había cambiado cuando su mejor amiga en Small Plain, a la que había conocido cuando empezó a asistir a la escuela, empezó a alejarse de ella. Había idolatrado a Penny creyendo que su amistad duraría eternamente, pero la decepción al descubrir que no sería así fue un duro golpe para su ya maltrecho corazón. El resultado de aquel distanciamiento fue que Penny le retiró hasta la palabra. Ahora siempre andaba con las hijas del pastor, que solo pensaban en vestidos, pretendientes y fiestas.

Dispuesta a dejar atrás ese dolor, decidió que no valía la pena pensar en ello, eso solo era pasado y su presente era suficiente para hacerla feliz. Le encantaba su vida en el rancho, disfrutaba ayudando a su tío Ben y Caleb con los animales y cultivos. Otra cosa eran las tareas domésticas, que odiaba, y

que Gwen intentaba inculcarle para cuando tuviera su propia familia. «Familia...». Saboreó la palabra. No necesitaba otra familia, la había encontrado en Ben, Gwen y Caleb desde el mismo momento en que plantó sus pies en el rancho Henderson. Y su unión se había intensificado tras la muerte de Suzanne, su protectora, la mujer que le había dado una vida mejor. Lloró amargamente cuando unas fiebres se la llevaron un par de inviernos antes, y sus ojos aún se humedecían al recordarla.

—¡Shannon! —tronó la voz de Caleb al otro lado de la puerta.

La aludida se sobresaltó y tras contemplarse por última vez en el espejo para comprobar que su aspecto era el correcto, abrió la hoja de madera para encontrarse con el rostro impaciente de su primo.

—¿Estás lista? —preguntó Caleb, sorprendido de lo diferente que parecía la joven con ropa femenina.

—Sí, ¿nos vamos? —preguntó Shannon, mientras colgaba la limosnera sobre su brazo—. Quiero acabar con esto cuanto antes —dijo con frustración.

—Sí, será lo mejor, antes de que mamá nos descubra y nos caiga una nueva reprimenda —dijo Caleb con humor mientras seguía a la joven por el corredor.

Caleb aparcó el carro frente a la puerta del colmado. Se bajó de un salto y ayudó a Shannon a hacer lo propio. Sonrió al ver que parecía un pato mareado, más cuando sus faldas se enredaron entre sus piernas y estuvo a punto de caer de bruces sobre el suelo de tierra bajo sus pies.

—¡Maldita vestimenta! —protestó sonoramente, con el ceño fruncido, formando un pequeño mohín con sus labios rosados.

Caleb tuvo que contener una carcajada ante su comentario, pero sabía que si la dejaba escapar libremente se ganaría un guantazo por parte de

Shannon. Con teatralidad le tendió su brazo para que ella pudiera posar su mano, como si ambos fueran educados señores del este.

—Señorita, debería cuidar su lenguaje —reprochó con humor, imitando la voz de su madre.

Shannon, que hasta entonces había mostrado una expresión torva, no pudo evitar sonreír antes sus palabras. Y tras posar su mano en el brazo de Caleb, se recostó con familiaridad contra su costado. Pero el buen humor que le había contagiado su primo desapareció cuando traspasaron la puerta de la tienda. En el interior estaban Penny y sus amigas, que parecían estar debatiendo sobre qué tela era de mejor calidad entre todas las situadas sobre una mesa al fondo del local.

—Toma —dijo Shannon tendiéndole la lista, que poco antes había sacado de su limosnera, a su primo—. Te espero fuera.

Caleb tomó el papel entre sus dedos, confuso, antes de ver a Shannon salir del local con paso firme. Al girar su rostro y clavar su mirada en las jóvenes comprendió el porqué de su comportamiento. A pesar de la mirada cargada de sensualidad que le dirigió Penny, Caleb apartó la vista y la ignoró.

Shannon estaba más que enfadada, solo con ver a Penny con las hijas del pastor la ira había crecido vertiginosamente en su interior y había decidido alejarse antes de que explotara. Sabía que era absurdo, solo tenía que asumir que su amistad se había roto y continuar con su vida. Aunque era un buen consejo que le había dado su tía Gwen cuando le confesó lo que sentía, era más fácil decirlo que hacerlo. «Es cuestión de tiempo», se dijo por enésima vez. Cuando el dolor se apaciguara, sería más fácil.

El paseo por la calle comercial de Small Plain le sirvió para sosegar su ánimo. Al llegar al final de la acera de madera, donde se encontraba la herrería, decidió regresar junto a Caleb, pero al escuchar la conversación que

mantenía el herrero con un desconocido, sus pies se quedaron anclados al suelo.

—Sí, señor Bradley, en un par de horas tendrá herrado su caballo y podrá continuar su camino.

Shannon clavó su mirada en el rostro de aquel hombre para descubrir la cicatriz que tantas veces la había asediado en sus pesadillas. «Es él», se dijo, incapaz de asimilar que ante sus ojos se encontraba el asesino de su madre. Notó cómo el color abandonaba sus mejillas y un zumbido tronaba en sus oídos mientras su cuerpo temblaba como una hoja al viento. No podía apartar la mirada de él, pero sin verle, perdida en los recuerdos del pasado, en aquella fatídica noche que la perseguiría toda una vida.

—¡Shannon! ¡Shannon! ¿Estás bien? —preguntó Caleb con voz apremiante.

Tras cargar el pedido en el carro, y viendo que Shannon no aparecía por ningún lado, había decidido ir a buscarla. Se sorprendió al encontrarla junto a la herrería, quieta como un poste, y al ver su rostro desencajado todas las alarmas se encendieron en su cabeza.

—¡Shannon! —repitió con angustia.

Su tono preocupado sacó a Shannon del estado de shock en el que se encontraba. Tardó unos segundos en reaccionar y buscó ávidamente a Bradley, pero ya no había rastro de él, la calle estaba desierta. Finalmente fijó su mirada en el rostro angustiado de Caleb.

—Sí —balbuceó en respuesta a su pregunta, intentando recomponerse —, estoy bien.

—¿Seguro? —insistió Caleb desconfiado.

—Claro, solo quiero ir a casa —dijo Shannon con rotundidad apartándose de su primo para comenzar a caminar hacia donde se encontraba

el carro.

Caleb clavó su mirada sobre la espalda de la joven, incrédulo. Shannon le estaba mintiendo descaradamente y no descansaría hasta descubrir el porqué. Resuelto, la siguió, y aunque hubiera deseado seguir con el interrogatorio lo evitó. Le daría tiempo para que se tranquilizara y solo entonces la obligaría a confesar lo que había sucedido para dejarla en tal estado.

Capítulo 4

Shannon dio una nueva vuelta sobre el colchón, enredando aún más su cuerpo entre las sábanas. Con aquella noche contaba tres en las que apenas había podido dormir y todo se debía a su encuentro con Bradley, el pasado que se había vuelto presente en un solo instante desestabilizando su tranquila vida.

Caleb había intentado sonsacarle lo que le sucedía y no sin cierto esfuerzo había logrado evadir sus insistentes preguntas. No podía confesarle que su camino se había vuelto a cruzar con el asesino de su madre porque rompería la promesa que le había hecho a Suzanne de no hablar del burdel donde se habían conocido. Eso supondría poner al descubierto su anterior ocupación y por nada del mundo quería enfangar el recuerdo de la mujer que la había salvado de un destino incierto.

Finalmente abandonó el lecho y se dirigió hasta la ventana, donde contempló la luna llena. No podía seguir así y a pesar de saber que la idea que se había materializado en su cabeza era una completa locura, era la única salida que encontraba. La única forma de dejar el pasado atrás. Pensaba ir tras el asesino de su progenitora y saldar la deuda que ambos compartían. Solo cuando hubiera cumplido con su cometido podría regresar a su hogar. Le rompía el corazón abandonar el pueblo y a los que consideraba su familia, pero la imagen de su madre cubierta de sangre la atormentada día y noche.

No había despuntado el alba cuando dejó el lecho y se vistió con los pantalones que tanto odiaba su tía Gwen y que solo usaba para trabajar en los campos. La camisa gris le quedaba ancha, pero lo agradeció porque así podía esconder las formas de su pecho, que ahora se mantenía apesado por las gasas que se había colocado con la intención de ocultarlo. Se calzó las botas

de montar y estudió su aspecto en el pequeño espejo ovalado que colgaba de un clavo. Su imagen había cambiado considerablemente, pero su largo cabello oscuro delataba que era mujer, justo lo que ella pretendía ocultar.

Bajó las escaleras, presurosa, y cogió las tijeras del costurero de Gwen con la intención de deshacerse del rasgo femenino que podía descubrir su engaño. Cogió en un solo mechón todo su cabello y cuando iba a cortar su frondosa melena, una voz a su espalda le sobresaltó.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —le reprochó Caleb, mientras le arrebatava la herramienta de costura de sus dedos.

Shannon se apartó con un movimiento brusco y clavó con intensidad su mirada en el rostro masculino, que la observaba incrédulo.

—Caleb, vuelve a la cama —le ordenó.

—¡Y un cuerno! —explotó, mientras plantaba las tijeras sobre la mesa. Fue entonces cuando descubrió las alforjas colgadas de una silla y su propia arma colgada de la misma. Se suponía que tenía que estar en su dormitorio, recordaba perfectamente que las tenía guardada en el compartimento de su mesilla de noche.

—¿Qué significa esto? ¿Qué pretendías hacer con mi pistola? —preguntó con voz acerada, mientras se acercaba a la joven para intimidarla.

—Yo no la he cogido —mintió Shannon. Tendría que apañarse sin ella, ahora que Caleb la había descubierto.

—¡Mientes! —gritó Caleb perdiendo la escasa paciencia con la que contaba.

Un sonido en el dormitorio de sus padres le alertó de que estaban haciendo demasiado ruido. Tenía una importante conversación que mantener con Shannon y sabía que ambos acabarían enzarzados en una gran pelea. No quería que sus progenitores se enteraran, por lo que decidió que lo mejor era abandonar la casa. Sin perder tiempo atrapó el brazo de Shannon y la arrastró

hacia la puerta. Solo dejó de tirar de ella cuando estuvieron en el interior del establo.

Ambos se quedaron frente a frente, midiéndose mutuamente con la mirada.

Caleb estudió su aspecto, que parecía más masculino que nunca y su mirada fiera, que iba dirigida a él. Shannon llevaba varios días rara, desde que la había encontrado junto a la herrería con el rostro descompuesto. En un principio, y en vista de que ella le evadía, había supuesto que había tenido algún encontronazo con Penny y sus amigas. Ahora estaba completamente seguro de que algo más grave estaba sucediendo y pensaba descubrirlo.

—Shannon, explícame qué está ocurriendo —le exigió con rotundidad.

La aludida no se amilanó ante su rostro pétreo. Estaba tan enfadada como él. Hubiera deseado no tener que enfrentarse a Caleb antes de su marcha, pero parecía que la suerte no estaba de su parte.

—Me marcho —expuso escuetamente.

—¿Qué te marchas?! —repitió Caleb con incredulidad—. ¿Y se puede saber a dónde? —preguntó con voz dura, intentando controlar su enojo.

Shannon respiró sonoramente antes de enfrentarle.

—No es asunto tuyo.

Caleb se sentía más frustrado de lo que había estado en toda su vida. Para desfogarse, estampó su puño con toda su furia contra la puerta de uno de los apartados para los animales. Notó un dolor lacerante en sus nudillos, pero lo ignoró.

—Es tan asunto mío como tuyo. Eres como una hermana para mí y quiero que me cuentes de una maldita vez lo que pasa.

Shannon tuvo que tragar el nudo que se había formado en su garganta

al escuchar sus palabras. Ella también quería a Caleb como a un hermano, con todo su corazón. Entendía su furia y confusión. Y a pesar de que sabía que intentaría evitar que se marchara, se merecía saber la verdad a pesar de la promesa que le había hecho a Suzanne. Sabía cómo era Caleb y que no juzgaría el pasado de su tía.

—Está bien, te lo contaré, pero digas lo que digas, pienso marcharme.

—Te escucho —fue la escueta respuesta de Caleb, mientras frotaba sus nudillos doloridos.

Cuando Shannon acabó su relato Caleb tardó varios minutos en reaccionar. Le había dolido conocer la dura vida que había llevado su tía y a la vez se sentía orgulloso de ella por haber salido del mal camino. Por otro lado, se ponía en el pellejo de Shannon y comprendía sus ansias de venganza, pero seguía siendo una completa locura. ¿Cómo pretendía enfrentarse ella sola a un asesino peligroso? Definitivamente, Shannon se había vuelto loca.

—¿Y cómo piensas acabar con él? —preguntó, cruzando los brazos sobre su pecho mientras apoyaba la espalda en la pared.

—Disparándole —respondió Shannon segura.

—¿Y cuántas veces has disparado en tu vida?

—Pocas —asumió Shannon menos segura, sabía que Caleb tenía razón.

—¿Y crees que un tipo como Bradley se dejará matar con facilidad?

—No, pero....

Caleb abandonó su postura relajada y se aproximó a su prima para clavar su mirada en su rostro, cortando así sus palabras.

—Es una completa locura y lo sabes. ¿Por qué no lo piensas mejor?

—Porque si no hago esto, jamás podre vivir tranquila.

Caleb descubrió la desesperación en su rostro. La conocía lo suficientemente bien para saber que no cejaría en su empeño. Tenía que ganar tiempo para intentar sacar aquella idea de su cabeza y solo se le ocurrió una cosa.

—¿Por qué no esperas un tiempo...?

—¡No!

—Shannon, te ayudaré, pero tienes que esperar.

—¿Y cómo piensas ayudarme? —preguntó Shannon dudosa.

—Comprendo tu necesidad de acabar con Bradley, pero tienes que prepararte, entrenarte. Si te quedas hasta la primavera prometo que te enseñaré a disparar —le propuso.

El rostro de Shannon se iluminó y sorprendió a su primo lanzándose en sus brazos antes de besar su mejilla sonoramente.

—Gracias, gracias, gracias. Voy a ser la mejor alumna.

—Sí, claro —replicó Caleb poco convencido—. Y ahora será mejor que regresemos a casa. No quiero que mis padres se den cuenta de nada, no quiero preocuparlos. Tendremos que buscar una buena excusa para nuestra marcha.

Shannon asintió, pensando en las palabras pronunciadas por Caleb. Tenía razón, no podían marcharse así como así, pero esperaba encontrar una excusa plausible a los largo de los meses que faltaban para la primavera.

Shannon abrió el horno y sacó la bandeja repleta de hogazas de pan para la semana. La colocó sobre la mesa y las tapó con un trapo limpio antes de desanudar el delantal que cubría sus ropas y colocarlo en su lugar.

Con eses último esfuerzo había cumplido con sus tareas domésticas y

por fin podía escaparse a su cita diaria con Caleb para practicar el tiro. Contenta, subió las escaleras para cambiar su atuendo. Desabrochó su camisa azul y se la quitó para sustituirla por una masculina, que como gran parte de sus ropas, había pertenecido a Caleb. Con sumo gusto desabrochó la falda oscura y la dejó caer a sus pies antes de desanudar los cordones de sus botines. El día anterior le había hecho unos arreglos a los pantalones y ya se sustentaban en su cintura. Rescató las botas de montar de una esquina y tras calzárselas enroscó su trenza dentro del sombrero y salió del cuarto con brío.

Desde su encuentro con Bradley en el pueblo y la promesa de Caleb de enseñarla a disparar, se levantaba cada día con energías renovadas. Tras ocho meses de prácticas apenas erraba un tiro, y eso la enorgullecía.

Como esperaba, encontró a Caleb en el cercado de los caballos. Sabía que aquellos bellos animales eran la pasión de su primo. En aquel momento se encontraba agachado, revisando las herraduras de River. Se acercó hasta la valla y se encaramó sobre la misma para observarle trabajar.

—¿Tienes para mucho? —preguntó sobresaltando al hombre, que soltó la pata del animal y se incorporó.

—No, ya acabé —replicó Caleb colocándose bien el sombrero sobre la cabeza.

—Pues vamos —replicó Shannon moviéndose con impaciencia.

—¡Eh, tranquilízate! —dijo Caleb saliendo del cercado—. Al ritmo que llevas vas a dejar sin munición al colmado.

—Recuerda tu promesa —le recordó Shannon—. En un par de semanas me marchó.

Caleb iba a replicar a sus palabras, pero su prima le cortó con un gesto de la mano.

—Y no intentes convencerme —prosiguió—, ya deberías haberte dado cuenta de que no lo vas a conseguir.

Caleb, que en aquel momento estaba atando la escopeta a la silla de montar, chascó la lengua contrariado. Recordaba perfectamente la promesa que le había hecho, y un centenar de veces se había arrepentido. Su única intención había sido ganar tiempo para poder convencerla de que su idea de perseguir al asesino de su madre era una completa locura. Pero estaba claro que eso no iba a ser posible.

—¿Vamos? —le sobresaltó la voz de Shannon, que le esperaba ya sobre su montura.

—¿Te he dicho ya que eres demasiado impaciente? —preguntó Caleb ocupando su montura y moviendo las riendas para obligar al animal a andar.

Se dirigieron en esta ocasión a los pastos de sur. Solían alejarse varias millas para realizar las prácticas y así no ser descubiertos por Gwen y Ben. Caleb no estaba muy contento con la situación porque odiaba mentir a sus padres y no estaba para nada de acuerdo con el plan de Shannon. Llevaba semanas intentando desterrar de su cabeza su descabellada idea. Aquel día lo intentaría por última vez o tendría que plantearse acompañarla, con el consiguiente disgusto de sus padres.

Llegaron al lugar indicado y en pocos minutos lo organizaron todo. Shannon colocó el Winchester sobre su hombro, tensó sus brazos y cerró el ojo izquierdo para poder enfocar mejor el derecho, que clavó sobre la lata vacía situada sobre una piedra. Sin dudar, flexionó su dedo índice y aguantó el retroceso producido por la detonación con los pies firmemente asentados en el suelo. El sonido sordo del metal le anunció que había dado en el blanco y una sonrisa triunfal se dibujó en sus labios. Asentando la culata del arma en el suelo, se giró para clavar la mirada en el rostro de su primo antes de hablar.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó buscando reconocimiento.

—No ha estado mal —replicó Caleb sin darle la mayor importancia.

No podía admitir ante ella que había sido un tiro perfecto. Estaba

admirado con su puntería. Había visto disparar a muchos hombres, pero ni el mejor de ellos tenía la precisión de Shannon. Si alababa su destreza solo lograría que su huida a ninguna parte se precipitara.

—¡Oh, vamos! —exclamó la joven molesta—. ¿Tanto te cuesta admitir que soy buena?

Caleb iba a replicar a sus palabras, pero el repicar de unos cascos de caballo le alertó de la llegada de alguien. Se giró y utilizó su mano como visera para descubrir que quien cabalgaba endemoniadamente era su padre. Apretó los labios y con un gesto brusco arrancó la escopeta de las manos de Shannon. Maldijo para sus adentros a la vez que rezaba para que su progenitor no se percatara de las prácticas de tiro que ocupaban sus tardes. Esperó a que desmontara y se acercara a ellos para descubrir lo que sucedía, mientras sus dedos aferraban fuertemente el frío metal. Cuando estaba a escasos pasos intentó descifrar el gesto de su rostro.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Ben con tono molesto—. Caleb, llevo cerca de una hora buscándote.

Observó alternativamente a ambos jóvenes con cierta sospecha.

—Solo estaba matando el tiempo disparando a unas latas. Shannon quiso acompañarme —soltó la endeble excusa.

Ben curvó sus espesas cejas y de buena gana le hubiera dicho a su hijo que ya era mayorcito para juegucitos de adolescente. Pero no tenía tiempo para tonterías, las noticias que tenía que dar no eran buenas y sabía que lo que sucedería a partir de entonces repercutiría en las vidas de todos sus seres queridos.

—Padre, ¿ocurre algo? —preguntó Caleb preocupado al ver la expresión grave de su rostro.

—Clayton ha convocado una reunión. Parece ser que desde la elección de Lincoln como presidente, los líderes sureños temen que detenga

la expansión de la esclavitud para llevarla a la extinción.

Caleb se quedó mudo ante sus palabras. No entendía demasiado de política, nunca le había interesado realmente, pero la situación del país se estaba complicando y el enfrentamiento de Lincoln con los sureños solo podía desembocar en una posible guerra.

—¿Clayton ha recibido noticias nuevas de su informador? — preguntó, notando que la tensión se apoderaba de su cuerpo.

Paul Clayton poseía uno de los ranchos más prósperos de la comarca y tenía contactos importantes que le eran de gran utilidad en sus negocios. Por él sabían que la elección de Lincoln como presidente había caído como un jarro de agua fría sobre los estados sureños y los conflictos que se estaban produciendo.

—Eso me temo, pero poco más te puedo contar. Nos ha citado con urgencia en el ayuntamiento. El asunto no pinta demasiado bien.

Capítulo 5

Cuando Caleb y su padre llegaron al pueblo descubrieron pronto el bullicio existente junto al ayuntamiento, donde la mitad de sus conciudadanos se agrupaban en corros cuchicheando sobre lo que era un secreto a voces. Los últimos acontecimientos políticos se precipitaban y la incertidumbre preocupaba hasta al último ciudadano del país. Los rumores corrían como la pólvora, pero nadie sabía a ciencia cierta lo que en verdad sucedía. Solo algunos privilegiados tenían noticias de primera mano, y para su suerte, Clayton prefería compartir su información con sus vecinos.

Detuvieron su montura junto a un árbol cercano y ataron las riendas al mismo antes de encaminarse al edificio. En su trayectoria saludaron escuetamente a sus conocidos y esperaron pacientemente a que las puertas del edificio se abrieran para entrar con cierto orden, dado el revuelo existente.

Clayton, situado sobre la plataforma que hacía las veces de estrado cuando el juez se personaba en el pueblo, esperó unos segundos a que el murmullo de las voces se apaciguara para comenzar a hablar.

—Vecinos, os he citado porque esta mañana he recibido un telegrama de mi amigo del gobierno... y me temo que son noticias preocupantes. Lincoln se ha negado a negociar con los confederados. Dice que si lo hace, sería reconocer a la Confederación como un gobierno soberano —dijo Clayton con gravedad.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó el barbero, mientras se rascaba la cabeza.

—Más problemas para el país —dijo Clayton—. La mayoría de las propiedades federales en suelo confederado han pasado a sus manos. Algunos

fuertes resisten y Lincoln se ha propuesto que siga siendo así, pero hace unos días el general Pierre Gustave ha atacado Fort Sumter, que finalmente ha tenido que rendirse.

—¿Y eso a dónde nos lleva? —insistió el barbero.

—Amigo mío —contesto Roberts, el médico de la pequeña comunidad—, a que tarde o temprano estallará una guerra.

—¿Una guerra?! —se escuchó un coro de voces en la atestada sala.

—Efectivamente, Roberts —continuó Clayton cuando la sala volvió a silenciarse—. Lincoln ha ordenado al estado reclutar voluntarios para formar tropas que recuperen los fuertes perdidos para mantener la Unión. En pocas horas llegará la orden presidencial. Solo quería informar para que estemos preparados.

De nuevo se formó un gran revuelo. Varias conversaciones se mezclaban, mientras Ben y su hijo abandonaban el edificio en silencio, en dirección a sus monturas para regresar a casa. Ben sentía el corazón oprimido en el pecho al pensar en lo que les depararía el futuro. Esperaba que Caleb decidiera quedarse, no participar en una guerra que nada tenía que ver con su vida, pero eso ya no dependía de él. Caleb era un hombre hecho y derecho y tenía la facultad de tomar sus propias decisiones.

La noticia cayó como un jarro de agua fría sobre las gentes del pequeño pueblo de Small Plain. Toda su tranquila y pacífica vida cambiaría para siempre por los devaneos políticos que nada tenían que ver con su vida cotidiana y sus propios problemas.

Como pronosticó Clayton, pocos días después, un pequeño grupo militar de uniforme azul llegó al pueblo solicitando voluntarios. Según habían indicado, estarían varios días. Se habían instalado junto al ayuntamiento y cada jornada colocaban una mesa de madera con una silla a la espera de

voluntarios. Varios documentos reposaban sobre la mesa junto a tintero y pluma, esperando a que los jóvenes del lugar se unieran a su causa.

Caleb acabó de amartillar el último clavo que afianzaba uno de los cercados y tras secarse el sudor de la frente con la manga de la camisa, dejó vagar su mirada por los amplios pastos donde pacía el ganado. Estaba agotado. En los últimos días apenas había pegado ojo y no era para menos. Sabía de la aparición del ejército unionista en el pueblo, presencia que confirmaba las palabras de Clayton.

Desde la reunión en el ayuntamiento su padre no había sacado el tema y eso le desconcertaba. Sabía que debía tomar una decisión sobre el dilema que se le presentaba, pero se sentía inseguro al ser la primera vez que decidiría en solitario su destino.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer? —le sobresaltó la voz de Shannon a su espalda. Se giró y clavó su mirada en el rostro femenino.

—¿Acerca de qué? —replicó con otra pregunta, aunque sabía perfectamente a qué se refería su prima.

—Caleb, ¿vas a alistarte? —insistió, esperando con incertidumbre su respuesta.

El aludido se giró, dando la espalda a la joven, y aposentó su pie sobre la valla, perdiendo su mirada en la lejanía. Aún no se había decidido, y de nuevo los pros y los contras se debatieron en su cabeza. Desde que había sabido que pronto estallaría una guerra apenas podía dormir. Por un lado pensaba que todo lo que estaba sucediendo en el país no era asunto suyo, bastante tenía con preocuparse de sus problemas cotidianos. Y a su vez sabía que aunque no se alistara eso no evitaría que las consecuencias de la guerra

no llegaran a su hogar.

—Por favor, Caleb, responde —le solicitó Shannon situándose a su lado, mientras alargaba su mano para acariciar su brazo.

—Sí, voy a hacerlo —dijo al fin con un suspiro.

—¿Por qué? —pregunto Shannon incrédula. No quería que Caleb combatiera, no quería ver muerto a ninguno más de sus seres queridos. Apretó los labios, que temblaban, e intentó controlar las ganas de llorar.

Caleb se mantuvo unos minutos en silencio, meditando sobre la respuesta que le había dado a Shannon. Parecía que finalmente había escogido.

—No puedo dejar de pensar en esos esclavos privados de libertad, obligados a trabajar hasta la extenuación. Son seres humanos, como nosotros, aunque su piel sea de otro color. Sé que mi ayuda será como un grano de arena en el desierto, pero no podría vivir con la conciencia tranquila si no intentara colaborar para ayudar a esa gente.

Shannon visualizó la dura realidad que Caleb le relataba y comprendió su decisión, aunque hubiera deseado obligarle a cambiar de idea. Quería que se quedara en el rancho, a salvo, pero no podía pedirle eso.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—No, aún no. Lo haré esta noche, durante la cena. Esta tarde iré a alistarme. No quiero que mi madre intente hacerme cambiar de opinión. Una vez firmado el documento con el que me comprometeré con la causa, no habrá marcha atrás. Y ahora tengo algo que pedirte —dijo Caleb, girando su rostro para clavar su mirada en el rostro grave de Shannon, que parecía más triste que nunca.

Shannon, a su vez, giró su rostro y sus ojos quedaron unidos.

—¿Qué?

—Sé que aún tienes la idea de ir tras Bradley, pero por favor, te pido

que no te marches, que no dejes a mis padres solos. Ahora que yo me voy, te van a necesitar.

Shannon se mordió el labio inferior al escuchar sus palabras. No podía negarle a Caleb lo que le pedía, aunque para ello tuviera que relegar su venganza. Por nada del mundo pensaba dejar a sus tíos solos, ahora que Caleb había decidido unirse al ejército.

—No me iré, cuidaré de ellos, te lo prometo.

Caleb al escuchar sus palabras sintió que un peso abandonaba sus hombros y sin reservas atrapó entre sus brazos a Shannon y la estrechó fuertemente.

—Gracias, no sabes lo que esto significa para mí —dijo con emoción mientras besaba su coronilla.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti —replicó Shannon—. Pero tú también tienes que hacerme una promesa.

—¿Cuál? —indagó Caleb sorprendido mientras se separaba de ella lo suficiente para poder estudiar su rostro.

—Que regresarás. No voy a renunciar a mi venganza. Cuando todo esto acabe, quiero que me acompañes.

Caleb quería negarse, pero sabía que se lo debía. Favor con favor se paga.

—Te prometo que regresaré y te acompañaré en tu viaje.

—Y yo te prometo que cuidaré de ellos —dijo en alusión a Ben y Gwen—, y cuando regreses todo seguirá como está ahora.

Caleb sonrió ante sus palabras e ingenuidad. Nada volvía a ser igual después de una guerra, pero agradeció su decisión y volvió a estrecharla entre sus brazos.

—No dudo que lo harás —susurró junto a su oído.

Había amanecido un día frío a pesar de estar a finales de abril. Gwen apretó contra su cuerpo el chal de lana que la cubría y se acercó hasta el granero, donde Ben ayudaba a Caleb a colocar la silla sobre el caballo.

Intentó contener las lágrimas pero no lo logró y cuando llegó hasta ellos gotas saladas poblaban sus mejillas. Había sido un duro golpe escuchar a su hijo confesar que se había alistado para participar en la guerra. Había intentado hacerle cambiar de opinión, intentando razonar, luego con chantaje emocional, pero de nada había servido.

Cuando había exigido a Ben que hiciera cambiar de opinión a Caleb este le respondió que no pensaba hacerlo. «Gwen, Caleb ya es un hombre y es libre de tomar sus propias decisiones». Durante días le retiró la palabra, enfadada con su marido y con el mundo para luego caer en una depresión.

Caleb terminó de asegurar el último correaje y al girarse se encontró con el rostro compungido de su madre. Le rompía el corazón ver la pena de su rostro, pero estaba seguro de lo que hacía y no había marcha atrás.

Sin dudar, se aproximó hasta ella y la estrechó fuertemente contra su cuerpo. Aspiró el aroma de su cabello y decidió atesorarlo.

—Mamá, por favor, no llores. Te juró que volveré.

Gwen ocultó su rostro en el pecho de su hijo y contuvo un hipo.

—Hijo mío, prométeme que no vas a dejar que te maten.

—Mamá, por favor, no olvides que soy uno de los mejores tiradores del condado —replicó, intentando darle cierto humor a la situación.

—Vamos, Gwen —dijo Ben, apartando a la mujer—. Caleb se tiene que ir o llegará tarde.

—¿Y Shannon? —preguntó Caleb, preocupado por no divisar a la

joven.

—Estoy aquí —sonó la voz femenina desde la puerta. La tristeza se reflejaba en su rostro, pero intentaba ocultarla tras una tenue sonrisa.

—Ven aquí —le exigió Caleb, antes de darle un abrazo de oso—. Te voy a echar mucho de menos.

—Y yo a ti —replicó la joven con voz apagada mientras se apartaba de él y alisaba su chaqueta azul. Rebuscó en el bolsillo de su falda de donde sacó una cinta roja que siempre adornaba su cabello—. Toma —dijo entregándosela—, espero que te traiga suerte.

Caleb notó la suavidad del tejido entre sus dedos y sonrió ante el bonito detalle. Abrió los botones dorados de su chaqueta y guardó el preciado regalo en el bolsillo de su camisa. Luego cogió el rostro de la joven entre sus manos y besó su frente.

—Gracias, lo llevaré siempre conmigo. Y por favor, Shannon, no olvides cumplir la promesa que me hiciste.

La joven asintió antes de apartarse para dejar hueco a Ben, que esperaba su turno para despedirse de su único hijo. En las últimas semanas parecía que le habían caído diez años encima, lo evidenciaban las canas que habían aparecido junto a sus sienes. Sentía la misma impotencia que su esposa, pero sabía que tenía que ser el más fuerte de los dos para poder sobrellevar la situación. Le tendió la mano, pero agradeció cuando Caleb la rechazó y se abalanzó sobre él para estrecharlo fuertemente.

—Padre, te voy a extrañar. Recordaré cada uno de tus consejos.

—Cuídate y vuelve —replicó Ben, conteniendo el nudo que atenazaba tu garganta—, te estaremos esperando.

—Bueno —dijo Caleb observando a su familia, lo que más amaba en su vida—. Ha llegado el momento —dijo mientras se montaba sobre su caballo y tensaba las riendas para evitar que el caballo se moviese—. Os escribiré siempre que tenga ocasión. En pocos meses estaré con vosotros —concluyó

antes de azuzar a su montura y emprender la cabalgada que le llevaría a los límites del pueblo, donde esperaba la tropa recién formada.

Capítulo 6

Rocky Meadow, Kansas, 1866.

Era un día gris, tormentoso, como se sentía Justin por dentro. Tiró el saco donde guardaba sus escasas pertenencias y se sentó en una piedra junto al camino. Llevaba varios días andando. Había sido duro tener que sacrificar a *Ronie*, el semental que le había acompañado durante el tiempo que había durado la contienda. «Maldita guerra sin sentido», pensó, rememorando todos los horrores que se habían quedado grabados en sus retinas.

Cuando había decidido dedicarse a la medicina lo había hecho con la ilusión de salvar vidas, pero nunca pensó que entre sus manos se perderían centenares de ellas. «Olvídalo», se dijo, abandonando su asiento, «ya estás en casa». Le faltaban unas pocas millas para llegar a su hogar, y nada ni nadie le detendría. Poco le importaban las ampollas y llagas que poblaban sus pies. Solo quería estrechar entre sus brazos a su hermana y a su madre, a las que había extrañado hasta la extenuación.

Horas después divisó las primeras casas de Rocky Meadow y suspiró aliviado. A pesar del cansancio aceleró el paso y no tardó en llegar a la entrada de la pequeña casa donde vivía su madre. Con tristeza posó la mirada en el jardín lleno de malas hierbas que nada tenía que ver con el esplendoroso puzzle de coloridas flores que había sido antaño. Tuvo que parpadear para deshacerse de la humedad que intentaba anidar en sus ojos. «Los hombres no lloran», se dijo, tragando el nudo que atenazaba su garganta. Apartó la mirada y prosiguió su camino hasta llegar a la puerta que encontró cerrada, cosa que le sorprendió.

Llamó con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. Tras varios minutos de espera comenzó a impacientarse, y estaba a punto de asomarse a una de las

ventanas, cuando una voz lo sobresaltó.

—¡Justin! —Al girarse descubrió la silueta de una joven de aspecto frágil.

No era muy alta, y su cuerpo delgado parecía a punto de salir volando con el viento que reinaba aquel aciago día. Su vestido gris hacía parecer más blanca su piel y su espesa cabellera negra iba recogida en un moño alto. Desde la distancia apenas podía distinguir sus facciones.

—¿Cassie? —preguntó dudoso, mientras avanzaba un par de pasos para aproximarse a ella.

—Sí, soy yo —replicó la aludida, aún sin poder creer que él estuviera allí, frente a sus ojos y vivo—. Creíamos que habías muerto.

Cassie hubiera deseado palpar sus mejillas, ahora cubiertas por una espesa barba, para cerciorarse de que era real, no una fantasía de su mente.

Justin sonrió, recorriendo su rostro ávidamente. Durante interminables jornadas en el hospital de campaña donde había vivido en los últimos años, lo único que lograba que no se rindiera era aquel hermoso rostro. Cientos de veces se había arrepentido de no confesar su amor a Cassie antes de ir a la guerra.

Se conocían desde niños, pero sus sentimientos cambiaron cuando regresó tras estudiar en el este y comenzó sus prácticas con el padre de la joven, el médico del pueblo. La veía cada día y sin percatarse se fue enamorando de ella. Había sido un cobarde, lo sabía, pero la vida le había dado una segunda oportunidad y no pensaba desaprovecharla.

A pesar de lo inapropiado de su acción, acortó los pocos pasos que los separaban para atrapar a la joven entre sus brazos y estrecharla contra su pecho.

—Cassie, no sabes cuánto te he extrañado —confesó cerca de su oído, disfrutando del olor dulce de su cabello.

—Y yo a ti, Justin. Sufrimos tanto pensando que algo te había pasado, sin una sola noticia desde el frente —no era un reproche—. Tu madre rezó por ti cada día hasta el final —expresó, antes de tragar el nudo que se había formado en su garganta.

Justin, al escuchar sus palabras sintió que su corazón se saltaba un latido y la sangre se helaba en sus venas.

—¿Hasta el final? —preguntó apartándola de su cuerpo, aferrando sus brazos entre sus dedos mientras clavaba su mirada con intensidad en su rostro—. ¿Qué significa eso? —preguntó con voz estridente.

Cassie notó cómo su labio inferior temblaba, al igual que su cuerpo, temiendo confesarle que su madre ya estaba junto al Señor.

—¡Contesta! —exclamó él, perdiendo la paciencia.

Cassie suspiró pesadamente y habló precipitadamente, deseando que aquel mal trago pasara cuanto antes.

—Falleció hace un par de meses. Su corazón estaba agotado. La encontró Elaine una mañana. Solo se quedó dormida, con una sonrisa en los labios —añadió, intentando con ello mitigar el dolor que ya arraigaba en el rostro masculino.

Justin sintió que su cuerpo se quedaba sin fuerzas y soltando a la joven se arrastró hasta el porche de la casa y se sentó en los escalones antes de cubrir su rostro con ambas manos.

No podía creer que su madre estuviera muerta, que nunca más volvería a estrecharla entre sus brazos, ni escuchar su voz cadente que siempre lograba tranquilizarle.

—¡No puede ser! —gritó, roto por el dolor.

Cassie se llevó la mano al pecho mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Era insoportable ver al hombre al que amaba desde que tenía uso de razón quebrado por el dolor. Con paso inseguro se aproximó hasta él y posó

su mano temblorosa sobre su hombro, intentando con el gesto infundirle ánimos sin palabras.

Se vio sorprendida cuando él atrapó su cintura entre sus manos y la colocó entre sus piernas antes de abrazarse fuertemente a su cuerpo. Hundió su cabeza en su abdomen, donde comenzó a sollozar como un niño. Dudó unos instantes sobre cómo proceder, pero finalmente elevó sus manos y peinó su pelo castaño entre sus dedos dándole el consuelo que precisaba.

—Lo siento tanto —expresó antes de besar su coronilla.

Justin apretó los dientes y se aferró más fuertemente a ella. Permanecieron así varios minutos, aferrados el uno al otro, hasta que Justin se recompuso lo suficiente y la apartó, siendo consciente de dónde se encontraban, expuestos a miradas indiscretas. Quería demasiado a Cassie como para provocar que las malas lenguas hablaran de ella. Con esfuerzo se levantó y clavó su mirada en el rostro femenino, que le dedicó una tenue sonrisa.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Cassie preocupada.

—Sí, y todo gracias a ti —replicó Justin clavando su mirada en su rostro con intensidad—. Tengo muchas cosas que decirte, pero tendré que dejarlo para más tarde, ahora debo ir al rancho de Gallagher, tengo que ver a mi hermana.

Cassie apretó los puños a los costados. Lo que acababa de confesarle había sido lo más doloroso que había hecho en su vida, pero las desgracias para la familia Chandler no habían acabado ahí. Tenía que contarle una desdicha más, y odiaba ser ella la que le diera tan tristes noticias.

—Espera —comenzó, con voz grave—, hay algo más que debes saber antes de ir al rancho.

Elaine acostó a la pequeña y la arropó antes de besar su frente y desearle dulces sueños. La niña sonrió y le lanzó un beso con la mano antes de cerrar los ojos. Salió del dormitorio y cerró la puerta con sumo cuidado.

Ya en la cocina se acercó a la chimenea. Movié los troncos con una vara para avivar el fuego. A pesar de que el sol había desaparecido en el horizonte aún le quedaban tareas por hacer antes de acostarse. Se acercó a la alacena donde guardaba los escasos víveres que había conseguido un par de días antes y cogió un pequeño saco de harina que llevaba tiempo atesorando. Su intención era hacer unas hogazas de pan para el domingo, después de varios meses sin probarlo. La guerra había logrado que hasta el alimento más cotidiano en los hogares se convirtiera en un manjar.

Estaba amasando con esmero cuando un sonido en el exterior la alertó. Su corazón se detuvo por un instante en su pecho antes de reaccionar. Se apresuró al armario de dónde sacó el viejo rifle Winchester de Carter y lo cargó con un movimiento diestro antes de aproximarse hasta la ventana junto a la puerta, donde oteó el exterior en busca de algún intruso. No era la primera vez que se encontraba en una situación parecida. Unas semanas antes un grupo de soldados desarrapados y muertos de hambre habían invadido la granja de los Stewart arrasando con todo a su camino y dejando a la pobre Jenna arruinada. Ahora vivía junto a sus cuatro hijos en casa de su hermana, situada en el pueblo.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron y quitó el seguro del arma antes de recuperar la respiración.

—Elaine, abre, soy yo —se escuchó una voz en el exterior.

Las manos de la joven temblaron antes de dejar el arma en una esquina y abrir la puerta con movimientos bruscos para quedar frente a un hombre al que apenas fue capaz de reconocer. Por su voz sabía que era su hermano,

pero su rostro demacrado no parecía el mismo.

—¡Justin! ¿Eres tú? —preguntó mientras se frotaba las manos con nerviosismo.

—Sí, soy yo, o al menos lo que queda de mí —expresó Justin con cierto humor—. ¿Puedo pasar?

—¡Por supuesto! —respondió Elaine, apartándose para que su hermano entrara. Luego cerró la puerta y echó el pestillo antes de girarse y volver a clavar su mirada nuevamente en el hombre. Las ropas sucias y ajadas colgaban de su cuerpo, evidenciando la alarmante pérdida de peso.

—Deja ya de mirarme y dame un abrazo —la increpó Justin, que disfrutó cuando la mirada de su hermana se iluminó y se lanzó a su cuerpo.

Durante varios minutos ambos permanecieron así, abrazados fuertemente, disfrutando del calor mutuo que se prodigaban. Justin apoyó la mejilla sobre la cabeza de su hermana y aspiró su aroma. Elaine a su vez dejó que su rostro se sostuviera sobre su pecho y se sintió protegida como hacía tiempo no se sentía.

—Creí que nunca volvería a verte —Elaine expresó sus peores temores, aquel miedo que cada noche encogía su corazón. No podría haber soportado una pérdida más, y en aquel momento dio las gracias al Señor por haber atendido a sus ruegos.

Justin tragó el nudo que se formó en su garganta. Cassie le había hablado de la muerte de Carter. Unos meses antes Elaine había recibido una carta del gobierno informándole de la muerte de su esposo. Las palabras de Cassie se clavaron en su corazón como un cuchillo, desgarrándolo un poco más si aquello era posible.

Había sido testigo del enamoramiento que surgió entre Elaine y su mejor amigo. Se sintió pletórico cuando dos de las personas más importantes de su vida se unieron en santo matrimonio. Carter era un buen hombre y

nunca tuvo dudas sobre él. Se notaba que amaba a su hermana más que a nada en su vida y cada día la colmaba de alegría. Pero ahora estaba muerto, enterrado en cualquier agujero en el campo de batalla, como cientos de soldados. Las cruentas imágenes de las que había sido testigo a lo largo de aquellos cuatro años se personaron nuevamente para atormentarle, y dispuesto a expulsarlas sacudió su cabeza antes de reconstruir una sonrisa en sus labios y apartar a su hermana de su pecho para clavar su mirada en su rostro.

—¿Me puedo dar un baño? —solicitó, esperanzado—. Hace meses que mi piel no toca una gota de agua.

—Por supuesto, pero antes te pondré algo de comer —dijo resueltamente Elaine mientras se apartaba de su cercanía y se dirigía a la cocina de hierro, donde reposaba una olla del mismo material.

Justin salivó con la sola idea de comer algo caliente. Lo último que se había llevado a la boca era un poco de cecina que había intercambiado por su navaja a otro soldado que se encontró en el camino.

—¿Eso que huelo es estofado? —preguntó acercándose para echar un vistazo al interior de la olla.

—Sí, estofado de conejo con algunas verduras envasadas. Lo cazó ayer Emerson —explicó Elaine mientras cogía un cubo de agua y lo vertía en la gran cazuela de hierro colgada en la chimenea.

—¿Emerson? —preguntó Justin sorprendido.

—Sí, me ha ayudado mucho todo este tiempo —relató Elaine, incómoda.

Justin no pudo evitar fruncir el ceño al recordar al vecino de su hermana. Nunca le había gustado aquel hombre, y mucho menos cuando se libró del ejército por la leve cojera de su pierna derecha y que siempre sospechó era fingida. Iba a expresar su opinión cuando la puerta del

dormitorio se abrió para dar paso a una pequeña vestida con un camisón blanco. Su cabello rubio estaba revuelto y se frotaba los ojos con los puños.

—Mamá, he tenido una pesadilla —expresó la niña antes de percatarse de la presencia de Justin. Sus ojos azules se clavaron en su persona y se abrieron ampliamente antes de hablar—. ¿Quién eres?

Justin era incapaz de hablar, desconcertado ante la aparición de la niña en la estancia. ¿Quién era esa niña? ¿Qué hacía allí?, se preguntó confuso.

—Faith, este es tu tío Justin, del que tanto te he hablado —dijo Elaine llanamente, disfrutando de los cambios de expresión en el rostro de su hermano.

—¿El que se comió dos tarros de miel que le había robado a la abuela? —preguntó la niña, interesada, acercándose al desconocido.

—Sí, ese mismo —respondió Justin más recompuesto.

Capítulo 7

Seis meses después.

Justin llenó el abrevadero y acercó a la vaca para que bebiera. La había comprado un mes antes y desde entonces había cogido mucho peso. Recordó con una sonrisa a Faith y su sorpresa al descubrir al gran animal. Nunca en su vida había visto una vaca y sus ojos se abrieron ampliamente cuando fue testigo de cómo su tío la ordeñaba y la leche caía en el cubo. Pero nada comparado con la expresión que mostró cuando probó su sabor por primera vez.

Una vez realizada la tarea se acercó a los vallados y observó los pastos verdes donde el ganado pacía. No era un gran rebaño el que había logrado adquirir, que en nada se podía comparar con el que había poseído su cuñado antaño, pero no estaba mal para empezar. Había pasado poco tiempo desde que la guerra terminó y los estragos económicos producidos por la misma tardarían en recuperarse. Otra cosa eran las heridas del alma que había provocado en muchos soldados. Las suyas empezaban a cicatrizar y las pesadillas que le habían asolado durante largas noches a su regreso se iban espaciando en el tiempo. Estaba seguro de que no tardarían en desaparecer gracias a Elaine, Faith y la señorita Cassie Sanders.

«Cassie, mi dulce flor de primavera», pensó, sin ser consciente de que una sonrisa se formaba en sus labios. Desde su regreso, el padre de Cassie, el doctor Sanders, había insistido en que le ayudara en la consulta médica que poseía en el pueblo. En principio Justin se negó, pero el hombre insistió alegando que se sentía demasiado mayor para seguir con la labor que llevaba

realizando cerca de treinta años, que había llegado el momento de entregar el testigo y quién mejor que a él para tomarlo. Según el anciano era una lástima que malgastara los largos años que había dedicado a la carrera de medicina para acabar criando ganado, que era lo que Justin se había planteado cuando había descubierto que su hermana se había quedado viuda y al frente del rancho que ahora le pertenecía. Finalmente aceptó, seguro de poder asumir el reto de compaginar ambos trabajos. Y así fue como comenzó a frecuentar el consultorio y la casa de los Sanders nuevamente.

Cada día disfrutaba de largas charlas con el señor Sanders y muy a menudo acababa cenando en su casa. Eso le había posibilitado estar cerca de Cassie. Llevaba varias semanas meditando sobre sus sentimientos hacia la joven y finalmente había decidido pedirle matrimonio sin que le importara saltarse las normas establecidas. Había llegado a la conclusión de que la vida era demasiado corta y no merecía la pena perder un valioso tiempo en un largo noviazgo. Solo esperaba que ella sintiera lo mismo que él y poder comenzar una nueva vida juntos. Deseaba formar un hogar en la tierra que les había visto nacer y que no pensaba abandonar nunca más.

El sol comenzaba a descender en el horizonte y fue entonces cuando se percató de que se le hacía tarde. Esa misma tarde el doctor Sanders le había invitado a cenar junto a su hermana y su sobrina y pensaba aprovechar esa reunión para llevar a cabo su plan. Con paso decidido se encaminó a la casa y se entretuvo aseándose en un rincón del porche, donde había dispuesta una pequeña mesa con un palanganero y una jarra de agua. En el respaldo de la silla situada a su lado encontró una toalla limpia con la que se secó antes de entrar.

Sonrió ante la escena que se presentó ante sus ojos. Elaine estaba ocupada envasando la verdura que previamente había cocido para conservar el resto del año. Mientras tanto, la pequeña Faith estaba acunando la muñeca

de tela que le había hecho su madre antes de tumbarla en una caja de madera que hacía de cuna. Cuando le vio entrar se llevó un dedo a los labios advirtiéndole de que no hiciera ruido con el gesto, y no pudo evitar sonreír.

—¿Aún no estáis listas? —preguntó en un susurro a su hermana.

Elaine elevó su mirada y la clavó en el rostro de su hermano. Se le había ido completamente de la cabeza la cena en casa de los Sanders, y se hubiera negado si no fuera porque parecía que aquella noche era especial para Justin. Le había confesado que amaba a Cassie y sus intenciones. Se alegraba por su hermano y Cassie, que se había convertido en un gran apoyo y una amiga, pero no podía evitar sentir cierta envidia. Extrañaba amar y ser amada, tener un hombre a su lado. «Pero no cualquier hombre», se dijo, recordando los intentos de su vecino por conquistarla. Emerson era un buen hombre y la había ayudado mucho antes del regreso de Justin, pero no la removía por dentro como había pasado con Carter. «Deja de pensar en eso», se reprochó, volviendo su atención a la conversación que mantenía con su hermano.

—Acabo con esto y no tardaremos ni cinco minutos —le prometió, incrementando el ritmo para cumplir su promesa—. Te he planchado una camisa, la tienes en tu dormitorio —le indicó.

—Eres un ángel —expresó Justin antes de tomar el rostro de su hermana entre sus manos para besar su frente.

—Y tú un zalamero —replicó Elaine antes de cerrar el último envase—. Cinco minutos —insistió, antes de coger a Faith de la mano y dirigirse a su dormitorio.

Justin se ajustó la camisa y comprobó que llevaba todos los botones abrochados correctamente. Respiró hondo y finalmente llamó a la puerta con los nudillos. Esta no tardó en abrirse y ante sus ojos apareció Cassie, que le sonrió de una forma que hizo que su corazón se caldeara. Sus mejillas se colorearon y a Justin le pareció la joven más adorable que había conocido en

su vida.

—Buenas noches —saludó Justin educadamente.

—Buenas noches —balbuceó Cassie, azorada ante la mirada que le dedicó Justin. Cada vez que estaba frente aquel hombre, mariposas poblaban su estómago.

—¡Hola, señorita Sanders! —saludó Faith a su maestra.

Cassie desvió su atención del hombre que aceleraba su corazón y se agachó para quedar a la altura del rostro de la niña.

—Buenas noches, Faith. ¿Sabes que eres mi invitada de honor?

—¿De verdad? —expresó la niña con ilusión—. Verás cuando se lo cuente a Lory —dijo elevando su rostro para encontrarse con la mirada de su madre.

—¿Entramos? —preguntó Cassie reincorporándose.

—Gracias —dijo Elaine instando a su hija a entrar.

Ya en el interior Justin se dirigió al salón, donde esperaba encontrar a Nathan Sanders. Elaine y Faith habían decidido ir a ayudar a Cassie con los últimos preparativos de la cena. Como esperaba, le encontró sentado frente al tablero de ajedrez. Al verle entrar el anciano elevó su rostro y le sonrió antes de hablar.

—La partida sigue donde la dejamos la otra noche. ¿Seguimos?

—Por supuesto —replicó Justin ocupando el asiento que le indicaba para quedar frente a frente.

Nathan movió uno de los peones que aún conservaba y esperó la jugada de Justin, que se tomó unos segundos para pensar su siguiente paso. Pudo percibir el nerviosismo del muchacho, que se incrementó cuando su hija se acercó para ofrecerle algo de beber. Una sonrisa perezosa se dibujó en sus labios y esperó a que su hija desapareciera por la puerta antes de hablar.

—Hijo, ¿cuánto tiempo más piensas esperar para pedirme la mano de

mi hija? —preguntó sorprendiendo a Justin, que se quedó con la boca abierta—. La vida es demasiado corta para desperdiciarla.

Justin se vio sorprendido por su discurso y tardó unos instantes en recuperarse. Con el caballo que aún permanecía entre sus dedos y, sin ser consciente de ello, comenzó a jugar con la figura labrada en madera entre sus dedos.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó clavando su mirada en el rostro del anciano.

—No olvides que convivo con ambos cada día y no me han pasado desapercibidas las miradas que os dedicáis.

—¿Y qué piensa sobre el asunto? —indagó mientras los nervios agarrotaban su estómago.

—Pues que no podría tener mejor yerno y que espero que la boda se celebre cuanto antes.

—Yo también, pero depende de lo que conteste su hija. Se lo voy a pedir esta noche.

—Chandler, puedes estar tranquilo respecto a ese asunto, mi pequeña bebe los vientos por ti. Se le nota demasiado, aunque intenta ocultarlo.

Bahía de San Francisco, California.

Evangeline Archibald permanecía en silencio, con la mirada perdida en la ventana del salón donde solía pasar las horas. Sobre su regazo descansaba su labor, un fino bordado en el que estaba trabajando desde hacía meses, aunque no lograba avanzar.

La casa de los Archibald estaba construida sobre un montículo desde donde se podía disfrutar de unas magníficas vistas a los acantilados y al

puerto de San Francisco. Pero a Evangeline no la impresionaba eso, ni las maravillas que el decorador había hecho en la casa un año antes, cuando Hattie, la mujer de su sobrino, se había empeñado en darle un toque más elegante a la vivienda que había construido su hijo. Nada, desde hacía casi dos décadas, lograba alegrar el ánimo de la anciana. La muerte de su nuera y su único hijo había sido un duro golpe, y lo que aconteció después fue el mazazo más duro que había recibido en su vida y que le robaba el sueño cada noche desde aquel trágico día. Todos los esfuerzos que habían hecho Angus y Hattie para animarla desde su llegada no habían servido de nada.

—Señora —sonó una voz femenina a su lado, sobresaltando a la anciana—, tiene una visita —informó la azorada doncella.

Evangeline tardó unos minutos en reaccionar, pero finalmente elevó su mirada y la clavó en el rostro de la muchacha.

—No quiero ver a nadie —expresó con hastío.

La joven se frotó las manos con nerviosismo, mientras se mordía el labio inferior. Sabía que no era buena idea contrariar a la señora, podía acarrear una reprimenda por parte del señor Archibald, que se caracterizaba por su mal genio. Y a pesar de ello insistió.

—Señora, perdone, pero el señor Quinn ha insistido mucho en reunirse con usted. Dice que tiene novedades y que no se irá de aquí hasta que no hable con usted.

Evangeline se incorporó al escuchar el apellido. Hacía años que no había vuelto a saber nada de aquel hombre y su sorpresiva aparición logró que su corazón se acelerase. Con un ímpetu que la había abandonado hacía tiempo, dejó la silla que había ocupado hasta entonces y se dirigió a la doncella, que la observaba sorprendida.

—Hazle pasar —dijo con voz firme.

—Claro, señora —replicó la joven antes de hacer una leve reverencia y salir por la puerta.

Pocos minutos después Ferbus Quinn entró en la estancia. Sin ser consciente de ello jugueteaba con su sombrero entre sus dedos. Estaba eufórico y no lo podía evitar. Hacía unas semanas, mientras investigaba otro caso, un nombre surgió en un telegrama que le había enviado un informador. Durante días, aquel nombre se coló en su cabeza amenazando con volverlo loco, pero no fue hasta unos días después cuando descubrió el porqué. Aquel nombre le llevó directamente al pasado, al caso de los Archibald. La tragedia se había cebado con aquella familia, pensó apenado, pero como había aprendido en su profesión a lo largo de los años, la desgracia no discriminaba entre pobres y ricos.

—Señor Quinn, cuánto tiempo —dijo Evangeline, situada en el centro de la sala. Permanecía erguida, con las manos entrelazadas.

—Sí, señora Archibald, demasiados años —contestó Ferbus volviendo al presente.

—Por favor, siéntese —solicitó la anciana señalando un apartado en una esquina de la sala, que constaba de dos butacas y una mesa baja de mármol—. ¿Quiere tomar algo? —preguntó, sin olvidar las normas de educación que le había enseñado su madre siendo una niña, a pesar de que su corazón latía aceleradamente.

—No, se lo agradezco, señora Archibald.

—Como guste, señor Quinn. Ahora, por favor, cuénteme el motivo de su visita. Si mal no recuerdo, hace años decidió que abandonaba mi encargo porque no se podía avanzar más.

Ferbus no se sorprendió al escuchar las palabras directas de la anciana. Durante el tiempo que habían mantenido trato, tras largas conversaciones, había llegado a conocer a aquella mujer. Incluso había llegado a admirarla.

—Así es, señora Archibald, pero sin buscarlo he encontrado una nueva pista.

—¿Una nueva pista? —preguntó Evangeline a media voz, mientras se adelantaba en el asiento para acercarse más al señor Quinn. Sus ojos se habían abierto ampliamente y estaban fijos en él.

—Sí.

—¡Por el amor de Dios! Hable de una maldita vez —dijo Evangeline perdiendo los estribos. Hacía demasiado tiempo que había perdido la esperanza de encontrar a sus nietas, desaparecidas cuando apenas contaban unos meses de vida.

—Señora, no es mucho —la alertó Ferbus, no quería que se hiciera demasiadas ilusiones—. Solo he encontrado un cabo del que tirar, lo que no quiere decir que lleguemos a encontrar a las niñas.

—¿Y entonces? —preguntó Evangeline confusa.

—Antes de retomar el caso quería saber si usted sigue interesada en este asunto —expresó Ferbus con seriedad. Quizás la anciana ya había renunciado a la búsqueda después de casi dos décadas.

—Ni lo dude, señor Quinn —replicó Evangeline con nuevos bríos, notando como si su viejo cuerpo hubiera rejuvenecido varios años—. No solo deseo que siga, si no que se lo exijo. Y por el dinero...

Ferbus elevó su mano y cortó las palabras de la señora Archibald con un gesto tajante.

—Señora, sabe tan bien como yo que esto ya no es cuestión de dinero, que se convirtió en algo personal para mí desde el mismo momento en el que usted me relató lo sucedido.

Evangeline notó el escozor de las lágrimas en sus ojos, emocionada con las palabras de aquel hombre, que durante mucho tiempo se convirtió en un confidente.

—Gracias —dijo agradecida mientras alargaba su mano, que él tomó entre sus dedos con los que le dio un pequeño apretón, intentando infundirle ánimos.

Capítulo 8

Cassie Chandler esperaba su turno para ser atendida en el mostrador del colmado. Megan Sheridan, una joven pequeña pero con mucho ímpetu, atendía en aquel momento a la señora Morristown, la esposa del pastor.

La joven de cabello oscuro y ojos marrones empezaba a inquietarse por la demora, mientras golpeaba imperceptiblemente con su botín el suelo de madera, causando un sonido sordo en el silencio reinante, solo interrumpido por la diarrea verbal de la señora Morristown mientras Megan almacenaba frente a ella el pedido solicitado. Cassie atrapó el pequeño colgante en forma de hoja que prendía de su cuello, y jugueteó con él como tantas otras veces a lo largo de su vida.

Cuando la señora Morristown abandonó el establecimiento, el sonoro suspiro de la joven hizo sonreír a Megan, que al fin pudo decir lo que pensaba, como era su costumbre.

—Esta mujer es más pesada que los sermones de los domingos de su marido.

—¡Megan! —exclamó Cassie—. No digas eso.

—¡Oh, vamos!, seguro que tú piensas de la misma forma. Además —añadió, mientras hacía un gesto con sus manos, creando un círculo a su alrededor—, estamos solas.

—Tienes razón —aceptó Cassie con una sonrisa—, y me gustaría que me contaras ese rumor que corre sobre la señorita Glover, pero Justin necesita con urgencia vendas para el consultorio.

—Cassie, ese marido tuyo trabaja demasiado, ¿para cuándo los retoños? —fisgoneó, mientras buscaba lo solicitado en un estante a su espalda.

—Megan, solo hace unos meses que nos casamos —contestó con las mejillas coloreadas por el rubor, mientras cogía el paquete que su amiga le entregaba tras pagar lo acordado.

—Haz lo que quieras, pero yo no tardaría demasiado —le aconsejó.

—Gracias, Megan —contestó Cassie —, intentaré seguir tus consejos, pero no te prometo nada.

—Vale, preciosa, nos vemos mañana en la reunión de mujeres. Creo que la señora Colton tiene pensado enseñarnos a bordar —dijo con anticipación.

Cassie salió al exterior del colmado, que mostraba parte de su género en el exterior. Bajó los dos escalones del porche que lo separaban de la polvorienta calle y oteó ambos lados de la misma con precaución antes de cruzar para llegar a su casa, que estaba a pocos pasos.

Como esperaba, encontró a su marido terminando de suturar la herida de uno de los vaqueros del rancho W, que había caído del caballo. Cassie le observó, mientras él no se percataba, y disfrutó de la belleza de los rasgos duros de su rostro, concentrado en la piel lacerada del paciente.

Justin dio la última puntada a la carne dolorida y levantó la mirada para encontrarse con el rostro de su esposa. No pudo evitar sonreír, a pesar de las circunstancias, al ver su mirada angustiada, fija en la herida. Con esfuerzo dejó de estudiarla, tenía que ocuparse de Mark, que permanecía inconsciente gracias al láudano que le había suministrado.

—¿Dónde fuiste a comprar las vendas? —preguntó, mientras se lavaba las manos en el aguamanil, sorprendiendo a su esposa.

—Tuve que esperar a que Megan atendiera a la señora Morristown.

Justin silbó sonoramente al escuchar aquel apellido.

—Menos mal que tenía bastante hilo —comentó con humor.

—¿Cómo esta Mark? —preguntó Cassie, preocupada por el joven al que su marido colocaba una compresa fría sobre la frente para aliviar su calentura.

—Si pasa la noche sin que suba la fiebre, se recuperará sin problemas.

—¿Y cómo sucedió? —preguntó la joven, fijando la mirada en los ojos de su esposo.

—Estaba intentando domar a un potro salvaje cuando el animal se encabritó, tirándole al suelo y cayendo sobre su pierna.

—¡Dios mío! —exclamó, angustiada al imaginar la escena.

Justin se aproximó a su esposa y la atrapó entre sus brazos antes de hablar.

—Mi amor, eres demasiado sensible para ser la mujer de un médico.

Cassie se perdió en la mirada verde del hombre al que amaba.

—No olvides que mi padre también lo es, y aun así no deja de impresionarme el dolor.

Su esposo acalló sus palabras atrapando sus labios en los propios con deleite, como había deseado hacer desde el mismo momento que entró en la consulta, siempre le pasaba lo mismo. Finalmente y, a regañadientes, se apartó de la cercanía de su cuerpo porque tenía a un paciente inconsciente en la camilla, y no le parecía correcto a donde les podían llevar aquellas gratificantes caricias.

—Lo siento, mi vida —dijo mientras la empujaba hacía la puerta que conectaba con la vivienda—, pero creo que deberías sacar el pan que dejaste en el horno.

—¡Dios Santo! Se me había olvidado por completo —exclamó la joven mientras se llevaba las manos a las mejillas y salía corriendo en la dirección que le había indicado su esposo. Cuando Justin le había pedido las vendas, se había olvidado por completo de la masa que había puesto poco

antes a hornear.

Justin la vio salir atropelladamente y no pudo evitar sonreír. Hacía apenas seis meses que se habían casado y desde entonces se sentía el hombre más feliz del mundo. Los malos momentos vividos en la guerra habían quedado atrás y ante sus ojos solo se presentaba un futuro repleto de alegrías junto a la mujer que amaba.

Angus mojó la pluma en el tintero nuevamente y rubricó el último documento del montón que había dejado Miles, su secretario, sobre el escritorio. Organizó las hojas y las volvió a dejar en una esquina de la superficie y se recostó sobre el sillón de cuero antes de dejar a su mirada perderse a través de la ventana.

Desde su oficina, situada en la planta superior del edificio Archibald, empresa de exportación que fundó su primo Alfred en 1838, tenía unas vistas fantásticas de la bahía de San Francisco. Aún le costaba acostumbrarse al cambio de nombre que se produjo cuando el capitán [John B. Montgomery](#) llegó a [Yerba Buena](#) para reclamarla dos días después. Yerba Buena fue renombrada San Francisco al año siguiente, en 1847.

Hacía tres años que se había instalado allí, cuando el ferrocarril *Central Pacific* comenzó la construcción de la vía férrea que uniría la bahía de San Francisco con el Este. Su amistad con [Clark Durant](#), principal accionista y vicepresidente del ferrocarril *Union Pacific*, le fue de gran ayuda a la hora de comprar bonos del gobierno al 6% de interés anual de las empresas *Union Pacific Railroad* y el *Central Pacific Railroad*. Por no hablar de las tierras que compró por una miseria vendiéndolas luego al Estado a muy buen precio para la línea férrea. Los chivatazos de Durant habían sido de gran ayuda, aunque todo tenía un precio, como el préstamo que el banco Archibald tuvo

que hacer a Durant en sus comienzos.

Lo más difícil había sido delegar en su hijo la dirección del banco Archibald, situado en Baltimore y que había pertenecido a la familia desde hacía varias generaciones. Pero pasado el tiempo era consciente de que había merecido la pena el sacrificio de haberse mudado a aquel pequeño poblado. Eso también le había permitido controlar a su tía, logrando unos años antes que dejara la idea de encontrar a sus nietas desaparecidas tras la trágica muerte de su hijo.

Lamentablemente, unas semanas antes había descubierto que su tía parecía dispuesta a reemprender aquella locura de la búsqueda de sus nietas, y desde entonces apenas podía dormir. Toda la culpa era del señor Quinn, aquel maldito investigador privado de tercera que había contratado Evangeline tras la desaparición de las niñas, únicas herederas del patrimonio familiar tras el trágico accidente que había sesgado las vidas de sus progenitores. Ahora se arrepentía de no haberse deshecho de él como le había aconsejado Bradley, pero ya no valían arrepentimientos.

Unos golpes en la puerta le sobresaltaron y con voz agria indicó a quien allí se encontraba que entrara. Se sorprendió al descubrir a Jasper Bradley, al que escasos segundos antes tenía en la cabeza.

—Buenos días, Bradley, te esperaba hace semanas —dijo, mientras le indicaba con un gesto de mano que se sentara frente a él.

Bradley no se pronunció, ni tan siquiera se molestó en dar los buenos días, la cortesía no era uno de sus fuertes. Caminó con parsimonia hasta el lugar indicado y se dejó caer despreocupadamente sobre la silla tapizada de terciopelo color burdeos.

—Estaba ocupado —expresó antes de dar una larga calada al puro que colgaba de sus labios y apagándolo después en el cenicero sobre la mesa—, tengo un negocio que atender, por si no lo recuerdas.

Angus clavó su mirada en aquel rostro, e inevitablemente la cicatriz que lo surcaba captó toda su atención. Le pasaba siempre que tenía a ese hombre frente a sí. Claro que sabía que tenía un negocio, y muy próspero gracias a las tierras que él mismo le había conseguido. No le había salido barato comprar su silencio sobre el asunto que le había encargado casi dos décadas antes, y eso que no había llegado a cumplir, pero pronto aprendió que Jasper Bradley era demasiado peligroso para tenerlo como enemigo.

—Archibald, ¿qué quieres? —insistió Bradley, disfrutando del nerviosismo que denotaba el cuerpo tenso de su interlocutor.

—Tengo un problema, y el único que puede ayudarme eres tú —soltó Angus atropelladamente—. Necesito que acabes lo que empezaste hace años.

Bradley frunció el ceño, confuso. Hacía años que el banquero había decidido dejar aquel asunto, tras años de búsqueda infructuosa de sus sobrinas. No podía negar que aquel asunto había llegado a obsesionarle durante largos años, y no era para menos porque en su larga carrera como asesino a sueldo era el único caso en el que había fracasado. Pero cuando la tía de Archibald se dio por vencida, Angus decidió renunciar, dando por zanjada la cuestión. En ese tiempo él había emprendido una nueva aventura convirtiéndose en un próspero ranchero, temido y admirado a partes iguales, y no estaba seguro de querer abandonar la cómoda vida que ahora llevaba.

—Mire, Archibald, ahora soy un hombre honrado —dijo clavando su intensa mirada en su rostro, disfrutando al ver que el banquero apretaba los labios formando una fina línea—, y no tengo intención de dejar mi rancho para recorrer nuevamente el país.

—Lo entiendo —replicó Angus, sabiendo que tendría que apostar fuerte si quería que Bradley volviera a trabajar para él. Podía buscar a cualquier otro, pero sabía que él era el mejor. A parte, no le interesaba poner al tanto de la situación a un tercero que le chantajeara como había hecho el

propio Bradley—, pero tengo algo que ofrecerle que no podrá rechazar.

Bradley achicó los ojos y se acarició la barbilla, pensativo.

—¿Y de qué se trata? —preguntó con cautela.

—Tengo bonos del gobierno de las empresas *Union Pacific Railroad* y el *Central Pacific Railroad*. Supongo que sabes que ambas están construyendo desde hace unos años el [primer ferrocarril transcontinental de Estados Unidos](#).

No le pasó desapercibido el brillo de interés que se encendió en los ojos de Bradley. Estaba claro que había llamado su atención.

—Podría interesarme —expresó Bradley, intentando aparentar tranquilidad.

Angus cogió una hoja en blanco y escribió una cifra en la misma, antes de colocarla frente a Bradley, que la cogió y la leyó.

—Esas serían las ganancias anuales que conseguirías si llegamos a un acuerdo —dijo Angus, seguro de haber logrado su objetivo: ganarse el interés de Bradley.

—Quiero el doble de bonos —expresó Bradley, como si se tratara de una jugada de póker. Pudo ver la ira reflejada en el rostro de Archibald, pero no se amilanó—. Lo toma o lo deja —añadió, dispuesto a abandonar su silla y salir de aquel despacho si era necesario.

Angus apretó los puños, situados sobre sus rodillas y deseó mandar al infierno a aquel tipo al que despreciaba, pero sabía que tenía que ceder si no quería perder todo lo que tanto trabajo le había costado lograr.

—Usted gana, el doble —pronunció con esfuerzo.

Bradley sonrió ampliamente tras haber conseguido su objetivo.

—Está bien, pero esta vez lo haremos a mi manera. Y lo primero que haré será deshacerme de ese maldito investigador. Espero que a partir de ahora me haga caso cuando le digo algo.

Angus rechinó los dientes pero asintió con un gesto de cabeza.

—Y quiero un adelanto de dinero para comenzar la búsqueda.

—Por supuesto —respondió Angus acalorado, notando que su corazón se resentía por la tensión.

Capítulo 9

Cassie tiró de las riendas y obligó al tiro de caballos que arrastraba su carro a cambiar de dirección e internarse en el camino de entrada del rancho Gallagher. Aparcó frente a la casa y descendió del mismo. Después rebuscó en la parte trasera la cesta de mimbre, colgándola de su brazo antes de caminar con brío hasta la casa. Llamó a la puerta, pero al no recibir respuesta insistió, segura de que Elaine no podía andar muy lejos, ya que la pequeña Faith jugaba con su perro. La niña le lanzaba un palo y el juguetón animal lo rescataba y corría hasta la niña para devolvérselo.

—Elaine —la llamó, en un último intento, y finalmente la puerta se abrió.

—Cassie, no te esperaba —dijo Elaine con una sonrisa—. Menos mal que eres tú —añadió, aliviada.

Cassie arrugó su frente al escuchar las palabras de su cuñada, y finalmente pronunció la pregunta que surgía en su cabeza mientras entraba en la casa.

—¿A quién esperabas? —indagó, mientras dejaba la cesta sobre la mesa y clavaba su mirada en Elaine, que comenzó a frotarse las manos con nerviosismo.

—A nadie —mintió, no quería preocupar a Cassie.

—Elaine, no se te ocurra mentirme, nos conocemos bien.

La aludida pensó que no tenía sentido seguir negándolo, el ceño fruncido de Cassie se lo impidió. Derrotada, se dejó caer sobre una silla y colocó los codos encima de la mesa para apoyar su barbilla sobre las palmas de sus manos.

—Se trata de Emerson. Últimamente se presenta en el rancho con

cualquier excusa —confesó pesarosa.

Cassie abrió los ojos ampliamente y tomó asiento frente a su amiga. El tema de Emerson no era nuevo. Aquel hombre había ayudado mucho a Elaine en los peores momentos. En tiempos de guerra eran pocos los hombres que se habían librado de ir a batallar. Emerson era uno de ellos por su cojera y durante lo que duró aquella contienda fue gracias a él que el rancho sobrevivió. A Cassie nunca le gustaron las libertades que aquel hombre se tomaba respecto a su amiga.

—Elaine, siento decirte que te lo dije. No debiste aceptar su ayuda. Ese hombre lleva mucho tiempo enamorado de ti.

—¿Y qué querías que hiciera? —interpeló Elaine frunciendo el ceño.

Cassie sabía que en el fondo Elaine tenía razón, pero también sabía que su amiga no sentía nada por aquel hombre, aunque estuviera muy agradecida con él por la ayuda que le había prestado. No le gustaría estar en la piel de su amiga, pensó con tristeza.

Elaine se sentía frustrada con la situación. En aquel entonces no había tenido demasiadas opciones con su marido muerto y Justin desaparecido. No le había quedado más remedio que aceptar la ayuda de su vecino porque no solo podía pensar en ella, si no en la pequeña que dependía de ella. Pero la aceptación de aquella ayuda por su parte tenía consecuencias. Nunca había alentado los avances de Emerson, pero él creía erróneamente que tenía ciertos derechos sobre su persona.

—Elaine, entiendo la encrucijada en la que te encuentras, pero deberías dejarle las cosas claras antes de que aparezca por esa puerta —dijo señalando la entrada de la casa—, con una propuesta de matrimonio.

Elaine se frotó la frente y cerró los ojos por unos instantes. Estaba demasiado cansada y los problemas se acumulaban, pero no quería preocupar a su hermano y su cuñada. Se merecían disfrutar de su nueva vida como

marido y mujer. Parecían tan felices, cosa difícil en los tiempos que corrían tras una larga guerra que había truncado las vidas de muchas personas, que no quería enturbiar la nube en la que se encontraban con sus problemas.

No podía confesarle que Emerson más que visitarla la acosaba y se comportaba como si fuera su marido y tuviera derecho sobre ella. No era fácil tratar con esa situación, y en un par de ocasiones había intentado besarla, por lo que procuraba estar siempre con su hija para que él se coartara.

—Lo sé —expresó finalmente—. ¿Quieres un café? —ofreció, deseando cambiar de tema.

Cassie clavó su mirada en el rostro cansado de su cuñada. Sabía que había algo más, pero no quería presionarla. Más tarde ya hablaría con Justin sobre el asunto.

—Claro, no me vendría mal —respondió, dibujando una sonrisa en sus labios—. He traído pan y un bizcocho —dijo mientras quitaba el paño que cubría la cesta y comenzaba a sacar viandas.

—No tenías por qué molestarte —dijo Elaine mientras colocaba la cafetera sobre el fogón.

—Claro que sí, además, sé que a Faith le encantan mis bizcochos.

—Sí, es verdad —asintió Elaine con una leve sonrisa—. No está muy acostumbrada a los dulces —añadió con cierta tristeza. El dinero con el que contaba era escaso y no podía gastarlo en fruslerías.

—Había pensado que este domingo podrías venir a comer a casa —dijo Cassie esperanzada, porque Elaine siempre encontraba alguna excusa para negarse—. Es mi cumpleaños —añadió, consciente de que Elaine estaba a punto de rechazar su invitación.

Elaine quería negarse, le incomodaba estar con su familia, aunque eso a la vez la hiciera sentirse culpable. Estar rodeaba de tanta felicidad, cuando ella se sentía en un continuo estado de tristeza, la asfixiaba. Por no hablar de

que temía que su hermano, al que intentaba evitar a toda costa en los últimos tiempos, leyera en sus ojos lo que pretendía ocultar. Justin parecía tener la habilidad para leer en los rostros de los que le rodeaban lo que sentían. Suponía que se debía a su profesión.

—Eli, por favor, hazlo por mí —rogó Cassie, mostrando aquella expresión que derretía a cualquiera.

—Está bien —aceptó finalmente, consciente de que no podía negarse—. A Faith le encantará ver a tu padre. ¿Cómo se encuentra?

—Bueno, ahora que ha dejado el consultorio en manos de Justin está más relajado. Ha preparado un pequeño huerto en el terreno detrás de la casa y parece que disfruta cultivando verduras. ¡Quién lo iba a decir! —expresó Cassie con humor.

Elaine sonrió al imaginar al anciano trabajando con la tierra. Estaba a punto de soltar un comentario gracioso, de esos que solo se hacen las amigas que se conocen demasiado bien, pero se vio interrumpida por la intempestiva llegada de Faith, que al ver a Cassie corrió hasta ella y se tiró a sus brazos.

—¡Tía Cassie! —exclamó mientras besaba su mejilla—. No te he visto llegar.

—Estaba muy entretenida con Toby —replicó la aludida besando la coronilla de la niña.

Faith frunció el ceño y se cruzó de brazos, morruda.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó su madre preocupada al ver su expresión.

—Ese perro es muy desobediente. Le he pedido que suba conmigo a la casa del árbol pero no ha querido.

Elaine y Cassie no pudieron evitar estallar en sonoras carcajadas al escuchar las palabras de la niña.

Cassie se acercó al colmado para realizar algunas compras de última hora. En la mañana había hecho recuento de lo que había en la alacena y descubrió que le faltaban las patatas que quería asar junto al pollo que le había vendido el día anterior la señora Lewis para el domingo.

Megan la recibió con una amplia sonrisa al verla entrar.

—Ya te echaba de menos —dijo mientras se acercaba hacia Cassie y la abrazaba con cariño.

—Y yo a ti, por cierto, tengo que hablarte sobre Robert —dijo en alusión al hijo mayor de Megan—, últimamente está muy revoltoso.

Megan suspiró pesadamente y en su rostro se denotó el agotamiento.

—Lo sé, en casa está igual. Cuando le mando una tarea se niega, y eso solo logra alborotar a sus hermanos y que le imiten.

—Pues tendremos que hacer algo al respecto... —Sus palabras se vieron silenciadas cuando una voz masculina sonó a su espalda, sobresaltando a ambas mujeres.

—Buenos días, señoras —anunció Bradley, dibujando con esfuerzo una sonrisa en sus labios. Sus facciones no estaban acostumbradas a aquel gesto.

Cassie, que aún no se había girado, se sorprendió por la expresión que reflejaba el rostro de Megan. El espanto que mostró la obligó a voltearse y se sorprendió al encontrarse con el sujeto que había hablado.

Era un hombre alto y vestido completamente de negro. Sobre su cadera colgaba una cartuchera donde se podía distinguir el brillo de un arma de grandes dimensiones. En el pueblo no estaban acostumbrados a tratar con ese tipo de gente, un pistolero, que era lo que indiscutiblemente parecía. Pero lo que de verdad logró que un escalofrío recorriera su cuerpo fue observar su rostro frío, donde una enorme cicatriz recorría su mejilla derecha.

—Buenos días —logró balbucear, más por educación que por otra cosa.
—¿Qué desea? —preguntó Megan, más recuperada de su estado de estupor.

—No, por favor, atienda primero a la señora —dijo Bradley, clavando su mirada en la joven—, estaba primero.

—No se preocupe —insistió Megan, deseando que aquel hombre desapareciera de su tienda cuanto antes—, a mi amiga no le importará.

—No sería justo —atajó Bradley, molesto por la insistencia de la tendera.

—No se preocupe —intervino Cassie, con la misma necesidad que su amiga—, estoy esperando a que traigan parte de mi encargo —mintió, agradeciendo que su mente hubiera encontrado una mentira plausible.

Bradley aceptó con un gesto de cabeza y se aproximó al mostrador tras el cual ya se encontraba la propietaria.

—Usted dirá —dijo Megan, mientras inconscientemente se mesaba las manos.

—Me gustaría comprar algunos metros de tela para un vestido de mujer —dijo Bradley, sorprendiendo a las mujeres, que nunca se hubieran esperado que aquel hombre solicitara ese tipo de artículos—. Quiero algo especial, no me importa el precio.

—Por supuesto —replicó Megan, caminando diligentemente al fondo del local, donde se encontraban los rollos de tela.

Cassie decidió ignorar a aquel hombre, aunque podía notar su mirada fija en su persona. En un gesto inconsciente tiró de la gargantilla que rodeaba su cuello y sacó el colgante en forma de hoja con el que comenzó a jugar.

A Bradley no le pasó desapercibido aquel gesto, y cuando clavó su mirada en el adorno con el que aquella joven jugueteaba sintió que su corazón daba un vuelco. «Es ella», se dijo convencido. Recordaba

perfectamente cuando Archibald le describió dicho objeto, que era la confirmación de que aquella chica, a la que había encontrado gracias al informe que le había robado a Ferbus antes de acabar con su vida, era una de las hermanas desaparecidas.

—Señor, aquí tiene el mejor que tenemos —dijo Megan, colocando tres pesados rollos de tela sobre el mostrador—. Con la guerra es difícil encontrar tejidos en condiciones —se excusó con las mejillas arrojadas.

Bradley apartó la mirada de Cassie y se centró en la dependienta. C cogió la punta de uno de los rollos y comprobó su tacto, sin importarle el color pidió varios metros y tras pagar salió del establecimiento sintiéndose pletórico.

Megan tardó unos segundos en recuperar el habla.

—Ese hombre parece que ha salido del mismísimo infierno.

—Megan, no digas esas cosas —replicó Cassie santiguándose.

—No me gusta —insistió Megan—, creo que deberíamos alertar al Sheriff Rafferty de su presencia.

—Oh, por favor, Megan, no seas exagerada. Será un forastero que está de paso.

Megan observó a su amiga y frunció el ceño.

—Recuerda que la última vez que hubo una reunión en el ayuntamiento, cuando acabó la guerra, Rafferty nos indicó que le avisáramos si alguien extraño pisaba el pueblo. Es por nuestra seguridad.

—De verdad, haz lo que quieras —respondió Cassie, no demasiado interesada en aquel asunto. Tenía una decena de cosas por hacer.

—Vale, pues dime qué te pongo —dijo Megan, volviendo su atención a su negocio, que era el que le daba de comer.

Cassie se sintió agradecida de cambiar de tema. No quería pensar más en aquel tipo que había logrado que un escalofrío recorriera su cuerpo.

—Es un encargo grande.

—No te preocupes, mandaré a Tommy que te lo lleve a casa.

—Gracias, Megan. Ponme cinco kilos de patatas, uno de harina....

Bradley permanecía agazapado en un callejón, sin apartar la vista de la puerta del colmado. Tras unos minutos de espera se vio recompensado al ver salir a la joven y con mucho disimulo la siguió hasta la casa adosada al consultorio médico. «Ya te tengo, cielo», se dijo antes de dirigirse al pequeño restaurante que había visto a su llegada para saciar su estómago, que parecía protestar tras horas sin sustento.

Capítulo 10

Justin sonrió ampliamente antes de mover su reina sobre el tablero de ajedrez para exclamar triunfalmente:

—¡Jaque mate!

Nathan frunció ligeramente el ceño, pero no se enfadó y aceptó su derrota. Tenía que felicitar a su yerno por su jugada, era un digno rival.

—Magnífica jugada —dijo antes de extender su mano para estrechar la del joven—. El alumno ha superado al maestro —expresó guiñándole un ojo.

—No diga eso, Nathan, usted es el mejor jugador que he conocido.

—¿Otra partida? —preguntó Nathan esperanzado.

—No puedo, he quedado en ir a recoger a Cassie a la escuela. Hoy ha hecho una pequeña celebración para los niños. Recuerde que el domingo es su cumpleaños.

—Por supuesto, ¿cómo me iba a olvidar del cumpleaños de mi pequeña? —dijo con dulzura—. ¿Y cómo es que aún está en la escuela? —preguntó curioso.

—Ya sabe cómo es —comenzó Justin mientras abandonaba su asiento y se ponía la chaqueta que había rescatado del respaldo—. No saldrá de ahí hasta que no deje todo bien recogido.

—Así es mi Cassie, ordenada como nadie —declaró con orgullo mal disimulado mientras acompañaba a Justin hasta el porche.

Justin cogió las riendas de su caballo y montó sobre la grupa antes de obligar al animal a girarse. Con un gesto de mano se despidió de su suegro. Estaba a punto de abandonar el pueblo, con la intención de dirigirse a la escuela, situada a las afueras del pueblo, cuando se encontró con el Sheriff Rafferty.

—Buenos días, *Doc* —saludó alegremente el agente de la ley.

—Buenos días, Rafferty. Vamos bien, esta semana no he tenido muchos pacientes. Supongo que eso es un buen síntoma —comentó con humor.

—¿Y cómo está Cassie? —preguntó amablemente, sabía que su amigo adoraba a aquella mujer.

—Muy bien, tan activa como siempre, ya la conoces. Ahora iba a recogerla.

—Bien, felicítala de mi parte — dijo Rafferty, sorprendiendo a Justin.

—Por supuesto que lo haré —replicó antes de mover las riendas para seguir su camino sin olvidar despedirse del Sheriff con un gesto de mano.

El último niño, Matt, salió por la puerta de la escuela dejando a Cassie y Elaine solas. Faith las esperaba en el exterior, aprovechando que el columpio que colgaba del árbol situado junto al edificio estaba libre, no como el resto de mañana, que era cuando tenía que competir con sus compañeros para robar unos minutos de juego y diversión en el mismo.

—¡Madre mía, cómo lo han dejado todo! —exclamó Elaine observando a su alrededor, comprobando que la amplia sala, donde habían juntado los pupitres de los chicos para formar una gran mesa, estaba hecha un desastre.

—Son niños —excusó Cassie con una sonrisa—. Pero no te preocupes, yo me encargaré.

—De eso nada, me he quedado para ayudarte, y eso es lo que pienso hacer.

—Pero Faith.... —intentó rebatir Cassie. Elaine la cortó con un gesto de mano logrando que frenase su parlamento.

—Faith está perfectamente jugando fuera. Le fascina el columpio, incluso le ha pedido a Justin que le cuelgue uno en el manzano junto al granero.

—Me lo contó, ya ha comprado lo necesario para instalarlo.

—No tenía que haberlo hecho —rezongó Elaine—, ya tiene bastante con su trabajo. Debería dedicarte a ti su tiempo libre.

—Vamos, Elaine, no digas tonterías. Además, Justin está encantado, le gusta pasar tiempo con Faith.

Elaine dejó su acción de recoger los platos de hojalata en los que los niños habían degustado el rico bizcocho que Cassie había preparado y clavó su mirada en el rostro de su cuñada antes de soltar la pregunta que quemaba su lengua.

—¿Eso quiere decir que estáis buscando familia? —preguntó con la ilusión reflejada en su rostro.

Cassie sintió como sus mejillas se coloreaban y una sonrisa se dibujaba en sus labios. No podía mentirle, a Elaine no.

—Sí, estamos deseando ver corretear un pequeño por la casa.

Elaine dejó los platos sobre una mesa y se acercó hasta su amiga antes de abrazarla fuertemente.

—Me alegro mucho, cielo. Me hace muy feliz ser tía.

—Bueno, con tiempo —dijo Cassie apartándose de su cuñada—, y ahora sigamos con esto, Justin vendrá pronto a recogerme.

—Por supuesto.

Jasper Bradley había seguido a la joven tras verla salir de la casa y celebró su buena suerte al descubrir que se dirigía a la escuela, un lugar apartado para llevar a cabo lo que tenía planeado, pero tendría que esperar a que los mocosos que comenzaron a llegar acabaran su jornada escolar.

Llevaba una semana estudiando las rutinas de Cassie Chandler, y no le había sido difícil descubrir todo sobre su vida, como que era la profesora del pueblo y que se había casado con el doctor Chandler hacía menos de un año.

Varias horas después, y cansado de esperar, se sintió agradecido cuando la otra joven, la hermana del médico, salió del edificio y llamó a la niña antes de montar en su carro y emprender el camino, y solo respiró cuando el carro fue un punto en el horizonte.

«Ha llegado la hora», se dijo levantándose del tronco en el que había pasado sentado gran parte de la mañana. Volvió a otear a su alrededor para comprobar que no había nadie a la vista y se tomó unos minutos, preparándose para el momento que llevaba esperando desde hacía demasiado tiempo. Antes de dirigirse al edificio sacó la navaja de su bolsillo y acarició la hoja con las yemas de los dedos. Una sonrisa diabólica se dibujó en sus labios antes de abandonar su escondite.

Cassie colocó el último pupitre en su lugar, satisfecha al ver que todo estaba en orden, y eso hizo que su cuerpo se relajara. Pero exigente como era, decidió revisar la lección que quería dar a los niños durante la siguiente semana. Estaba tarareando, mientras ojeaba el libro de texto, cuando escuchó un crujido en el suelo e imaginó que se trataba de Justin, pero cuando elevó la mirada, con una enorme sonrisa iluminando su rostro, su gesto quedó congelado al descubrir que no se trataba de su esposo. Ante sí estaba aquel extraño hombre que días antes había estado en el colmado de Megan. Como un resorte abandonó su silla e inconscientemente dio varios pasos atrás, hasta que finalmente su espalda dio con la pared.

—¿Qué hace usted aquí? —pronunció con esfuerzo, consciente de cómo aquel hombre se aproximaba a ella.

—He venido a por ti —respondió Bradley disfrutando del rostro de la joven, acuciado por el temor.

—¿Qué quiere de mí? —insistió Cassie, incapaz de moverse.

El silencio se instauró entre ellos, solo roto por los pasos de Bradley mientras se aproximaba a la mujer, cuyo cuerpo temblaba como una hoja.

—Tu vida —dijo Bradley, disfrutando de la expresión aterrorizada de la joven, que parecía paralizada por el miedo.

Justin llegó a la explanada donde estaba situada la escuela y sonrió al ver el carro de Cassie perfectamente alineado con uno de los flancos del edificio. Habían acordado que iría a recogerla y luego irían a dar un paseo hasta el río. Ató su caballo en el porche y subió los escalones, sorprendido por el silencio reinante mientras se aproximaba a la puerta. A Cassie le encantaba cantar, era algo que se había convertido en una maravillosa rutina para Justin. Cuando llegaba a casa, tras un largo día de trabajo en la consulta, siempre le recibía el tarareo y la alegría de su mujer.

—Cassie ¿hoy no me deleitas con...?

Sus palabras murieron en sus labios al traspasar la puerta. Sus pies se quedaron anclados al suelo, su respiración se cortó súbitamente y su corazón se detuvo en su pecho. Sus ojos no podían apartarse del cuerpo inerte de la mujer a la que amaba, situado sobre un inmenso charco de sangre.

—Cassie —logró pronunciar con esfuerzo, antes de caminar hasta ella como un verdadero autómata. Se arrodilló a su lado, y con temor a dañarla la tomó entre sus brazos colocando su cabeza sobre su muslo. Sus ojos estaban desorbitadamente abiertos, mostrando una expresión aterrada. Cuando tocó su rostro con las yemas de los dedos percibió su frialdad. «No puede ser», se dijo, incapaz de asimilar que estaba muerta. Su mente racional le decía que así era, pero su corazón se negaba a aceptarlo. Sus ojos descendieron de su rostro a su pecho, cuya camisa había dejado de ser blanca, teñida por el carmesí de su sangre, las puñaladas habían desgarrado la tela.

—¡No, no, nooooo! —el alarido surgió de lo más profundo de su ser.

Rafferty permanecía en su oficina, acodado sobre la mesa mientras su rostro descansaba sobre las palmas de las manos. Todavía no podía creer que Cassie estuviera muerta. «Esto no puede estar pasando», se repetía una y otra vez desde hacía horas. Llevaba muchos años siendo agente de la ley en el pueblo que le vio nacer, pero nunca había sucedido nada parecido. La imagen del cuerpo ensangrentado de Cassie le atormentaría el resto de su vida, al igual que el rostro de Justin cuando llegó a la escuela tras el aviso de un vaquero que había pasado cerca y había escuchado sus gritos desesperados. Le costó un mundo soltarle del cuerpo inerte de su mujer. Era un asesinato salvaje el que había acontecido y aún no entendía el porqué, ya que ni Cassie ni Justin tenían enemigos, entonces ¿quién podía haber hecho algo semejante? ¿Por qué?

—Sheriff, tengo que hablar con usted —le sobresaltó una voz de mujer. No había escuchado a nadie entrar y cuando elevó su mirada y se encontró frente a Megan Sheridan se sintió confuso.

—Megan, ¿qué haces aquí tan tarde? —preguntó mientras se rascaba la cabeza—. No es un buen momento —añadió.

—Lo siento, pero esto no puede esperar —dijo Megan con el rostro desencajado y los ojos hinchados por el llanto.

—Megan, por favor... —intentó evadir la conversación, pero la mujer no parecía dispuesta a rendirse.

—Creo que lo que tengo que contarle podría ser de relevancia para el... —tardó unos segundos en seguir con su discurso— asesinato de Cassie.

Rafferty se tensó y dejó su postura relajada sobre la silla.

—¿De qué me estás hablando?

—Del forastero que pulula por el pueblo.

—¿Qué forastero? —preguntó confuso. Nadie le había hablado de aquel hombre.

La culpabilidad atravesó el pecho de Megan como un cuchillo. Ahora se arrepentía de no haber ido antes a hablar con el Sheriff, pero después de la aparición de aquel hombre en la tienda estuvo muy liada con el pedido que acaba de llegar del Este y luego se olvidó por completo del desconocido.

—Llegó hace aproximadamente una semana. No soy la única que le ha visto.

Rafferty apretó los puños sobre el escritorio, y hubiera deseado soltar un centenar de improperios, pero se contuvo antes de hacer la siguiente pregunta que quemaba en sus labios.

—¿Podrías describirle? —preguntó esperanzado.

—Era alto y delgado, completamente vestido de negro. Tiene una cicatriz que surca su mejilla derecha y su expresión me asustó. Aquel día Cassie estaba conmigo en la tienda —añadió, segura de que aquel dato podía ser relevante.

—¿Una cicatriz? —exclamó Rafferty

Su cerebro hizo un clip y con urgencia abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un montón de papeles viejos y polvorientos. Durante largos minutos buscó entre ellos, ante la mirada sorprendida de Megan, que no entendía la reacción del sheriff. Finalmente dio con lo que buscaba y apartó uno de los papeles que colocó frente al rostro de Megan.

—¿Es este hombre? —indagó con nerviosismo.

Megan tomó el papel entre sus dedos y lo estudió antes de contestar.

—Sí, es él —replicó segura.

Rafferty recuperó el cartel de se busca y clavó su mirada en él.

—Jasper Bradley —pronunció en voz alta.

Capítulo 11

Denver, Colorado, 1869.

Justin había llegado a la ciudad a primera hora de la tarde. Llevaba sobre su montura cerca de una semana y tras alquilar una habitación en el hotel Ralph se dirigió a uno de los baños públicos que abundaban en la ciudad. Disfrutó cerca de una hora de un buen baño y luego cruzó la calle para entrar en la barbería, donde se deshizo de la barba que le acompañaba hacía varios meses. De vuelta al hotel descubrió un pequeño restaurante donde sació su hambre con un guiso de ternera caliente.

Ya en su habitación se quitó las botas y se tumbó sobre el colchón. Entrelazó sus dedos tras la nuca y clavó su mirada en el techo mientras le daba vueltas al asunto que le había llevado a Colorado. La última información que había recibido sobre Bradley le había llevado hasta aquella ciudad y tenía la esperanza de no volver a perderle la pista. Llevaba cerca de un año detrás de aquel maldito cabrón y estaba deseando acabar con su vida lentamente, haciéndole sufrir como él había hecho con su amada Cassie. Solo recordar su cuerpo ensangrentado y sus ojos abiertos pero sin vida, le volvía a romper el corazón. «Ya falta poco», se dijo mientras cerraba los ojos e intentaba dormir algo.

El ambiente del *saloon* estaba en su máximo apogeo. La barra estaba abarrotada y la música se mezclaba con las conversaciones y risas de los clientes. Las chicas pululaban entre las mesas donde los jugadores observaban los naipes con expresión indescifrable. Justin entró y observó a su

alrededor buscando un rostro en concreto, uno con un largo tajo sobre su mejilla derecha. Finalmente se internó en el local y se dirigió a la barra donde pidió un vaso de whisky. Aposentó su codo sobre la barra y estudió el entorno que le envolvía.

—Hola, guapo. ¿Necesitas compañía? —preguntó una voz femenina a su lado.

Justin giró ligeramente la cabeza y clavó su mirada en el rostro en forma de corazón de la mujer. Era muy atractiva. Su cuerpo, repleto de curvas insinuantes, iba enfundado en un vestido de color turquesa. Sus turgentes pechos estaban a punto de salirse del ajustado corsé.

—Lo siento, pero no estoy interesado —respondió, apartando la mirada.

—Oh, vamos, no te hagas el duro —replicó la mujer, insistente, mientras acariciaba su antebrazo.

Justin suspiró pesadamente y volvió a prestar atención a la meretriz. Su mirada se cruzó con la de la joven, cuyo rostro demudó al ver la frialdad que lo dominaba. No necesitó gastar más saliva. La mujer se alejó de él despavorida y Justin se sintió agradecido.

Tras dos vasos más de whisky decidió integrarse en el ambiente que le rodeaba y optó por jugar una partida de naipes. Quizás allí escuchara una conversación que le iluminara sobre el paradero de Bradley. Tuvo que esperar a que una de las mesas quedara vacía y nuevos jugadores se animaran a comenzar otra partida. Mientras tanto oteó a sus posibles rivales, que esperaban como él.

En la oscuridad de la noche solo se escuchaba el constante repicar de las gotas de lluvia sobre los porches de la calle comercial. Había empezado a llover poco antes, pero la tormenta caía ya con furia sobre la ciudad de

Denver. Los pasos de Shannon fueron amortiguados por el agua que calaba sus botas, pero no le prestó atención a sus pies fríos y siguió avanzando.

Su primo había salido un par de horas antes de la modesta pensión donde se habían instalado y aún no había regresado. No le gustaba su tardanza. Imaginaba que había salido con la intención de pasar un buen rato con alguna de las chicas del *saloon* próximo. Entendía sus necesidades, pero temía que se metiera en algún lío como era su costumbre, por no hablar del dinero que gastaría y que no debían despilfarrar.

Hacía apenas dos días que habían llegado a la ciudad persiguiendo a Bradley, que desaparecía con demasiada facilidad. La gente de aquellas tierras era desconfiada por naturaleza y no había sido fácil hacer preguntas sobre aquel tipo. Se podía ver el miedo reflejado en los rostros de los parroquianos con la sola mención del temido pistolero, pero Shannon no le tenía miedo. Llevaba más de media vida buscando a ese hombre y no cejaría en su empeño de encontrarlo, aunque para ello tuviera que envejecer y arrugarse como una pasa sobre el lomo de su caballo.

No fue difícil localizar el *saloon* en cuestión. El bullicio reinante en el interior se propagaba a través de las puertas abatibles que daban acceso al local. Shannon se caló el sombrero sobre los ojos y se ajustó el cinto para comprobar que sus armas estaban en su lugar antes de entrar con paso firme.

Sus fosas nasales inhalaron el olor característico de whisky, tabaco y sudor que tan bien conocía. Sin dudar, se acercó hasta el mostrador de madera gastada donde un malhumorado camarero llenaba los vasos de unos tramperos repletos de pieles y que parecían haberse excedido con el alcohol. Con un simple gesto indicó que le sirviera una copa y el hombre no se demoró, demostrando su eficacia.

Al dar el primer sorbo notó cómo el líquido ambarino calentaba su garganta. No le gustaba demasiado su sabor, pero caldearía su cuerpo como

había hecho tantas veces. Con despreocupación apoyó el brazo derecho sobre la barra, y oteó la sala desde su posición. Se notaba que era sábado porque el local estaba abarrotado. Era el día predilecto de los vaqueros para evadirse de su duro trabajo. Llegaban de los ranchos para gastarse hasta el último penique de su sueldo semanal en tragos y mujeres.

Revisó la sala y descubrió a Caleb subiendo por la escalera con una despampanante rubia agarrada de su brazo. «Maldita sea», maldijo al percatarse de que tendría que esperar a que su primo acabase con la prostituta para marcharse. «No hay mal que por bien no venga», se dijo con una leve sonrisa. Nuevamente sus ojos otearon a su alrededor en busca de Bradley, pero no encontró nada. Finalmente se fijó en las mesas del fondo, donde varias partidas de póker se estaban sucediendo y decidió aprovechar el tiempo en algo beneficioso. «No nos vendría mal algo de dinero», se dijo mientras dirigía sus pasos hacia una de las mesas, donde estaba a punto de comenzar una partida.

Sin decir una sola palabra se sentó en la silla que quedaba libre. Como esperaba varios pares de ojos se fijaron en su persona, pero Shannon ni se inmutó, acostumbrada como estaba a que los rudos hombres por los que normalmente estaba rodeada juzgaran su aspecto.

—¡Eh, muchacho! —exclamó el que estaba situado a su derecha—. Esto no es un juego para críos —añadió antes de reírse sonoramente.

—No soy un crío —replicó Shannon, adoptando aquella voz masculina que tanto trabajo le había costado aprender.

—Aquí se juega por dinero —dijo el otro tipo, antes de dar una larga calada al puro que colgaba de sus labios.

Shannon no respondió, simplemente sacó una pequeña saca de cuero que dejó caer sobre la mesa y que provocó un sonido sordo. Fue entonces cuando elevó levemente la cabeza, cuyo rostro siempre procuraba ocultar

bajo el ala de su sombrero y clavó su mirada en el hombre que tenía frente a sí y que no había abierto la boca en ningún momento. Durante unos segundos no pudo apartar sus ojos de aquel rostro duro y masculino, pero a la vez demasiado atractivo. A su vez aquel tipo la observaba fijamente, provocando que un escalofrío recorriera su cuerpo. Asustada por aquella sensación, agachó nuevamente la cabeza y habló.

—¿Vamos a jugar al póker o me largo a gastar mi dinero con una de las chicas? —preguntó, logrando que sus compañeros de mesa y los que les rodeaban volvieran a carcajearse, todos menos el hombre de ojos verdes que seguía estudiándola con determinación.

—Por supuesto, chico —respondió el hombre del puro—. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó curioso.

—Con Shan bastará.

Una hora y media después la partida se había puesto de lo más interesante. Varios parroquianos se habían arremolinado en torno a la mesa, interesados por la cantidad de dinero que se jugaba en la misma. Era la última mano y la tensión se podía palpar en el ambiente. Los rostros de dos de los jugadores estaban tensos, no así el del joven y el hombre que le enfrentaba. Se repartieron las últimas cartas y el hombre del puro y el otro tiraron las cartas sobre la mesa para retirarse de la partida.

—Ha llegado el momento —dijo el hombre de ojos verdes, pronunciando la frase más larga que había expresado en toda la noche.

Shannon elevó nuevamente su mirada y asintió.

—Usted primero —dijo.

Una leve sonrisa, más parecida a una mueca, se dibujó en los labios de Justin al escuchar las palabras del joven. No podía negar que le intrigaba, sobre todo sus rasgos, que apenas había podido vislumbrar bajo la sombra del ala de su sombrero. Algo en aquel joven le inquietaba y había logrado que su

corazón se acelerara. Estaba claro que aquel muchacho delgado y pequeño ocultaba algo.

«¿Y a mí qué narices me importa?», se dijo molesto, mientras volvía a prestar atención a los naipes frente a sí. Había comenzado aquella partida como mero embuste para pasar desapercibido y poder interrogar a los tipos de aquel antro, con la esperanza de descubrir algo sobre Bradley. Pero se había dejado llevar por el juego y había demasiado dinero en la mesa como para desperdiciar la ocasión de llenar sus bolsillos. Y para su fortuna tres ases y dos nueves le acompañaban en aquella ocasión. Lo lamentaba por el *chico*, pero el dinero era el dinero.

Caleb se colocó la pistolera en torno a la cintura y ajustó la hebilla para acomodarla. Luego echó una última mirada a la joven de la larga cabellera rubia, que le sonrió seductoramente desde la cama, y dejó unos billetes sobre la mesilla antes de salir del dormitorio.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía relajado y no era una mala sensación. Llevaba cerca de dos años recorriendo el país en compañía de Shannon en busca del asesino de su madre, y en ese tiempo apenas habían tenido tiempo de descansar o de disfrutar de la vida. Aquella noche no había podido renunciar a un poco de esparcimiento. Sabía que cuando se encontrase con Shannon la joven pondría el grito en el cielo, pero él ya estaba cansado, muy cansado, de aquella búsqueda que no parecía tener fin.

Recorrió el pasillo apenas iluminado y llegó al alto de la escalera que daba al *saloon*. Se sorprendió por el revuelo que había en torno a una de las mesas de juego, y su ceño se frunció al descubrir a Shannon ocupando uno de los cuatro puestos. «Maldita sea», se dijo mientras bajaba a toda velocidad por los escalones que crujían a su paso. Tuvo que dar algún que otro empujón

para llegar hasta la mesa y clavó su mirada iracunda en el rostro de Shannon, que cruzó su mirada con la suya fugazmente antes de prestar nuevamente atención al juego.

—Full de ases —dijo Justin triunfal, mientras dejaba sobre la mesa sus cartas colocadas en forma de abanico.

El rostro de Shannon no mostró ninguna expresión, aunque por dentro estaba sonriendo ampliamente. «Te he cazado». Con la mayor parsimonia de la que fue capaz alargó sus brazos y colocó sus propias cartas sobre la mesa, con la misma posición en que las dejó su contrincante.

—Escalera real, creo que he ganado —manifestó, disfrutando del rostro furibundo de aquel hombre antes de que un revuelo de conversaciones se propagara por la sala.

—¡Maldita sea! —exclamó Justin molesto.

Aquel maldito chico le había dejado sin un centavo con una jugada que pocas veces había visto en una partida de Póker. Observó cómo Shan plegaba sus manos sobre los billetes y monedas y se los acercaba para ir metiéndolos en la pequeña saca de cuero. No le pasó desapercibida la llegada de un hombre alto y corpulento que se aproximó al *chico*. Parecía molesto y lo pudo corroborar cuando escuchó su voz.

—¿Has acabado ya? —dijo Caleb sobresaltando a Shannon, que giró la cabeza y clavó su mirada en su rostro antes de contestar.

—¿Y tú? —respondió con otra pregunta.

Caleb notó cómo el calor ascendía por su garganta y coloreaba sus mejillas. Se sintió avergonzado al descubrir que Shannon sabía perfectamente donde había estado. Le hubiera gustado afear su comportamiento, pero ella le había dado de su propia medicina.

—Sí —replicó en un susurro—. ¿Nos vamos?

—Claro, ya he acabado aquí —dijo satisfecha, antes de abandonar su

silla. Y sin poder evitarlo echó una última mirada a aquel hombre, que para su sorpresa tenía la vista fija en su perfil. Con más celeridad de la pretendida se apartó de la mesa y se perdió entre el gentío escoltada por Caleb. Una sensación extraña volvió a recorrerla, pero todo se borró de su mente al descubrir una figura en la barra, casi desierta en aquel momento, en la que pudo reconocer a Bradley, o al menos eso le pareció, porque aquel hombre desapareció como una sombra por las puertas abatibles del local.

—¡Es él! —exclamó excitada, mientras inconscientemente se llevaba la mano a la cartuchera que colgaba de su cintura.

—¿Quién? —preguntó Caleb, confuso, aún molesto con lo sucedido segundos antes.

Capítulo 12

Justin permaneció sentado en la silla, a pesar de estar solo. Los otros jugadores ya se habían marchado y el alboroto anterior, provocado por la jugada maestra del muchacho, se había disuelto.

—¿Va a seguir jugando? —preguntó una voz a su espalda.

Justin tardó unos segundos en reaccionar, como despertando del estado de shock en el que se había sumido.

—No —contestó escuetamente al hombre que le había hablado y que ya se había aposentado en una de las sillas libres a su alrededor.

Obligó a sus piernas a moverse para ponerse en pie y se dirigió con paso lento hasta la barra, donde pidió un trago con un gesto de mano. Cuando el vaso estuvo frente a sí, lleno hasta el borde, Justin dio el primer trago y volvió a dejarlo sobre la encimera de madera pero sin soltar el vidrio que sus dedos aferraban fuertemente. No dejaba de dar vueltas a la última imagen del rostro del joven que le había desplumado hacía menos de cinco minutos.

Durante toda la partida apenas había podido ver el rostro de Shan, que parecía querer ocultarlo, pero cuando el chico se marchaba triunfal y giró la cabeza para observarle, pudo estudiar su perfil con atención. Se había sentido impactado por lo que reveló. «No puede ser», se repitió por quinta vez sin llegar a creer lo que sus ojos habían descubierto. Elevó el vaso y observó el ambarino licor. «Debo estar borracho», razonó, aunque solo se había tomado un par de copas. Y aun así no podía creer lo que su mente elucubraba porque era una completa locura. Por un instante le había parecido descubrir en aquel enclenque muchacho, en los escasos segundos en el que había mostrado su rostro por completo, los rasgos exactos del rostro de Cassie, su difunta

esposa. «Me estoy volviendo loco», se dijo, antes de abandonar el vaso sobre la barra y encaminarse a la salida con la intención de regresar al hotel. Quizás lo mejor era marcharse a la cama y descansar. Al día siguiente vería las cosas con mayor claridad.

A pesar de lo avanzado de la primavera, cuando salió al exterior le recibió una gélida brisa provocada por la reciente lluvia y que despertó sus sentidos. El suelo estaba mojado y pequeños ríos corrían por la calle de tierra. «Debo olvidar a ese muchacho y centrarme en Jasper Bradley», se dijo antes de comenzar a caminar con firmeza sobre la acera de madera.

Estaba a unas calles de su hotel cuando escuchó una discusión y luego unos disparos. Sin dudar un solo segundo corrió hacia el callejón de donde provenían para encontrarse una escena que no esperaba. En el suelo enfangado había un cuerpo inerte mientras una sombra desaparecía por la otra punta del oscuro callejón. Cuando volvió su atención al hombre sobre el suelo otra sombra se arrodillaba junto al cuerpo. Corrió hasta el lugar y se quedó sin aliento al ver que quien estaba palpando el rostro de la víctima no era otro que el chico, el tal Shan.

Shannon sentía su cuerpo temblar, y no por sus ropas húmedas, si no por el temor de que Caleb estuviera muerto. Palpó su rostro con manos temblorosas y un nudo se formó en su garganta. Estaba a punto de salir corriendo en busca de ayuda cuando una sombra le robó la escasa luz que iluminaba el rostro de Caleb y elevó su mirada asustada.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó confusa.

—He oído los disparos — contestó Justin, pero ya no prestaba atención al joven. Debía ocuparse del herido, que parecía inconsciente.

Se arrodilló a su lado y palpó su pecho hasta dar con la viscosidad de la sangre en su camisa, a la altura del hombro. En un movimiento diestro

rasgó la tela para encontrar la herida de donde manaba.

—¿Qué hace? —preguntó Shannon sin poder contenerse.

—Soy médico —explicó Justin mientras ojeaba el agujero provocado por la bala, aunque con la escasa iluminación le fue imposible determinar la gravedad de la herida. Rasgó un trozo de la camisa y la taponó para detener momentáneamente la hemorragia.

—No veo nada, tenemos que sacarle de aquí para poder saber la situación real —informó al joven, que parecía incapaz de reaccionar—. ¡Shan! —exclamó para llamar su atención.

Shannon se sobresaltó al escuchar su voz y volvió a clavar la mirada en el rostro ceniciento de Caleb. Si algo le llegaba a pasar no podría perdonárselo nunca. «Todo esto es culpa mía», se dijo, pero la voz de aquel hombre volvió a reclamarla.

—¡Maldita sea, muchacho, estamos perdiendo un tiempo precioso! —le recriminó Justin, perdiendo la escasa paciencia que le quedaba.

Shannon despertó del estado de aturdimiento en el que se encontraba y meneando la cabeza disipó las brumas que se habían instalado en su cerebro.

—¿A dónde le llevamos? —preguntó, agradecida de que aquel hombre se hiciera cargo de la situación.

—A mi hotel, está a poca distancia —respondió Justin—. Yo le cogeré por delante, tú por los pies —ordenó.

Shannon no dudó en seguir sus instrucciones y se colocó entre las piernas de Caleb para cogerlas a la altura de las rodillas. Mientras tanto aquel hombre había enlazado sus antebrazos bajo las axilas de su primo y así comenzaron la marcha. Fue un trayecto corto, pero para Shannon fue una tortura. Respiró aliviada cuando llegaron al *hall* del hotel, donde se formó un pequeño alboroto a su llegada.

Justin estudió a su alrededor y tomó determinaciones rápidas.

—Ustedes —se dirigió a dos hombres que estaban inscribiéndose en el hotel en aquel momento—, ayúdenme a subir a este hombre a la habitación doce, situada en el primer piso —ordenó tajante.

Los aludidos, sorprendidos, tardaron en reaccionar pero finalmente se acercaron a ellos cogiendo el cuerpo de Caleb, y comenzaron a ascender por las angostas escaleras para llegar al lugar indicado.

Justin aprovechó la coyuntura y se acercó al mostrador, donde la señora Ralph, la dueña del hotel, le observaba con espanto.

—Señora Ralph, perdone la situación —se disculpó—, pero es un asunto de vida o muerte.

—Claro, señor Chandler, no se preocupe —respondió la mujer, más recuperada. A pesar del susto inicial no era la primera vez que se desarrollaba una escena parecida en su hotel—. ¿Hago llamar al médico? —pregunto diligente.

—No, gracias, soy médico, yo me ocupo. Pero le agradecería que subiera a mi dormitorio agua caliente y lienzos limpios —añadió.

—Por supuesto, señor Chandler —dijo la mujer antes de desaparecer por la puerta situada a su espalda.

Justin suspiró agradecido y se giró para clavar la mirada en Shan, que otra vez parecía en otro mundo. Chascó la lengua, molesto, y se acercó a él.

—¿Subes o prefieres quedarte aquí? —preguntó antes de girarse y comenzar a subir las escaleras en dirección a su dormitorio.

Shannon dio un respingo y con celeridad le siguió. Por nada del mundo pensaba esperar en aquel lugar hasta saber el estado de su primo.

Cuando Justin llegó frente a la puerta número doce la abrió con celeridad para que los hombres que cargaban el cuerpo pudieran entrar. Encendió la lámpara de aceite adosada a la pared y les indicó que lo dejaran

sobre la cama. Les agradeció su ayuda antes de que desaparecieran. No tenía tiempo que perder. Se acercó a la silla de donde colgaban sus alforjas y rebuscó en su interior hasta dar con un pequeño estuche de cuero que siempre le acompañaba. Se acercó a la cama y tiró de los restos de la camisa, que dejó caer al suelo y desgarró también la camisa interior que cubría su pecho para tener completa visión de la herida. Con cuidado apartó el trozo de tela, teñida ya de carmesí, y descubrió que la hemorragia se había detenido parcialmente.

—¿Dónde dejó el agua? —preguntó la señora Ralph con la olla humeante entre sus manos, protegidas por un paño, mientras de su brazo colgaban unas gasas blancas.

—Ahí mismo —dijo Justin, señalando la mesilla que despejó con celeridad—. Muchas gracias, señora Ralph —añadió.

—¿Necesita algo más, doctor Chandler? —preguntó la mujer, solícita.

—No, le agradezco su ayuda —dijo Justin clavando su mirada en el rostro de la mujer unos segundos, mientras se arremangaba la camisa.

—Bien, cualquier cosa, avísame —concluyó la mujer antes de salir del dormitorio.

Shannon permanecía en una esquina, quieta como una estatua, observando todo lo que acontecía. Hubiera sido incapaz de moverse aunque lo hubiera intentado. Una mano invisible oprimía su corazón con saña. «Caleb es lo único que tengo en la vida. Si algo le llega a pasar por mi culpa nunca podré perdonármelo» se reprochó mientras apretaba los puños, clavando sus uñas en las palmas.

—¿Vas a pasar toda la noche ahí plantado o vas a venir a ayudarme? —tronó Chandler, que era como le había llamado aquella mujer, amedrentándola con su tono frío.

—¿Me has oído? —insistió Justin perdiendo la paciencia.

—Claro —respondió Shannon acercándose a la cama, espantada al ver la herida de Caleb—. ¿Qué hago? —preguntó deseando ayudar.

—Corta las gasas en forma de venda —respondió Justin mientras desplegaba sus herramientas al lado del cuerpo—. ¿Cómo se llama? —indagó, observando el rostro ceniciento de su paciente.

—¿Quién? —preguntó Shannon, desconcertada mientras rasgaba la tela.

Justin chascó la lengua, molesto por el comportamiento del muchacho.

—Él —dijo señalando al hombre inconsciente.

—Caleb —contestó Shannon escuetamente.

—Bien, Caleb, no te preocupes, todo va a salir bien —dijo Justin mientras vertía un poco de agua caliente en una palangana y se frotaba las manos con el jabón.

Shannon elevó su mirada y la clavó en la espalda de Chandler. Estaba hablando con su primo como si estuviera consciente. Nunca había visto tal comportamiento en un médico.

Justin se secó las manos y se aproximó a la cama sustentando la lámpara de la mesilla para poder observar mejor la herida.

—Shan, sujeta esto para que pueda ver —ordenó tajante.

La joven hizo lo que le pedía y entonces Justin pudo centrarse en el trabajo que tenía por delante. Cogió el bisturí y apartó con cuidado la carne por uno de los lados de la abertura que había provocado la bala. Ya había comprobado su espalda y no encontró orificio de salida, por lo que suponía que el proyectil estaba en el interior. Al menos la hemorragia se había detenido, lo que quería decir que no había dañado ninguna arteria. Con una de las pinzas abrió más la herida y conteniendo el aliento la introdujo. Durante largos minutos hurgó hasta que dio con el metal, arreglándoselas

para atrapar la bala y sacarla.

Shannon no apartaba la vista del hombro de Caleb, y solo recordó respirar cuando la bala cayó sobre la palangana provocando un ruido sordo. Por temor a que la lámpara cayera de sus manos temblorosas, la dejó sobre la mesilla.

—¿Ya está? —preguntó esperanzada.

—Sí, pero ahora tenemos que limpiar y desinfectar la herida, y luego coser.

—¿Cree que se pondrá bien? —indagó Shannon cuando Justin terminó de coser la herida y cortó el hilo.

—Si no se infecta, y dado que no hay ninguna arteria afectada, lo más probable es que sí.

—Señor Chandler, no sabe cuánto le agradezco su ayuda. Si algo le llega a suceder a mi primo nunca me lo hubiera perdonado.

Justin elevó su mirada y la clavó en el rostro del chico. Nuevamente se sintió impactado por su parecido con Cassie, aunque sabía que era una locura. Por no hablar de que era un hombre, a pesar de su aspecto frágil. «Por el amor de Dios, céntrate, Justin», se amonestó.

—No tienes nada que agradecer, es mi trabajo. Pero cuando acabe con esto quiero que me cuentes qué ha sucedido en ese callejón y quién ha disparado a tu primo.

El ceño de Shannon se frunció antes de contestar.

—Disculpe, pero no es asunto suyo —dijo cruzando los brazos sobre su pecho, en actitud defensiva.

—Mira, chico, no os conozco de nada y no creas que tengo interés en conocer vuestra historia, pero tarde o temprano aparecerá aquí el *sheriff* para hacer preguntas sobre lo sucedido.

El corazón de Shannon se aceleró al escuchar la mención del *sheriff*.

No había pensado en eso, ni en lo que le iba a contar al agente de la ley. «¿Qué hago?», se preguntó confusa. Elevó su mirada y la clavó en el rostro del hombre que tenía frente a sí y que la observaba desconfiado.

Capítulo 13

—De acuerdo —aceptó Shannon, mientras su mente trabajaba a toda velocidad. No le podía contar la verdad, pero sí una a medias. Estaba segura de que si su primo estuviera en su lugar habría hecho lo mismo—. Caleb y yo salimos del *saloon*, después de ganar la partida de póker —desvió la mirada para que el doctor no leyera la satisfacción que había sentido al ganar la última mano— y nos dirigíamos a la posada donde nos hospedamos, cuando un tipo nos interceptó en el callejón y nos apuntó con su arma. Quería el dinero que yo había ganado, supongo que había visto la partida y la cantidad que había metido en mi bolsillo. Yo me negué y aquel tipo sacó un arma. Luego todo sucedió muy deprisa, en un instante Caleb estaba en el suelo y usted llegó —Shannon acabó su relato, aliviada.

—¿Pudiste ver su rostro? —indagó Justin, intentando sonsacar información al muchacho antes de que se evaporara de su mente tras el angustioso momento vivido.

—No le pude ver bien —mintió, aunque el rostro de Bradley se personó en su mente en aquel preciso instante. Nunca podría olvidar la señal que surcaba su mejilla y su mirada fría, que no había cambiado en el tiempo que había pasado desde que fue testigo de la muerte de su madre—, apenas había luz.

Justin clavó la mirada en el rostro del muchacho con sospecha. Su mirada huidiza le decía que ocultaba algo, pero unos golpes anunciaron la

llegada de alguien que le impidió seguir con sus pesquisas. Dirigiendo una última mirada inquisitoria a Shan, se aproximó a la puerta y la abrió para encontrarse con un hombre alto y delgado de facciones duras. La estrella de *sheriff* resaltaba sobre la camisa negra que vestía.

—Buenas noches, soy el *sheriff* Thompson —se presentó educadamente—. He recibido el aviso de un tiroteo y de que el herido se encuentra aquí.

—Por supuesto, pase por favor —indicó Justin apartándose para dejarle pasar—. Soy el doctor Chandler —se anunció—. Le he atendido yo.

—¿Ha logrado sacar la bala? —preguntó Thompson acercándose a la cama y observando la herida, que aún no estaba vendada.

—Sí, ha habido suerte. Ninguna arteria ha sido dañada.

—Bien —dijo el agente de la ley separándose del herido y clavando su mirada en Justin—. ¿Me puede explicar qué ha sucedido? —comenzó con las indagaciones pertinentes.

Justin miró a Shan, que parecía querer desaparecer. Nuevamente su mirada estaba clavada en el suelo y permanecía medio oculto en una de las esquinas de la habitación con el sombrero calado.

—No demasiado, yo regresaba a mi hotel cuando escuché disparos y al llegar al callejón solo vislumbré una sombra que escapaba.

Thompson se sintió contrariado por los pocos datos con los que contaba.

—¿Había alguien más? —preguntó esperanzado.

Justin frunció el ceño, y sin poder contenerse habló.

—¡Eh, chico! —dijo reclamando la atención del muchacho—. Ven aquí y cuéntale a *sheriff* lo sucedido.

Shannon dio un respingo y elevó su mirada para clavarla en el rostro del hombre que le contemplaba hoscamente. Suspiró y se aproximó a ambos.

Estaba claro que no podría librarse de la situación. No podía evitar el nerviosismo que recorría su cuerpo, la sensación de indefensión ante aquellos desconocidos. Sin ser consciente de ello desvió la mirada hasta la cama, donde su primo permanecía con los ojos cerrados, inconsciente. «Caleb, no sabes cuánto te necesito», se dijo mentalmente. No se había percatado hasta aquel momento de lo importante que era su apoyo, su compañía en aquel viaje que parecía no tener retorno y no tenía ni la más mínima idea de que iba a hacer mientras él no volviera a su ser y guiara a sus pasos, como había hecho hasta el momento.

—¡Shan! —tronó la voz de Chandler. Shannon clavó la mirada en su rostro y deseó mandarle al infierno, pero se contuvo, consciente de que aquel hombre la había ayudado e irremediamente era la única persona en la que podía confiar en aquel momento.

—Perdón —se disculpó a media voz.

Justin estaba a punto de perder la escasa paciencia con la que contaba, pero se recompuso e informó al agente de lo poco que sabía.

—Este es Shan, el primo del herido. Estaba presente cuando le tirotearon.

—Habla, muchacho —dijo Thompson molesto, clavando su intensa mirada oscura en el rostro de la joven—, no tengo toda la noche.

Shannon asintió y comenzó a relatar lo sucedido al agente de la ley, que no pareció demasiado contento con su relato, ya que no le aportaba demasiados datos para seguir investigando.

—Bien, pues si no hay nada más me marcho. Mañana volveré a pasarme para ver cómo evoluciona el herido. Y si está consciente le haré un par de preguntas. Aunque lo más seguro es que el ladrón ya haya desaparecido del pueblo —vaticinó antes de hacer un gesto de cabeza y salir de la habitación.

Justin se peinó el cabello con los dedos y suspiró pesadamente. De pronto se sintió cansado como nunca. Lo que presagiaba como una noche tranquila se había descontrolado y ahora se veía inmerso en una situación complicada que nada tenía que ver con él. Hubiera deseado decirle al muchacho que cogiera a su primo y se largara de su dormitorio de una maldita vez, pero en el fondo sabía que no lo haría.

La muerte de Cassie había sido un duro golpe que le había convertido en un hombre duro y frío al que poco le importaba la humanidad que le rodeaba, lo único que le mantenía en pie era la necesidad de vengar la muerte de su esposa. Pero, por alguna extraña razón, ese muchacho había logrado que una pequeña brecha se abriera en la sombra en la que se había convertido su vida. No podía evitar sentirse responsable de aquel joven enclenque que parecía perdido sin la guía de su primo.

—¿Y ahora qué? —le sobresaltó su voz, y al girar su cabeza y clavar la mirada en su rostro, nuevamente esa sensación extraña recorrió su cuerpo.

—Ahora vamos a vendar la herida para que no se infecte y dejaremos descansar a tu primo. ¿Has comido algo? —preguntó al escuchar el sonido del estómago del muchacho.

Shannon sintió cómo sus mejillas se coloreaban y bajó el rostro avergonzada. Su cuerpo le había traicionado. No había probado bocado desde el desayuno.

—No se preocupe, estoy perfectamente.

Una leve sonrisa curvó los labios de Justin sin apenas percatarse.

—Pues tu estómago no parece de acuerdo con esa afirmación. Anda, hazme un favor, baja y encarga que nos traigan algo de comer a la habitación. Va a ser una noche muy larga. Tendremos que vigilar la fiebre.

—Se lo agradezco, señor Chandler, pero no tiene por qué preocuparse. Lo mejor será que me lleve a mi primo a la pensión...

—Lo siento, chico, pero eso va a ser imposible —dijo Justin tajante—. Si quieres que tu primo salga bien parado de esta situación, no podemos moverle.

Shannon hubiera querido negarse, pero en el fondo sabía que aquel hombre tenía razón. Por mucho que deseara huir de aquel lugar, de su presencia y su mirada suspicaz, la vida de Caleb era más importante.

—Vamos, Shan, yo también tengo hambre —le alentó con un gesto de mano—. Yo me encargo del vendaje —añadió mientras se centraba nuevamente en su paciente.

Justin se despertó con sobresalto y le costó unos segundos situarse. Oteó a su alrededor y descubrió la habitación del hotel, recordando donde se encontraba. Con esfuerzo se enderezó en la silla que ocupaba y sintió sus huesos crujir.

La tenue luz de la lámpara de aceite, situada sobre la mesilla, iluminaba parcialmente el rostro del herido, que parecía inquieto. Sin dudar Justin dejó la silla que ocupaba y se aproximó a él para posar su mano sobre su frente. Parecía que la temperatura había tomado su cuerpo y eso no le gustó.

Se acercó a la cómoda situada a su lado y cogió la gasa que flotaba en el agua de la palangana, escurriéndola antes de humedecer su rostro para finalmente dejarla sobre su frente. Un suspiro le sobresaltó y prestó atención al muchacho que dormitaba en otra silla, junto a la ventana. Se sintió decepcionado cuando descubrió que tenía el rostro oculto bajo su sombrero. Le hubiera gustado estudiarlo nuevamente. Sabía que no era muy inteligente

por su parte, pero una necesidad incontrolable de volver a ver las facciones de Cassie le consumía. Dispuesto a deshacerse de tal idea sacudió su cabeza y volvió a prestar atención al herido.

—¡Shannon! —exclamó Caleb, sobresaltando a Justin, que clavó la mirada en su rostro—. No, por favor, no lo hagas. Tienes que dejar la venganza que te carcome...

«¿Shannon?», se preguntó Justin, confuso al escuchar el nombre de mujer, e instintivamente su mirada volvió a posarse sobre el joven llamado Shan. Dos nombres demasiado parecidos para ser casualidad. «Bah, te estás volviendo completamente loco», se reprochó, dispuesto a sacar de su cabeza especulaciones que no le llevarían a ninguna parte.

—Shh, tranquilo —dijo mientras volvía a mojar la gasa y la pasaba por su rostro—. Todo está bien.

Caleb volvió a revolverse en la cama, perdido en otra realidad.

—Si no dejas atrás esta locura vas a acabar muerta....

Justin comenzó a preocuparse. Si no dejaba de moverse acabaría abriendo la herida y empeorando la situación. Finalmente se acercó a sus alforjas y sacó un pequeño bote de cristal color marrón que contenía láudano. Cogió una gasa limpia y la humedeció con el unguento antes de aproximarse nuevamente a su paciente. Estaba a punto de acercar la tela a su nariz, cuando escuchó algo que cortó su respiración de golpe, dejando el movimiento de su mano a medio camino.

—¡Jasper Bradley es peligroso! —exclamó Caleb con un frenesí—. Pero eres tan sumamente cabezota...

Tras unos segundos, que fue lo que necesitó para recuperar la respiración, Justin aplicó el Láudano a Caleb, quien no tardó en relajarse. Desorientado, se acercó a la silla vacía y se dejó caer sobre ella. «Jasper Bradley», aquel nombre retumbó en su cabeza para volver a atormentarle,

como llevaba haciendo desde hacía meses. Y sin poder evitarlo la imagen del cuerpo de Cassie en el suelo de la escuela sobre un charco de sangre volvió para atormentarle. Su cuerpo había sido apuñalado con saña y sus ojos permanecían abiertos, con el espanto aún reflejado en ellos. Y aun así se aferró a su cuerpo, estrechándola contra su pecho mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Solo recobró cierto contacto con la realidad cuando comenzó a escuchar voces a su alrededor. Los testigos de la escena no salían de su asombro con lo sucedido en la escuela del pueblo, un lugar tranquilo donde nunca pasaba nada. Intentaron apartar al doctor Chandler del cadáver de su esposa, pero la agarraba con tal fuerza que fue imposible. Solo lo logró el *sheriff* Rafferty, que con el corazón encogido en el pecho le obligó a salir del edificio para que alguien pudiera tapar el cuerpo inerte de Cassie con una sábana.

Shannon se despertó y estiró su cuerpo para desentumecer sus músculos. Dormir en una silla no era muy cómodo, pero lo había hecho en sitios peores desde que había salido de Small Plain, el lugar que consideraba su único hogar. Irremediablemente su mirada buscó con celeridad a Caleb, y solo respiró cuando descubrió que estaba plácidamente dormido sobre la cama.

Luego recordó la presencia del doctor Chandler. Aquel desconocido que había aparecido de la nada y que la había ayudado en uno de los peores momentos de su vida. No parecía un hombre muy amable, lo demostraba con sus malas formas. Por no hablar de su rostro duro y mirada gélida que parecía traspasarle a uno cuando se clavaba en su persona. Cuando habían cenado apenas había pronunciado palabra, y luego se había empeñado en hacer el primer turno para cuidar a Caleb. Debía estar agotado, y con la intención de

ser amable se acercó a él para ofrecerle el relevo.

—Yo me ocupo ahora, ¿Por qué no duerme un poco? —preguntó, situándose a un paso de su silla. Pero al contemplarle, un escalofrío recorrió su espina dorsal. —. ¿Qué sucede? —preguntó cautelosa.

Justin apretaba los puños a sus costados fuertemente, hasta que los nudillos se pusieron blancos. Una ira incontrolable recorría su cuerpo, y cuando escuchó la voz del muchacho elevó la mirada y la clavó en su rostro. Se levantó como un resorte y cogió al joven por los brazos antes de sacudirle fuertemente.

—¿De qué conoces a Jasper Bradley?! —vociferó fuera de sí.

Shannon sintió que sus pulmones se quedaban sin aire, que su sangre se detenía en sus venas mientras era incapaz de apartar la mirada del rostro de Justin, desfigurado por la ira. Sus palabras la habían sorprendido y asustado a partes iguales. «¿Cómo lo ha sabido?», se preguntó, mientras obligaba a su mente a trabajar sin demasiado éxito, sus sentidos aún estaban embotados por el sueño.

—¡Responde! —insistió él, mientras la zarandeaba.

Ambos se vieron sorprendidos cuando el sombrero de Shannon cayó al suelo y una larga trenza, anudada con un lazo rojo, descendió por su hombro.

—¿Pero qué demonios...? —exclamó Justin soltando sus brazos como si quemaran, apartándose de ella.

La reacción de Shannon fue agacharse para rescatar su sombrero del suelo y volver a colocárselo, pero ya era demasiado tarde, así se lo confirmaron las palabras de Justin.

—Eres Shannon, no Shan —Justin pronunció su teoría en voz alta.

«¿Qué hago ahora?», se preguntó la joven mientras unas gotas de sudor frío surcaban su espalda. Por algún motivo que no llegaba a

comprender, aquel hombre había descubierto su verdadera identidad. Y sin dudar verbalizó la pregunta que su mente proclamaba a gritos.

—¿Cómo sabe eso? —dijo a media voz.

Justin, más recuperado tras la primera impresión, contestó a su pregunta.

—Su primo, que hace unos minutos deliraba, o no tanto —explicó escuetamente—. Pero esa no es la cuestión. Quiero saber por qué te haces pasar por un hombre y qué sabes de Jasper Bradley. —Su parecido con Cassie era otra cuestión que aún no estaba preparado para afrontar.

Shannon se abrazó a sí misma, como si con el gesto pudiera protegerse de aquel hombre. Con nerviosismo comenzó a caminar por la estancia, hasta que finalmente se acercó a la ventana y observó la luna, que formaba una esfera de luz completa.

Justin la observó durante largos minutos, dándole el tiempo que parecía necesitar, pero cuando la mujer se situó frente a la ventana, dándole la espalda, perdió los nervios. Sin dudarle acertó los pasos que les separaban y siguió con el interrogatorio. No pensaba cejar en su empeño hasta descubrir todos y cada uno de los secretos que aquella extraña joven parecía esconder.

—Estoy esperando —dijo inmisericorde.

Shannon dio un respingo al escuchar su voz a escasos centímetros de ella. No le gustaba que la presionaran, y mucho menos el tono que estaba empleando Chandler, como si tuviera todo el derecho del mundo. Respiró pesadamente y cuadrándose de hombros se giró, dispuesta a enfrentarle.

—Le vuelvo a repetir que no le incumbe. Le agradezco la ayuda que ha prestado a mi primo, pero, métase en sus asuntos —replicó tajante.

Justin sintió como las aletas de su nariz se expandían y su respiración se aceleraba. Apretó los puños a sus costados, aunque lo que realmente hubiera deseado era posarlas sobre el frágil cuello de la joven y apretarlo.

Necesitaba espacio y pensar, por lo que se separó de la joven y comenzó a realizar el mismo recorrido que ella segundos antes con la intención de calmarse.

«Bradley», aquel apellido no dejaba de atormentarle. Llevaba meses tras los pasos de aquel maldito hijo de puta, y una y otra vez había perdido su pista. Su estado de frustración había llegado a un extremo máximo y aquello era la gota que colmaba el vaso. Había perdido los nervios con la joven y lo sabía, pero si aquella extraña pareja tenía algo que ver con Bradley necesitaba saber el qué. Quizás eso le ayudara a encontrarlo de una maldita vez y si para eso tenía que ser amable, lo haría. Resuelto volvió a aproximarse a Shannon, que le observaba desconfiada y comenzó a hablar.

—Lo siento —se disculpó, no le pasó desapercibida la expresión de sorpresa que se dibujó en el rostro femenino—, pero por favor, necesito que me cuentes qué sabes de ese hombre.

—¿Y por qué debería hacerlo? —preguntó Shannon con recelo.

—Porque ese hombre mató a mi esposa —confesó Justin directo.

Shannon no pudo evitar taparse la boca con una mano y retroceder unos pasos, hasta que su espalda chocó con la pared. La confesión de aquel hombre, que conocía hacía escasas horas, la había impactado.

—Por favor —volvió a rogar Justin, consciente de que había llamado la atención de Shannon con sus palabras—, necesito que me ayudes.

Shannon necesitó unos minutos para recuperarse tras la noticia que acababa de recibir. Aquel hombre buscaba lo mismo que ella. Al parecer, Jasper Bradley les había robado a ambos a un ser amado y los unía un fin común: la venganza. Y aun así la desconfianza, arraigada durante años en su ser, no la dejaba sincerarse por completo con aquel hombre.

—Me gustaría ayudarle, de verdad —y no mentía—, pero yo tampoco sé dónde puede estar. Mi primo y yo llevamos muchos meses, por no decir

años, tras su pista y esta noche es la primera vez que logramos verle.

—¿Por qué le perseguís? —indagó Justin.

Shannon se mesó las manos inconscientemente, mientras se mordía el labio inferior. Elevó el rostro y clavó su mirada en el masculino, donde encontró unos ojos verdes oscurecidos por la tormenta que asolaba su alma. Ella mejor que nadie podía entender cómo se sentía aquel hombre, el peso que cargaba sobre sus hombros, el mismo que ella acarrea desde la muerte de su madre.

—Vale, está bien —aceptó finalmente, permitiendo que su cuerpo se relajara por el momento—, pero necesito una copa —añadió, sonriendo levemente al descubrir la sorpresa en el rostro masculino.

Justin se sintió vencedor cuando ella dio su brazo a torcer. Aunque no lo quisiera admitir estaba deseando conocer su historia. Y ante la extraña petición, que nunca hubiera esperado de una mujer, al menos el tipo de mujer que él conocía, no pudo evitar sonreír a pesar de las circunstancias. Si lo pensaba bien, a él tampoco le vendría nada mal un trago o dos.

—Me parece buena idea, bajaré a por una botella de whisky—replicó Justin antes de abandonar la habitación.

Shannon contuvo la respiración y solo la soltó cuando la puerta se cerró y se quedó sola. Fijó su mirada nuevamente en la cama y se percató, sintiéndose culpable, de que se había olvidado por completo de la presencia de Caleb. Diligentemente se acercó hasta la cabecera y rescató la gasa que reposaba sobre la frente de su primo, sumergiéndola en la palangana para volver a refrescar su rostro.

—Caleb, no sabes cuánto te necesito en este momento —comenzó, como si su primo pudiera escucharla—. No sé si es buena idea contarle la verdad a este hombre, aquella que maneja las riendas de mi vida. Hay algo en su mirada que me eriza el vello del cuerpo, pero a su vez me da la impresión

que de que puedo fiarme de él. ¿Qué hago? —dijo sus dudas en voz alta, como si su primo pudiera replicarle.

A Justin no le fue fácil encontrar la botella de whisky. Eran altas horas de la madrugada y el hotel parecía desierto. Finalmente decidió dirigirse al *saloon*, donde consiguió la botella y regresó al hotel. Subió las escaleras con cansancio y cuando llegó frente a la puerta sacó la llave de su bolsillo y la abrió. Al entrar, su primera mirada fue dirigida hacia la cama, comprobando que el paciente estaba tranquilo. Luego revisó el resto de la estancia en busca de la joven, y para su sorpresa la descubrió acurrucada nuevamente sobre la silla, completamente dormida.

Maldijo su mala suerte. Necesitaba la conversación que la joven le había prometido, pero tampoco veía justo despertarla, le daba lástima molestarla. «Desde hace cuánto tiempo no tengo ese sentimiento, cualquier tipo de sentimiento», se preguntó, pero prefirió no darle más vueltas al asunto y rescató un vaso de una mesa cercana sentándose en la silla y sirviéndose una copa que bebió lentamente. No tenía prisa, estaba seguro de que no iba a dormir nada en lo que restaba de noche, que no era mucha.

Capítulo 14

Justin se despertó con sobresalto al escuchar unos golpes en la puerta. Se levantó de la silla como un resorte y estaba a punto de dirigirse hasta allí cuando descubrió a la joven junto a la misma.

Shannon, que ya se encontraba en la entrada, abrió la hoja de madera y cogió la bandeja que le entregó la señora Ralph.

—Gracias, señora, ha sido usted muy amable —dijo Shannon antes de que la mujer le dedicara una ligera sonrisa y desapareciera por el pasillo.

El olor a beicon ascendió y llegó a sus fosas nasales. Shannon salivó con anticipación antes de dejar el desayuno que había pedido poco antes sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Justin a su espalda, sobresaltando a la joven.

Shannon giró levemente su rostro y descubrió al doctor Chandler a pocos pasos de su persona.

—El desayuno —explicó con tranquilidad—, bajé hace un rato a encargarlo. Creí que nos vendría bien.

Justin achicó los ojos y observó a la joven unos segundos mientras se rascaba la cabeza con los dedos. Parecía más relajada que el día anterior, pero su nueva actitud le desconcertaba y así se lo hizo saber.

—¿A qué viene tanta amabilidad? —preguntó mientras se sentaba en la silla situada frente a la joven, que estaba apartando las servilletas de los platos aún cubiertos.

Shannon elevó su mirada y la clavó en el rostro masculino durante unos segundos, sorprendida por la pregunta, aunque en el fondo comprendía su

desconfianza.

—Creí que sería mejor hablar con el estómago lleno.

—¿Eso quiere decir que me vas contar lo que te une a Jasper Bradley?

Shannon apretó los labios antes de fulminarle con la mirada.

—A mí no me une nada a ese... malnacido.

—Entonces, ¿por qué le seguís?

—Por lo mismo que usted, señor Chandler.

—Justin, llámame Justin. Pero sigo sin comprender —dijo arrugando el entrecejo, sin entender a qué se refería la joven con aquellas enigmáticas palabras.

—Ese hombre asesinó a mi madre cuando yo tenía siete años —confesó Shannon sin inmutarse.

—¿Qué? —boqueó Justin incrédulo, digiriendo lo expresado por la joven.

Imaginó a Faith, su sobrina, en una situación similar y su corazón se encogió. Crecer sin una madre debía ser muy duro, y eso le hizo recordar a la propia, en la que hacía meses no pensaba.

—Lo que has escuchado —contestó Shannon ajena a sus pensamientos—. Durante años olvidé ese asunto, pero un día ese hombre volvió a cruzarse en mi camino y lo reconocí.

—¿Cómo estás tan segura de que fue él? —preguntó Justin.

—Lo estoy porque cuando ese demonio asesinó a mi madre yo estaba escondida bajo la cama, pero pude ver parcialmente su rostro y escuché su nombre —relató Shannon con frialdad, como si lo sucedido no tuviera nada que ver con ella. Esa era su forma de protegerse del hecho más traumático que había vivido—. Cuando volvió a reaparecer en mi vida me prometí que vengaría su muerte y desde entonces sigo la pista de Bradley.

Justin tenía que reconocer que aquella joven tenía agallas, aunque no le

extrañaba después de todo lo que había acontecido en su vida. Y a pesar de todo eso, mientras la miraba, algo parecido a la lástima le asoló.

—No me tengas compasión, por favor —le indicó la joven sorprendiéndole.

Justin iba replicar a sus palabras, pero ella le cortó con un gesto de mano.

—El desayuno se enfría, comamos —dijo Shannon mientras cortaba el beicon y se llevaba el tenedor a la boca.

Justin asintió, respetando el silencio que ella había impuesto y comenzó a degustar el succulento desayuno que tenía ante sí. Cuando dio el primer trago al café se sintió un hombre nuevo y su estómago agradeció ser llenado.

Tras acabar el almuerzo se acercó hasta la cama y comprobó el estado del enfermo, que había pasado una noche tranquila. Se sintió aliviado al ver que la temperatura no había subido y le suministró un poco más de láudano para evitarle el dolor.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Shannon, que se había situado al otro lado de la cama y esperaba impaciente.

Justin colocó nuevamente las sábanas sobre el cuerpo de Caleb y con un gesto indicó a Shannon que le acompañara hasta otra zona del dormitorio.

—Tu primo está bien. La fiebre no ha subido y le he sedado para que no sienta dolor. Eso son buenas noticias.

—¿Y cuándo se repondrá? —dijo Shannon con urgencia mal disimulada.

—Shannon, a tu primo le han disparado. Tardará un tiempo en recuperarse.

—¿Cuánto? —insistió tozuda.

Justin puso los ojos en blanco al percatarse de que aquella joven no entendía la situación en la que se encontraba su primo.

—Por el amor de Dios. Ayer le pegaron un balazo, y aunque no es de gravedad, necesitará varias semanas para estar en forma...

—¡Pero perderemos el rastro de Bradley! —exclamó Shannon fuera de sí.

—Te entiendo perfectamente, nadie lo hará como yo. Tengo tantas ganas de verle muerto como tú, pero tenemos que ocuparnos de tu primo.

Shannon se frotó la frente y asintió. Sabía que el *doc* tenía razón.

—Pero quizás haya una salida —dijo Justin mientras se acariciaba la barbilla pensativo.

—¿Cuál? —preguntó Shannon esperanzada.

—Podemos llevar a tu primo al rancho de mi hermana, ella se encargará de él hasta que se recupere. Así nosotros podremos seguir con nuestra búsqueda en común.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca se sintió confuso consigo mismo ante la proposición que había hecho a la joven, sin apenas percatarse. Le estaba planteando unir sus caminos. «¿Por qué lo he hecho, si somos unos completos desconocidos?», se preguntó, pero no halló respuesta.

Shannon clavó su mirada en el rostro masculino. ¿Le estaba proponiendo unirse en la búsqueda de Jasper Bradley?, se preguntó confusa. No estaba segura de que aquella idea fuera buena, pero no tenía muchas más opciones.

—¿Y dónde está ese rancho? —preguntó.

—En Kansas, en un pequeño pueblo llamado Rocky Meadow.

—¿Y cómo vamos a transportarlo hasta allí? —preguntó Shannon, furibunda. Sabía lo que era viajar, las largas semanas al lomo de un caballo —. Supongo que en una carreta, pero en el mejor de los casos, tardaríamos dos meses o más en llegar a Kansas.

Justin sabía que Shannon tenía razón. No tenía que explicarle lo que se

tardaba en llegar a Kansas, su hogar, cuando él mismo había hecho ese mismo recorrido. Siguió dándole vueltas al asunto, se acercó a la ventana y dejó que su mirada se perdiera en la calle, que a esa hora del día era un trasiego de personas ocupadas en sus quehaceres cotidianos.

Shannon le observaba impaciente. No podían perder ese valioso tiempo interrumpiendo la búsqueda de Bradley ya que su rastro se borraría. Caleb y ella habían tardado meses en encontrar alguna pista de su paradero y su cabezonería le impedía abandonar en ese momento, aunque por otra parte la vida de Caleb era más importante para ella.

Se sentía en un dilema: por un lado su sed de venganza y por el otro la vida de su primo, la única familia que le quedaba. «¿Qué hago?», se preguntó mientras se frotaba la frente.

—¡Ya lo tengo! —dijo Justin triunfal, sobresaltando a Shannon, que se giró para descubrir cómo Chandler se aproximaba a ella a grandes zancadas.

—¿Qué tienes? —preguntó confusa.

—La solución a nuestro problema.

—¿Y cuál es? —preguntó Shannon cruzando los brazos sobre su pecho y frunciendo el ceño.

—Iremos en tren .

—¿En tren? —preguntó confusa.

—Sí, cogeremos el *Kansas Pacific* hasta Leavenworth, ya se han finalizado las obras del puente. Lo leí hace unos días en el [New York Herald](#). Podemos tardar unos cuatro días, y ya en Kansas City podemos alquilar un carro para llegar a Rocky Meadow. ¿Qué te parece? —preguntó ilusionado.

Shannon se tomó unos minutos para responder a su pregunta. La idea era buena, pero aún tenía sus dudas. Había conocido a ese hombre apenas unas horas antes y ya se estaba planteando viajar con él. «¿Estaré haciendo lo correcto?», se preguntó. «Si al menos pudiera pedir consejo a Caleb...».

Estaba claro que tenía que empezar a tomar sus propias decisiones, sin apoyarse en su primo y eso le dio una sensación de vértigo que le hizo contener el aliento.

—¡Oh, vamos! —exclamó Justin al descubrir la duda en su rostro—. Eres una mujer valiente, lo demostraste ayer en el *saloon*. ¡No me digas que me tienes miedo! —concluyó con una nota de humor en su voz.

—Por supuesto que no —replicó Shannon con el ceño fruncido—. Haremos ese viaje. ¿Cuándo nos vamos?

Una pequeña sonrisa curvó los labios de Justin al escuchar sus palabras. Solo había tenido que provocarla un poco para lograr que hiciera lo que él quería.

—En el primer tren que salga mañana. Ahora iré a por los billetes, cuando regrese tú puedes ir a la pensión a recoger vuestras cosas.

Shannon tuvo la impresión de que aquel hombre le había tendido una pequeña trampa y había caído como una estúpida. Pero ya no había marcha atrás. Había tomado una decisión y no pensaba desdecirse.

Jasper Bradley detuvo la montura a pocas millas de su destino para descansar tras una larga cabalgada que había durado varios días. Tras lo sucedido en Denver había decidido desaparecer antes de que el *sheriff* apareciera haciendo preguntas. En aquel momento no le interesaba llamar atención. Sabía lo que era pasar desapercibido, eso le había mantenido con vida hasta entonces y, a pesar del tiempo que llevaba fuera del negocio, parecía que su instinto no se había diluido.

Cuando había llegado a Denver su única intención había sido celebrar su éxito tras acabar con la vida de una de las hermanas Archivald. Luego

seguiría con la búsqueda de la muchacha que le faltaba por liquidar y que cerraría el círculo. Llevaba muchos años tras su pista y a pesar del paréntesis que surgió cuando Archivald le dijo que abandonara el asunto, no había dejado de obsesionarse por aquellas niñas, que ya eran mujeres. No por nada era el único encargo que no había logrado ejecutar en su larga carrera como asesino.

Después de varios días de diversión la mala suerte quiso que se cruzara con ese par de muchachos, que salieron de la nada en aquel callejón. Apenas se podía ver con la escasa iluminación, pero sí pudo distinguir una figura alta y corpulenta, que fue quien le pidió que se detuviera. A su lado, otra figura delgada y pequeña, cuyo rostro estaba oculto tras el ala del sombrero, permanecía en silencio, con la mano apoyada sobre su arma. Conocía bien ese tipo de situaciones y no lo dudó en desenfundar su Colt 45 y disparar. No pensaba dar tiempo a ese extraño dúo para que le asesinaran en un sucio callejón de la ciudad.

Casi era mediodía cuando llegó a la gran casa que había mandado construir años antes, la más ostentosa de la zona. Estaba orgulloso de ella, pero una vez finalizadas las obras había perdido el interés. No había sido fácil conseguir los caros materiales que habían utilizado, la guerra había hecho que escasearan, pero él tenía muchos contactos con gente agradecida de que mantuviera la boca cerrada.

Desmontó de su caballo y lo ató junto al porche. En unos segundos apareció uno de los hombres que trabajaban para él.

—Señor, yo me ocupo —dijo diligente mientras tiraba de las riendas para llevar al cuadrúpedo a los establos. Jasper no dijo nada, le ignoró, cosa que el chico agradeció. Por la expresión que mostraba el rostro del jefe era mejor no cruzarse en su camino.

Jasper subió los escalones del porche cansadamente y se dirigió a la puerta principal. Al entrar se percató de que el salón estaba desierto y frunciendo el ceño se dirigió al comedor, donde la mesa ya estaba dispuesta.

—Cielo —sonó una voz femenina a su espalda, y al girarse Jasper descubrió el cuerpo escultural de Pearl—, no te esperaba. Le diré a Moira que ponga un servicio más en la mesa.

Jasper disfrutó de la contemplación del hermoso rostro de la mujer que le había sorbido el seso desde el mismo momento en que sus ojos se fijaron en ella. Sin importarle la presencia de una de las criadas, enlazó la cintura femenina y la obligó a pegarse a su cuerpo antes de besarla apasionadamente.

Capítulo 15

Justin estuvo cerca de dos horas recorriendo Denver con la esperanza de encontrar alguna pista sobre Jasper Bradley. Empezaba a pensar que el *sheriff* Thompson tenía razón cuando dijo que lo más probable era que aquel mal nacido hubiera abandonado la ciudad nada más sucederse el tiroteo en el callejón.

Derrotado, encaminó sus pasos a la estación del ferrocarril situada a las afueras de Denver, en la línea que delimitaba la ciudad. Tuvo que esperar una larga cola para adquirir los billetes que precisaba. La gente estaba entusiasmada con la idea de viajar en el llamado «caballo de hierro», el apodo que se había extendido en alusión a la locomotora. Tras más de media hora de espera, estaba a punto de desistir y esperar al día siguiente previendo que a una hora más temprana habría menos afluencia de gente, pero algo captó su atención. Los dos hombres que le precedían mantenían una conversación que le pareció interesante. Cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra y, con disimulo, se aproximó a ellos unos centímetros.

—...Sí, la verdad es que ese tipo paga bien. He hecho varios tratos con él y siempre ha sido muy generoso. Pero, Thomas, si te soy sincero, cada vez que estoy junto a él un escalofrío atraviesa mi espina dorsal. Su mirada fría y la cicatriz que surca su mejilla derecha me eriza la piel, no te lo voy a negar.

—Sí, todo el que me habla de William Cromwell tiene esa misma sensación. ¿Pero quién se va a negar a hacer negocios con él? Siempre paga a tiempo y paga bien.

Justin absorbía cada palabra como si se tratara de una esponja. Cuando

había comenzado su búsqueda el único dato que tenía era la descripción que había hecho Megan Sheridan, e indiscutiblemente aquella cicatriz tenía que ser del hombre que mencionaban aquellos desconocidos. Estaba seguro de que se trataba del mismísimo Jasper Bradley, y como había sospechado en más de una ocasión, había cambiado su nombre. Ahora entendía lo difícil que había sido seguirle la pista.

—Ayer estuvimos hablando de un nuevo negocio. Al parecer quiere probar con una nueva raza de vacas y me preguntó si podría conseguirle algunas. Habíamos quedado esta mañana, pero no ha aparecido —indicó el hombre, molesto.

—Señor, su turno —dijo el empleado de la taquilla con aburrimiento. La pareja dispar pidió sus billetes y desaparecieron poco después. Justin tardó unos segundos en apartar su mirada de ellos.

—¡Siguiente! —le sobresaltó la voz del taquillero.

—Sí, yo —dijo Justin acercándose al mostrador.

—¿Qué desea?

—Tres billetes para Leavenworth para mañana, en compartimento.

—Aquí tiene —replicó el empleado antes de recitar el importe que Justin abonó en el acto.

Durante el regreso al hotel no dejó de cavilar sobre su reciente descubrimiento. Y antes de volver decidió acercarse a la oficina de telégrafos para mandar un telegrama a Rafferty, quien investigaba el asunto. En los meses que llevaba fuera de casa, tras la pista de Bradley, su amigo le había ayudado mucho.

Ya en el hotel subió las escaleras contento con haber encontrado fortuitamente una pista que lo situaba más cerca de su objetivo. Entró enérgicamente para encontrarse frente a una Shannon furibunda. Estaba en el centro de la habitación con las manos en las caderas y echando fuego por los

ojos.

—¿Dónde demonios te habías metido? —le reprochó directa.

Justin no podía apartar la mirada de la joven, sorprendido por su actitud. No le gustaba como le estaba tratando y así se lo hizo saber.

—Mira, no tengo por qué rendir cuentas ni ante ti ni ante nadie. Deberías ser más agradecida.

Shannon se tuvo que morder la lengua, lo que verdaderamente deseaba era mandarle al cuerno, pero sabía que el *doc* tenía razón, además en aquel momento dependía de él.

—Lo siento —dijo rechinando los dientes, aunque le hubiera gustado mandarle al infierno.

Justin pudo escuchar el sonido y al segundo se arrepintió de su comportamiento brusco. Estaba claro que aquella joven tenía carácter y a su pesar una tenue sonrisa se dibujó en sus labios.

—Yo también —replicó mientras se quitaba el sombrero y lo dejaba sobre una silla frotándose la nuca con los dedos—. He tardado tanto porque he decidido recorrer la ciudad por si descubría algo sobre Bradley.

Shannon, al escuchar sus palabras se aproximó hasta él y clavó intensamente la mirada en su rostro. Justin se vio sorprendido por esa acción y se quedó sin aliento al tener su rostro tan cerca. Era verdad que su parecido con Cassie era increíble, pero sus ojos eran muy diferentes. Los de su esposa eran marrón claro, pero los de Shannon eran ambarinos, aderezados en aquel momento por pequeñas llamas avivadas con el ímpetu que parecía que siempre la acompañaba.

—¿Y bien? —preguntó perdiendo la paciencia al ver que él no pronunciaba ni una sola sílaba.

—Jasper Bradley utiliza otra identidad. Supongo que ese es el motivo de que sea tan difícil seguir su pista.

—¿Sabes dónde está ahora? —insistió Shannon, deseando salir tras él en aquel preciso instante.

—No, pero tengo un buen amigo que nos ayudará.

—Pero... —comenzó, aunque Justin cortó su intento de hablar con un gesto de mano.

—Ahora no podemos pensar en eso, recuerda a tu primo. Tenemos que pensar en él —añadió señalando el lecho con un gesto de mano.

Shannon se sintió como si un jarro de agua fría hubiera caído sobre su cabeza. Ahora la culpabilidad la atravesó como un cuchillo. En un gesto cansado se mesó la frente con los dedos.

—Sí, es verdad, lo siento —dijo bajando la cabeza y clavando su mirada en el suelo avergonzada. Pero se vio sorprendida cuando una gran mano aferró su antebrazo y al elevar su mirada se encontró con unos ojos verdes que la turbaron.

—Tranquila, te comprendo. —Y de verdad lo hacía. Las ansias de ir tras Bradley llevaban meses consumiéndolo, pero se obligaba a mantener la mente fría si quería que su anhelo de sesgar la vida de aquel asesino se cumpliera—. Pero tenemos que ser pacientes.

Shannon sintió unas ganas locas de llorar. Su labio tembló y lo mordisqueó para evitar su movimiento, pero lo que no pudo evitar fueron las lágrimas que recorrieron sus mejillas. Aunque no quisiera admitirlo estaba cansada, muy cansada.

—Quiero que esto acabe —expresó su frustración en voz alta, sorprendiéndose a sí misma y abriendo inmensamente los ojos.

—Yo también —admitió Justin, tan sorprendido como ella al sentir la necesidad de contar a alguien lo que le atormentaba—. Quiero volver a mi vida —confesó por primera vez.

—Yo no sé qué haré con la mía cuando eso suceda —verbalizó

Shannon.

Justin observó el rostro de la joven para descubrir los restos de lágrimas y su expresión triste. Sin saber ni cómo ni por qué acortó la distancia que los separaba, torpemente elevó la mano y la colocó sobre su nuca, que resultó suave como la seda, obligándola a apoyar el rostro sobre su hombro antes de abrazarla con la única intención de prestarle el consuelo que parecía necesitar. Al principio la joven se tensó como una cuerda, pero tras unos segundos se relajó y se dejó apaciguar por la tenue caricia sobre su espalda.

Shannon se vio sorprendida por su gesto, por el calor de aquellos dedos sobre su piel. Todo el vello se le erizó con el leve contacto. Quiso apartarse, pero cuando se vio abocada a su pecho y aspiró su aroma, se sintió a salvo por primera vez en mucho tiempo, dejándose llevar.

—¡Shannon! —sonó la voz angustiada de Caleb.

Justin apartó a la joven con celeridad y se aproximó a la cama para prestar atención a su paciente, que acababa de despertar. Tocó su frente y descubrió que la temperatura había descendido hasta ser normal. Eso era una buena señal, se dijo, antes de ser consciente de que Shannon se encontraba al otro lado del colchón. No podía negar que en parte había agradecido la interrupción de Caleb porque tener a aquella extraña joven entre sus brazos había logrado despertar sensaciones en su cuerpo que creía olvidadas.

—Tranquilo —dijo mientras comprobaba el pulso de su muñeca—. Todo está bien, aquí está su prima.

Caleb tardó unos segundos en enfocar la mirada en el rostro de aquel desconocido. Con esfuerzo giró su rostro y se sintió aliviado al descubrir a su prima al otro lado de la cama.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó confuso.

—Anoche nos cruzamos con Jasper Bradley. Cuando intentamos detenerle acabó disparando y te dio en el hombro —explicó Shannon

atropelladamente mientras cogía su mano y la aferraba fuertemente—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondió Caleb por inercia, pero cuando intentó moverse sintió un dolor intenso en el lugar indicado.

Luego oteó a su alrededor y nuevamente clavó la mirada en el rostro de Justin, quien se había apartado y permanecía con los brazos cruzados sobre su pecho observando la escena.

—¿Dónde estamos? —preguntó, preocupado al no reconocer aquel lujoso dormitorio que nada tenía que ver con la pensión donde se habían hospedado días antes—. ¿Y quién es él? —señaló con un gesto de cabeza.

—Es el doctor Chandler, él te atendió ayer. Tuvimos la suerte de que apareciera de la nada cuando te dispararon —explicó Shannon—. Esta es su habitación.

Caleb cerró los ojos unos segundos, aturdido por el bombardeo de información. Finalmente los volvió a abrir y clavó nuevamente su mirada en el rostro del hombre, quien no la apartó. Algo le decía que aquel tipo ocultaba algo, pero que hubiera ayudado a unos desconocidos también indicaba que no era mala persona.

—Gracias por todo, *doc*. Sobre todo por cuidar de mi primo —añadió.

—Caleb, él sabe quién soy —dijo la joven, sonriendo al ver cómo su primo abría los ojos ampliamente.

Caleb pensó que aparte del tiro que le habían dado en el hombro, también debió de golpearse la cabeza. Conocía demasiado bien lo cabezota que podía llegar a ser Shannon, había sido así desde el mismo día que se conocieron y cuando decidieron emprender aquel viaje en busca del asesino de su madre se empeñó en vestir de hombre. Al principio a Caleb no le pareció buena idea, pero al fin comprendió que eso podía ser más seguro en el entorno donde se iban a mover. Solo él conocía su secreto. En los meses

que llevaban viajando a lo largo y ancho del país, y a pesar de que habían cohabitado con personas que habían llegado a ser amigos, su prima nunca había querido mostrar su género. ¿Qué demonios había pasado para que cediera en su obcecación? Y como si Shannon hubiera leído su pregunta en sus ojos, respondió.

—El *doc* me descubrió por casualidad. Pero eso ahora es lo de menos.

—¿Y qué es lo de más? —preguntó Caleb elevando una de sus cejas.

—Justin no estaba en Denver por casualidad.

«Justin», se dijo Caleb mentalmente, cada vez más extrañado con aquella situación. Quizás no había sido él quien se había golpeado la cabeza, si no su prima. Y a pesar de la situación en la que se encontraba, no podía negar que estaba expectante ante la extraña actitud de Shannon hacía aquel hombre.

—¿A qué te refieres? —preguntó, deseoso de saber por qué su prima estaba tan excitada. Parecía un niño con zapatos nuevos.

—El *doc* —dijo señalando a Justin, que era testigo de la conversación. Hasta aquel momento los primos se habían comportado como si él no estuviera presente— también va tras la pista de Bradley. Y me va a acompañar hasta que tú te recuperes.

Caleb se sintió impactado por sus palabras y nuevamente intentó incorporarse, lo que fue un craso error porque un dolor latente le atravesó.

—¡Demonios! —dijo para poder soltar la frustración. No era la primera vez que le herían, en el frente varias balas le habían rozado, salvando milagrosamente la vida, pero nunca se acostumbraría a estar postrado en una cama—. ¿Cuándo podré levantarme? —preguntó clavando su mirada en Justin.

—Conseguí sacar la bala, y lo que es levantarse no tardará en hacerlo, pero olvídense de la idea de poder acompañar a Shannon y disparar.

Caleb dudó, a punto de soltar lo que pasaba por su cabeza, pero se contuvo y se dirigió a Shannon. Debía mantener una conversación con aquel hombre y no quería que su prima le escuchara.

—Shannon, por favor, tengo hambre —mintió con la única idea de poder hablar con claridad con aquel hombre.

La joven frunció el ceño, dudando sobre las intenciones de su primo, pero finalmente asintió y abandonó la habitación.

Capítulo 16

Caleb esperó a que Shannon cerrara la puerta a su espalda y entonces clavó su mirada en el rostro del doctor Chandler, calibrando su expresión, que se mantenía impertérrita.

—Bien, usted dirá —dijo Justin, sorprendiendo al hombre que le observaba desde la cama.

Caleb supo en aquel momento que el *doc* era un hombre inteligente a la par que directo, y no podía negar que eso le gustó.

—Quiero que me explique qué significa eso de que mi prima y usted van a ir tras los pasos de Jasper Bradley.

Justin colocó la silla junto a la cama y se sentó sin prisas, colmando la paciencia de Caleb. Más cuando se frotó la barbilla pensativo antes de hablar.

—Bueno, dadas las circunstancias, creí que a esa joven no le vendría mal un hombre que la proteja, incluso de sí misma. Parece demasiado temeraria para su propio bien.

—No le quito la razón, pero no necesita su ayuda, para eso estoy yo...

—Señor... —comenzó Justin, pero dudó sobre cómo dirigirse a él.

—Henderson —replicó Caleb.

—Señor Henderson, usted no está en condiciones de ir tras los pasos de un asesino profesional. Es un buen tirador, como habrá comprobado —dijo señalando su hombro.

Caleb achicó los ojos y meditó sobre las palabras de Chandler. Algo le olía mal, muy mal.

—¿Y cómo sabe usted eso? ¿De qué conoce a Bradley?

Justin dudó unos instantes antes de confesar la verdad.

—Ese hombre asesinó a mi esposa y desde entonces le persigo. No pararé hasta acabar con su mísera vida.

Caleb tardó unos minutos en procesar la información recibida. Podía leer en su rostro la palabra venganza, la que enturbiaba su mirada, la misma que acompañaba a Shannon desde un tiempo inmemorial. Y aun así no le gustaba nada la idea de que su prima recorriera el Estado con un desconocido en busca de un peligroso asesino.

—Entiendo, pero no sería decoroso que viajaran juntos. Un hombre y una mujer a los que no les unen lazos familiares no sería correcto...

—Bueno, no quiero ofenderle —comenzó Justin, intentando no herir a su interlocutor— pero su prima no es precisamente una... jovencita común. Se hace pasar por un muchacho —se justificó—, nadie va a sacar conclusiones equivocadas.

Caleb frunció el ceño.

—No es lo que la gente piense lo que me preocupa —dijo directo.

Justin lo sabía y tenía claro cuál era el problema que veía el señor Henderson, lo podía llegar a comprender.

—Por eso puede estar tranquilo, pienso respetar a esa joven como a una hermana —no pensaba decirle que las jovencitas hombrunas no eran de su gusto. Le atraían más las mujeres delicadas y dulces. Y Shannon no cuadraba con esa descripción.

—¿Y por qué estaría usted dispuesto a proteger a Shannon?

—Porqué si no lo hago yo, y a pesar de lo poco que la conozco, estoy seguro que cometería la locura de ir sola en busca de Bradley sin importarle dejarle a usted atrás. No podría cargar con eso sobre mi conciencia. Además, no podemos obviar que ambos perseguimos el mismo objetivo. Lo más probable es que nuestros caminos vuelvan a cruzarse una y otra vez.

Por muchas dudas que tuviera, Caleb sabía que Chandler tenía razón. Intentó incorporarse nuevamente pero el dolor que lo traspasó se lo impidió. Tendía que confiar en el *doc*, le gustase o no la idea, no tenía otra alternativa.

—Está bien —aceptó derrotado—. ¿Y cuál es el plan? ¿Esperaran al menos a que me recupere mínimamente? —Mil dudas surgieron en su cabeza. Estaba demasiado lejos de casa para volver solo y en el estado en el que se encontraba, menos. A parte de que nada le esperaba allí tras el fallecimiento de sus padres.

—Ya lo tengo todo organizado. Le acompañaremos a Rocky Meadow, donde mi hermana le cuidará.

—¿Y dónde está situado ese pueblo? —Caleb no estaba muy convencido de aquel apaño.

—En Kansas.

—¡Eso está a varios meses de viaje! —exclamó Caleb, sabiendo que a Shannon no le gustaría nada esa idea.

—No tanto, cogeremos el tren. A lo sumo serán unas semanas. No podemos dejar que la pista de Bradley se enfríe.

—¿El tren? —repitió Caleb confuso. Por lo que tenía entendido viajar en el caballo de hierro no era barato y, Shannon y él subsistían gracias a la pericia de la joven con los naipes.

—Sí, ya tenemos los billetes. He conseguido un apartado en uno de los vagones de primera clase. Así usted podrá ir más cómodo.

—¿Y cómo cree que pagaremos eso? —profirió Caleb sin poder evitar expresar en voz alta sus dudas.

—Henderson, ahora no debe preocuparse por eso. Necesito que me ayude.

—¿Cómo? —indagó Caleb ceñudo.

—Cuénteme la historia de Shannon.

—¿Y por qué no se lo pregunta a ella? —inquirió con desconfianza. No quería traicionar a su prima contando su pasado a un desconocido.

—Sabe tan bien como yo que no es demasiado comunicativa. Solo me ha contado que Bradley mató a su madre, poco más, pero necesito más datos.

—¿Para qué?

—Voy a cabalgar a su lado. Me gusta conocer a la persona que me acompaña y saber si puedo fiarme de ella. —Pudo ver cómo la ira poseía la mirada de Henderson, pero lo ignoró y prosiguió con su discurso—. De su prima ya sé que es tozuda e irreflexiva. Ahora necesito saber el porqué de su hosquedad y por qué se esconde tras esa fachada de muchacho.

Caleb no pudo evitar sonreír ante la acertada descripción que había hecho el *doc* sobre Shannon. Y a pesar de su reticencia inicial, finalmente decidió confiar en aquel hombre.

—La ha retratado perfectamente ¿Qué más necesita saber?

—Lo que la atormenta realmente.

Caleb se tomó unos minutos antes de responder a su pregunta.

—El alma de Shannon está marcada. No ha tenido una vida fácil. Sus primeros años de vida los pasó en un burdel y eso forjó su carácter.

—¡Dios santo! —exclamó Justin sorprendido por sus palabras—. ¿Cómo es eso posible? —preguntó confuso.

—Su madre era una prostituta. Una noche, cuando Shannon contaba con apenas siete años, Bradley sesgó su vida. Fue entonces cuando mi tía Suzanne, que también se dedicaba a la vida alegre se la llevó de aquel lugar, esa misma aciaga noche. No quería que el dueño del local... bueno, ya me entiende —Caleb no tenía ganas de entrar en detalles—. Así fue como acabó en la granja de mis padres.

—¿Y cuando decidieron ir tras Bradley? —preguntó Justin curioso.

—Shannon había dejado su pasado atrás, era una buena chica —una

sonrisa se dibujó en los labios de Caleb antes de proseguir—, aunque nunca fue una muchacha común. No, definitivamente no era como el resto y eso hizo que se sintiera apartada de las otras jóvenes del pueblo, que la rechazaban abiertamente —concluyó con pena al recordar el sufrimiento de su prima.

—¿Y eso por qué? ¿Qué hacía? —cuestionó Justin deseando saber más de la joven, aunque no entendía el porqué.

—Ya entonces le gustaba vestir con mis ropas cuando trabajábamos en la granja, cosa que sacaba de sus casillas a mi madre, que se empeñaba en que se comportara como una jovencita casadera... —Recordar aquellos tiempos, ya lejanos, dolía—, pero para no irme por las ramas le explicaré cuál fue el detonante que volvió a cambiar el rumbo de su vida. Un día que fuimos al pueblo a hacer unos recados Shannon se cruzó con Bradley y lo reconoció. La noche de la muerte de su madre ella estaba en el dormitorio, escondida, y fue testigo del asesinato.

A pesar de que ya sabía la historia no pudo evitar visualizar la dantesca escena. Podía imaginar a una pequeña con los ojos abiertos ampliamente y asolados por el horror ante lo que estaba presenciando y a aquel desalmado disfrutando de su hazaña. Ahora podía comprender la sed de venganza que recorría las venas de Shannon, incluso mayor que la suya propia, y eso le hizo sentirse extraño, como si su propio dolor no fuera proporcional al de aquella extraña joven.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó abandonando su silla y situándose frente a la ventana, con la mirada perdida en el exterior.

—Con una navaja —respondió Caleb con la misma desolación reflejada en su rostro.

Justin cerró los ojos y se pinzó el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar. Aquel demonio había sesgado dos vidas del mismo modo,

disfrutando del sufrimiento de sus víctimas, y en aquel momento se prometió que él acabaría con su mísera vida de la misma forma.

Shannon dejó encargado a la señora Ralph que subiera algo de comer a la habitación y decidió ir hasta la pensión para recoger sus cosas y las de Caleb. Necesitaba aire fresco, respirar y estirar las piernas tras estar tantas horas en aquella habitación.

Desde bien pequeña había aprendido a controlar sus sentimientos, a ocultar su fragilidad ante el mundo, solo se mostraba tal cual era ante Caleb. Pero algo había cambiado cuando le había contado a aquel hombre parte de su vida. Era un completo desconocido y aún no comprendía el por qué se había abierto a él. Hacía apenas unas horas que le conocía pero le hacía sentir segura y eso la asustaba.

«Ahora no puedo pensar en eso», se reprochó. Movi6 la cabeza de izquierda a derecha con vigorosidad y prosigui6 su camino. No pod6a perder el tiempo pensando en estupideces cuando estaba a pocos pasos de cumplir con el objetivo de media vida. Una hora despu6s regresaba al hotel para reunirse con el *doc* y Caleb.

—¡Eh, chico! —le increp6 una voz a su espalda, y al girarse se encontr6 con un tipo de aspecto desastroso. Su camisa estaba sucia y unos rodales de sudor adornaban sus axilas. Sus ojos estaban inyectados en sangre, denotando que hac6a d6as que no dorm6a y estaba segura de que su aliento ol6a a rayos.

—¿Qu6 quiere? —dijo poni6ndose en guardia, pero ya era tarde. Aquel malnacido ya estaba a su lado y la asest6 un derechazo que le hizo caer de culo. Se qued6 unos segundos aturdida antes de lograr levantarse.

—¡Hijo de perra! —exclamó, notando como un hilo de sangre corría por la comisura derecha de su labio.

Recibió un nuevo golpe, que esta vez impactó en su mejilla.

—Muchacho, dame el dinero y te dejaré en paz.

—¿Qué dinero? —preguntó Shannon, intentando deshacerse de su agarre sin demasiado éxito.

—El que ganaste anoche.

—Cerdo asqueroso, no pienso darte ni un centavo —replicó Shannon golpeando con su puño la nariz de aquel tipo, logrando que este se apartara.

—¡Demonio de rapaz! —exclamó el susodicho mientras se incorporaba y volvía a cernirse sobre la joven dándole un empujón y logrando que Shannon volviera a caer sobre el suelo polvoriento—. Te voy a dar una lección que no olvidarás jamás —amenazó, pero su discurso se vio interrumpido cuando alguien le cogió por el cuello de la camisa y le separó de Shannon.

—No vas a hacer nada, Clint —dijo el *sheriff* Thompson mientras le inmovilizaba—. Muchacho, levántate —ordenó a Shannon, que no dudó en seguir sus órdenes, agradecida por su sorpresiva aparición.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó el *sheriff*, clavando su mirada en el rostro de Shannon, que en aquel momento sacudía sus ropas.

—Ese cerdo pretendía robarme lo que gané en la timba de anoche —explicó, clavando su mirada en el ladrón.

Thompson chascó la lengua y obligó al borracho a moverse.

—Está bien, chico. Creo que lo mejor es que te vayas al hotel y te marches de Denver cuanto antes. Parece que anoche despertarte el interés de demasiada gente. No deberías tentar a la suerte.

—Por supuesto, *sheriff* —respondió Shannon recogiendo las alforjas que permanecían en el suelo—. Mañana mismo —concluyó antes de caminar

aceleradamente hasta el hotel.

Capítulo 17

Shannon subió las escaleras de dos en dos. Aún notaba el cuerpo tembloroso tras lo sucedido con aquel malnacido. Cuando llegó a la puerta se tomó unos segundos para ralentizar su acelerada respiración. Su intención era no contar lo sucedido, pero cuando traspasó la puerta fue consciente de que iba a ser completamente imposible.

Justin seguía procesando la información recibida por parte de Caleb cuando la puerta se abrió para dar paso a Shannon. Inconscientemente clavó la mirada en su rostro y descubrió los rastros de sangre en la comisura de sus labios y la rojez en su mejilla. En dos zancadas estuvo frente a ella, que le observaba con los ojos plagados de sorpresa, y tomó su rostro entre sus manos.

Caleb era testigo mudo de la escena que se desarrollaba frente a sí.

—¿Qué demonios te ha pasado?! —preguntó Justin con preocupación, mientras estudiaba el corte de donde manaba el viscoso líquido carmesí.

—¡Nada! —mintió Shannon, intentando apartarse de él obstinadamente.

El *doc* le había pillado por sorpresa. Y el roce de su piel en sus mejillas estaba logrando que una extraña sensación recorriera su cuerpo. Su respiración se había vuelto a acelerar, pero de una forma muy distinta a la anterior. Un extraño hormigueo comenzó en su pecho para acabar en la boca de su estómago.

—No mientas —dijo Justin, ajeno al estado de la joven, pero no a la suavidad de su piel. «Debes centrarte», se amonestó mentalmente—. ¿Quién

te ha hecho esto? —preguntó directo.

—*Doc*, ya le he dicho que... —comenzó Shannon, pero sus palabras quedaron suspendidas en el aire cuando él apartó los dedos que acariciaban su rostro, cosa que agradeció, para atrapar su brazo y arrastrarla hasta una silla donde la obligó a sentarse.

Justin, tras dejar a la joven, se dirigió al mueble donde reposaban sus alforjas y tras atraparlas volvió junto a ella.

—Solo es un rasguño —refunfuñó Shannon.

Justin frunció los labios antes de rebatir sus palabras.

—Que yo sepa, soy el único en esta sala que ha estudiado medicina.

Shannon apretó la mandíbula al escuchar sus palabras, que le habían hecho sentirse inferior.

—¡Claro! No todos hemos tenido la suerte de nacer en la familia perfecta...

Justin achicó los ojos y los clavó en su rostro antes de atrapar su barbilla entre los dedos para obligarla a elevarlo. Hubiera deseado decirle cuatro cosas respecto al endiablado genio que tenía, pero se contuvo al recordar la difícil infancia de la joven, notando nuevamente que su corazón se encogía.

—Cállate y estate quieta —dijo con una voz que no admitía réplicas.

Con pulcritud acercó la gasa, empapada en desinfectante, que sostenía entre sus dedos y rozó su labio con delicadeza.

Shannon iba a replicar a sus palabras, pero el escozor que sintió se lo impidió.

—¡Ahhh!

Caleb observaba toda la escena sorprendido y divertido a partes iguales. Si aquellos dos no estuvieran a punto de sacarse los ojos, se hubiera reído a carcajadas por la situación, pero tuvo cuidado de no hacerlo.

—Y ahora, cuéntenos que ha sucedido —insistió Justin sin amilanarse ante la mirada torva que la joven le dedicaba.

—Responde, Shannon —le ordenó Caleb, y para sorpresa de Justin, ella lo hizo.

—Caleb, no ha sido nada, solo un borracho que me vio ganar ayer la gran partida y quería desplumarme —explicó llanamente.

—¡Joder, Shannon! Ese tipo no fue el único que te vio ayer guardarte el dinero. La sala estaba llena. Estoy seguro de que si vuelves a salir a la calle volverá a pasar algo muy parecido.

—¿Y qué quieres que haga? —exclamó la joven girándose para clavar la mirada en el rostro de su primo.

—Creo que lo mejor es que cambies tu aspecto. Todavía nos quedan unas horas aquí —respondió Caleb mientras se frotaba la barbilla.

—¿Y qué propones? —replicó Shannon, molesta con él por sus divagaciones.

Una idea surgió en su cabeza y una sonrisa se le formó en los labios, disfrutando anticipadamente de la reacción de su prima cuando escuchara sus palabras.

—Debes convertirte en una muchacha.

—No es mala idea —secundó Justin.

Shannon cerró la boca, que había permanecido abierta, antes de explotar con el peor de su genio.

—¡Ni hablar! —vociferó antes de saltar de la silla como si quemara.

—¿Por qué no? —indagó Caleb—. Creo que no es mala idea.

—Lo repito —dijo Shannon señalando a uno y a otro con el dedo índice—, no pienso hacerlo.

—Señor Chandler, será mejor que acompañe a mi prima a alguna tienda donde pueda conseguir un vestido.

—¿Nadie me escucha? —proclamó Shannon al aire con frustración.

—¡No! —fue la contestación al unísono de ambos hombres.

Shannon se cruzó de brazos y se situó frente a Justin con valentía. No pensaba ceder, no estaba acostumbrada a hacerlo.

—Y dígame, ¿piensa llevarme a rastras, *doc*? —preguntó elevando una de sus cejas oscuras.

A Justin le gustó el desafío que percibió en su voz. Y sin ser consciente de ello una media sonrisa se dibujó en sus labios.

—Si es necesario, así lo haré, *forajida* —replicó Justin.

—Se cree muy gracioso, ¿verdad? —replicó Shannon, molesta por el apelativo que había utilizado él.

—No hará falta, señor Chandler —intervino Caleb, antes de que la situación se desmadrara—. ¿Verdad, Shannon?

Cuando su prima clavó la mirada en su rostro, Caleb no dudó en mantener el duelo visual durante algunos segundos. Finalmente Shannon se rindió, como él esperaba.

—¡Está bien! —Su respuesta fue expresada antes de un sonoro resoplido.

Shannon caminaba al lado del doctor por la calle comercial de Denver. Habían permanecido en silencio desde que habían salido del hotel. Justin todavía se sentía confuso por los acontecimientos, pero no podía negar que tenía cierta curiosidad por comprobar por sí mismo que realmente la joven no era tan parecida a su Cassie. «Es una estupidez, además, si fuera así, ¿cambiaría algo?», se preguntó, confuso.

—Estarás contento —refunfuñó Shannon sin poder contenerse por más

tiempo.

—¿A qué te refieres? —indagó Justin sorprendido.

—Te has metido a mi primo en el bolsillo, pero voy a decirte una cosa, *doc...*

—Deja de llamarme así —replicó él, molesto—. Mi nombre es Justin.

La reacción de Shannon fue detenerse en seco. Cuando él hizo lo propio elevó su cabeza y clavó la mirada en el rostro masculino con intensidad.

—Está bien, Justin, vamos a aclarar una cosa. Si vamos a viajar juntos quiero que te quede muy claro que no me gusta que me den órdenes, ni voy a ser sumisa ante tu parecer. Si hay que tomar decisiones, hablaremos sobre la situación y lo haremos entre los dos —dijo elevando su mano en alto, formando una uve con el dedo índice y corazón.

Justin atendía a sus palabras sin perder de vista sus labios. A pesar de la pequeña herida en la comisura derecha, le parecían de lo más sugerentes. Por no hablar de las llamas que bailaban en sus ojos dorados. A pesar de que toda esa ira iba dirigida a él, su fuerza y contundencia le atraían, aunque no quisiera asumirlo.

—¿Me estás escuchando? —insistió Shannon, a punto de perder la escasa paciencia con la que contaba.

—Alto y claro —respondió Justin.

—Bien —replicó Shannon, aún sorprendida por lo fácil que había sido llegar a un acuerdo con aquel hombre. Con Caleb siempre era más difícil.

—Una vez resuelto esto, ¿podemos seguir? —indagó Justin, deseando acabar con aquel asunto.

—Sin duda —aceptó Shannon antes de continuar con su camino, esperando que él la siguiera por la acera de madera.

Poco después entraron en una pequeña tienda donde sendas estanterías estaban repletas de un gran género de telas. Estaba claro que allí el asunto de la exportación estaba lejos de ser un problema. En aquel momento no había ningún cliente y la dependienta, situada tras el mostrador al final del local, se entretenía ojeando un catálogo de moda femenina. Al escuchar la campanilla, situada sobre la puerta, no dudó en cerrar la revista y ofrecer una de sus mejores sonrisas a los dos hombres que acababan de entrar. Ciertamente le resultó extraña aquella visita, pero no por ello dejó de atenderlos como correspondía.

—Buenos días, caballeros.

—Buenos días, señorita —replicó Justin con una sonrisa amable. Podía vislumbrar el ceño fruncido de Shannon, que le resultó de lo más cómico. Estaba claro que se iba a divertir a su costa, cosa que hacía demasiado tiempo que no hacía.

—¿En qué puedo ayudarle? —le instó la joven competentemente.

—Necesito ropa de mujer para ella —dijo Justin señalando con un gesto de cabeza a Shannon. La expresión que mostró la dependienta no tenía precio, y tuvo que controlar las ganas de reír que le acuciaban.

La modista tardó unos segundos en recomponerse tras la sorpresa inicial.

—Sí, es una mujer —prosiguió Justin. Por el rabillo del ojo fue consciente de cómo la mandíbula de Shannon se tensaba—. ¿Podría hacer algo para que además de serlo, lo parezca? —añadió y, como esperaba, el genio de Shannon no tardó en explotar.

—*Doc* —comenzó Shannon, aproximándose a él peligrosamente, apretando los puños a los costados. Herida profundamente por sus palabras aunque no lo quisiera asumir—. Te estás pasando.

La joven tras el mostrador, más repuesta, intervino al ver la tensión que

había surgido entre la extraña pareja.

—Señorita, ¿algo elegante o cotidiano? —indagó dirigiéndose directamente a Shannon, que apartó la mirada que tenía clavada en Justin y la fijo en la joven.

—Cotidiano, por favor, y lo más discreto posible.

—Shannon, por favor, deja que la señorita te aconseje —intervino Justin ignorando el sonoro resoplido de la aludida.

—Acompáñeme, por favor —intervino la modista saliendo del mostrador e invitando con un gesto de mano a la joven para que la siguiera.

Shannon lo hizo y traspasó la pesada cortina de terciopelo color burdeos que delimitaba el probador. Seguía pensando que aquella idea era una completa locura que ella misma había aceptado y de la que ya empezaba a arrepentirse.

La dependienta la instó a ponerse unas medias y unos pololos, a los que no había echado de menos en el tiempo que había prescindido de ellos. Luego la camisola y por último el corsé, con el que se sintió embuchada. Por último unas enaguas abullonadas que parecían empeñadas en enredarse entre sus piernas.

Rogó al cielo por que la vestimenta fuera lo más sencilla posible, pero parecía que la modista no estaba por la labor. Primero la obligó a probarse un vestido de algodón de estampado floral de color azul. La falda era más ostentosa que las que ella había usado en el pasado. El cuerpo era ajustado, como las mangas que llegaban hasta el puño. Una graciosa puntilla adornaba un cuello en redondo.

—Es precioso —dijo Shannon, aunque no entendía demasiado de modas—. Pero necesito algo más práctico. Parte del viaje lo realizaremos en carreta —dijo, sabiendo que con ese argumento lograría que la dependienta

bajara sus expectativas.

—Comprendo —dijo la modista antes de salir del vestidor y volver poco después con varias prendas en sus brazos, que colocó sobre una silla y fue entregando a la joven.

Shannon estaba nerviosa. No lo podía negar, hacía demasiado tiempo que no se veía con ese tipo de ropajes y no sabía si estaba preparada para enfrentarse a su propio reflejo. Suspiró pesadamente antes de girarse y clavar su mirada en el espejo de cuerpo entero. Su sorpresa fue mayúscula. Se sentía muy extraña. Ante sus ojos vio una joven delgada cuya camisa rosada resaltaba su busto, aquel que tanto esfuerzo le costaba ocultar y que con el corsé parecía rebosar a pesar del diseño recatado. La falda gris acentuaba su cintura estrecha y caía en cascada hasta casi rozar el suelo.

—¿Les falta mucho? —sonó la voz de Justin al otro lado de la cortina.

Shannon iba a replicar mordazmente a su pregunta, pero la joven a su lado se lo impidió cuando descorrió el pesado cortinaje y la dejó frente a frente con el *doc*, cuya expresión no pudo descifrar.

—¿Qué le parece, señor? ¿Es lo que buscaba? —preguntó la dueña del local, expectante.

Justin tardó unos segundos en recuperarse. La nueva Shannon le había cortado el aliento de cuajo y no sabía cómo reaccionar. Tuvo que carraspear porque su garganta se había quedado seca, antes de poder responder.

—Sí, señora, ha hecho un buen trabajo —respondió antes de apartarse e ir hacía el mostrador para revisar los guantes femeninos situados en una cesta. Necesitaba poner distancia—. Ponga un par de estos también a la cuenta —añadió, intentando disimular su turbación.

Capítulo 18

Para Caleb el día no había empezado demasiado bien. Abandonar la cama que había ocupado había sido una ardua tarea y cuando intentó ponerse en pie se sintió como un minino que llevaba días sin comer. Si no hubiera sido por Shannon, que lo sostuvo, habría acabado en el suelo. Bajar las escaleras del hotel hizo que el dolor lacerante que le atravesaba el hombro aumentara, y solo logró tomar algo de aire cuando acabó sentado en la parte trasera del carro que había alquilado el doctor Chandler para llegar a la estación ferroviaria.

Se sentía incómodo con la situación, y aun así se dejó ayudar por Justin cuando llegaron y tuvo que bajar del vehículo. Apenas era capaz de dar un paso y hubo de aceptar que Justin cogiera su cintura y le ayudara a llegar al apeadero.

Shannon los seguía de cerca, dos pasos por detrás de ellos. En su mano derecha portaba dos pequeñas bolsas con las pertenencias del *doc* y las propias. Dio un nuevo traspies y maldijo por quinta vez las enaguas que se enredaban en sus piernas. Agradeció al menos tener sus botas, que era lo único que conservaba de su atuendo y que le hacía sentir cómoda.

Sus pensamientos negativos, casi todos dirigidos a Justin, se silenciaron en su mente al quedar frente a la máquina locomotora que estaba esperando a que los viajeros subieran. Se sintió impresionada por sus dimensiones, por no hablar del rugido que silenció las conversaciones con el sonido potente de su silbido al tiempo que un denso humo salía por la enorme chimenea. Ahora comprendía por qué le llamaban el caballo de hierro. A su pesar, se sintió

excitada al pensar en viajar en aquel artilugio del que todos hablaban desde hacía años.

—¡Es espectacular! —dijo en voz alta, sin percatarse de que lo hacía.

—Ya lo creo —replicó Justin, tan impresionado como la propia joven—. Es una magnífica obra de la ingeniería.

—Yo no entiendo de esas cosas... —intentó rebatirle Shannon, molesta por su intromisión.

—¡Eh, tranquilos! —intervino Caleb, que se sentía agotado y solo quería aposentar su trasero en algún lugar—. Si no os importa, necesito sentarme ya o acabaré en el suelo. Después podéis seguir con vuestra continua disputa.

Tanto Shannon como Justin se sintieron avergonzados y asintieron antes de seguir con su camino. Diez minutos después ocuparon sus asientos en un reservado para ocho personas. No era muy elegante, pero al menos tendrían algo más de comodidades e intimidad que en el vagón de tercera, donde la gente parecía ir hacinada.

Caleb se sintió agradecido y poco después se quedó dormido con la cabeza apoyada contra el cristal de la ventanilla. Shannon, sentada frente a él, dejó su mirada bajar por el arcén, que era un pulular de gente que iba y venía. No es que le interesara mucho lo que allí sucedía pero le servía de excusa para ignorar expresamente a Justin, situado a la derecha de Caleb y cuya mirada estaba clavada en su persona. Se sintió agradecida cuando la puerta acristalada del apartado se abrió para dar paso al resto de pasajeros.

—Buenos días —saludó un hombre alto y elegantemente vestido. Su rostro era atractivo y sobre sus labios un fino bigote le confería un aspecto elegante.

—Buenos días —replicó Justin con una sonrisa, tendiéndole su mano—. Soy el doctor Chandler —se presentó educadamente.

—Moses Davies —replicó el aludido, también tendiéndole la mano—. Abogado. Estas son mi madre y mi esposa —añadió, en alusión a las dos mujeres que entraron tras él y que ocuparon sus asientos.

Media hora después Justin mantenía una interesante conversación sobre política con el señor Davies mientras la esposa de este ojeaba con aburrimiento una revista de moda. Shannon hubiera deseado también echar una cabezadita, como Caleb, pero la madre del señor Davies se lo impidió. Aquella anciana era una cotilla de marca mayor.

—¿Se encuentra bien su marido? —preguntó clavando la mirada en Caleb. Estaba más que claro que estaba investigando y a Shannon le hubiera gustado dar una mala contestación a la mujer, pero la voz profunda de Justin se lo impidió.

—No, es el primo de mi esposa —dijo con amabilidad.

No le sorprendió cuando los ojos de Shannon se clavaron en su persona. Si una mirada pudiera matar, él ya estaría más que muerto.

—¡Oh! —exclamó la anciana, observando alternativamente a la pareja. Cierta sospecha se dibujó en las facciones de su rostro cuando su ceño se frunció ligeramente—. ¿Y llevan mucho tiempo casados? —continuó con el interrogatorio.

—¡Madre, pare ya! —exclamó el señor Davies amonestando a la mujer, que no pareció impresionada por el tono imperativo de la voz de su hijo.

—Disculpe a mi suegra —intervino la señora Davies, situada a la derecha de la anciana, elevando por un instante la mirada de la revista y clavándola en el rostro inescrutable de Shannon—. A veces se le olvidan las mínimas normas de educación.

—No se mortifique, señora Davies —replicó Shannon intentando ser amable, aunque necesitaba urgentemente dejar escapar su genio o explotaría—. *Cielo* —dijo dedicando una mirada significativa a Justin, que se vio

sorprendido por su actitud y el apelativo empleado para llamar su atención—, no me vendría nada mal tomar algo de aire. ¿Me acompañas al pasillo? —preguntó melosamente, pero no engañó a Justin, que ya sospechaba de sus intenciones.

—Por supuesto, *mi amor* —replicó con igual fingimiento mientras abandonaba su asiento y le tendía la mano—. Disculpen —añadió antes de salir del apartado y cerrar la puerta acristalada.

Shannon, por su parte, dio varios pasos para acercarse a la puerta trasera del vagón, buscando cierta intimidad y esperó pacientemente hasta que Justin se aproximó a ella, quedando frente a frente.

—¡Por qué demonios has dicho eso! —le reprendió, notando su rostro sonrojado por el esfuerzo de contener su ira.

Justin esbozó una leve sonrisa, sin apenas percatarse, y se cruzó de brazos antes de apoyarse contra la pared de madera a su espalda.

—La verdad, no lo sé, pero no creo que tenga la mayor importancia.

Shannon sopló sonoramente y apretó los puños a los costados. Estaba a punto de arrojar toda su ira contra él cuando la puerta a su espalda, la que separaba los vagones, se abrió con virulencia y la empujó hasta acabar empotrada contra el amplio pecho de Justin, tan sorprendido como ella.

—Disculpe —dijo el hombre que pasó con prisa a su lado y desapareció por el largo y estrecho pasillo.

Durante unos segundos ambos permanecieron así, con sus rostros a escasos milímetros de distancia, con las miradas engarzadas la una con la otra.

Justin olvidó respirar por un momento y cuando volvió a insuflar aire a sus pulmones el dulce olor de la joven inundó sus fosas nasales, alterando su pulso. Mientras, su mirada se perdió en la contemplación de los iris dorados de Shannon, que en aquel instante refulgían de ira. Pero lo que de verdad le

dejó embelesado fueron sus labios perfectamente formados, y que le parecieron de lo más apetecibles cuando la pequeña lengua de la joven los acarició y humedeció. «Deseo besarla», pensó sorprendiéndose a sí mismo, sintiéndose devastado por el cataclismo de sensaciones que recorrían su cuerpo.

Shannon contuvo el aliento porque con cada movimiento sus pechos se rozaban con la camisa azul de Justin, y una extraña sensación había recorrido su cuerpo con el primer contacto. Tampoco ayudaba su proximidad y su aliento, que acariciaba su rostro. Sus ojos verdes estaban clavados en ella con una intensidad que la abrumó. Sintió la garganta seca y, en un gesto que intentaba mitigar esa sensación, tragó saliva y se humedeció los labios. Para su sorpresa, un pequeño gemido que asemejó a un bufido salió de la garganta masculina. Él se apartó con virulencia para volver al interior del apartado de donde habían salido poco antes, dejándola sola y confusa en el pasillo desierto.

Justin tardó unos minutos en recuperar parcialmente la compostura y ralentizar su respiración acelerada. «He estado a punto de besarla», se recriminó, furioso consigo mismo. «¿Qué demonios me está pasando?», se preguntó, aunque sabía de sobra la respuesta. Deseaba a esa mujer, y eso solo le llevaba a sentirse confuso y culpable. «No pienses más en eso», se ordenó, seguro de que todo lo sucedido se debía al cansancio acumulado.

Shannon cerró los ojos y se pinzó el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar en un gesto poco femenino. La señora Davies no era una mala mujer, pero llevaba toda la tarde parloteando y estaba acabando con su

paciencia. Ahora comprendía a la nuera de la anciana, que se encontraba leyendo un libro. Estaba claro que estaba intentando evadir la charla incesante de su suegra. Al principio le había caído mal, pero ahora pensaba que se había ganado el cielo por aguantar a aquella desquiciante mujer.

—Señora Chandler, ¿conoce usted San Francisco? —preguntó Marguerite Davies.

—No, señora Davies —respondió Shannon con aburrimiento.

—Es un lugar especial con unas vistas maravillosas al mar que la dejarían sin aliento. Yo me mudé allí hace unos años por motivos de salud, mi médico me recomendó el clima. Al principio me costó hacerme al lugar, pero tuve la suerte de trabar amistad con la señora Archibald. Tiene una preciosa casa situada sobre unos espectaculares riscos. Evangeline decidió abandonar Baltimore para ir a vivir allí hace algunos años. Aunque el lugar ha mejorado mucho desde que su difunto hijo decidió instalarse allí. Fue tan triste todo lo que sucedió en su familia...

«No puedo más», pensó Shannon, deseando mandar al cuerno a la anciana. Giró su rostro y descubrió la mirada divertida de Justin clavada en su persona. Parecía regodearse con su incomodidad.

—Cielo, ¿me acompañas a estirar las piernas? —le ofreció Justin a Shannon mientras se levantaba del asiento y le tendía su mano.

La aludida hubiera deseado negarse, pero la imperiosa necesidad de huir de la voz de aquella mujer era más fuerte y aferró los dedos de Justin. Una corriente eléctrica recorrió su cuerpo cuando sus pieles se rozaron y aun así la ignoró, saliendo del apartado para llegar al pasillo. Ya en el exterior, no dudó en acercarse a una de las ventanas acristaladas que abrió con urgencia. Agradeció el aire que acarició su rostro y respiró, disfrutando de aquel momento de paz.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Justin apostado a su lado,

apoyado contra la pared despreocupadamente.

—Sí, gracias —dijo Shannon a regañadientes—. Esa mujer va a acabar con mis nervios. ¿No se calla nunca?

El sonido de una risa surgió de la garganta masculina.

—Me temo que no.

—No sé si podré soportar este viaje —confesó Shannon—. ¿No podrías darme algo de eso que hace dormir a Caleb? —comentó con humor.

—Vamos, Shannon, tú eres una chica fuerte. Podrías con la señora Davies y con cinco más como ella.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Shannon al escuchar sus palabras. Justin se sorprendió al descubrir su expresión relajada, que no había visto nunca desde que se conocían. «Hermosa», fue el calificativo que surgió en su mente. De nuevo el momento vivido el día anterior se personó ante sus ojos y la necesidad que había sentido de probar sus labios regresó. «¿Qué demonios me está pasando?», se preguntó molesto.

—¿Y si le damos el láudano a ella? —Shannon prosiguió con la discernida conversación que llevaban, ajena a los pensamientos de Justin.

—No es mala idea —replicó él, más repuesto tras sus extraños pensamientos—, pero corremos el riesgo de que su nuera me lo robe para tenerla neutralizada por una buena temporada.

Shannon abrió ampliamente los ojos, imaginando la escena descrita por el *doc*, y no pudo evitar reír a carcajadas.

Caleb, que se había despertado poco antes, salía en aquel momento y se sorprendió al descubrir a su prima riendo. Hacía meses, sino años, que no la veía tan relajada y con el rostro iluminado. «¿Qué está pasando aquí?», se preguntó confuso.

—Caleb —le llamó la voz de Justin—. ¿Ya se encuentra mejor?

—Lo estaría si esa maldita mujer se callara de una vez —dijo el

aludido, malhumorado.

Justin y Shannon se miraron y sin poder contenerse rompieron en sonoras carcajadas, logrando que Caleb se sintiera aún más desconcertado.

Capítulo 19

Shannon descendió los dos escalones de hierro que la separaban del suelo y se sintió aliviada. No es que le hubiera disgustado la experiencia de viajar en tren, nunca lo olvidaría, pero por nada del mundo podría soportar una hora más en compañía de la señora Davies y su incontinencia verbal.

—Bueno, ya hemos llegado. El primer tramo del viaje está cubierto — le sobresaltó la voz de Justin, que se había situado a su lado en el arcén.

—¿Y mi primo? —preguntó, preocupada al no ver a Caleb.

—Con los Davies —indicó Justin escuetamente—. Vamos, no creo que aguante mucho tiempo más con la entrañable señora Davies. Creo que le estaba hablando de una jovencita, vecina suya, que quería presentarle cuando *vayamos* a visitarla a San Francisco al regresar de su viaje.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios al escuchar las palabras de Justin. No pudo evitar sentir cierta lástima por su primo, pero si la señora Davies estaba conversando con Caleb, ella estaba a salvo. «Sálvese quien pueda», pensó divertida, aunque dijo lo contrario.

—Bueno, supongo que no tendremos más remedio que ir a rescatarle.

Justin disfrutó de esa sonrisa y de su estado de humor. La joven que tenía ante sí nada tenía que ver con el muchacho duro y prepotente que conoció días antes en una timba de cartas en un *saloon* maloliente de Denver. Con galantería extendió su brazo para que ella lo enlazara.

—¿Me acompaña, esposa mía? —preguntó con humor, disfrutando cuando Shannon clavó la mirada en su rostro y descubrió las llamas zigzagueantes de ira en sus ojos.

Shannon dudó unos instantes, molesta por sus palabras, que no le

habían gustado nada. Todavía no le había perdonado por decirle a la familia Davies que eran marido y mujer, una mentira innecesaria a su parecer. Y aun así se aferró a su brazo para dirigirse a donde se encontraban los Davies y su primo.

—Perdonen la demora —se disculpó Justin al llegar junto al grupo que esperaba bajo el apeadero techado, protegiéndose del sol inclemente—. Mi esposa estaba ansiosa por descubrir qué encontraríamos al llegar.

—No se preocupe, señor Chandler —dijo la anciana, risueña—. Ha sido un placer conversar con este amable joven. Aunque no parece muy recuperado de su enfermedad. Es una gran suerte tener a un médico en la familia. Y dígame, ¿qué planes tienen? ¿Van a pasar la noche aquí antes de regresar a su hogar?

—Madre, pare por favor —dijo Moses mortificado por la actitud curiosa de su madre, a pesar de haber convivido media vida con ella.

—Señor Davies, no se preocupe —dijo Justin, conciliador—. Su madre es una mujer encantadora. Y sí, creo que lo mejor sería buscar un hotel y pasar la noche aquí —comentó, fijando su mirada en el rostro de Caleb, que parecía demacrado—. Caleb se merece descansar en una cama decente antes de proseguir con nuestro viaje.

—¿Dónde se hospedarán? —indagó Sofía, integrándose en la conversación.

—En el hotel Wildmore. Me han dicho que es un lugar tranquilo.

—¡Qué casualidad! —exclamó la anciana emocionada—. Es el mismo hotel donde nosotros nos hospedamos.

Shannon abrió los ojos ampliamente y contuvo un sonoro suspiro al escuchar sus palabras. «¿Cómo podemos tener tan mala suerte?», se preguntó contrariada. Cuando su mirada se cruzó con la de Caleb pudo leer en sus ojos la misma angustia, pero Justin seguía charlando animadamente con los

Davies. Concretaba con Moses alquilar un carro para llegar hasta su hospedaje y llevar el equipaje evitando que Caleb se forzara.

Shannon respiró aliviada cuando llegaron a la puerta del hotel. Soñaba con estar en una habitación y poder dormir a pierna suelta sobre una cama de verdad por primera vez en semanas. Pero todas sus expectativas se derrumbaron al escuchar las palabras de Justin cuando estuvieron en recepción. Para su sorpresa estaba reservando dos habitaciones, una para Caleb y otra para él y su esposa. Hubiera deseado estrangularle, abofetearle, pero la presencia de los Davies se lo impidió. Tuvo que esperar a que estos desaparecieran para poder pedirle explicaciones. Lo hizo en el pasillo de la segunda planta, donde estaban situados sus dormitorios.

Con las manos en las caderas y echando chispas por los ojos se aproximó a Justin y explotó como una bomba de relojería.

—*Doc*, ¿me puedes explicar por qué has pedido solo dos habitaciones?
—preguntó rechinando los dientes.

Justin estaba harto de escuchar el apelativo con que la joven se había empeñado en llamarle, y estaba decidido a molestarla empleando aquel que ella tanto odiaba con la esperanza de quitarle tan fea costumbre.

—Tranquilízate, forajida. —Disfrutó al ver cómo sus mejillas se coloreaban—. Luego discutiremos si quieres, pero primero deberíamos ocuparnos de Caleb, ¿te parece? —concluyó, dirigiendo su mirada al aludido.

Shannon desvió la mirada clavándola en el rostro demacrado de su primo, que permanecía apoyado contra la pared manteniéndose en pie con esfuerzo. Estaba claro que necesitaba descanso urgente. Asintió a regañadientes, sintiéndose culpable por no haber pensado en su bienestar, obnubilada por el enfado.

—Sí, será lo mejor, pero esto no quedará así —le advirtió mientras

ayudaba a Caleb a acercarse a la puerta de la habitación que le habían asignado.

—Perfecto —dijo Justin—, yo mientras tanto iré a la oficina de telégrafos a hacer unas gestiones —puntualizó antes de girarse y desaparecer por el amplio corredor.

Shannon frunció el ceño molesta, pero se centró en ayudar a entrar a Caleb y guiarle hasta la cama. Tras quitarle las botas le instó a acostarse.

—Le odio —dijo Shannon mientras acomodaba a Caleb.

Este, al escuchar sus palabras, giró su rostro y clavó la mirada en el femenino.

—Es un buen hombre, ¿por qué le tienes tanta inquina? Nos está ayudando desinteresadamente...

—¡Oh, Caleb, por favor!, deja de enumerar sus múltiples virtudes. No me gusta y punto.

Caleb achicó los ojos y estudio el ceño fruncido de su prima.

—¿Se ha portado contigo inapropiadamente? —indagó, aunque estaba seguro de que no era el caso—. Si es así...

—No, claro que no —se apresuró a desmentir Shannon, azorada mientras sus mejillas se coloreaban—. Pero...

—Nada de peros. Deja tus malas pulgas fuera de este asunto, por favor. A mí Chandler me parece un buen hombre.

Justin esperó pacientemente su turno en la oficina de telégrafos y cuando estuvo frente al mostrador garabateó un par de líneas en un papel que entregó al empleado. En esa nota preguntaba al sheriff Rafferty si ya tenía alguna información sobre el nombre que le había dado la última vez que se

habían comunicado y que sospechaba que era usado actualmente por Jasper Bradley. Después decidió acercarse a la barbería y acabar con la incipiente barba que ya adornaba sus mejillas.

Una hora después regresó al hotel y entró en el dormitorio de Caleb para comprobar su estado. Como esperaba, estaba plácidamente dormido y estable. Debía estar agotado tras el viaje de varios días que acababan de realizar. Oteó a su alrededor y al no descubrir sus pertenencias decidió ir al otro dormitorio, suponiendo que estarían allí.

Tras cerrar la puerta con cuidado, decidió acercarse a la contigua y llamó con los nudillos, pero al no recibir respuesta decidió usar la llave extra que le habían dado en recepción. Supuso que Shannon había ido a hacer algún recado y que no habría nadie en el interior, pero cual no fue su sorpresa al encontrarse con una escena que le cortó el aire en los pulmones y secó su garganta.

Shannon permanecía frente al espejo y podía ver a través de él su expresión contrariada. En un momento dado incluso fue testigo de cómo se mordía el labio inferior. La falda gris y la camisa rosada reposaban sobre el suelo de madera y su cuerpo estaba cubierto simplemente con las enaguas, la camisola y el corsé, con el que parecía mantener una lucha encarnizada.

Justin cerró la hoja de madera con sumo cuidado para que ella no se percatase de su presencia. Durante unos minutos siguió espiando a la joven a placer, pero cuando se percató de que su cuerpo no era inmune a su visión, se amonestó mentalmente y decidió hacer notar su presencia.

—Señorita, ¿necesita ayuda?

Shannon, al escuchar su profunda voz, sintió que su corazón se le detenía en el pecho. Dejó caer las cuerdas del corsé anudado a su espalda y se tomó unos segundos para recuperarse de la impresión recibida con la inesperada llegada de Justin. Se sintió avergonzada, no lo podía negar, y a

pesar de la situación poco usual en la que se encontraba y a la que no estaba acostumbrada, no se comportó como se hubiera esperado de una joven de su edad. Se cuadró de hombros, giró ligeramente su rostro y clavó la mirada en el hombre antes de responder a su pregunta.

—Bueno, si me ayudas a liberarme de este tortuoso artilugio te lo agradeceré.

Justin sonrió nuevamente al escuchar su respuesta pícaro e intentó serenarse. A pesar de su aparente calma, su interior era un hervidero de sentimientos y sensaciones que no sabía cómo calificar.

La visión de la Shannon que tenía ante sí era muy diferente a la que estaba acostumbrado normalmente. Las enaguas blancas se arremolinaban en torno a sus piernas y sus botas de montar de cuero marrón se vislumbraban a través de la tela blanca. Su cabello oscuro estaba amarrado en una trenza, como era habitual en ella, y aferrado por un lazo de color rojo. Pero lo que más llamaba la atención era su porte regio. Le esperaba con las manos en las caderas, mientras su generoso pecho subía y bajaba mostrando la piel que se precipitaba por encima del corsé.

—¿No sabes deshacer nudos? —preguntó Shannon, retadora, mientras una de sus cejas se elevaba.

—Por supuesto que sí —respondió Justin aproximándose a ella con lentitud, midiendo cada uno de sus movimientos—. Date la vuelta —le ordenó, y se sintió complacido al ver que obedecía por primera vez desde que se conocían.

Con delicadeza atrapó los lazos de algodón entre sus dedos y comenzó a aflojarlos sobre la espalda de la joven. Accidentalmente rozó su piel, y con la intención de evadir la atención de la suavidad de la misma, elevó su mirada para encontrarse con una conmoción aún mayor al mirar el espejo y descubrir su hermoso rostro relajado. Sin cohibirse, lo estudió atentamente. Si, en

verdad sus facciones eran idénticas a las de Cassie y a la vez eran completamente opuestas.

El rostro de Cassie siempre se había mostrado apacible y confiado. Sus ojos marrones parecían iluminados por una luz especial que lograba que la gente a su alrededor deseara contagiarse de su bondad. Quizás se debía a su eterna positividad ante la vida y cómo se enfrentaba a las situaciones que se le presentaban, ya fueran buenas o malas. Siempre intentaba solventarlas con la mejor voluntad. Por no hablar de su sonrisa eterna y dulce.

Shannon, por el contrario, no tenía nada de dulzura, o al menos aún no la había descubierto en su persona. Suponía que se debía a su triste infancia, aunque él no era nadie para juzgar algo que ni siquiera conocía. Era fuerte y decidida, aunque creía que en ocasiones su temeridad fuera contraproducente para su propio bien. No parecía temer a nada ni a nadie y esa actitud le atraía irremediamente. No podía evitar admirar su determinación y su espíritu indómito.

—¿Falta mucho? —preguntó Shannon impaciente. La cercanía de Justin estaba alterando el pulso de sus venas y su característico olor almizclado estaba llegando a sus fosas nasales. Necesitaba que se alejara de ella.

—Ya casi está —replicó Justin con las mismas ganas de acabar con la tarea porque temía hacer alguna estupidez de la que después pudiera llegar a arrepentirse.

—¿Cómo vamos a hacer para solucionar lo de los dormitorios? —interrogó Shannon, directa.

—Tranquila, no vas a tener que dormir en una silla —dijo Justin con cierto humor, agradecido de haber acabado con su tarea.

Shannon se giró con virulencia y clavó la mirada en su rostro. Otra vez estaba enfadada.

—¿Y qué te hace pensar que yo habría dormido en la silla? Te tenía por un caballero —añadió dañinamente.

—Y lo soy, aunque a veces pienses lo contrario. Yo dormiré con Caleb y dejaré que disfrutes tú solita de esta habitación, aunque no sé si te lo mereces. Y una vez que he acabado con mis oficios de doncella, me marcho —dijo apartándose de la tentación en la que se estaba convirtiendo Shannon en aquel momento. Salió por la puerta tal cual había llegado, silenciosamente.

Capítulo 20

Justin se sintió decepcionado cuando se encontró con Shannon al día siguiente en el hall del hotel. Nuevamente vestía ropa de hombre, como cuando se conocieron por primera vez. Solo la había visto como mujer durante el breve viaje que habían hecho en tren y a su pesar se había acostumbrado a ello. Tampoco es que su actual aspecto no le resultara atractivo: era de lo más tentador si se fijaba en los pantalones negros que llevaba aquel día y que se ajustaban como una segunda piel a sus piernas, también en la camisa crema que daba luminosidad a su rostro... «¿En qué estoy pensando?», se amonestó mentalmente, antes de cabecear para quitarse esos pensamientos de encima.

—¿Cómo amaneció Caleb? —preguntó Shannon.

—Buenos días —comenzó Justin, afeando así el comportamiento de Shannon, que parecía desconocer las mínimas normas de educación—. Y sí, Caleb está bien, he ordenado que le suban el desayuno a la habitación.

—Pues yo también tengo hambre —refunfuñó ella mientras se frotaba el estómago.

—Está bien, lo primero que haremos es ir a un restaurante que hay en la esquina y después alquilaremos el carro y ultimaremos los detalles del viaje.

—Me parece bien, ¿nos vamos?

—Por supuesto, señorita.

—Con Shan bastará, *doc* —le corrigió la aludida mirando a su alrededor, agradecida porque nadie se hubiera percatado de su trato.

Justin puso los ojos en blanco al escuchar su comentario, sobre todo porque le estaba sacando de sus casillas que a cada momento le llamara *doc*.

Le hubiera gustado recriminárselo, pero sabía que cuanto más le dijera que no le llamara así, más lo haría.

Habían salido de Kansas City a primera hora de la mañana y ya estaban a punto de anochecer. Caleb dormitaba en la parte trasera de la carreta, donde habían colocado una lona para que el sol no le molestara. Shannon se había empeñado en conducir el vehículo, y tras una breve discusión, que tuvo que apaciguar Caleb, Justin había cedido a los deseos de la joven. Finalmente tuvo que reconocer que no lo hacía nada mal, e incluso se permitió el lujo de echar una cabezadita. Se sobresaltó cuando la carreta se detuvo y observó a su alrededor. Estaban situados en la falda de una montaña donde había una pequeña arboleda. Tardó unos segundos en recuperarse.

—Mueve el culo, *doc*, tenemos que hacer fuego para ahuyentar a las alimañas si queremos dormir aquí esta noche —dijo la joven saltando del pescante y dejando a Justin con el ceño fruncido.

—¿Se te ha pegado el trasero al asiento? —insistió Shannon clavando la mirada en su rostro mientras colocaba las manos sobre sus caderas, molesta por la lentitud del hombre que se había pasado la mayor parte del tiempo dormitando a su lado. Incluso en un momento dado había acabado reposando su cabeza sobre su hombro.

Justin achicó los ojos y clavó la mirada en el rostro femenino. Estaba claro que estaba de un humor de perros, y sospechaba que tenía que ver con su persona, sin comprender el porqué. Una sonrisa ladina surgió en sus labios, y también la necesidad imperiosa de molestarla. Con la mayor parsimonia de la que fue capaz se desperezó y bostezó sonoramente, para después bajarse y plantar sus botas en el suelo polvoriento.

—¿Qué tengo que hacer?

Shannon rechinó los dientes, molesta por su comportamiento.

—Estaría bien que comprobaras si Caleb está bien y luego fueras a buscar algo de leña. ¿Sabrás hacerlo? —indagó elevando una de sus cejas.

—Creo que seré capaz de encargarme de realizar esas tareas, pero si tengo algún problema, no dudaré en llamarte —dijo, observando cómo ella se acercaba a su caballo, atado a la parte trasera del carro, y sacaba un *Winchester* de su funda antes de girarse con virulencia y clavar la mirada leonada en su persona. En su expresión se podía leer la ira—. ¿Y qué harás tú mientras tanto? —preguntó mientras apoyaba la espalda en el lateral del carro y cruzaba los brazos sobre su pecho, observándola a su antojo.

—Iré a cazar, alguien tendrá que encargarse de la cena —respondió Shannon, molesta, antes de girarse y perderse entre la arboleda.

Justin, por su parte, sonrió ante su estallido de genio. Estaba claro que Shannon era una mujer poco usual y no tenía claro si eso le gustaba o no. «¿Y a ti que más te da cómo es ella?», se preguntó confuso, y dispuesto a cambiar sus pensamientos decidió centrar su atención en el enfermo.

Shannon observó el terreno y agradeció la luna llena, que le permitió encontrar una madriguera. Rebuscó en la pequeña bolsa de piel que colgaba de su hombro y sacó una zanahoria, que había tenido la previsión de coger en un colmado cercano al hotel donde se habían hospedado. Tras dejarla cerca del agujero se alejó para esconderse en la frondosidad. Se acuclilló en el suelo y se preparó para esperar.

Media hora después volvió al improvisado campamento y descubrió a Justin sentado frente a una agradable lumbre. A pocos pasos había una pila de leña y sobre el fuego una pequeña cazuela de hojalata que humeaba. Aspiró el aroma de las gachas y su estómago protestó sonoramente.

—¿Cómo está Caleb? —preguntó mientras colgaba la pieza, ya limpia, en la estructura que había preparado Justin para asarlo.

—Está relativamente bien, aunque algo dolorido. He decidido administrarle algo más de láudano para que descanse. El traqueteo de la carreta no está beneficiando, pero no hay otra forma.

—Está bien —aceptó Shannon, aunque interiormente sufría por el padecimiento de su primo.

Sabía que lo mejor hubiera sido permanecer en Denver hasta que Caleb se hubiera recuperado y así poder seguir con su viaje, pero había sido una egoísta, ahora lo sabía. Solo podía pensar en dar caza a Bradley y temía que esa obsesión la estuviera convirtiendo en una persona fría y sin sentimientos hacia los demás. Dispuesta a despejar las dudas que le habían surgido, no dudó en sacudir la cabeza y comenzar a preparar el conejo para asarlo en la lumbre.

Justin la observaba desde su posición, estudiando cada cambio que se produjo en su rostro según iban transcurriendo los minutos en completo silencio.

—Descuida, tu primo se encuentra bien —intentó tranquilizarla, sospechando que su desasosiego se debía a lo que había comentado respecto al estado de Caleb.

—Nunca le he visto tan indefenso —confesó Shannon, arrepintiéndose al instante. No le gustaba mostrar sus sentimientos porque los consideraba una debilidad.

—No es malo tener miedo, pero no estás sola, me tienes a mí —las palabras escaparon de los labios de Justin sin ser consciente de ello.

Shannon elevó su mirada y la clavó en el atractivo rostro de Justin.

—Gracias, pero desconfío de las frases hechas. Además, sé cuidar de mi misma desde hace mucho tiempo —dijo con altanería.

Justin chascó la lengua, molesto por sus palabras.

—¿Por qué estás siempre a la defensiva? —preguntó.

—La vida me ha enseñado que es lo mejor.

—Pues te diré que te estás perdiendo una parte muy importante de esa vida...

Shannon iba a replicar airadamente a sus palabras, cuando el grito de Caleb la sobresaltó. Durante un segundo ambos se quedaron estáticos en el lugar. La primera en reaccionar fue Shannon, que corrió hasta la carreta. Justin la seguía de cerca y al llegar vio cómo Caleb aferraba su pierna con fuerza. Estaba a punto de acercarse a él cuando Shannon le detuvo.

—¡No te acerques! —gritó ella mientras apuntaba con el rifle a un lugar determinado antes de disparar.

Justin era incapaz de moverse. Su corazón se había saltado un latido al escuchar el disparo y no podía apartar la mirada de la estampa que ella protagonizaba. Se mantenía recta como un palo y sus manos aferraban fuertemente el arma, que aún humeaba. Sus piernas estaban ligeramente separadas. Su camisa crema, anudada en la cintura, atadas las puntas de sus faldones a lo largo del viaje para huir del fuerte calor que había asolado el día, le mostraba parte de su blanca piel. Su sombrero permanecía medio calado sobre su cabeza y la larga trenza oscura caía sobre su hombro izquierdo. Era la imagen de la mujer más salvaje y sensual que había visto en su vida y para su sorpresa su masculinidad comenzó a engrosar en el confinamiento de sus pantalones a pesar de la situación. «¡Maldición, otra vez!», se dijo, golpeando con su puño la pernera de su pantalón.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó huraño y con el ceño fruncido, más enfadado consigo mismo que con la joven.

—¿No ves la serpiente? —replicó Shannon con otra pregunta mientras señalaba el lugar donde el reptil permanecía partido en dos.

—¡Diablos! —exclamó Justin al ver el tamaño de la víbora.

Y después, sin perder tiempo, se aproximó a Caleb, que gruñía

audiblemente mientras se retorció de dolor.

—¿Dónde te ha mordido? —preguntó directo.

—En la pierna —balbuceó Caleb, todavía algo confuso por el efecto del láudano y rabiando de dolor por la mordedura.

Justin localizó lo que buscaba gracias a que el herido aferraba el gemelo de su pierna derecha. Sin perder el tiempo, sacó el cuchillo que llevaba oculto en la cinturilla de su pantalón y rasgó la tela. Agradeció cuando Shannon se aproximó con un candil para darle luz sin habérselo pedido y al fin pudo observar los dos agujeros de la piel del hombre. Con la hoja del cuchillo rasgó un poco más la piel y no dudó en chupar y succionarla hasta sacar el veneno y escupirlo. Repitió la acción en un par de ocasiones antes de acercar el metal a la llama del candil y calentarlo para posarlo sobre la piel de la pierna de Caleb con intención de sellarla. El alarido de dolor debió de oírse en medio estado antes de que el joven cayera derrotado sobre el camastro, nuevamente inconsciente.

—¿Está bien? —preguntó la voz titubeante de Shannon.

Justin se frotó el rostro con ambas manos antes de contestar.

—Sí, he sacado todo el veneno, y el láudano le ayudará a descansar. Pero yo necesito un trago —añadió mientras salía del carro y cerraba la lona. Con paso cansado se acercó a las alforjas de su caballo y sacó una botella de whisky. Se acercó nuevamente a la hoguera y se sentó antes de quitar el tapón de la botella y dar un largo trago.

—Yo también necesito un trago —dijo Shannon, que se había sentado a su lado, sobre una piedra.

Justin giró su rostro y achicó los ojos antes de clavarlos en su semblante. No se había percatado de que se había situado a su izquierda.

—No creo que sea una buena idea —dijo.

Shannon resopló y frunció el ceño antes de hablar.

—¿Porque no es propio de una mujer? —formuló airada.

—Eso mismo —contestó Justin antes de dar un nuevo sorbo.

—Eso está bien para una mujer normal, pero yo no lo soy. Además, no sería la primera vez que compartimos un trago —añadió con una mueca de humor.

Una sonrisa surgió en los labios de Justin y eso le hizo percatarse que desde que conocía a Shannon no dejaba de hacer ese gesto.

—No, de eso ya me había dado cuenta.

—Pues dame de una maldita vez esa botella —le ordenó.

—Está bien, ha sido un día muy largo —replicó Justin, tendiéndole lo que la joven solicitaba.

Las llamas crepitantes de la hoguera se habían convertido en brasas anaranjadas. Los restos del conejo reposaban sobre los platos de hojalata mientras que la botella que había abierto Justin estaba seca. Ambos habían comenzado a conversar sobre armas y partidas de naipes, e incluso habían llegado a bromear y reír. Los dos se sentían desinhibidos y habían logrado relajarse, dejando atrás la continua rivalidad que solían protagonizar.

—Me tienes que contar el truco que usaste para ganar esa partida en Denver —incitó Justin a la joven, que había acabado sentada en el suelo con la espalda apoyada en la piedra. Una sonrisa divertida adornó sus labios cuando escuchó sus palabras.

—Ninguno —dijo Shannon—, simplemente soy muy buena, llevo años jugando.

—¿Quién te enseñó? —indagó Justin, curioso.

Fue consciente del momento exacto en el que la melancolía atrapó el dorado de sus ojos y los apagó. Shannon se tomó unos segundos para contestar a su pregunta.

—El viejo Roger.

—¿Quién era?

—El cocinero del *saloon* donde trabajaba mi madre. Digamos que era el encargado de cuidarme mientras ella trabajaba. En un prostíbulo no hay mucho para entretener a una niña, y al pobre hombre se le ocurrió enseñarme a jugar al póker. Cada noche le desplumaba —recordó con una ligera sonrisa, y tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar escapar las lágrimas que anegaban sus ojos, pero no tuvo demasiado éxito. Durante los años transcurridos había intentado olvidar, recordar dolía demasiado.

Capítulo 21

Justin, que no había apartado su mirada del rostro de la joven, pudo ver la humedad en sus ojos y cómo una lágrima resbalaba lentamente por su mejilla. Estaban demasiado cerca, tanto que cuando elevó la mano no tardó en alcanzar su piel. Con el dedo índice atrapó la gota salada, que se fundió y humedeció su yema. Con su gesto logró que la mirada leonada de Shannon se prendiera de la propia. Su respiración se aceleró y pudo aspirar su aroma de mujer. Cuando la lengua de ella salió de su guarida y humedeció sus labios no pudo evitar realizar la fantasía que llevaba días torturándole: el deseo de besarla.

Atrapó su rostro ovalado entre las manos y se aproximó. Esperó a pocos milímetros de sus labios una reacción brusca por parte de la joven y, al no producirse, se apoderó de su boca. Primero suavemente, apenas un roce, luego con la virulencia nacida de la necesidad surgida de lo más profundo de su ser. No encontró resistencia, pero cuando intentó internarse en su cavidad notó que ella dudaba. Estaba seguro que era la primera vez que la besaban tan íntimamente, quizás nunca ningún hombre hubiera estado tan cerca de ella como estaba él en aquel instante, pero no por ello pensaba cejar en su empeño de penetrar y probar su sabor.

Shannon notaba el corazón galopando sobre su pecho, confusa con lo que estaba sucediendo. Nunca antes ningún hombre la había besado, y no porque no lo hubieran pretendido. Jonas, el hijo del herrero, lo había intentado una vez el día de la fiesta de la cosecha. Recordó que con el empujón que le dio acabó sentado en un charco de barro, maldiciéndola. Entonces, ¿por qué no era capaz de apartarse de aquel hombre? ¿Por qué cada fibra de su ser

temblaba y anhelaba algo? Y a pesar de eso, cuando la lengua masculina bordeó sus labios y la instó a abrir su boca, le permitió el acceso. Con el contacto húmedo e íntimo, su estómago sintió una explosión y un cosquilleo desconocido la atravesó.

No podía negar que estaba viviendo el momento más extraño y excitante de su vida, pero cuando la mano masculina rozó su nuca y comenzó a descender hacia su clavícula una alarma retumbó en su cabeza y el temor la invadió. Con ambas manos empujó el pecho masculino y lo apartó, segundos después estaba de pie, con la mirada clavada en el rostro confuso de Justin.

—¿Qué pasa? —preguntó él, aún con su dulce sabor en la boca. Necesitaba más, quería más.

—¡No vuelvas a tocarme o te estrangularé con mis propias manos! —bufó ella antes de desaparecer en la oscuridad de la noche, sin una dirección determinada. Solo necesitaba alejarse.

Justin tardó un tiempo en recuperarse de la sorpresa inicial. «Joder, soy un estúpido», se dijo al ser consciente de lo que había hecho. «Nunca debí besarla», se recriminó. Aún no sabía de dónde había surgido la necesidad apremiante de besarla, de poseer cada célula de su piel. Con su beso había querido marcarla como si se tratara de una simple res.

«Si ni siquiera te gusta, no parece una mujer», discutió consigo mismo mentalmente. «Pero me parece la más atractiva que he conocido en mi vida», se respondió, temiendo a donde le llevarían sus pensamientos. De nuevo su mirada se fijó en el lugar por donde ella había desaparecido. « ¡Oh, vamos, estará bien. Sabe cuidarse solita», se dijo antes de levantarse e ir a buscar la silla de montar y una manta para pasar la noche y dormir algo, si es que podía. El día siguiente se presagiaba complicado y tenía que descansar.

Shannon caminó aceleradamente y solo se detuvo al pie de un árbol, donde apoyó su espalda y se dejó caer para acabar sentada en el suelo. Colocó su mano derecha sobre el pecho, con la intención de apaciguar los alocados latidos de su corazón, y con la otra se acarició los labios hinchados por el beso. «¡Me ha besado!», se dijo, «¿por qué he dejado que lo haga?», se preguntó confusa y enfadada. Y a pesar de todas sus dudas no podía negar que había disfrutado de la caricia y había deseado más. No era estúpida ni una joven inocente, era lo que tenía criarse en un burdel, pero nunca le había interesado el contacto con un hombre. Esas fantasías románticas las dejaba para jóvenes tontas como Penny, aquella que había sido su amiga de la infancia y que desde que tenía uso de razón soñaba con casarse.

Desde que ese hombre había entrado en su vida todo le salía mal y sus planes de cazar a Bradley se habían desbaratado. Se sentía desquiciada y atacada la mayor parte del tiempo. Entonces, ¿por qué había disfrutado con el beso de Justin?, se preguntó sin hallar la respuesta. Bufó sonoramente y deseó gritar, pero bien sabía que eso no solucionaría sus problemas.

Justin cogió las riendas y las tensó, obligando al tiro de caballos a detenerse y dejó que su mirada se perdiera en la lejanía hasta que dio con el rancho Gallagher, que parecía minúsculo desde la altura donde ellos se encontraban. A su derecha, a una distancia considerable se encontraba Rocky Meadow, el lugar que le había visto nacer. Una extraña sensación oprimió su pecho y desgarró su corazón cuando los peores recuerdos de su vida se presentaron ante sus ojos. Cabeceó con fuerza con la única intención de borrarlos de su mente. Tenía que afrontar el reencuentro con la única familia que le quedaba, su hermana y su sobrina. No sabía cómo le recibirían

tras su intempestiva partida en la madrugada. No había dado ningún tipo de explicación a nadie, simplemente había huido como un cobarde. Desde entonces no se había comunicado con ellas y temía cuál sería su reacción cuando le vieran aparecer.

Shannon, situada a su lado en el pescante, se sobresaltó y siguió la dirección de su mirada antes de hablar, sorprendida porque Justin hubiera detenido el carro.

—¿Sucedo algo? —indagó preocupada.

—Nada, solo quería disfrutar de las vistas, hace demasiado tiempo que estoy lejos de casa —dijo escuetamente.

Shannon giró levemente su rostro y clavó la mirada en su perfil. Su expresión tensa la apabulló y decidió respetar su silencio durante los minutos que permanecieron parados en medio del camino de tierra, hasta que nuevamente emprendieron la marcha.

Tampoco es que hubieran conversado demasiado en los últimos días. Era como si ambos hubieran decidido olvidar aquel beso, comportándose como si no hubiera sucedido. Aunque Shannon sabía que negar lo que había sentido era imposible. Cada noche antes de dormir rememoraba lo sucedido y su cuerpo traidor volvía a excitarse y a anhelar algo que no podía ser.

Elaine comenzó a despiezar la gallina que previamente había desplumado. Recordó con cierta pena el enfado de su hija al descubrir que una de las gallinas que con tanto cariño cuidaba cada día sería su cena. Le costó un mundo hacerle entender que para eso se criaban y cuidaban ciertos animales, cuyo fin era alimentar al ser humano. Que así era la cadena alimentaria.

El aroma del pan recién hecho la instó a lavarse las manos, secarlas con un trapo, y acercarse rauda al horno para sacar las hogazas para que no se

quemaran. Finalmente dejó la bandeja sobre la mesa y, estaba a punto de ponerse a pelar y cortar las verduras para el guiso cuando escuchó en el exterior que un carro se aproximaba en la lejanía. «¿Quién puede ser?», se preguntó con cierta inquietud.

Desanudó el delantal que rodeaba su cintura para dejarlo sobre una silla y cuadrándose de hombros se dirigió a la puerta para averiguar quién había entrado en el rancho. Ya en el exterior, esperó pacientemente la llegada del vehículo apoyada en la balaustrada de madera del porche.

—¡Dios santo! —exclamó mientras se cubría los labios con dedos temblorosos. «Es Justin», se dijo, por miedo a que su vista le estuviera jugando una mala pasada. «Sí, es él», afirmó cuando el carro se detuvo a pocos pasos de su persona. Ni siquiera prestó atención a sus acompañantes. Simplemente salió corriendo, agarrando con ambas manos su falda para elevarla y así evitar tropezar, y tras bajar los dos escalones del porche se lanzó en los brazos de su hermano, que la esperaba con el alma en vilo, temiendo su reacción.

—Te he extrañado tanto —dijo Elaine, mientras enterraba su rostro en el pecho masculino y aspiraba su familiar olor.

—Y yo a ti, cielo —replicó Justin mientras besaba su coronilla y la apretaba fuertemente contra su cuerpo.

Elaine disfrutó de ese instante, donde se sintió abrigada como hacía tiempo que no se sentía. Pero tras el momento inicial la ira que había atesorado durante largos meses explotó. Se apartó de su pecho y clavó la mirada en su rostro con intensidad.

—¿Dónde demonios has estado? —explotó, deseando golpearle—. ¿Por qué te fuiste sin decir una palabra? —le reprochó.

Justin apretó la mandíbula, dispuesto a soportar su reprimenda estoicamente porque se merecía sus palabras cargadas de frustración y dolor.

Cien veces se había torturado pensando en cómo se encontraría Elaine y la niña, acuciado por la culpabilidad de haberlas dejado solas y desprotegidas. Pero la imperiosa necesidad que había surgido en lo más hondo de su ser de encontrar al asesino de Cassie había sido más fuerte que la coherencia.

—Justin, contesta —le exigió Elaine, expectante.

—Tengo un objetivo que cumplir —explicó intentando justificar sus acciones, pero su hermana cortó sus palabras con un gesto de mano y él obedeció.

—¿Te refieres a la venganza? —preguntó Elaine. En su voz se podía translucir el desprecio que sentía ante esa palabra—. ¿Acaso es más importante ese sentimiento ciego que la poca familia que te queda en este mundo? —preguntó con angustia.

—Elaine —dijo Justin, cogiendo a su hermana por los brazos con delicadeza y clavando la mirada en su rostro, intentando que ella pudiera leer en sus ojos el sufrimiento que le invadía y que necesitaba descargar—, te prometo que cuando todo esto acabe no me separaré de tu lado, pero deja que alcance mi objetivo, solo entonces podré descansar en paz.

—Ah, ¿todavía no has acabado? —indagó Elaine.

En ese momento se escuchó un gruñido sordo y la mujer desvió su mirada posándola en el carro. Entonces se acordó de que su hermano no había llegado solo y prestó atención a los dos desconocidos que le acompañaban. Uno de ellos, el que parecía más joven, permanecía en el pescante y ocultaba el rostro bajo el ala de su sombrero. El otro iba tumbado en la parte trasera. Sus ojos permanecían cerrados y su piel cetrina le indicaba que no se encontraba bien. Elaine elevó la mirada y volvió a clavarla en el rostro de su hermano.

—¿Quiénes son y por qué los has traído aquí?

Ni él mismo tenía respuesta a esa pregunta, pero un nuevo gruñido por

parte de Caleb le hizo tomar una decisión.

—Elaine, ahora no hay tiempo para eso. Ese hombre no se encuentra bien y necesita un sitio donde descansar en condiciones.

Elaine bufó audiblemente y deseó mandar al cuerno a su hermano, pero tras clavar nuevamente la mirada en aquel pobre hombre se sintió culpable por él, a pesar de no conocerle de nada.

—Está bien —aceptó finalmente—. Dile al muchacho que te ayude a llevarlo a mi dormitorio. Estará más cómodo allí.

—Gracias, Eli —le agradeció Justin cuando pasaba a su lado, aferrando a Caleb por las axilas.

—No tan pronto —susurró Elaine, dispuesta a abrir la puerta de la vivienda para facilitar el traslado—, tú y yo tenemos una conversación pendiente. Tienes que darme unas cuantas explicaciones.

Shannon se sintió agradecida cuando dejaron el pesado cuerpo de Caleb sobre la cama. Siempre había pensado que su primo era demasiado delgado, pero realmente pesaba una tonelada.

—¡Eh, chico! —le espetó Elaine contrariada—. Quítale las botas, van a arruinar la colcha —concluyó molesta.

La aludida frunció los labios, molesta por el tono de aquella desconocida. Antes de seguir sus indicaciones se quitó el sombrero y se secó con la manga de la camisa el sudor de su frente, fruto del esfuerzo.

—Claro, señora —replicó Shannon con cierto tono burlón, ganándose una mirada furiosa por parte de aquella mujer, cuyo rostro de pronto demudó de color.

—¡Dios santo! —exclamó Elaine, nombrando a Dios en vano por segunda vez en menos de una hora y persignándose.

Volvió a mirar incrédulamente a la joven, parpadeando varias veces,

intentando asimilar lo que sus ojos tenían ante sí. Aquel muchacho..., bueno, muchacha, era la viva imagen de Cassie. Se sentía al borde del desmayo. «¿Qué está sucediendo aquí?», se preguntó confusa y estaba a punto de verbalizar sus dudas en voz alta cuando Justin apareció a su lado y la cogió del brazo antes de susurrar en su oído unas palabras.

—Mejor lo hablamos fuera —aunque realmente no tenía ni idea de lo que le iba a contar a Elaine. Se maldijo por no haber previsto aquella situación. Lo peor de todo era que no tenía respuesta para las preguntas que su hermana le haría.

—Shannon, ocúpate de que Caleb esté cómodo. Ahora vuelvo y le reconoceré. Tengo que conversar con mi hermana unos minutos.

Agradeció cuando la aludida asintió sin rechistar y se sintió aliviado por no tener que discutir con ella en aquel momento. Ya tenía bastante con tener que enfrentarse a una mujer furiosa: su hermana. Cerró la puerta a su espalda y se encontró con la mirada espantada de Elaine.

Capítulo 22

—Mejor lo hablamos en el porche —solicitó Justin, temiendo que Shannon pudiera oírlos desde el dormitorio.

Elaine aceptó y se dirigió hasta la puerta, saliendo al exterior. Aún se encontraba en estado de shock y agradeció la tenue brisa que insufló aire fresco a sus pulmones. Ver el rostro de aquella mujer había sido como encontrarse con el fantasma de Cassie, y en un acto reflejo se persignó, como si con aquel gesto pudiera espantar la desazón que la recorría.

—Elaine, ¿estás bien? —preguntó Justin, preocupado al ver la palidez de su piel—. Te he traído un vaso de agua —le ofreció tendiéndoselo.

Elaine ni siquiera se percató de su presencia hasta unos segundos después de que él hablara. Giró su rostro y clavó la mirada en su hermano. Finalmente cogió el vaso que le ofrecía y bebió ávidamente antes de hablar.

—Justin, ¿qué significa todo esto? ¿Quién es...esa mujer?

—No lo sé —confesó Justin con sinceridad—, solo te puedo decir que cuando la vi por primera vez me sentí tan desconcertado como tú.

—Pero, ¿dónde la encontraste?

—En un *saloon* en Denver —recordó Justin, como si hubiera sucedido un siglo antes—. Estaba buscando a Jasper Bradley y por casualidad acabé sentado en una mesa del local jugando una partida de cartas. Me desplumó —rememoró con humor, volviendo a visualizar el rostro triunfal de Shannon mientras guardaba en la pequeña saca de piel sus ganancias.

—¿En un *saloon*? —preguntó Elaine, más confusa aún, si aquello era posible—. ¿No es demasiado peligroso para una joven? —indagó, llevándose una mano al pecho e intentando mitigar los alocados latidos de su corazón.

—Shannon se hace pasar por un muchacho, es más seguro para poder moverse en ciertos ambientes.

—¿Y por qué una joven como ella lleva ese tipo de vida? —insistió Elaine con la imperiosa necesidad de comprender.

—Busca venganza, como yo. Bradley mató a su madre cuando tenía pocos más años que Faith —respondió Justin mientras se frotaba la frente con los dedos pesadamente.

—¿Y el herido?

—Es Caleb Henderson, el primo de la joven. Lleva mucho tiempo acompañándola con la única intención de protegerla del mundo, y sospecho que de ella misma. Según me ha contado ha intentado convencerla de que la venganza contra Bradley no la va llevar a ninguna parte, pero es demasiado cabezota para su propio bien.

—¿De veras? —preguntó Elaine más repuesta, mientras elevaba una de sus cejas significativamente—. Me parece que esa joven y tú tenéis más cosas en común de lo que puedas pensar. Ese tal Henderson parece un buen hombre y tiene razón en que la venganza no os llevara a ningún lado, y mucho menos os devolverá a vuestros seres queridos —añadió, aunque no se atrevió a pronunciar el nombre de su cuñada en presencia de su hermano, sabía lo que le afectaba.

—Oh, por favor, no he venido aquí para que me sermonees.

—Entonces, ¿para qué lo has hecho? —indagó Elaine, furibunda, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho denotando así su enfado.

—Necesito que te ocupes del señor Henderson mientras nosotros seguimos con nuestra búsqueda.

—¡Justin! —exclamó ella, sorprendida por su petición—. No tienes ningún derecho a pedirme eso.

—Lo sé, pero necesito que me ayudes con esto. Te prometo que si no

encuentro a Bradley en este último viaje lo dejaré para siempre.

Elaine se mesó la frente con los dedos y se sentó en una silla cercana. No quería que Justin siguiera desperdiciando su vida en aquella absurda venganza, pero a su vez no podía negarle lo que le pedía si existía la más mínima posibilidad de que dejara esa vida errante y peligrosa. Tras unos segundos de duda, habló.

—¿Me juras que lo dejarás si no encuentras a ese hombre?

Justin se acuclilló frente a su hermana y cogió su mano entre los dedos antes de clavar la mirada en su rostro. Sabía que había sido un egoísta cuando se marchó y podía ver en las facciones de Elaine el sufrimiento vivido. Las ansias de venganza eran grandes, pero ahora comprendía que su familia le necesitaba y les estaba fallando.

—Te lo juro —prometió con intensidad. Elaine se merecía vivir tranquila tras lo sucedido en los últimos años. Demasiados seres queridos se habían ido para no volver y él no pensaba aumentar el número de bajas en la familia.

—¿Y cuándo piensas marcharte? —preguntó Elaine, preocupada. No estaba del todo segura de que su hermano fuera a cumplir con su palabra, pero no le quedaba otra opción que creer.

—Después de comer nos marcharemos.

—¿Nos? —repitió la mujer, sospechando de antemano a que se refería.

—Shannon y yo. No quiero que nadie del pueblo la vea y empiece a hacer preguntas.

—¿No deberíais descansar algo?

—No podemos.

—¿Por qué no? —insistió Elaine, aunque no estaba dispuesta a confesar que la incomodaba la idea de quedarse sola con un desconocido—. Aunque sea una sola noche...

Justin se levantó y se apartó de su hermana unos pasos antes de hablar.

—Elaine, no insistas. No quiero que Faith vea a Shannon, haría preguntas para las que no tengo respuesta. No he hablado a Shannon de su parecido con... mi esposa, y preferiría que siguiera siendo así hasta que no encuentre alguna respuesta a esta «casualidad».

—Está bien —aceptó Elaine, antes de abandonar la silla y aproximarse a su hermano—. Y por favor, acaba con esto cuanto antes y vuelve, te necesito —confesó sintiéndose vulnerable.

Las cosas no iban bien desde la marcha de Justin y el cerco que había levantado su vecino a su alrededor se estaba estrechando. Cada día le era más difícil evitar sus insinuaciones y malas prácticas. Su única intención era casarse con ella para unir ambos ranchos y convertirse en uno de los rancheros más prósperos de la zona, pero Elaine no quería, se negaba cada vez que él se lo proponía. Sentía una repulsa incontrolable por aquel hombre que ya se creía su dueño y al que llevaba años intentando parar los pies. Necesitaba a Justin a su lado, pero si tardaba mucho más no sabía si podría soportarlo y temía acabar rindiéndose a las pretensiones de Emerson.

Justin fue consciente de la expresión tensa de su rostro y sintió cómo su corazón se oprimía tras escuchar sus palabras y notar la angustia en su voz. Lo único que pudo hacer fue estrechar a su hermana entre los brazos durante largos minutos. Finalmente se separó y besó su frente antes de hablar.

—Lo haré, te lo he jurado. Y ahora debo ir al pueblo, tengo que hablar con Rafferty antes de partir.

—¿Y qué hago con ella? —interpeló Elaine en alusión a Shannon. Se sorprendió cuando una tenue sonrisa se dibujó en los labios de su hermano.

—Podrías convencerla para que se dé un largo baño. Llevamos varios días durmiendo al raso —dijo Justin, antes de despedirse con un gesto de mano.

Justin llegó a la entrada de Rocky Meadow y antes de adentrarse entre sus calles se caló el sombrero sobre la cabeza y avanzó lo más rápido que pudo. No quería encontrarse con nadie, quería pasar desapercibido entre sus conciudadanos y suspiró aliviado al lograrlo. Cuando estuvo frente a la oficina del sheriff, desensilló y ató su caballo en el porche antes de subir los dos escalones e internarse en la oscura oficina. Como esperaba, Rafferty le recibió desconfiado al no reconocerle.

—¿Quién es usted y qué quiere? — formuló el Sheriff sentado tras su escritorio, con la mirada fija en el hombre que había interrumpido su trabajo.

—¿Es así como recibes a los amigos? —analizó Justin con humor mientras echaba atrás su sombrero con el dedo índice y le mostraba su rostro.

—¡Chandler! —exclamó el aludido, abandonando su asiento y acercándose a su amigo para darle un abrazo de oso—. Menuda sorpresa. En tu telegrama no me dijiste que vendrías. Para mi gusto fuiste muy escueto —añadió mientras se separaban.

—Lo sé, pero han pasado muchas cosas desde entonces.

—Lo último que sé de ti es que estabas en Denver y que andabas muy cerca de Bradley. He investigado lo que me pediste —añadió, agradecido cuando vio el asombro reflejado en el rostro de su amigo—. Chandler, no olvides que soy el mejor agente de la ley del condado.

—Pues cuéntame lo que sepas —dijo Justin con la esperanza de que la información que tenía su amigo le ayudara a localizar de una vez por todas a Bradley y acabar con el asunto que estaba consumiendo su vida.

—No —replicó Rafferty mientras cruzaba los brazos sobre su pecho y apoyaba su trasero en el borde de su escritorio— hasta que tú me cuentes qué haces aquí. Sabes que en cuanto me hubieras mandado un telegrama te habría

contestado y dado la información que tengo.

—Es una larga historia... —comenzó, pero la voz de su amigo le impidió proseguir.

—No hay problema, tengo mucho tiempo. Ya sabes que Rocky Meadow es un sitio tranquilo. ¿Por qué no comemos juntos y me lo cuentas? —ofreció Rafferty.

—Me encantaría, pero no puedo. En unas horas tenemos que partir.

Una de las espesas cejas oscuras del sheriff se curvó formando un interrogante.

—¿Has dicho «tenemos»?

Justin se mordió la lengua al percatarse de que había hablado de más. Le hubiera gustado no sacar a colación la existencia de Shannon y Caleb, pero se dio cuenta de que era algo del todo imposible. Pretendía que su amigo echara un ojo al rancho y a Elaine mientras él estaba fuera y no tenía sentido mentirle porque allí conocería a Caleb.

—Está bien, te lo contaré —se rindió antes de comenzar el relato. Su amigo no perdió ni una de las sílabas que salían de su boca y su expresión fue mutando según fue avanzando con su historia hasta que acabó.

—Y ahora que lo sabes todo, ¿me vas a contar de una maldita vez qué has descubierto sobre Bradley? —preguntó directo.

—Como sospechabas, Bradley usa el nombre de William Cronwell. Ahora es un próspero ranchero, un hombre «decente» —pronunció esto último con cierto desprecio.

Justin sintió que su pulso se aceleraba y su respiración perdía compás. Era como sentir entre sus manos el pescuezo de aquel malnacido. Estaba cerca, demasiado cerca.

—¿Dónde está?

—En un pequeño pueblo a orillas del río South Platte, a varias horas de

Denver. Se ha hecho con muchas tierras de forma poco lícita cerca de Brown Creek, un pequeño pueblo, pero nadie ha podido demostrar nada. Tiene uno de los ranchos más prósperos de la zona y con miles de cabezas de ganado. También le protege un pequeño ejército de hombres. Es un lugar inexpugnable —le advirtió, sabiendo que su amigo saldría corriendo hacia allí sin nada más en la cabeza que acabar con la vida de aquel tipo.

Justin chascó la lengua mientras se pinzaba el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar.

—Joder, lo teníamos muy cerca. Hemos perdido un valioso tiempo —comentó frustrado.

—¿No me has escuchado? —insistió Rafferty con voz grave—. Tiene un ejército allí, y estoy seguro que no son simples vaqueros. No puedes presentarte allí como si tal cosa y matarle.

—¡Maldita sea! —explotó Justin deseando golpear algo.

—¿Por qué no esperas unos días aquí? Yo puedo conseguir un grupo que te acompañe... —sus palabras fueron interrumpidas por el médico.

—No puedo, ya te lo he dicho. No puedo permitir que nadie vea a Shannon y descubran su parecido con Cassie. Ese es otro asunto que tengo que resolver, pero será más adelante —añadió, pensando la en la conversación que pensaba mantener con su suegro al respecto.

—Lo comprendo —dijo Rafferty mientras daba paseos circulares en medio de su oficina. Una sospecha le rondaba, como una mosca molesta junto a su oído. Tras varios minutos, se detuvo y se giró para clavar la mirada en el rostro de su amigo—. Hay algo extraño en todo esto.

—¿Qué? —indagó Justin, sorprendido por la actitud de su amigo.

—Mi amigo, el sheriff Conrad de Brown Creek, me ha dicho que desde que Bradley se instaló allí, hace varios años, no ha salido de sus territorios. Solo se dedicaba a su negocio, pero hace un año todo cambió y solo aparece

por allí esporádicamente. ¿Y si ha vuelto a su antiguo trabajo? ¿Y si le han hecho un encargo que no ha podido rechazar? Llegó a Rocky Meadow aproximadamente por esas fechas —Rafferty hiló sus pensamientos.

Justin seguía cada una de sus palabras, hasta que volvió a recordar a Cassie tendida en el suelo de la escuela y no pudo evitar apretar sus puños en los costados.

—¿Y quién quería matar a Cassie? ¿Por qué?

—No lo sé, pero estoy seguro de que tiene que ver con esa joven de la que me has hablado. Pero me temo que solo ese malnacido tiene la respuesta a tus preguntas.

—Y yo se la sacaré —dijo Justin con voz fría.

Rafferty no dudaba de sus palabras, pero para poder llegar a ese hombre tenían que urdir un plan, de manera que su cabeza empezó a trabajar con celeridad.

—Se me ha ocurrido algo.

—¿Qué? —preguntó Justin interesado.

—Hay que poner un señuelo delante de las narices de Bradley. Quizás podríamos ofrecerle una buena venta de ganado robado. Es otro de sus malos hábitos.

—¿Y cómo demonios vamos a hacer eso? —indicó Justin ceñudo.

—He pensado algo, pero necesitaremos la ayuda de los Avery —respondió Rafferty con seguridad—. Yo telegrafiaré a Dustin, tú solo tienes que desviar tu rumbo. Debes parar en su rancho, para entonces todo estará organizado.

—No estoy del todo seguro —rezongó Justin.

—Tú solo haz lo que te digo —le dijo Rafferty señalándole con su dedo índice— y todo esto acabara de una maldita vez.

Justin pudo ver la determinación en la mirada de su amigo y asintió.

Había pocas personas en las que confiara y una de ellas era el hombre que tenía ante sí.

—Está bien —aceptó—. Ahora tengo que irme —añadió Justin mientras se calaba el sombrero sobre la cabeza—. Gracias por todo, Rafferty —le agradeció dándole un nuevo abrazo—. Y cuida de mi hermana, la he notado muy demacrada.

La mandíbula del sheriff se tensó porque sospechaba lo que pasaba, pero se mordió la lengua, no quería cargar más problemas sobre los hombros de Justin.

—Cuídate, amigo, y vuelve.

Capítulo 23

Justin sintió que el corazón le daba un vuelco al detenerse frente a la casa de su suegro, aquella que había compartido con Cassie. Aquel hombre era su mentor y se había convertido en un segundo padre tras la muerte del suyo. Un nudo se formó en su garganta y tuvo que hacer un esfuerzo supremo para tragarlo. De nuevo la tristeza le envolvió como un velo negro y tuvo que cerrar los ojos durante unos instantes para recuperar el control.

Suspiró con resolución y descendió de su caballo para aproximarse a la puerta, aunque necesitó unos minutos para recabar las agallas para llamar a la puerta. No sabía cómo sería recibido por el anciano tras su repentina marcha. Ni tan siquiera se había despedido de él, ciego por el dolor y sed de venganza.

Nathan escuchó el sonido de la puerta y se sorprendió. Apenas le visitaba nadie, y menos a esas horas del día, cuando la actividad de sus conciudadanos estaba en plena ebullición. Tardó tiempo en llegar, pues sus movimientos se habían ralentizado en los últimos meses y estaba más cansado que nunca. Cuando la abrió, recibió un impacto mayúsculo al encontrarse frente a Justin.

—Hijo, ¿cuándo has llegado? —preguntó más recuperado, estudiando el rostro tenso de Justin, que mostraba una expresión insondable.

—He llegado hace un par de horas, pero no me quedará mucho tiempo —respondió el joven escuetamente.

—No sabes lo preocupado que he estado por ti. ¿Dónde has estado?

—Es una historia muy larga de contar —dijo Justin dubitativo.

—Pasa, hijo, pasa. Aquí también han sucedido muchas cosas. Han tenido que sustituirte en la consulta... —comentó apenado mientras se hacía a un lado para que Justin entrara.

—No me importa —replicó Justin inflexible—, y no he venido hasta aquí para conocer las novedades del pueblo, necesito respuestas.

Aquel comportamiento extraño y directo desconcertó a su interlocutor.

—¿De qué respuestas hablas? —indagó Nathan, apabullado por la mirada fría que le dirigió Justin.

—Sobre los orígenes de Cassie.

El rostro de Nathan se descompuso tras escuchar sus palabras.

—¿Tiene alguna explicación? —insistió su yerno.

El encorvado anciano se mesó el ralo cabello blanco antes de sentarse en una silla cercana por temor a caer, ya que las piernas le temblaban.

—Sí —dijo escuetamente, pero no pronunció palabra, haciendo que Justin perdiera la paciencia.

—Pues hable de una vez, por el amor de Dios.

Nathan finalmente cedió a sus envites, no tenía sentido seguir guardando silencio. La promesa hecha a su difunta esposa, Mary, ya no tenía sentido. Ya no podía seguir ocultando una verdad que había cargado sobre sus hombros desde hacía demasiado tiempo. Su esposa y su hija estaban muertas.

—Bien, te lo contaré —dijo mientras se pinzaba el puente de la nariz—. Ya no tiene sentido seguir callando.

Nathan se recostó contra el respaldo y su mirada se clavó en el cuadro que colgaba sobre la chimenea, perdiéndose en el pasado.

—Cassie no era hija mía, aunque ella nunca lo supo.

Las palabras de su suegro lograron que la respiración de Justin se acelerara.

—¿La adoptó? —preguntó con temor a su respuesta.

—Mary y yo intentamos tener descendencia durante años, pero Dios no quiso bendecirnos con un hijo fruto de nuestro amor —comentó con pesar—. Habíamos aceptado lo que nuestro destino había escrito, pero una primavera llegó al pueblo un viejo compañero de facultad. En el carruaje llevaba un canasto con un bebé de apenas un año. Le acompañaba una nodriza que se hacía cargo de la pequeña. Me dijo que si estaba dispuesto a darle un futuro podía quedármela. Como comprenderás —dijo clavando su mirada oscura en el rostro de Justin antes de continuar—, no pude ni quise decir que no. Para evitar las habladurías decidimos mudarnos y, aprovechando que el puesto de médico había quedado libre en Rocky Meadow, viajamos hasta aquí. Y ahora que te he dado una explicación, espero lo propio de ti. ¿Por qué desapareciste sin decir nada?

Justin apretó la mandíbula recordando la trágica muerte de Cassie.

—Tenía que encontrar a su asesino y acabar con su vida —se sinceró. No se inmutó ante la expresión de sorpresa que mostró el anciano.

—¿Y lo has hecho? —preguntó Nathan, sin saber si la muerte de ese hombre sanaría la herida de su corazón.

—No —replicó Justin, parco en palabras.

—¿Y crees que segar esa vida te devolverá a Cassie? —insistió Nathan, intentando que su Justin, lo único que le quedaba, abandonara aquella venganza que no le llevaría a ningún lado.

—No lo sé —respondió él con sinceridad—, pero ya no se trata solo de mí. En este asunto hay más gente implicada.

La frente de Nathan se frunció, revelando las hondas arrugas que la surcaban. No entendía sus enigmáticas palabras.

—¿A qué te refieres? —indagó, deseando desentramar lo que parecía atormentar al joven, que tenía aspecto cansado.

—Durante la búsqueda de ese asesino mi camino se cruzó con el de una pareja singular —explicó, sin saber muy bien cómo seguir con el relato. Se tomó un minuto para continuar, agradecido de que Nathan esperara pacientemente—. Un hombre y un chico que perseguían el mismo objetivo: matar a Jasper Bradley.

—¿Y eso qué tiene que ver con Cassie? ¿Por qué has venido aquí para hacer esas preguntas sobre su origen? ¿Qué te hizo dudar sobre que mi pequeña fuera hija mía? —le bombardeó a preguntas.

Justin quería darle una respuesta, pero ni él mismo la tenía. Hacía apenas unos días que había visto por primera vez a Shannon y aún le costaba asimilar el parecido con su difunta esposa. Ahora, con la confesión de su suegro, tenía más claro que nunca que ambas estaban conectadas de alguna forma. Había ido a casa de Nathan buscando respuestas y lo único que había conseguido era crear más incógnitas.

—Justin, por favor, habla de una maldita vez —le rogó el anciano, perdiendo los nervios ante la incertidumbre.

—Ese joven resultó ser una muchacha bajo un disfraz de hombre que la ocultaba.

—¿Y? —dijo Nathan formando un interrogante con una de sus cejas canas.

—Cuando descubrí su rostro bajo el ala de su sombrero se me paró el corazón en seco, era como ver a Cassie. Son como dos gotas de agua.

Nathan tuvo serias dificultades para seguir respirando al escuchar sus palabras.

—¿Y de dónde ha salido? —preguntó con esfuerzo.

—Esa joven no parece saber su procedencia.

—¿Y qué piensas hacer?

—Descubrir la verdad —aseguró Justin.

Shannon elevó la cuchara y se introdujo el último bocado en la boca. El guiso de gallina que había degustado era el mejor que había probado en su vida. Su estómago estaba lleno y se sentía feliz por primera vez en mucho tiempo, pero la voz de Justin rompió su paz.

—Ahora que has acabado, creo que es hora de que nos marchemos — dijo antes de limpiar sus labios con una servilleta.

—¿Ahora? —preguntó Shannon, sorprendida. Sabía que no estarían demasiado tiempo en aquel lugar, pero no esperaba irse tan pronto.

—Sí, no hay tiempo que perder...

—Pero Caleb... —comenzó a hablar y Justin la interrumpió con un gesto tajante de mano.

—Tu primo estará bien. Mi hermana cuidará de él, me ha dado su palabra.

Shannon tenía sus dudas, y no porque la señora Gallagher no hubiera sido amable, pero estaba claro que no estaba contenta con la situación. Lo entendía, no tenía que ser plato de gusto que su hermano llevara a su casa a dos extraños y la obligara a hacerse cargo de uno de ellos, que para más inri estaba postrado en una cama e inconsciente.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó desconfiada, algo extraño sucedía. Se lo decía un sexto sentido que nunca le había fallado.

Justin rechinó los dientes y ante la mirada asombrada de su hermana se levantó y se acercó a la joven, a la que cogió del brazo y obligó a levantarse. Shannon se dejó hacer, pero un segundo después se deshizo de su agarre con un fuerte tirón.

—Eres un déspota —le recriminó antes de colocarse sobre la cabeza su sombrero. Le hubiera gustado decirle cuatro cosas más, pero al recordar la presencia de Elaine se contuvo.

Tras las despedidas pertinentes ambos se montaron en sus caballos y emprendieron nuevamente la marcha, para desandar el camino recorrido en los últimos tiempos. Elaine los observó desde el porche. Nuevamente una sensación de pérdida asoló su pecho, pero decidió ignorarlo y volver a entrar para comprobar cómo estaba aquel hombre.

Llevaban varias horas cabalgando y Shannon empezaba a cansarse del silencio de Justin. Los caballos iban a la par y solo tuvo que desviar ligeramente su mirada para descubrir la expresión torva del hombre. Eso hizo que su propio ceño se frunciera. Era ella la que debía estar furiosa con él. Su forma de tratarla antes de marcharse del rancho Gallagher había sido intolerable.

El poco tiempo que habían permanecido en aquel lugar había despertado sentimientos encontrados en su pecho. Tras la marcha de Justin, que había ido a hablar con el sheriff, Elaine había sido amable con ella e incluso le había ofrecido un baño. En principio Shannon pensó en rechazarlo, pero finalmente disfrutó del agua caliente recorriendo su cuerpo en un pequeño barracón situado en la parte trasera de la casa. Por alguna razón se había sentido nostálgica. Aquel lugar le recordaba demasiado el hogar que le habían brindado sus tíos en el rancho Henderson. Luego, cuando Justin regresó, comieron en torno a la mesa como una extraña familia. Pero cuando él comenzó con sus prisas y malas pulgas, todo se fue al traste. Aquel pequeño instante de felicidad que estaba viviendo se escapó entre sus dedos.

Ya había anochecido cuando Justin tiró de las riendas, obligando a su caballo a detener la marcha y al fin se dignó a hablar por primera vez en horas.

—Acamparemos aquí —afirmó tajante. Shannon hizo lo propio con su montura y clavó su mirada airada en él.

—Como ordene —dijo, mientras escenificaba un saludo militar que logró que los dientes de Justin rechinaran.

Para él la guerra era un asunto serio y no le gustaba que Shannon frivolizara sobre eso.

—No tiene ninguna gracia —le espetó—. He visto a decenas de hombres morir en la maldita guerra.

—¿Acaso crees que no sé la cantidad ingente de vidas que ha segado? ¿Los atropellos cometidos en su nombre? —replicó Shannon, dolida—. Unos soldados entraron en el rancho de mi tío y saquearon todo. A mi tío le falló el corazón esa misma noche —recordó con angustia.

Justin pudo percibir el dolor que se translucía en la voz de Shannon. Y se arrepintió al instante de su tono y sus palabras. Estaba demasiado tenso y aquel gesto inofensivo de la joven había hecho prender la llama de su frustración, que no había dudado en lanzar contra ella.

—Lo siento —se disculpó arrepentido.

Shannon prefirió ignorar sus disculpas y mostrarse fría. Lo prefería así. No podía permitirse bajar la guardia nuevamente ante él. En un movimiento diestro desmontó de su caballo y, cuando sus botas tocaron el suelo, habló.

—Iré a buscar leña, parece que esta noche hará frío —anunció antes de alejarse mientras Justin la observaba estupefacto.

—¡Demonio de mujer! —balbuceó para sí mientras aflojaba las cinchas de la silla que portaba su caballo para liberarle de la carga. Estaba claro que no merecía la pena ser amable con Shannon.

Una hora después ambos estaban sentados frente a la hoguera, terminando con los restos de sus platos de hojalata.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Shannon de improviso, sorprendiendo a Justin, que estaba perdido en sus propios pensamientos.

—Vamos al rancho de un viejo amigo —respondió escuetamente,

ganándose la mirada hosca por parte de Shannon, que parecía querer fulminarle.

—¿Y eso por qué? —indagó Shannon—. Se supone que el objetivo es Jasper Bradley. No hay tiempo para visitas de cortesía.

—No te pases, Shannon. Mi amigo nos ayudará...

—¿A qué? —le cortó ella.

—Si me dejaras terminar lo descubrirías.

Shannon se sentía más que frustrada. Se suponía que eran un equipo, pero él había tramado algo con el tal Rafferty y no le había dado opción de opinar al respecto; eso le molestaba más de lo que quería admitir.

—Ilumíname —pronunció mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

—Cuando me reuní esta mañana con mi amigo, el sheriff, me confirmó nuestras sospechas. Jasper Bradley se esconde tras la identidad de William Cronwell. Es un próspero ranchero en Brown Creek. Aunque el sheriff del lugar cree que ha conseguido su cuantioso rebaño, el más grande de la zona con miles de cabezas de ganado, de forma ilícita. Hemos ideado un plan para acercarnos a él sin que sospeche...

—¿Planeado? ¿Tu amiguito y tú? Déjate de tonterías, es tan fácil como ir a su rancho y meterle una bala entre ceja y ceja.

—Shannon, no es tan fácil como tú piensas.

—¿Por qué?

—Bradley cuenta con un ejército de hombres y no es que esos tipos se dediquen solo a la ganadería. Medio pueblo está atemorizado por ellos. Piensa un poco —dijo señalando su propia cabeza con un dedo, gesto que molestó a la joven—, ¿crees que puedes plantarte ante él y dispararle?

—¿Por qué no me has contado todo esto antes? —exclamó Shannon con voz huraña—. Creía que éramos un equipo —añadió dolida.

—Lo siento, ¿vale? Todo ha sucedido muy deprisa.

—Claro, supongo que no tiene nada que ver con que sea una mujer.

—No vayas por ahí, Shannon. Eres la mujer más valiente y dura que conozco. Como te he dicho, todo surgió sobre la marcha.

La aludida sintió que un ligero rubor recorría su rostro para concentrarse en sus mejillas. Sus elogios, a los que no estaba acostumbrada, habían logrado despertar una sensación extraña en su pecho.

—Está bien —Shannon zanjó la cuestión—. Ahora será mejor que descansemos —concluyó levantándose de la piedra que ocupaba para ir a por su montura y su manta.

Capítulo 24

Caleb abrió los ojos con esfuerzo y al moverse sintió un dolor lacerante en el hombro. Un gruñido escapó de su boca y cuando finalmente consiguió enfocar la mirada descubrió que se encontraba en una habitación extraña. Sin pudor oteó a su alrededor y descubrió las sencillas paredes de madera, una cómoda y una silla situada junto a la ventana que daba a unos amplios pastos.

«¿Dónde demonios estoy?», se preguntó confuso, intentando incorporarse sin demasiado éxito. Sin poder evitarlo volvió a soltar un sonido gutural mientras su mano derecha se posaba sobre la quemazón, que parecía no querer abandonarle. Intentó mover también sus piernas, pero otro dolor, menos agudo, le hizo detenerse.

—No debería moverse, podría abrir la herida —dijo una voz femenina proveniente de la entrada de la estancia.

Caleb giró el rostro y clavó su mirada en la mujer que permanecía en el quicio de la puerta. No era muy alta, o al menos eso le pareció a él, que medía cerca de metro noventa. Su cabello, de un castaño claro, iba recogido en un moño en su nuca y su piel parecía curtida por el sol.

—¿Quién es usted? —preguntó directo.

Elaine frunció ligeramente los labios al escuchar la pregunta, y su voz, que denotaba cierta prepotencia, contestó.

—La señora Gallagher, la propietaria de esta casa y del lugar —replicó para dejar claro a aquel hombre quien era.

Los labios de Caleb formaron una sonrisa al ver el porte regio de aquella hermosa mujer. No podía negar que parecía tener arrestos, y eso le gustó, pero no respondía a la docena de preguntas que poblaban su cabeza.

—Señora Gallagher —repitió él—, ¿podría decirme que hago aquí? —preguntó más amablemente.

—Le traje mi hermano —replicó Elaine. Podía entender el desconcierto del señor Henderson, que era como le había indicado Justin que se llamaba.

—¿Y quién es su hermano? —Caleb cada vez se sentía más confuso. Elaine resopló sin poder evitarlo.

—Mi hermano fue el médico que le atendió cuando le tirotearon en Denver. ¿Recuerda algo de eso?

Caleb cerró la boca, que había mantenido abierta durante unos instantes, antes de fruncir el ceño. Durante largos minutos intentó recordar, y pequeños fragmentos de imágenes se personaron en su memoria. Ahora recordaba lo sucedido y sin poder evitarlo su cuerpo se tensó.

—¿Dónde está Shan? —preguntó con angustia.

Elaine se preocupó al notar el nerviosismo del herido, que nuevamente intentaba incorporarse. Con paso firme se aproximó hasta él y le obligó a volver a recostarse sobre las mullidas almohadas a su espalda. Una vez logrado, se percató de que la tela de la camisa que cubría su pecho tenía una ligera mancha en la zona del hombro.

—¿Ve lo que ha hecho? —le amonestó desabrochando los botones con pericia—. Le dije que no se moviera.

Caleb atrapó su muñeca antes de que Elaine pudiera llegar a la herida. No necesitaba los cuidados de aquella mujer, necesitaba saber dónde estaba su prima.

—Le he preguntado que dónde está Shan —insistió antes de apretar los dientes cuando el dolor volvió a atravesarle.

—Supongo que se refiere a la joven que acompañaba a Justin —dijo Elaine deshaciéndose de su agarre, molesta por su actitud.

Él se sintió confuso. ¿Cómo sabía aquella mujer lo de su prima? Caleb

se lo preguntó sin hallar respuesta. Cerró los ojos y forzó a su mente a recordar lo sucedido, aunque después de unos minutos supo que no tenía sentido. Era como si esos recuerdos se hubieran borrado de su cabeza.

Elaine dejó de prestar atención al señor Henderson y se centró en la herida que acababa de dejar al descubierto. Aproximó su rostro y comprobó que solo había sangrado un poco, pero los puntos no se habían soltado. No supuraba y parecía que curaba bien. Se sintió agradecida, ya tenía bastantes problemas como para añadir uno más si la herida de ese hombre se infectaba.

Caleb eligió aquel momento para abrir los ojos. Para su sorpresa, descubrió que el rostro femenino estaba a escasos centímetros del suyo. Por unos segundos se quedó sin aliento, con la mirada clavada en sus maravillosos ojos verdes ribeteados por largas pestañas negras. La mujer, de la que ya no recordaba el nombre, se sobresaltó y dio un paso hacia atrás mientras sus mejillas se teñían de rubor.

— Bien, parece que todo está en orden —declaró Elaine, deseando alejarse de aquel hombre que no dejaba de observarla.

—Disculpe señora... —indicó Caleb, quien ahora tenía la imperiosa necesidad de saber su nombre.

—Señora Gallagher —repitió Elaine, con su apellido era suficiente. No quería decirle su nombre de pila para que no existiera ningún tipo de cercanía entre ellos. Solo deseaba que el herido que había llevado su hermano a su puerta se repusiera y desapareciera cuanto antes.

Caleb se sorprendió al sentirse decepcionado cuando ella no le reveló su nombre, pero borró ese sentimiento y se centró en averiguar qué hacía allí. Y lo más importante: donde se encontraba su prima Shannon.

—Señora Gallagher —pronunció con voz suave—, gracias por acogerme en su hogar y cuidar de mí —dijo, leyendo la sorpresa en el rostro femenino—. No quiero incomodarla, pero necesito saber dónde está mi prima

Shannon y si se encuentra bien.

Elaine frunció el entrecejo y observó al hombre unos minutos antes de contestar. Podía entender su desazón y ella no tenía por qué ocultarle lo poco que sabía, que no era demasiado. Aún estaba enfadada con su hermano y su intempestiva aparición para poco después volver a desaparecer dejándole aquel “regalito”.

—Su prima se encuentra perfectamente —dijo Elaine mientras se frotaba las manos. No sabía por qué, pero intuía que lo que tenía que decirle al señor Henderson no le gustaría.

—¿Podría decirle que venga? —preguntó Caleb, deseando interrogar a su prima.

—Se ha ido —contestó Elaine escuetamente.

—¿¡Qué?! —exclamó Caleb, incrédulo. Notó que el corazón se aceleraba en su pecho, y nuevamente sintió la urgente necesidad de levantarse.

—No se le ocurra incorporarse —le ordenó Elaine, apuntándole con el dedo.

—Y usted no me trate como si fuera un niño —replicó Caleb, molesto, aunque el dolor punzante volvió a su hombro al intentar moverse.

—Pues no se comporte como tal...

—No lo comprende, señora —dijo Caleb con frustración—, tengo que ir tras mi prima. No puedo dejar que vaya por ahí sola.

—No está sola, se ha ido con mi hermano.

—¿Y quién demonios es su hermano? —exclamó con voz huraña.

—Mire —dijo Elaine mientras se frotaba la frente. Estaba cansada y tenía un millón de cosas por hacer en el rancho—, lo único que sé es que mi hermano apareció aquí esta mañana con usted en un carro y una extraña joven. Al parecer ambos tienen el mismo objetivo: encontrar a un tal Jasper

Bradley. Es todo lo que sé, se lo juro.

Caleb tuvo que cerrar la boca, que había quedado abierta al escuchar las palabras de la señora Gallagher, y mil preguntas se formularon en su cabeza.

—¿Y porque su hermano busca a ese hombre? —indagó.

—Porque fue quien mató a su esposa, y si no le importa, tengo cosas que hacer.

—Espere, tengo muchas preguntas...

—Y yo tengo mucho por hacer, como ya le he dicho. Así que, discúlpeme —concluyó Elaine antes de salir por la puerta y cerrarla a su espalda.

Caleb dio un puñetazo sobre el colchón, frustrado como nunca en su vida, pero se contuvo cuando el dolor volvió a atravesarle.

Evangeline decidió ir a dar un paseo por el acantilado. Era lo único que le aliviaba el alma, dejar vagar su mirada por el inmenso mar pacífico. Eso también le ayudaba a evitar la compañía de Hattie, la esposa de su sobrino. Era una mujer frívola a la que simplemente toleraba. Su mundo giraba en torno a sus amistades, las fiestas y su *status* social. Evangeline había nacido en ese mundo, pero pensaba que el mayor regalo que podía tener era estar junto a los suyos, aunque ya no hubiera nadie para llenar el vacío que había dejado la muerte de su hijo y su nuera. Por eso había buscado con tanto ahínco a sus nietas a lo largo de los años.

La esperanza que había nacido unos meses antes, con la intempestiva visita del señor Quinn, se había evaporado al no haber vuelto a recibir noticias suyas. «Quizás solo ha sido un espejismo», se dijo, derrotada.

—Tía Evangeline —le sobresaltó la voz de Hattie—. Llevo tiempo

buscándote. Tengo que darte una maravillosa noticia.

El corazón de la anciana palpitó fuertemente en su pecho y se giró con virulencia para clavar la mirada en su sobrina. Esperaba que se tratara de algún telegrama o carta del señor Quinn.

—¿De qué se trata? —preguntó con ansias.

—Albert va a venir a visitarnos con su prometida y los padres de esta —respondió Hattie, exultante de alegría ante la perspectiva de ver a su único hijo.

Las ilusiones de Evangeline se diluyeron como la sal en un vaso de agua, aunque intentó recomponer el gesto de su rostro antes de responder.

—Me alegro mucho, Hattie. ¿Y cuándo llegan?

—En unas semanas, no me ha concretado la fecha, pero lo estoy deseando. Tengo pensado celebrar algo.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó Evangeline, temiendo su respuesta.

—Un fin de semana de actividades donde acudirán todas nuestras amistades. Al fin y al cabo no todos los días nuestro pequeño viene a visitarnos. Lamento tanto no haber ido a la pedida de mano —comentó morruda—, que no sé si podré perdonar a Angus.

—Recuerda que por aquel entonces mi sobrino estaba a punto de cerrar un buen negocio y no podía ausentarse.

—Lo sé, lo sé, pero debería tener más consideración con mi persona. Recuerde que cuando decidió venir a este lugar perdido de la mano de Dios —dijo con desprecio girando su rostro para otear el pueblo, que se encontraba en la lejanía— yo le seguí renunciando a mis amistades y a mi vida. Pero eso es otro tema —concluyó Hattie barriendo el aire con su mano—, ahora necesito su ayuda para organizarlo todo.

—Hattie, no estoy de humor —replicó Evangeline. Con esas palabras se granjeó una mala mirada de su sobrina.

—Tía Evangeline, no puede negarse —insistió Hattie sin clemencia.

—Pero...

—No hay discusión posible. Mañana mismo me ayudará a elegir el menú, las actividades...

—Señora Archivald —interrumpió Rose, una de las sirvientas de la casa—. Tiene una visita.

Evangeline se sintió liberada al escuchar las palabras de la joven doncella. Era su oportunidad de huir de Hattie.

—¿De quién se trata? —preguntó, aunque realmente no le importaba, solo deseaba escapar de la conversación de su sobrina.

—Es la señora Davies —respondió la joven.

—Gracias, Rose, ofrécele un té, ahora mismo voy —manifestó antes de girarse para dirigirse a su sobrina—. Lo siento, Hattie, continuaremos con esta conversación en la comida.

—Por supuesto, tía —replicó Hattie fingiendo una sonrisa que no sentía.

—Gracias, sobrina —concluyó Evangeline, y sin añadir nada más se giró y caminó resuelta hacia la casa.

Había extrañado mucho a Margarite. Hacía unas semanas se había ido a pasar unos días a casa de su hijo y de su nuera Sofía, quienes la habían recogido en San Francisco. Ella era la única persona con la que podía hablar libremente sobre lo que llevaba años mortificando su alma, y aunque a veces le daba dolor de cabeza con su incesante cháchara, la quería y necesitaba. Estaba deseando fundirse en un abrazo con ella.

Capítulo 25

Shannon elevó su mirada y observó las nubes oscuras que se estaban agrupando en el cielo. Eso solo podía presagiar una tormenta. Frustrada, chascó la lengua porque aquello solo lograría ralentizar su marcha.

—¿Qué pasa? —le preguntó Justin, situado a su lado.

—Que va a llover —replicó Shannon escuetamente.

En los días que llevaban de viaje apenas se habían dirigido la palabra. Al principio por la actitud taciturna de Justin, luego por la falta de interés de Shannon, aún molesta porque él no hubiera tenido en cuenta su opinión.

—Aún podemos apurar —afirmó Justin, tajante, mientras oteaba el firmamento.

—No lo creo así, deberíamos buscar refugio antes de que estalle el temporal.

—¿Siempre tienes que rebatir mis opiniones? —preguntó bruscamente Justin. Estaba cansado del mal humor que había mostrado la joven durante todo el viaje.

Shannon rechinó los dientes y tiró de las riendas para detener a su caballo.

—¿Y tú siempre tienes que llevarme la contraria?

Justin también detuvo su montura y clavó la mirada en el rostro ceñudo de Shannon. Estaba claro que aquel día se había levantado con ganas de discutir.

—¿Ya estás otra vez con eso? Ya te dije que lo hice sin pensar, no tiene ninguna importancia...

—Para mí sí la tiene —le cortó Shannon con voz estridente.

Justin bufó y se aproximó a ella para tomar las riendas de su caballo, decidido a obligarla a seguir.

—¡Suelta eso ahora mismo! —explotó Shannon con lo peor de su genio—. No pienso seguir, a partir de ahora iremos por libre —le informó.

Llevaba tiempo meditando sobre el asunto y estaba decidida a seguir su propio camino. No necesitaba a Justin para cumplir con su objetivo.

Justin sintió que las aletas de su nariz se movían y la ira iba ascendiendo por su cuerpo. En un movimiento diestro tiró de las riendas y acercó el caballo de Shannon al suyo. Se inclinó y solo habló cuando sus rostros quedaron a escasos centímetros.

—Escúchame bien —comenzó con voz acerada—. Tú y yo emprendimos juntos este viaje y lo acabaremos de igual manera.

Shannon se vio sorprendida por su acción. Sin ser consciente de ello se quedó prendada de sus ojos verdes, que en aquel momento estaban oscurecidos por la furia que iba dirigida expresamente a ella. Pero si pensaba que se iba a amilanar por ello estaba muy equivocado.

—Y yo te he dicho que no.

—Le hice una promesa a tu primo y no la pienso romper —insistió Justin, acercándose unos milímetros más, notando el aliento de Shannon en el rostro.

—Sé cuidarme yo sola, no te necesito.

—No me obligues a hacer algo que no quiero —objetó Justin sin amedrentarse ante la actitud prepotente de la joven.

—¿Qué piensas hacer? —indagó divertida—, ¿atarme a tu montura?

La sonrisa que le dedicó Shannon le dejó sin aliento por unos instantes. A esa distancia pudo advertir la belleza salvaje de su rostro, realzando sus ojos gatunos, que en aquel momento llameaban. La idea de atarla no le pareció tan descabellada y sin poder contenerse la imaginó sobre su caballo,

sentada delante de él. Su magnífico trasero pegado a su...

—¿No vas a contestarme? —insistió Shannon, confusa por su expresión.

—Haré lo que sea necesario para que obedezcas.

—¡Oh, vamos, por Dios! —exclamó Shannon airada—. ¿Aún no te has dado cuenta de que no soy una dulce florecilla de primavera? —concluyó con sorna.

Justin atrapó su trenza, que reposaba sobre su hombro derecho, y tiró de ella hasta que sus labios quedaron a escasos milímetros de los propios. Claro que se había dado cuenta de que Shannon no era una florecilla, ni una dulce jovencita, y a pesar de eso la deseaba. Su aliento nuevamente acarició sus mejillas y una necesidad incontrolable de besarla se apoderó de su cuerpo.

Un trueno retumbó en el cielo y un intempestivo aguacero comenzó a caer sobre sus cabezas, mojando sus ropas con celeridad. Eso hizo que Justin se separara y que la temperatura de su cuerpo descendiera. Podía notar a su masculinidad luchando en la prisión de sus pantalones y maldijo para sus adentros. Shannon parecía ajena a lo que había estado a punto de suceder, ajena a lo que Justin sentía.

—Lo ves, te lo dije —declaró la joven con voz triunfal—. *Doc*, está claro que no sabes nada de la vida de campo...

—*Forajida*, cállate de una maldita vez —replicó Justin soltando las riendas del caballo de Shannon con la imperiosa necesidad de apartarse de ella—. Busquemos refugio.

Shannon asintió y guio a su caballo hacia unas montañas cercanas con la esperanza de encontrar alguna cueva donde poder guarecerse. No era la primera vez que se veía en una situación parecida y sabía lo que había que hacer.

El agua resbalaba por su sombrero calando su nuca y penetrando entre su camisa y el gabán de cuero que la cubría, pero a Justin no parecía importarle. En pocos minutos sus ropas estaban empapadas y a pesar de la incomodidad de la situación lo agradeció. Aquella maldita mujer había logrado despertar su cuerpo, dormido desde la muerte de Cassie, y eso solo lograba enfurecerle y maldecirse por no poder controlar sus sentidos.

No es que hubiera planeado pasar el resto de su vida en celibato, pero sentirse atraído por Shannon no entraba en sus planes y era lo peor que podía ocurrirle. «¿Por qué ella y no otra?», preguntó a su cuerpo traidor, que solo parecía removerse con la cercanía de ella. «Debes guardar las distancias, ignorar lo que te hace sentir», se ordenó mentalmente, aunque sin demasiadas esperanzas. Y no solo porque era la mujer menos femenina que había conocido en su vida, sino porque sospechaba que su parecido con Cassie no era una casualidad.

Llevaba varios días dando vueltas a la conversación que había mantenido con su suegro. Su extraño relato no dejaba de acosarle día y noche. No podía ser una coincidencia que Jasper Bradley buscara a ambas con la intención de acabar con sus vidas, lo que llevaba a pensar que sus orígenes eran comunes. «¿Y si comparten algo más que un asombroso parecido?», se preguntó preocupado.

—*Doc*, encontré una cueva que nos puede servir para refugiarnos hasta que escampe —expresó Shannon, ajena a sus oscuros pensamientos—. ¿Me has oído? —insistió la joven al ver que no contestaba.

Justin sacudió la cabeza, notando como el agua corría por su piel, y asintió con un gesto antes de seguirla.

Shannon bajó de su montura y se internó en la oscura cueva. A pesar de la escasa luz comprobó que era lo suficientemente grande para lo que pretendía, y sonriendo salió de la misma. Justin la esperaba pacientemente en

el exterior.

—Es perfecta, vamos, mete a los caballos —le ordenó tajante—. Yo iré a buscar algo de leña seca, a ver si hay suerte.

—¿Los caballos? —repitió Justin confuso—. ¿Por qué no los atamos aquí?

—Claro, y que un rayo los parta en dos. Lo que yo decía, un «señorito del Este» —refunfuñó Shannon antes de alejarse en busca de la leña que necesitaban, dejando a Justin ceñudo.

Como había vaticinado Justin, no fue tarea fácil lograr encender una hoguera con madera mojada, pero con empeño lo logró. Luego se puso a organizar la cena, como parecía haberse convertido en costumbre. Aquella vez se decidió por unas latas en conserva. Tras abrirlas las vertió en el pequeño cazo de hojalata y lo puso al fuego.

Shannon, por su parte, decidió ocuparse de sus ropas mojadas. Se quitó la chaqueta marrón y la colgó en un saliente de las rocas. Luego comenzó a desabrocharse la camisa, notando que sus dientes empezaban a castañear debido al escalofrío que recorría su piel.

Justin permanecía acuclillado frente a la lumbre, removiendo las gachas para que no se pegaran y elevó su mirada para encontrarse una imagen de lo más inesperada. Fue testigo de cómo Shannon desbrochaba uno a uno los botones de su camisa. Nuevamente su respiración se aceleró y habló balbuceante.

—¿Qué... qué estás haciendo? —le preguntó tontamente.

Shannon dejó la tarea que realizaba y le observó unos segundos antes de responder.

—¿Quitarme la ropa? —contestó sardónicamente mientras desabrochaba el último botón y separaba los faldones de la camisa para

deshacerse con dificultad de la tela empapada.

—¿Por qué? —insistió Justin, sintiendo como su corazón se desbocaba en su pecho a la par que una parte de su anatomía, a la que podría calificar de traidora, comenzaba a engrosarse.

—Es evidente, estoy empapada. No quiero coger un resfriado y tú deberías hacer lo mismo —le aconsejó, como si se tratara de la situación más normal del mundo.

Justin se quedó mudo con la explicación, aunque era del todo lógica. Pero no quería decir que le pareciera buena idea. Toda esa reflexión se producía en su cabeza mientras sus ojos eran incapaces de apartarse del cuerpo femenino ante sí. Más cuando la tela color crema dejó de cubrir su torso. Shannon se había quedado en camisola. No mostraba todo su esplendor, pero la sola visión de su talle estrecho y la blancura de la piel de sus brazos y de su clavícula le hizo tragar saliva.

No podía permitir que Shannon siguiera con aquella tortura. Se irguió resueltamente y en dos zancadas estuvo junto a ella, agarrándola por los brazos, lo que fue una gran equivocación.

—Para de una maldita vez —siseó, a pesar de que sus dedos disfrutaban de la suavidad de su piel y su característico olor llegó a sus fosas nasales.

Shannon se quedó sorprendida por su comportamiento.

—*Doc*, ¿qué demonios te pasa? —preguntó confusa, intentando deshacerse del fuerte agarre al que Justin la sometía.

—No puedes desnudarte delante de un hombre como si tal cosa, solo las rameras se comportan así —dijo dañino, y supo que había cometido un fatídico error cuando sintió la fuerte bofetada que Shannon le propinó.

—Eres un cerdo. ¿Cómo te atreves? Eres un maldito hijo de puta.

«La has jodido bien», se dijo Justin, intentando aferrar a la joven entre

sus brazos para evitar un nuevo golpe. Comprendía su estallido de ira. No solo era por lo que había insinuado sobre su persona. Recordó al instante la dura profesión de su progenitora. Sabía que la había herido profundamente y se arrepentía.

—Shannon, por favor, lo siento.

La aludida intentaba controlar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos mientras trataba de liberarse del hombre que se empeñaba en retenerla entre sus brazos. Apenas prestó atención a sus disculpas, no las quería, solo deseaba que la dejara en paz de una maldita vez.

—Eres un mal nacido —escupió.

Justin sentía su dolor como propio y la imperiosa necesidad de consolarla le oprimía el pecho. Pero conociendo a Shannon, sabía que sería una misión imposible. Pero no por ello dejaría de intentarlo.

—Sí, lo soy, pero de verdad no quise dar a entender...

—No me trates como a una estúpida porque no lo soy. He escuchado perfectamente lo que has dicho y has sido muy claro. No soy la fulana que piensas. Y si mi madre se dedicaba a ello era porque no tenía otra opción. No todos hemos nacido entre algodones como tú, señor importante. Pero eso no te hace mejor que yo, eres un valiente hijo de perra....

Justin perdió completamente la paciencia y la única cosa que se le ocurrió para hacerla callar fue atrapar sus labios entre los propios. Para su sorpresa, Shannon dejó de forcejar y fue el momento que aprovechó para profundizar la caricia. Si la primera vez que probó su boca se sintió noqueado, lo que sintió en aquel momento le dejó devastado por completo.

Quería más, necesitaba más y sin importarle las consecuencias de sus actos se dejó llevar. Sus manos ya no aferraban sus brazos, ahora descendían por el lateral de su torso, acariciando con sus pulgares cada una de sus costillas hasta llegar a su estrecha cintura que casi podía abarcar con las

manos. Pero su verdadero objetivo era su trasero, que le había torturado durante las largas noches que había pasado al raso junto a ella. Solo recordar cómo se alzaba orgulloso hacía que su masculinidad se excitara a un nivel doloroso. Sin contemplaciones, introdujo sus dedos en los ajustados pantalones negros y los atrapó entre las palmas de sus manos disfrutando de su esponjosidad. No por ello desatendió su boca y, disfrutó cuando un gemido gutural surgió de la garganta femenina.

Shannon notó como el vello de su cuerpo se erizaba con cada roce, con cada caricia, y como su feminidad se humedecía entre sus piernas. No era estúpida, sabía perfectamente a donde los llevaría aquello. Estaba al tanto de lo que sucedía entre un hombre y una mujer cuando sus cuerpos se unían. Lo había visto una decena de veces en el *saloon* donde trabajaba su madre.

Sabía que tenía que detenerle, no dejarse arrastrar por la marea de sensaciones que embargaban su cuerpo, pero no podía. Estaba disfrutando demasiado. ¿Por qué negarse a algo que le producía placer?, se preguntó. Justin parecía querer meterse bajo su piel y ella estaba más que dispuesta a permitirselo.

Justin prosiguió con sus tortuosas caricias, pero la tela de la camisola le impedía llegar a su siguiente objetivo, sus pechos, que apenas se adivinaban gracias a la venda que los comprimía. Comenzó a desabrochar los botones con pericia y luego la liberó de la venda para poder llegar a lo que tanto ansiaba. Pero antes de tocarlos deseaba verlos y, no sin cierta reticencia por parte de Shannon, abandonó su boca y se separó unos centímetros de su cuerpo. Como había imaginado tenía unos pechos pequeños pero erguidos, aderezados por unos pezones que en aquel momento formaban un pequeño capullo.

Estaba a punto de dejar descender su cabeza para apoderarse de uno de ellos con su boca cuando descubrió algo que le dejó sin aliento y le hizo

apartarse como si la joven fuera el mismísimo demonio. Entre sus pechos, en el canalillo, un colgante con forma de hoja se balanceaba. Era idéntico al de Cassie, aquel que llevaba guardado en el bolsillo de su camisa desde su muerte. Pareciera que el oxígeno hubiera abandonado sus pulmones y la imperiosa necesidad de respirar se apoderó de su ser.

—Lo siento, tengo que salir de aquí —dijo antes de irse, dejando a Shannon estupefacta y confusa.

Capítulo 26

Jasper formó una pelota entre sus dedos con el telegrama que acababa de recibir. Era el tercero por parte de Archivald. Aquel maldito estúpido intentaba apretarle las clavijas para que acabara con aquel asunto. «Como si yo no tuviera cosas mejores que hacer que andar tras los pasos de una joven escurridiza», se dijo mentalmente. «Me estoy haciendo mayor, con lo bien que estaría disfrutando de mi casa, mi mujer y mi negocio», se dijo contrariado. Mientras se masaba la pierna derecha, dolorida por la larga cabalgada que había protagonizado el día anterior, Jasper se arrepentía de haber aceptado. Tan concentrado estaba en sus reflexiones que ni se percató de que alguien llamaba a la puerta y entraba, solo se dio cuenta de la presencia cuando su mano derecha ya estaba frente al escritorio.

—Sheldon, ¿cuándo has llegado? —preguntó directo.

—Ahora mismo, señor —replicó el hombre mientras se quitaba el sombrero y se secaba el sudor de la frente con la manga de la camisa.

—¿Has averiguado algo? —indagó Jasper impacientemente.

—Sí, señor —dijo Sheldon triunfal.

Jasper tiró la pelota de papel al suelo y abandonó su postura relajada para acodarse en la mesa y clavar la mirada en su hombre.

—¡A qué esperas! —exclamó con nerviosismo—. Habla de una maldita vez.

—Como me ordenó, fui al burdel Roswell, en Coloma. Allí descubrí que la niña mantenía una amistad especial con el viejo cocinero del local. Ya no vivía allí, si no con una sobrina en un pequeño pueblo cercano. Fui hasta allí, y por Dios que aquel tipo parecía tener cien años —comentó con humor.

—Al grano, Sheldon, me importa una mierda ese viejo.

—Perdón —se disculpó el hombre rascándose la cabeza—. El caso es que conseguí sacarle información, aunque el pobre no soportó mucho más el interrogatorio al que le sometí —admitió con una sonrisa fría, como si disfrutara de lo sucedido.

—¿Y? —Jasper estaba empezando a impacientarse de verdad.

—La niña se marchó de Coloma con una puta a un pequeño pueblo en Utah, al rancho Henderson. Cuando llegué allí no había nadie, pero pregunté por el pueblo y me hablaron de la «sobrina» de los Henderson. Concuerda en edad y aspecto con la otra.

Una sonrisa surgió en los labios de Jasper, seguro de que no tardaría en acabar con aquel maldito encargo.

—¿La viste? —preguntó, deseando salir hacia Utah para acabar con ella él mismo. Esa era la orden que había dado a Sheldon: no tocarla, quería matarla él, haciéndola sufrir como había hecho con su hermana.

Sheldon sintió que un sudor frío recorría su piel. La camisa le impedía respirar y comenzó a jugar con el cuello intentando aflojarlo. Sabía que al jefe no le gustaría lo que tenía que decirle, pero no tenía otra opción que contarle la verdad.

—No, ya no vive allí. Según me dijeron desapareció hace aproximadamente dos años con su primo.

—¡Mierda! —explotó Jasper golpeando la mesa fuertemente con su puño—. Que un rayo la parta en dos —prosiguió con su ira antes de clavar la mirada en su hombre, que le observaba atemorizado.

Sheldon no era estúpido y sabía que la ira de Bradley caería sobre él. No era la primera vez que eso sucedía.

—Jasper, ¿estás ocupado? —sobresaltó a ambos hombres la voz de Pearl, que había entrado un segundo antes. Sheldon soltó el aire que había

estado conteniendo agradecido por la aparición de la joven. Pearl era la única persona que conocía capaz de apaciguar la ira de Bradley.

Jasper suspiró pesadamente y clavó su mirada en el hermoso rostro de la mujer antes de hacer un gesto con su mano a Sheldon para que se esfumara. Solo habló cuando estuvieron solos.

—Claro, cielo. ¿Qué sucede? —dijo con amabilidad, aunque en su interior se desataba una tormenta.

—Tienes una visita —le informó la joven.

Jasper se frotó la frente unos instantes. No tenía humor para nada ni para nadie.

—Dile a quien sea que no tengo tiempo.

Pearl dudó. El hombre que había llamado a la puerta le había impresionado por su porte duro, no parecía ser el tipo de persona al que se le pudiera negar nada. Un nuevo escalofrío recorrió su cuerpo al recordar su mirada azul, que se había clavado en ella como una bala, como si quisiera traspasarla.

—Cielo —dijo acercándose a él para poder acariciar su nuca—, creo que ese hombre tiene algo que ofrecerte. Quizás sea un negocio interesante.

Jasper frunció ligeramente el ceño, aunque finalmente cedió, como Pearl esperaba.

—¿Cómo se llama?

—Hunter Benson.

—Hazle pasar y acabemos cuanto antes —dijo antes de enlazar la cintura de la joven y acercarla a su cuerpo—. Luego necesito de tu medicina para relajarme —añadió, como una promesa antes de darle una cachetada en el trasero.

Hunter Avery esperaba impaciente en el amplio *hall* de la lujosa casa. Mármol, madera de caoba, ricas telas... eso era lo que le rodeaba. Su ceño se frunció, molesto. Le desagradaban las personas ostentosas y Jasper Bradley parecía ser de esa clase. Sin pretenderlo, ante su retina se personó la hermosa joven que le había recibido y que se había presentado como la señora Cronwell, el apellido que usaba Jasper para ocultar su verdadera identidad. Estaba claro que el dinero podía comprar muchas cosas, hasta una mujer bonita.

—Señor Benson —le sobresaltó la voz femenina—. Mi marido le espera en el despacho, si me acompaña.

—Por supuesto, señora Cronwell —replicó Hunter educadamente, aunque su voz delató la sorna que sentía ante aquella joven que, sorprendida, clavó intensamente la mirada en su rostro antes de indicarle con un gesto de mano que la siguiera.

Hunter acompañó a la delicada mujer por un amplio corredor y, a su pesar, no pudo evitar fijar la mirada en el peinado elaborado sobre su cabeza: unos mechones de cabello rubio habían escapado de su encierro y acariciaban su nuca de piel blanca, que parecía suave al tacto aunque no la hubiera tocado. Solo volvió a la realidad cuando ella se detuvo ante una puerta de dos hojas.

—Puede entrar —le indicó abriendo una de ellas.

Hunter no pronunció palabra, simplemente hizo un gesto con su cabeza a modo de despedida y se internó en el amplio despacho. En el interior descubrió a un hombre delgado, de cabello negro y salpicado con algunas canas, que le miraba fijamente con sus ojos fríos.

—Siéntese, señor Benson —le indicó Bradley con engañosa amabilidad.

Hunter caminó lentamente hasta la silla indicada y se sentó.

—Gracias, señor Cronwell.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Jasper directo.

—Verá, tenemos un conocido en común que me ha dicho que podría estar interesado en un negocio.

—¿Qué conocido? —preguntó Jasper desconfiadamente.

—El señor Santori —respondió Hunter sin inmutarse.

Jasper se acomodó sobre el respaldo de su butaca y clavó la mirada en el rostro del hombre que tenía ante sí. Santori era un viejo amigo al que solía comprar ganado robado a muy buen precio. Gracias a eso tenía el rebaño más grande del condado y se había convertido en uno de los rancheros más prósperos. Santori era un hombre discreto, tampoco le interesaba airear que se dedicaba a comprar a ladrones de ganado. Si ese tal Benson había ido hasta allí, con la recomendación de Santori, es que era de fiar. Con parsimonia, abrió la caja de madera que descansaba sobre el escritorio y sacó un puro. Mordió la cabeza y la escupió para luego encenderlo con una cerilla antes de exhalar una amplia bocanada de humo.

—Está bien, cuénteme de qué se trata.

—Por supuesto, estoy seguro de que le va a interesar.

Estaba atardeciendo cuando llegaron a una amplia explanada donde, a lo lejos, se podía vislumbrar un gran rebaño que pastaba apaciblemente. Justin se detuvo y esperó a que Shannon se pusiera a su altura para poder hablar.

—Hemos llegado a nuestro destino —afirmó escuetamente. En los últimos días se había mostrado más taciturno que nunca.

—Vale —replicó Shannon.

—Espero que sepas comportarte el tiempo que pasemos en casa de mi amigo y su esposa. Son buenas personas.

Shannon apretó la mandíbula y deseó mandarle al cuerno, pero se contuvo. No quería volver a discutir, que era lo que hacían cada vez que comenzaban una conversación. Estaba harta de sus continuos ataques y de que la tratara de esa forma tan despectiva. «¿Qué demonios le he hecho?», se preguntó frustrada, como se sentía desde hacía días. Era así desde su intempestiva salida de la cueva tras regalarle el mejor momento de su vida. Desde entonces apenas le había dirigido la palabra y, si lo hacía, era para tratarla como a un trapo. Había intentado averiguar el porqué, y lo único que había conseguido era que le atacara.

—Aunque no lo creas, me enseñaron modales.

—Pues habitualmente no lo demuestras —escupió Justin.

—Aggg —exclamó la joven—, estoy hasta la coronilla de ti. A lo mejor el que debería tener cuidado con su comportamiento eres tú. Creí que en el Este te habían enseñado modales —y con esta última frase cogió las riendas e hizo girar a su montura para emprender una alocada carrera.

—¡Mierda! —exclamó Justin clavando sus talones en los flancos del caballo para instarle a correr tras los pasos de Shannon.

Dustin Avery permanecía apoyado sobre la barandilla del porche con la mirada perdida en la pradera donde el rebaño de vacas pacía. Aspiró el aire que había refrescado la tarde y se sintió satisfecho. Se sobresaltó cuando una mano tocó su brazo y giró su rostro ligeramente para encontrarse con la sonrisa de su esposa.

—Nadine —la nombró, paladeando su nombre.

—Te he traído un café —le ofreció la mujer tendiéndole una humeante taza.

—Como me conoces —declaró mientras la cogía y le daba un trago,

agradeciendo su amargo sabor. Así era como le gustaba a él, sin una pizca de azúcar. Con una sonrisa en los labios enlazó el talle de Nadine y la pegó a su cuerpo, disfrutando de su cercanía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nadine oteando el horizonte. El sol estaba a punto de ocultarse y les regalaba una luz anaranjada.

—Descansando y pensando —contestó Dustin mientras apoyaba su barbilla sobre la coronilla de Nadine.

—¿Estás preocupado? —indagó la joven apoyando la espalda sobre el amplio pecho de su marido.

—A ti no te puedo mentir. No estaré tranquilo hasta que Hunter vuelva.

—Tu hermano sabe cuidarse.

—Lo sé, pero no me gusta que esté él solo en el rancho de ese malnacido.

—Recuerda que es para ayudar a Justin.

Dustin pensó entonces en su amigo, aquel que había conocido en la universidad cuando intentó ser médico por insistencia de su padre. Durante meses Justin intentó ayudarlo con sus estudios, pero estaba claro que los libros no eran lo suyo. Tras dos años de lo más tediosos decidió regresar al rancho Avery, su hogar y el único lugar donde se sentía él mismo.

Se sorprendió al recibir el telegrama de Rafferty, amigo en común de ambos. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de Justin, desde su boda con Cassie. En cuanto supo de su próximo enlace no dudó en viajar hasta Kansas para asistir. Eventualmente se carteaban, pero hacía aproximadamente un año que no sabía nada de él y ahora entendía el porqué. Rafferty le relató la trágica muerte de Cassie y las circunstancias de la misma, así como el viaje que había emprendido su amigo en busca de venganza. Le había pedido ayuda para que Justin acabara de una vez por todas con aquello y no había dudado en aceptar.

En el tiempo transcurrido se había informado sobre el tal William Cronwell, cuyo verdadero nombre era Jasper Bradley, y lo que había descubierto no le gustaba. Por ese mismo motivo no podía evitar estar inquieto por su hermano Hunter, que había ido a intentar entablar un «negocio» con aquel tipo.

—Estoy deseando darle un abrazo. Ha tenido que ser muy duro para él la pérdida de Cassie. Era una joven tan dulce... —dijo Nadine con la voz cargada de pena.

—Sí, era una gran mujer y le hacía feliz. Solo espero que algún día vuelva a recuperar su vida y felicidad. Rafferty me ha dicho que parece otro hombre.

—¿Y será verdad que esa joven que le acompaña se parece tanto a Cassie? —indagó su esposa.

Dustin le había explicado escuetamente ese dato y solo para advertirla. Era necesario que la joven no se percatara de su sorpresa cuando se conocieran. Justin no quería que la tal Shannon supiera que se parecía a su difunta esposa hasta que no llegaran al fondo de aquel asunto.

—Sí, eso parece.

—¿Y cuándo crees que llegarán? —preguntó Nadine.

—Sospecho que en pocos minutos estarán aquí —replicó su esposo con la mirada fija en el camino de entrada al rancho, donde dos jinetes se acercaban al galope.

Capítulo 27

Caleb se incorporó y se sintió agradecido cuando su hombro no se resintió. Con ánimos renovados, colocó sus piernas al borde del colchón y plantó los pies en el suelo. Apoyó las palmas de las manos sobre el mismo y tensó sus brazos para poder incorporarse. Si hubiera tenido más fuerzas hubiera saltado de alegría, pero prefirió condurarlas para vestirse y salir al exterior. Tenía la imperiosa necesidad de respirar aire fresco y que el sol acariciara su rostro. Tardó más de lo esperado en lograr su objetivo, pero finalmente llegó al porche y observó atentamente lo que le rodeaba.

El rancho Gallagher era muy parecido al de su familia, aunque las tierras parecían más extensas. En aquel momento no tenía su mejor aspecto. Algunas vallas estaban a punto de derrumbarse y el viejo abrevadero parecía haber conocido tiempos mejores, ya que tenía una fuga por donde se escapaba el agua. Estaba seguro de que en otro tiempo había sido un lugar hermoso y próspero.

—Señor Henderson, ¿qué hace levantado? —le sobresaltó una voz infantil.

Caleb se giró y descubrió a la pequeña de pelo dorado que alzaba su rostro para observarle.

—Quería andar un poco —respondió con una sonrisa. En los días que llevaba allí, la niña le visitaba cada tarde y siempre lograba hacerle reír con sus ocurrencias.

—Pues como se entere mamá le va a castigar —dijo Faith preocupada.

—¿Cómo? —preguntó, curioso por su respuesta.

—Le dejará sin postre. Hoy ha hecho una tarta de manzana que tiene

una pinta estupenda —le contó como confidencia.

Caleb iba a replicar a sus palabras cuando una voz desconocida sorprendió a ambos.

—Buenas tardes.

Faith observó al recién llegado e instintivamente se situó tras las piernas de Caleb, sorprendido por la reacción de la niña. Más repuesto, observó al hombre que tenía frente a sí.

Era alto, aunque no tanto como él. Su cuerpo era delgado y parecía ligeramente encorvado, pero lo que realmente llamó su atención fue su rostro cansado, surcado por algunas arrugas. Sus ojos marrones estaban fijos en él y parecían querer fulminarle, hacerle desaparecer.

—Buenas tardes —respondió al saludo, a pesar de su mirada torva.

Emerson notaba que la tensión se apoderaba de su cuerpo ante el descubrimiento de aquel desconocido. Había ido al rancho Gallagher para comprobar que Elaine y la niña estaban bien, pero no había imaginado una sorpresa semejante. «¿Quién demonios eres y que haces aquí?», se preguntó mientras sus manos, ocultas en los bolsillos del pantalón, se cerraban formando puños. «¿Por qué ella no me ha contado nada? Necesito respuestas ya».

—¿Quién eres? —preguntó ariscamente.

Caleb frunció el ceño al percatarse de la actitud hostil de aquel hombre. No tenía ni idea de donde había salido ni lo que pretendía, pero si tenía intención de enfrentarse a él no tenía ningún problema, aunque no delante de la niña.

—Faith, ve dentro —solicitó cogiendo el hombro de la niña e instándola a caminar hacia la puerta.

—¿Por qué? —preguntó ella, confusa.

—El señor... —comenzó, y su rival acabó la frase por él.

—Emerson.

—El señor Emerson y yo tenemos que hablar.

—Pero...

—Faith, por favor, haz lo que te digo —ordenó Caleb tajante, granjeándose una mirada dura por parte de aquel hombre, como si le hubiese incomodado su trato para con la niña.

—Está bien —aceptó la pequeña a regañadientes, antes de desaparecer en el interior de la casa.

Cuando se quedaron solos el silencio se instauró durante dos largos minutos, hasta que Emerson lo rompió.

—¿Quién demonios eres? —dijo Emerson rechinando los dientes.

—Mi nombre es Caleb Henderson y estoy aquí para ayudar a la señora Gallagher en el rancho.

—¿De dónde saliste? —persistió Emerson, acortando la distancia que los separaba en una actitud amenazante.

—Le he contratado yo —sonó la voz tensa de Elaine, que llegó para interponerse entre ambos.

—¿Cuándo? —indagó Emerson frustrado, deseando coger a la mujer por los hombros y zarandearla. Pero la presencia de aquel tipo se lo impedía. Su mirada estaba fija en él de forma peligrosa.

—Hace unos días. Llegó al rancho pidiendo trabajo y decidí contratarlo.

—¡Elaine! No necesitas a nadie, me tienes a mí. Además, no creo que debas gastar un dinero que no te sobra —manifestó ofensivamente.

Elaine notó como sus mejillas se teñían de rubor al escuchar sus palabras. Se sentía mortificada y avergonzada a partes iguales. Ya se arrepentía de haber permitido que Emerson pagara su cuenta en el colmado, a pesar de que él lo había hecho sin su consentimiento.

—Eso no es asunto tuyo —soltó Caleb sin poder contenerse. No le había gustado la forma que utilizaba aquel hombre para dirigirse a Elaine. Se comportaba como si ella fuera una propiedad o tuviera algún derecho sobre su persona.

—¿Qué no es asunto mío?! —gritó Emerson, perdiendo los papeles. Avanzó hacia Caleb con la intención de estampar el puño en su atractivo rostro.

Elaine, al ver sus intenciones, dio un paso atrás y acabó empotrada contra el amplio pecho masculino de Caleb. Pudo percibir el calor de su cuerpo y el acelerado latido de su corazón. Tenía que detener aquello antes de que la situación se descontrolara. Con esfuerzo, volvió a dar un paso hacia adelante para enfrentarse a Emerson. Era la primera vez que encontraba el coraje para hacerlo.

—Emerson, será mejor que te marches —dijo con gravedad.

—¿Me estas echando? —siseó, sorprendido.

—No, claro que no —replicó la mujer dibujando en sus labios una sonrisa que no sentía, con la intención de apaciguar las aguas—. Mañana hablamos —le lanzó la promesa—, en la reunión del ayuntamiento.

Emerson solo deseaba apalearse a ese hombre que parecía esconderse tras Elaine. Pero la sonrisa que ella le dedicó apaciguó su ánimo.

—Está bien, hasta mañana —concluyó antes de girarse y bajar los escalones del porche con genio. Se subió a su caballo y salió galopando a toda velocidad, levantando una nube de polvo a su paso.

Elaine necesitó unos minutos para recomponerse, pero una vez logrado se giró y clavó su mirada en el rostro de Caleb. Estaba más enfadada que nunca en su vida, y dejó fluir la ira que sentía.

—¿Qué demonios haces levantado? ¿Quién te ha dado permiso?

Caleb permaneció en silencio, con la mirada fija en el rostro femenino.

Su pelo estaba recogido en un moño, aunque algunos mechones del cabello castaño habían escapado de su confinamiento y acariciaban sus altos pómulos, sonrojados en aquel momento por la rabia. Sus ojos, de un verde indefinible, estaban arrasados por llamas incandescentes, pero de donde realmente no podía apartar la mirada era de sus carnosos y rosados labios.

—¿Me estás escuchando? —insistió Elaine al ver que él no reaccionaba.

—Alto y claro, señora Gallagher, pero no me trate como a un niño, soy un hombre.

Elaine frunció el ceño ante su respuesta.

—Pues no se comporte como tal, señor Henderson. Aún no está del todo recuperado...

—Me encuentro perfectamente y creo que es el momento ideal para comenzar a ayudar en el rancho. Creo que le hace falta...

—Yo, y solo yo —recalcó Elaine enfatizando sus palabras golpeando su pecho con una mano— decidire que necesita o no *mi racho* —concluyó, elevando su rostro altaneramente.

Caleb la observó y cruzó los brazos sobre el pecho antes de hablar.

—Lo comprendo, pero entonces ¿por qué permite que ese hombre gobierne su vida? —preguntó, elevando una de sus espesas cejas negras.

Elaine sintió los nervios bullir en su interior al escuchar esa pregunta tan directa. No podía negarlo, era evidente, y nuevamente se sentía avergonzada ante Caleb Henderson.

—No lo hace —mintió garrafalmente.

—Pues eso no es lo que me ha parecido a mí. Ese hombre se comporta como si usted fuera de su propiedad, pero no es así ¿verdad? —preguntó Caleb, deseando escuchar su respuesta. Esperaba que fuera un rotundo *no*, pero si la señora Gallagher estaba manteniendo una relación con aquel

insufrible hombre no dudaría en interponerse. «No está hecha la miel para la boca del asno».

Su pregunta sorprendió a Elaine, y sin ser consciente de ello contestó con celeridad y con voz titubeante.

—No, por supuesto que no —afirmó tajantemente.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Caleb al escuchar su respuesta. Estaba dispuesto a seguir con la conversación que mantenían, pero fue interrumpido por la intempestiva llegada de Faith.

—¿Ya te ha castigado sin postre? —preguntó la niña alegremente—. Mamá, ¿me puedo comer su parte?

A pesar del momento tenso que protagonizaban, Elaine y Caleb no pudieron evitar estallar en sonoras carcajadas tras escuchar la pregunta de la niña. En su rostro se podía leer la esperanza.

Justin aceptó la copa que le tendía Dustin. Ahora se encontraban en su despacho, donde habían decidido hablar sobre el plan que el hermano de su amigo, Hunter, ya había puesto en marcha. Shannon se había comportado correctamente con sus anfitriones, pero se notaba a la legua que estaba furiosa con Justin. Desde su conversación en el alto de la loma no le había vuelto a dirigir la palabra. Agradecía que Nadine se hubiera hecho cargo de la situación.

—Es asombroso su parecido con Cassie —dijo Dustin sentado frente a Justin en los sillones gemelos situados junto a la chimenea de piedra.

—Sí, no te lo voy a negar —replicó Justin antes de dar el primer trago.

—¿Y qué has averiguado de ese asunto? —indagó su amigo, clavando la mirada en su rostro cansado.

—Hablé con mi suegro y descubrí que Cassie era adoptada. Sus orígenes son del todo confusos.

—¿Cómo los de esa joven?

—Sí, eso parece. Shannon se crió en un burdel de Coloma. A parte de eso, el resto de su pasado es todo un misterio.

—¿Y crees que eso, sumado a su parecido físico, quiere decir que son familia?

Justin se pinzó el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar y cerró los ojos durante unos instantes. Llevaba pensando en ello desde que habían partido de Rocky Meadow, atormentado porque así fuera. Pero el descubrimiento del colgante de Shannon, idéntico al de Cassie, le confirmaba lo que había intentado negar.

—No es solo eso. Ambas tienen un colgante, grabado con su nombre, los dos idénticos. Eso solo tiene una explicación: o mucho me equivoco, o son hermanas.

—¡Dios santo! —exclamó Dustin, sorprendido por su revelación—. ¿Y cómo se ha tomado la noticia Shannon? —indagó.

Justin tardó en responder a la pregunta, antes tuvo que acabar con el contenido de su copa. Aquella situación le estaba desbordando y no sabía cómo reaccionar.

—Aún no lo sabe, por eso te pedí que no hicierais ningún comentario respecto a su parecido con mi esposa.

—¿Por qué no se lo has contado? Tiene derecho a saberlo.

—No la conoces, tiene un genio de mil demonios.

—¿Le tienes miedo? —indagó Dustin, confuso y divertido a partes iguales.

—Por supuesto que no —replicó Justin con celeridad, aunque en el fondo sí tenía miedo, pero no por el genio de Shannon, sino por lo que le

removía en su interior. Aunque no quisiera admitirlo empezaba a sentir algo por aquella joven y no sabía cómo proceder al respecto.

—¿Entonces? —insistió Dustin, elevando una de sus cejas.

—Ahora me preocupa más el asunto de Jasper Bradley. Cuando solucione eso le contaré a Shannon todo lo que sé.

—Comprendo —dijo Dustin, aunque sabía que su amigo ocultaba algo más.

—Ponme al día con el asunto —solicitó Justin deseando cambiar de tema.

Capítulo 28

Shannon se sintió agradecida cuando la cena terminó y al fin se vio liberada de la presencia de Justin. Los Avery, a pesar de ser unos completos desconocidos, se comportaban mejor con ella que el *doc*. Tras ayudar a Nadine a recoger la cocina decidió salir al exterior en busca de algo de soledad.

Suponiendo que el porche no era la mejor opción, ya que alguien podía salir a tomar el aire y estropear su momento de paz, decidió ir hasta el establo para visitar a *Glover*, su yegua. Llevaba una manzana en el bolsillo para ella. Hacía mucho tiempo que no premiaba al animal con una chuchería.

Cuando entró, el animal pareció intuir su presencia porque piafó desde su apartado, como indicándole el camino. Cogió el preciado premio y lo sacó de su bolsillo para entregárselo. El animal lo saboreó mientras su dueña le acariciaba el hocico.

—No deberías malcriarla —le sobresaltó la voz de un desconocido.

Shannon se giró como un resorte y clavó su mirada en él. Era alto, al menos le sacaba dos cabezas. Su cuerpo era delgado y fibroso e iba vestido completamente de negro. No podía ver su rostro, oculto por el ala del sombrero, solo podía ver sus labios, que en aquel momento mostraban una sonrisa. En un acto reflejo dirigió la mano hacía su cintura para percatarse al instante de que su cartuchera y la pistola estaban colgadas de una silla en su dormitorio. «Mierda», maldijo molesta para sus adentros.

—¿Quién es usted? —preguntó irguiéndose. No quería que aquel hombre pensara que la intimidaba.

—Hunter Avery, y usted debe de ser la señorita Shannon Addison. ¿Me

equivoco? —preguntó con humor. No le había pasado desapercibido su gesto de buscar un arma. Con un dedo, se echó el sombrero para atrás mostrando su rostro.

Shannon se sintió aliviada al escuchar sus palabras, y más cuando escudriñó su rostro y comprobó el parecido con su hermano. Sin percatarse, una sonrisa se dibujó en sus labios y, en un acto de lo más casual, le tendió su mano.

Hunter se sintió sorprendido por esa acción. Estrecharse la mano era común en los hombres, pero aun así extendió el brazo y apretó fuertemente su pequeña mano. Su hermano le había advertido que la señorita Addison no era común, según le había indicado Justin, pero se había quedado corto con su descripción en el telegrama que le había mandado. Tampoco había comentado nada de su hermosura.

—Sí, soy yo. Encantada de conocerlo, señor Avery.

—Igualmente, señorita Addison.

—Oh, por favor, llámeme Shannon. En pocas ocasiones utilizo mi apellido.

—Entonces con Hunter también bastará. Y ahora, si no le importa, estoy hambriento. Espero que mi cuñada haya guardado algo de comer en algún sitio.

Por su parte, Justin estaba reunido con Dustin en el despacho. Su amigo le explicaba cuál era la artimaña que utilizarían para engañar a Bradley. La primera fase ya se había producido y había salido según lo previsto. Hunter se había hecho pasar por un cuatrero ladrón de ganado que estaba dispuesto a venderle un centenar de vacas a un precio demasiado apetitoso.

—¿Y no sospechará? —preguntó Justin. Sabía que Bradley era

desconfiado por naturaleza, si no fuera así no habría llegado a formar el imperio que poseía.

—Por supuesto que no. Les he pedido a algunos amigos más próximos a Denver que me presten algunas cabezas de ganado para mostrárselas a Bradley. Cuando Hunter regrese, nos informará más pormenorizadamente de su reunión con Bradley. Luego volveréis a viajar hasta Leavenworth, donde esperareis indicaciones de Hunter.

Justin se sintió impresionado por las molestias que se había tomado Dustin para ayudarlo. Estaba claro que con la muestra del ganado, situado en una pradera cercana al rancho de Bradley, sería más fácil engañarle.

—No sabes cuánto te agradezco tu ayuda —pronunció con emoción en la voz mientras clavaba su mirada en el rostro de su amigo, sentado cómodamente en un sofá de cuero junto a la chimenea.

—Eres mi amigo —le recordó Dustin con una ancha sonrisa en sus labios—. No olvido lo que hiciste por mí en la universidad, aunque finalmente no sirviera de mucho —concluyó con humor.

Justin sonrió a su vez tras escuchar sus palabras.

—Porque no quisiste seguir, pero la medicina no se te daba tan mal.

Dustin frunció el ceño antes de abandonar su asiento y acercarse a una vitrina cercana, donde sacó dos copas y una botella de whisky. Tras llenarlas se acercó hasta Justin, situado junto a la ventana, y le tendió una.

—Prefiero mi vida en el rancho, aunque no te voy a negar que lo poco que aprendí me viene muy bien con los animales.

Una carcajada surgió de la garganta de Justin al escuchar sus palabras. Su amigo a veces no tenía remedio. Dio el primer trago a su copa y, estaba a punto de replicar a sus palabras, cuando descubrió en el exterior algo que le dejó sorprendido.

Desde los establos llegaban dos personas a las que no pudo identificar

hasta que se acercaron a la luz proveniente del porche, que siempre estaba encendida. Se trataba de Hunter y Shannon, quien, para su sorpresa, mostraba el rostro relajado. Sintió como una puñalada en el pecho cuando Hunter hizo un comentario a la joven y ella rio a carcajadas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dustin cuando la expresión de Justin cambió.

—Nada —mintió, no podía confesarle a su amigo que, por un instante, los celos habían invadido su cuerpo. «Es absurdo», se dijo molesto consigo mismo.

—¿Es por Shannon? —insistió Dustin, preocupado.

Justin se sobresaltó al escuchar su pregunta. Llevaba días inmerso en una lucha interna, peleándose consigo mismo. Y, aunque en principio no quería hablar con nadie del asunto, pensó que quizás no era tan mala idea compartir con su amigo lo que le estaba torturando desde que su camino se había cruzado con el de Shannon. Quizás Dustin pudiera ayudarle a despejar sus dudas.

—Sí, es por ella —expuso escuetamente, sin saber cómo expresar lo que sentía.

—¿Qué problema tienes con ella? —preguntó Dustin, directo. Agradecía que su amigo al fin se hubiera abierto a él.

—¡Ninguno! —exclamó Justin algo molesto.

Dustin frunció el ceño antes de hablar.

—Pues lo parece. Desde que llegasteis os he observado y no me ha pasado desapercibida la forma que tienes de tratarla. Me sorprende que, con su carácter, no te haya mandado al infierno.

—¿Y cómo la trato? —replicó Justin, molesto.

—Siempre estás a la defensiva cada vez que la pobre chica abre la boca. Tú no eres así, entonces ¿cuál es tu problema con ella? ¿Es su parecido

con Cassie? ¿La odias porque ella esté viva y tu esposa no?

Justin, tras escuchar sus preguntas demasiado directas, explotó como Dustin esperaba. Quería que su amigo le confesara lo que le estaba carcomiendo por dentro.

—¿Cómo puedes insinuar algo semejante? Claro que no deseo su muerte, ni la hubiera cambiado por Cassie. No soy un monstruo.

—¿Entonces? —Dustin siguió presionando. Dejó la copa que portaba en su mano sobre una mesa cercana y cruzando los brazos sobre el pecho se apoyó en la pared a su espalda.

Justin, a su vez, dejó la copa y se mesó la frente mientras cerraba los ojos. Luego comenzó a caminar por la estancia. Dustin le observaba esperando a que se arrancara a hablar, y se sintió aliviado cuando se situó frente a él y comenzó.

—Amé a Cassie más que nada en mi vida. Cuando ese hijo de puta la mató, mi corazón se fue con ella. Nunca dejaré de amarla, pero Shannon... — volvió a silenciarse, acabando con la paciencia de Dustin.

—¿Shannon qué?

—Lo que siento por Shannon es demasiado fuerte y no sé cómo calificarlo ni cómo gestionarlo. Por un lado la admiro, me encanta su carácter indómito y su coraje. Por otro lado, es la persona que más logra sacarme de mis casillas. Y por último la deseo como nunca he deseado a una mujer. ¿Qué voy a hacer? —lanzó la pregunta con frustración.

—Asumir que te has enamorado de ella —respondió Dustin.

—Sí, claro, como si fuera tan fácil. Además, no sé lo que ella siente. No puedo aventurarme, tengo miedo —confesó finalmente.

—Quien no arriesga no gana.

—No es solo eso, Dustin. ¿Cómo crees que reaccionará cuando se entere de que mi esposa posiblemente era su hermana? ¿Crees que asumiré

que simplemente... —no podía pronunciar la palabra amor— siento algo por ella y que su parecido con mi difunta esposa no tiene importancia?

Dustin se acarició la barbilla pensativo. El razonamiento de Justin era del todo acertado, pero no se podía dejar llevar por el orgullo o el miedo. No tenía otra salida que arriesgarse, para bien o para mal.

—Si no le confieras lo que sientes no lo sabrás, y te aconsejó que no tardes mucho en contarle lo de Cassie.

—Oh, vaya, gracias Dustin, me estas ayudando mucho.

—Amigo —dijo el aludido, acercándose a él y aferrando su hombro para darle un ligero apretón, intentando infundirle ánimos—, yo no puedo enfrentarme a tus sentimientos por ti, solo organizar el caos que parece tener en la cabeza. Sé que harás lo correcto —añadió con una tenue sonrisa.

Capítulo 29

El viaje de regreso a Leavenworth fue de lo más odioso para Justin. Hunter y Shannon no dejaron de conversar durante todo el trayecto. Parecían tener muchas cosas en común y él se sentía fuera de lugar, como un tercero en discordia. Solo se sintió aliviado cuando llegaron al hotel y Hunter se despidió de ellos para una segunda reunión con Bradley, donde le enseñaría el ganado que pretendía venderle. Habían acordado que él y Shannon esperarían en el hotel un mensaje suyo y cuando todo estuviera preparado viajarían hasta Denver para encontrarse.

Irremediablemente, cuando llegaron al Hall del hotel Wildmore el recepcionista reconoció a Justin al instante, y a duras penas a Shannon, la señora Chandler, a la que encontraba muy diferente con aquellas ropas masculinas. A pesar de su sorpresa inicial no tardó en recuperarse. Era una de las primeras cosas que aprendió en su oficio, las cuestiones de los clientes no eran asunto suyo, discreción máxima si quería conservar su empleo.

—Buenos días, señor y señora Chandler —dijo con una sonrisa—. Qué sorpresa. No les esperábamos tan pronto.

—Espero que eso no sea un problema —replicó Justin con humor—. Necesitamos dos habitaciones, un amigo llegará en unos días —mintió, realmente era una estratagema para no compartir el dormitorio con Shannon.

—Pues lamento decirle que en este momento no va a ser posible. Tenemos una de casualidad. Hay una feria de ganado en la ciudad y hay muchos forasteros por aquí. Solo me queda una, que está en la parte trasera, con vistas al callejón. Pero espero que pueda servirle, señor Chandler.

A Justin no hizo falta mirar a Shannon para saber que tenía el ceño

fruncido. Estaba seguro de que la opción de compartir dormitorio no entraba en sus cálculos, tampoco en los de él. Aquella mujer se había metido bajo su piel y cada vez le era más difícil mantener las distancias. Por eso mismo se comportaba hoscamente con ella. Y aun sabiendo la trifulca que protagonizarían poco después, respondió amablemente al empleado.

—No hay problema, es perfecta.

El joven sonrió agradecido por su conformismo y tras tenderle la llave de la habitación número diecisiete, le indicó que firmara en las hojas de registro.

Subieron las escaleras en completo silencio. Shannon iba por delante y solo se detuvo cuando estuvo frente a la puerta indicada.

—Gracias por esperarme —dijo Justin con sarcasmo, mientras introducía la llave en la cerradura y la abría para darle paso a Shannon, que entró impetuosamente y esperó a que la puerta estuviera cerrada para soltar lo que le quemaba en la lengua.

—¿Por qué has aceptado?

Justin se pinzó el puente de la nariz y cerró los ojos por un instante. Estaba demasiado cansado y no tenía ganas de discutir, pero conociendo a Shannon eso no sería posible.

—Primero, porque en este hotel nos consideran esposos. Segundo, porque no podemos ir a otro sitio. Recuerda que Hunter sabe que nos hospedaremos aquí y es donde mandará el mensaje que esperamos.

—No tengo interés en discutir nuevamente contigo la cuestión de que no pienso compartir el dormitorio. Lo mejor será que yo me busque alojamiento en un hostel cercano y cuando hayas recibido noticias de Hunter, me avisas —concluyó cogiendo nuevamente sus alforjas, que había dejado olvidadas en una silla cercana.

Justin, tras escuchar sus palabras, no tardó ni una milésima de segundo

en situarse frente a ella y cogerla por los brazos. Se sentía más furioso que nunca en su vida, y no era la primera vez desde que el destino le había unido a Shannon Addison.

—No vas a hacer tal cosa. Recuerda que hice una promesa a tu primo. Eres mi responsabilidad y no te vas a separar de mí —advirtió seguro.

Shannon se sintió abrumada por la intensidad de su mirada. Le había visto enfadado en muchas ocasiones, eran demasiadas las discusiones que habían protagonizado, y aun así supo que aquella era distinta.

—Creí que me querías muy lejos de ti. En los últimos tiempos has estado demasiado arisco. Exactamente desde que me besaste —expuso llanamente, verbalizando las dudas que llevaban días atormentándola—. Quiero saber por qué —le retó, elevando su rostro y clavando su mirada en la de él.

Justin no quería responder a aquella pregunta. Notaba el corazón acelerado en el pecho. «¿Qué demonios voy a decirle?», se dijo con nerviosismo. A pesar de su conversación con Dustin no tenía nada claro la realidad de sus sentimientos hacía Shannon. Y dadas las circunstancias, sobre todo su próximo encuentro con Bradley, y ante la perspectiva de enfrentarse definitivamente al final de su cruzada personal, decidió que aún no era el momento. Tendría que dejar el asunto de sus sentimientos para más adelante. Y solo encontró una manera de que Shannon dejara estar ese asunto.

—Ese beso no significó nada, solo un impulso estúpido. ¿Contenta? —añadió, intentando mantenerse impasible ante la expresión de la joven.

Primero la decepción asoló su rostro, pero dicha expresión se transformó en ira, lo pudo ver en las llamas zigzagueantes de sus ojos. Lo prefería así, podía enfrentarse a una Shannon furiosa a quien estaba completamente acostumbrado, pero no a una triste y decepcionada.

Hubiera esperado una réplica sagaz y mortífera por su parte, pero para

su sorpresa la joven no habló, simplemente lanzó las alforjas que aún aferraba entre sus dedos contra la cama antes de salir airadamente de la habitación.

—¡Joder! —explotó Justin antes de dar una patada a la silla, que acabó en el suelo a pesar de no tener la culpa de nada.

El sol estaba a punto de ocultarse en el firmamento y aún no tenía noticias de Shannon, que desde la discusión que habían protagonizado no había regresado. La preocupación había ido en aumento con el paso de las horas. Tampoco ayudó a su estado de ánimo la culpabilidad que le asediaba tras las palabras pronunciadas. Por otro lado no podía moverse del hotel porque temía que en ese intervalo llegara un mensaje de Hunter. Pero cuando sus ojos volvieron a fijarse en los colores anaranjados del exterior a través del cristal de la ventana, la determinación de buscarla se apoderó de su cuerpo y salió precipitadamente por la puerta.

Primero probó en los restaurantes cercanos, con la esperanza de que estuviera cenando. Luego, prosiguió su búsqueda en la zona comercial, cuyos establecimientos comenzaban a cerrar sus puertas. Finalmente tuvo que rendirse a sus peores temores y optó por recorrer los salones de la zona. En el tercer lugar que entró y a pesar de las circunstancias se sintió agradecido cuando descubrió a Shannon sentada en una de las mesas del fondo, donde se encontraba la zona de juegos. Su rostro mostraba una cara indescifrable. Parecía concentrada en las cartas ante sus ojos y en que sus rivales no descubrieran sus intenciones. Un nutrido grupo se arremolinaba en torno a la mesa. Justin se acercó y esperó pacientemente a que Shannon se percatara de su presencia. Como si la hubiera atraído con el pensamiento, la joven elevó ligeramente el rostro y sus miradas se encontraron durante una milésima de segundo. Luego dejó de prestarle atención y volvió a centrarse en la partida.

Justin empezó a perder la paciencia después de varios minutos, pero no quería montar un escándalo; su intención era pasar desapercibido. Agradeció

cuando las cartas acabaron sobre el tapiz verde y la partida concluyó. Después se aproximó discretamente a Shannon y la cogió del brazo.

—Vamos —fueron las únicas sílabas que escaparon de su boca. La joven intentó mostrar resistencia, pero finalmente logró sacarla del *saloon*.

Sin contemplaciones la arrastró al callejón más próximo. Cuando estuvieron ocultos de las miradas ajenas, Justin la empujó contra la pared y colocó las palmas de sus manos sobre la misma, dejando el rostro femenino entre ambas.

—¿Qué demonios estabas haciendo? —le reprochó con voz peligrosa.

Shannon frunció los labios, maldiciendo para sus adentros, y aun así contestó a su pregunta.

—Estaba a punto de ganar la partida. Pero claro, tuviste que llegar en el peor momento y fue imposible. Me has desconcentrado.

—¿Dónde demonios has estado metida todo el santo día? —inquirió Justin, obviando su reprimenda—. Me he vuelto loco buscándote.

—Pues te podías haber ahorrado la molestia. Te he dicho una docena de veces que sé cuidarme solita.

Justin se aproximó unos centímetros más a su rostro, hasta que sus narices se rozaron levemente, en actitud amenazante.

—No has respondido a mi pregunta —insistió.

Shannon se sintió amilanada por su mirada que parecía querer asesinarla, pero por nada del mundo pensaba mostrar debilidad ante él.

—¿Quieres que te haga una lista? —preguntó con altanería, elevando la barbilla.

—¡Demonio de mujer! —exclamó Justin, perdiendo los estribos. Se separó de ella y volvió a aferrar su brazo—. No tenemos tiempo para esto —continuó mientras salían a la calle principal—. Puede que Hunter ya nos haya mandado un mensaje. Y nosotros estamos aquí, perdiendo el tiempo con tus

niñerías.

—No son niñerías —refunfuñó Shannon, molesta, intentando deshacerse de su firme agarre—. Yo solo he hecho lo que pareces desear...

Justin detuvo su andar y cogió la cintura de Shannon para acercarla a su cuerpo fuertemente antes de hablar. Estaba más que furioso.

—¿Desear? —repitió su última palabra—. En cuanto lleguemos al hotel te voy a aclarar unas cuantas cuestiones —y dicho esto volvió a coger su brazo y la arrastró por la acera ante la mirada atónita de los pocos viandantes a esa hora.

Cuando llegaron al hotel apenas prestaron atención al empleado que estaba frente al mostrador, sorprendido por las formas del doctor Chandler, que aferraba fuertemente el brazo de su esposa.

Justin solo la soltó cuando estuvieron en el dormitorio. Shannon, por su parte, estaba anonadada por su actitud. Le pareció un hombre completamente diferente al *doc* que ella conocía. Era la primera vez que le veía tan enfadado y, a su pesar, no podía negar que le gustaba. «¿Me estoy volviendo completamente loca?», se preguntó confusa.

—¿Estás preparada? —preguntó Justin situándose frente a la joven, que pareció sorprendida al escuchar su voz.

—No lo sé —confesó confusa.

—¿Quieres saber por qué me aparto de ti, por qué estoy siempre de mal humor? —preguntó Justin con la voz cargada de ira.

Estaba dispuesto a sincerarse porque estaba harto de la venda que él mismo se había puesto sobre los ojos.

—Sí —replicó Shannon, cruzando los brazos sobre su pecho antes de elevar su mentón con valentía—, no estaría mal.

—Pues es muy simple. Cuando te besé lo hice porque te deseo. Y si he tratado de mantener las distancias contigo es porque, si no lo hago, acabarás

tumbada en esa cama —dijo señalando el colchón cercano—, completamente desnuda y bajo mi cuerpo —confesó sin titubeos.

Su confesión dejó sin palabras a Shannon. Era la primera vez que un hombre le hacía una revelación de ese tipo, tan gráfica. Y aun así su respiración se aceleró, más cuando descubrió la mirada de Justin. Sus ojos verdes se habían oscurecido como si estuvieran invadidos por una tormenta. Pero no tenía claro si esa mirada la asustaba o la atraía. Tras unos segundos de duda, sonrió seductoramente y tomó la decisión por él: sí, quería saber lo que era ser amada por un hombre.

Con total parsimonia comenzó a quitarse la chaqueta, que tiró en la silla próxima. Luego, en un gesto rápido, hizo lo propio con su sombrero lanzándolo por los aires antes de afanarse en quitar el lazo rojo que siempre aferraba la punta de su trenza, dejando en libertad su cabello oscuro y ondulado por su confinamiento diario. No apartó la mirada del hombre frente a sí, que parecía sorprendido por sus acciones.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Justin con la garganta seca. Ver su melena oscura suelta sobre sus hombros y la expresión cautivadora de su rostro le había dejado sin aliento.

—Al parecer ambos deseamos lo mismo y no encuentro ningún motivo para negármelo —contestó Shannon mientras se deshacía de sus botas.

Justin encontró una decena de motivos, que al parecer ella no veía, pero, mientras la observaba desabrochándose la camisa, apenas era capaz de pensar. Sabía que debía detenerla, negarse, pero su cuerpo no opinaba de igual manera.

—Esto no está bien —intentó rebatir, aunque mientras pronunciaba esas palabras iba acortando la distancia que los separaba. La camisa ya estaba en el suelo, y Shannon le mostraba una gran porción de piel blanca y satinada que imaginaba suave bajo sus dedos.

—¿Y por qué? Los dos sentimos lo mismo. Y a mi parecer no vendría mal para que nuestra relación se relaje. —Shannon no pensaba dar marcha atrás una vez que se había decidido.

Capítulo 30

Justin tenía muy claro que no podía rechazar lo que Shannon le ofrecía, pero había algo que le impedía alcanzar lo que más deseaba en el mundo. Ahora sabía que lo que sentía por aquella joven era demasiado fuerte, quizá más que lo que había sentido por Cassie. Le costaba asumirlo, pero no podía seguir mintiéndose a sí mismo, era una necesidad.

—Espera, Shannon, antes tengo que contarte algo —dijo apartándose de ella unos pasos.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó Shannon, frustrada.

—Sí, ahora. Después no habrá marcha atrás.

Shannon iba a replicar, pero al ver su semblante serio aceptó. Se agachó y rescató su camisa del suelo, volviendo a colocársela.

—Esta bien, habla.

Justin se frotó la frente y cerró los ojos por unos instantes. Lo que tenía que contarle no era fácil, y tampoco tenía muy claro cómo empezar, pero tenía que hacerlo. Cogió dos sillas y las colocó frente a frente.

—Siéntate —la instó.

—No creo que sea necesario —protestó Shannon, poniéndose más nerviosa por momentos.

—Sí, lo es —insistió Justin.

Shannon se sentó a regañadientes y esperó a que Justin hiciera lo propio.

—Tú dirás —insistió al ver que él no abría la boca.

—Cuando vi tu rostro en aquel *saloon* en Denver, casi se me sale el corazón del pecho. Tarde en comprender que no eran imaginaciones de mi mente. Ante mí tenía la viva imagen de Cassie.

Shannon, tras escuchar sus palabras, se quedó sin aliento y tuvo que llevar la mano a su pecho para intentar aplacar los alocados latidos de su corazón. Las palabras de Justin parecían un sinsentido para ella.

—¿Cómo? —preguntó a duras penas—. ¿Cassie, tu mujer?

—Sí, mi esposa. Creí que era un fantasma del pasado que venía para atormentarme, pero tú eras demasiado real.

Shannon no quería dar crédito a sus palabras porque eso la llevaba a pensar en cuestiones que no quería afrontar. «¿Y si se ha acercado a mí por mi parecido con esa mujer?», se preguntó, notando como un dolor lacerante atravesaba su pecho.

—No quiero saber más —dijo mientras se tapaba los oídos con ambas manos. Intentó levantarse para huir, pero Justin se lo impidió colocando una mano sobre su muslo, aferrándolo fuertemente.

—Shannon, tienes que escucharme —insistió Justin, preocupado por la expresión de dolor que se reflejaba en el rostro femenino. Al ver que no reaccionaba se acercó a ella y la obligó a quitar las manos—. No es lo que piensas, pero antes de expresar mis sentimientos debes saber quién es Cassie para ti.

Shannon clavó su mirada en el rostro masculino, más confusa aún.

—¿A qué te refieres? —indagó.

—Cuando estábamos en Rocky Meadow y te dejé en el rancho de mi hermana, decidí ir a hablar con mi suegro sobre el asunto. No podía ser una casualidad que tú y Cassie fuerais como dos gotas de agua, por no hablar del colgante en forma de hoja.

—¿Mi colgante? —preguntó Shannon, llevándose la mano al cuello y aferrando el objeto indicado entre sus dedos.

—Sí, el colgante —insistió Justin antes de rebuscar en el bolsillo de su camisa de donde extrajo una pequeña bolsa de cuero. Luego vació el

contenido sobre la palma de su mano—, el gemelo de este.

Con delicadeza cogió la mano libre de Shannon y tras colocar la palma hacía arriba dejó caer el colgante sobre la misma.

Shannon lo observó incrédula mientras con su mano libre se quitaba su propia cadena y ponía ambas hojas juntas. Su cabeza parecía un remolino de pensamientos que parecían moverse a cien por hora. Su parecido con la esposa de Justin, aquellos colgantes idénticos. «¿Qué demonios significa todo esto?».

—¿Qué te contó ese hombre? —preguntó con los ojos arrasados de lágrimas, mientras cogía ambas cadenas y las guardaba en el bolsillo de su camisa junto a su corazón.

—Me dijo que Cassie era adoptada.

—Eso... eso quiere decir que somos... hermanas —pronunció con voz estrangulada. Era una verdad difícil de asumir.

—No lo puedo confirmar, pero me parece que es demasiado sospechoso que el mismo asesino os siguiera la pista a las dos. Jasper Bradley es el único que puede sacarnos de dudas.

Shannon asintió con la cabeza y permaneció en silencio durante largos minutos. Estaba asimilando lo que acababa de relatarle Justin y, cuando comenzó a aceptar la posibilidad de tener una hermana, que había perdido antes de conocer, la siguiente cuestión que atormentó su pensamiento fue el motivo por el que Justin la deseaba. Con lentitud elevó su rostro, que hasta entonces había estado gacho, con la mirada clavada en sus manos sobre el regazo, y la dirigió al rostro masculino que esperaba expectante.

—¿Por eso me deseas? —preguntó directa—. ¿Quieres sustituir a tu esposa conmigo? —añadió hiriente.

Justin chascó la lengua, molesto por su pregunta. Desde el principio temió que Shannon sacara esa conclusión. Él mismo había tenido esas

mismas dudas que le habían atormentado semanas, pero ahora tenía muy claros sus sentimientos. A pesar de temer su rechazo, se adelantó en la silla y se acercó a ella antes de tomar su rostro entre las manos y clavar la mirada en sus ojos con intensidad.

—No te voy a negar que al principio tuve mis dudas, pero puedo asegurarte que tu parecido con Cassie no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Creí que nunca más podría enamorarme después de su muerte, pero al parecer me equivocaba. Incluso me siento culpable porque lo que siento por ti es aún más intenso de lo que sentí por tu hermana.

Shannon le observaba con los ojos abiertos como platos, sin perderse ni una sola sílaba que escapaba de los labios masculinos.

—¿No mientes? —preguntó Shannon con el corazón afligido, temiendo su respuesta.

—Te amo, Shannon Addison —confesó Justin a la joven y a sí mismo—. Y no por tu rostro hermoso, o ese cuerpo que me seduce cada vez que poso mis ojos sobre ti. Es algo más fuerte. Amo tu coraje, tu arrojo y hasta tu mal genio. Y nada ni nadie me va a impedir pasar el resto de mi vida a tu lado. —Mientras hablaba no dejaba de observar las diferentes expresiones que le mostraba el rostro femenino—. Claro está, si tú quieres —añadió, silenciándose para escuchar lo que ella tuviera que decir.

Shannon bajó la mirada, apabullada por la confesión de Justin. Buscó en su interior y solo encontró el amor que prodigaba a ese hombre. Era la primera vez que era consciente de lo que sentía por él. Ahora comprendía que por eso estaba tan herida tras su rechazo. Temía amar, era la primera vez que entregaba el corazón. Pero lucharía por ese amor porque no estaba dispuesta a perder por nada del mundo a ese hombre, y menos por un temor que no la llevaría a ningún lado. «Sí, le amo», se dijo a sí misma para convencerse, antes de elevar la mirada y clavarla en el rostro masculino donde podía

percibir el nervosismo.

—Yo también te amo, creo —añadió con humor, sonriendo al ver como una de las cejas oscuras de Justin se arqueaba—. Y también quiero pasar el resto de mi vida contigo. Aunque no sé si estarás preparado para una mujer como yo.

La respuesta de Justin fue levantarse de su silla como un resorte y tomar su cintura entre sus manos para alzarla. Luego la pegó a su cuerpo, amoldando ambos en uno solo. Solo habló cuando sus narices se tocaron en una caricia tierna.

—Estoy sobradamente preparado. Si he podido lidiar contigo todas estas semanas podré hacerlo el resto de mi vida —concluyó antes de besarla.

Luego no hubo más palabras. Justin llegó hasta la cama con Shannon en brazos y se dejó caer sobre la misma. Siguió saqueando sus labios, intentando saciarse de su sabor, pero supo al instante que necesitaría media vida para lograrlo completamente.

Shannon dejó que él penetrara en su boca y, a pesar de la inexperiencia, no tardó en ponerse al día sobre lo que era besar a un hombre. En pocos segundos sus lenguas se encontraron y acariciaron en la danza ritual más antigua de los tiempos.

Justin notaba el corazón bombeando a toda velocidad. Su masculinidad había engrosado en pocos segundos, y aún así se apartó para poder hablar, a escasos milímetros de los labios femeninos.

—Y ahora que todo está aclarado, me gustaría que siguieras con lo que comenzaste hace unos minutos.

La respuesta de Shannon fue reír a carcajadas antes de abandonar el lecho y ponerse en pie para poder deshacerse nuevamente de su camisa. Luego, y no sin cierto esfuerzo, bajó sus pantalones para quedar frente a Justin solo con la camisola.

—Ahora te toca a ti —le exigió Shannon, sorprendiendo al hombre tumbado relajadamente sobre la cama.

—¿Qué? —boqueó Justin.

—Quiero que te quites la ropa —respondió Shannon, disfrutando de su estado de confusión.

Más recuperado Justin abandonó el lugar que ocupaba y se puso de pie junto a la joven. Era la primera vez que una mujer le pedía que se desvistiera en su presencia y, a pesar de lo poco usual de la situación, se sintió excitado. Primero se deshizo de las botas, luego desabrochó la cartuchera que colgaba de su cintura y la dejó enganchada al cabecero de la cama. A continuación desabrochó su camisa azul, disfrutando de la expresión del rostro de la joven. Cada movimiento lo hizo lentamente, pero cuando las llamas zigzaguearon en los ojos leonados de Shannon, perdió completamente la paciencia y se deshizo del resto de su ropa con celeridad.

Shannon contuvo el aliento cuando descubrió su cuerpo despojado de ropa. A pesar de haber presenciado el acto sexual desde su más tierna infancia, nunca había tenido a un hombre completamente desnudo ante sus ojos. A lo sumo había visto un trasero blanco y peludo cuando aquellos hombres se bajaban los pantalones para meterse entre las piernas de alguna meretriz, aunque aquello era distinto, muy distinto.

Sus hombros eran anchos y sus brazos musculados. Su pecho era firme y su cintura estrecha, pero lo que de verdad llamó su atención fue su masculinidad, que permanecía erguida y brillante y cuyo tamaño la sorprendió.

—No es como pensaba —exclamó sin percatarse.

Justin se quedó con la boca abierta al escuchar su espontáneo comentario. Y sin poder contenerse sonrió con humor antes de poder hablar.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó aproximándose a ella,

enlazando su cintura con sus manos.

—Es más grande de lo que creía —replicó Shannon.

—Normalmente no es así —dijo Justin mientras la pegaba a su cuerpo, disfrutando cuando los pezones del pecho femenino se clavaron en el propio —, pero ya te lo explicaré en otro momento —añadió antes de apoderarse violentamente de sus labios.

Nuevamente acabaron tumbados sobre el colchón. Justin recorrió a su gusto toda la piel femenina, disfrutando de cada gemido que surgía de la garganta de Shannon. Sabía que era su primera vez, por lo que no dudó en tomarse su tiempo. Mientras succionaba su pecho derecho, con los dedos comenzó a masajearle el clítoris hasta que Shannon cerró las piernas intempestivamente. Con esfuerzo se apartó del caprichoso pezón y elevó su rostro para encontrarse con el semblante sonrojado de Shannon.

—Amor, no te cierres a mí.

Shannon abrió los ojos, que había cerrado, y los clavó en el rostro de Justin.

—Es que me haces sentir cosas que me asustan. Temo perderme en las sensaciones que provocas en mi cuerpo.

—Déjate llevar, si no lo haces no lograras descubrir la magia de la unión del cuerpo de una mujer y un hombre. Eres la persona más valiente que conozco —añadió antes de atrapar sus labios y mordisquearlos.

Shannon sintió que un nuevo latigazo de placer recorría su cuerpo y, a pesar del temor, volvió a abrir las piernas para dejar libre acceso a los dedos de Justin, que estaban a punto de llevarla a límite de la locura.

Justin notó la humedad entre sus dedos y como las cavidades de su vagina se abrían para él. No había tiempo para dudas y con la necesidad imperiosa de poseerla se situó entre sus piernas y la penetró con una fuerte embestida.

Shannon dejó de respirar por un instante al notarle en su interior, cosa que le costaba asimilar, pero cuando Justin comenzó a moverse rítmicamente una oleada de placer desconocido hasta entonces la invadió, y se dejó llevar. Sentía cada roce, cada caricia y cada calambre en su estómago. Era como tocar el cielo con los dedos.

Justin estaba al borde del abismo, pero empeñado en llegar al mismo tiempo al orgasmo esperó hasta que un grito gutural surgió de lo más profundo de la garganta de Shannon, momento en el que se dejó llevar.

Justin se despertó cuando unos golpes insistentes en la puerta le hicieron reaccionar. Aturdido, abandonó la cama y rescató sus pantalones del suelo vistiéndose con premura. Luego caminó hasta la puerta y la abrió para encontrarse con el chico de la recepción, que portaba un sobre en su mano.

—Lamento molestarle a una hora tan temprana —se disculpó—, pero ha llegado este telegrama para usted, y como dijo que era urgente...

—Claro, muchacho —dijo Justin más recuperado—, has hecho bien.

El joven le tendió el sobre y estaba a punto de marcharse cuando la voz de Justin le retuvo. Ya había leído el telegrama.

—¿Podrías conseguirme dos billetes de tren para Denver a primera hora de la mañana? —preguntó esperanzado—. Te daré una propina sustanciosa si me haces ese pequeño favor —añadió.

El joven dudó unos instantes, pero finalmente asintió con la cabeza.

—Y por favor, trae también un desayuno para dos —solicitó antes de cerrar la puerta y volver al lecho.

Justin no pudo dejar de admirar el aspecto que presentaba Shannon en aquel momento. Estaba tumbada boca abajo, parcialmente tapada con la sábana blanca. Su esplendorosa melena oscura se derramaba sobre su tersa espalda y, sin poder remediarlo, su miembro engrosó.

—Shannon —la llamó, sentándose a su lado y acariciando su trasero.

La aludida abrió los ojos perezosamente y clavó la mirada en Justin. Sin percatarse una sonrisa surgió en sus labios, pero el sonido de su estómago arruinó el mágico momento.

—Veo que estás hambrienta, pero me temo que tendrás que esperar. Aunque sé una forma de pasar el tiempo —añadió, tumbándose a su lado y atrapando sus labios en un beso posesivo.

Shannon tomó las riendas de la situación y se situó sobre el cuerpo de Justin, como preparada para una larga cabalgada. Con sus manos acarició el pecho masculino y, estaba a punto de llegar al lugar que buscaba, cuando la puerta sonó nuevamente.

—¿Por qué? —preguntó frustrada mientras Justin la apartaba y se dirigía a la entrada de la habitación para coger la bandeja que una joven le entregó. Cerró la puerta nuevamente y se aproximó a la mesa.

—Tranquila, mi amor, tendremos tiempo para eso, pero antes tenemos que recuperar fuerzas —dijo mientras la invitaba a sentarse a su lado.

Shannon, aun con el ceño fruncido, se enfundó en la sábana y se acercó. El olor de los huevos con beicon llegó a su nariz y sus papilas gustativas salivaron.

—Esta bien, pero no pienses en salir de esta cama hasta el mediodía —le amenazó con una sonrisa seductora.

Justin se imaginó la cantidad de cosas que podrían hacer en ese tiempo y se sintió frustrado al no poder llevarlas a cabo.

—Me encantaría, cielo, pero ha llegado un mensaje de Hunter. Saldremos en el primer tren que se dirija a Denver.

Las palabras de Justin devolvieron a Shannon de su ensueño. Había sido la mejor noche de su vida y se sentía en una nube, pero la realidad la golpeó duramente. Antes de poder disfrutar completamente del amor recién

descubierto tenían que cerrar el capítulo relacionado con Jasper Bradley. Y, como si Justin hubiera leído sus pensamientos, habló.

—Cuando todo esto acabe tenemos que hablar seriamente sobre lo que vamos hacer en el futuro. *Forajida*, no pienso dejarte escapar.

Una dulce sonrisa surgió en los labios femeninos tras escuchar sus palabras. Nuevamente se sentía feliz, una sensación que había experimentado en pocas ocasiones a lo largo de su vida.

—Ni yo a ti, *doc*.

Capítulo 31

Hunter entró en la ciudad de Denver al alba. Había sido una larga cabalgada que se había prolongado en la noche, pero merecía la pena. Bradley había apreciado la calidad del ganado que le ofrecía y el trato había quedado cerrado. Al día siguiente, los hombres de Bradley arrearían el ganado a sus dominios y él había quedado en ir a su casa para recoger el dinero estipulado. Eso dejaría el rancho desprotegido, que era lo que pretendían para tener a aquel malnacido a su merced.

Lo primero que hizo fue acercarse al hotel donde se hospedaban Justin y Shannon. Dejó aviso en recepción indicando que les esperaría en el restaurante situado en la planta baja y se dirigió allí. Mientras esperaba no dudó en pedir un succulento desayuno. Estaba hambriento y agotado, pero se ocuparía de descansar en cuanto acabara de relatarles lo sucedido.

Estaba disfrutando del primer trago del café cargado que había pedido cuando Shannon y Justin aparecieron por la puerta. Mientras se aproximaban a la mesa, notó algo extraño en ellos que no sabía cómo calificar. El rostro de Justin parecía más relajado, incluso sonreía, cosa poco habitual en él en los últimos tiempos. A su vez las mejillas de Shannon estaban sonrojadas y sus ojos parecían más brillantes. «¿Qué está pasando aquí?», se preguntó mientras achicaba los ojos. «Quizás Justin al fin se haya decidido», se contestó a sí mismo. Durante el viaje no le habían pasado desapercibidas las miradas furibundas que el amigo de su hermano le había dedicado, sobre todo cuando conversaba con Shannon. No había que ser un lumbreras para saber que entre aquellos dos había algo, y al parecer habían aprovechado el tiempo a solas.

—Hunter, no esperábamos verte tan pronto —dijo Justin mientras apartaba la silla para que Shannon se sentara, en un gesto del todo galante.

—Bueno, cambié de opinión —respondió el aludido. Esperó a que Shannon y Justin pidieran su desayuno para comenzar a hablar—. Todo ha salido según lo acordado. Bradley se ha tragado la argucia y me espera mañana para entregarme el dinero. Mientras tanto sus hombres irán al valle donde está el ganado. Según mis cálculos eso dejará la protección del rancho con apenas tres hombres. La idea es la siguiente: llegaremos los tres y mientras yo me reúno con Bradley en su despacho, vosotros os encargáis de sus hombres. Luego, con alguna excusa, lo sacaré al exterior de la casa y será todo vuestro. Lo único que os pido es que no hagáis daño a su mujer.

Justin se sorprendió por la petición de Hunter, pero no la discutió.

—Entendido —replicó, notando como la adrenalina recorría su cuerpo. Estaban a punto de lograr el objetivo que llevaban esperando largos meses.

—Yo estoy molido tras el viaje —confesó Hunter—. Ahora pienso ir a una pensión y descansar unas horas...

—No será necesario, puedes utilizar nuestra habitación en el hotel —ofreció Justin, dejando la llave sobre la mesa—. Intentamos reservarte una, pero esto está al completo.

Hunter acabó con el último bocado de su plato, que había quedado vacío, y se limpió los labios con la servilleta de lino antes de dejar unos billetes para abonar la cuenta y coger la llave.

—Te lo agradezco —replicó Hunter antes de abandonar su lugar—. Si me disculpáis, estoy deseando tumbarme. Nos vemos en el hall mañana a primera hora —y despidiéndose con un gesto de su sombrero caminó seguro hasta la salida.

—¿Y ahora que vamos a hacer nosotros? —preguntó Shannon confusa, hubiera deseado ocupar aquellas horas entre las sábanas.

—Tengo una sorpresa —replicó Justin con una sonrisa enigmática.

—¿Cuál? —preguntó Shannon, curiosa.

—Si te lo contara dejaría de ser una sorpresa. Cuando acabemos de desayunar iremos a un lugar.

Shannon seguía a Justin por la acera sin saber a dónde se dirigían. Cuando ya llevaban diez minutos andando y estaban a punto de salir de la ciudad, comenzó a perder la paciencia y no dudó en expresar su malestar.

—¿Pretendes llevarme andando a otro Estado? —preguntó gruñonamente.

Justin no se molestó por sus palabras, simplemente sonrió antes de coger su mano y tirar de ella para cruzar la calle.

—Ya hemos llegado —indicó.

Shannon observó a su alrededor y no encontró nada que le pudiera indicar lo que pretendía Justin.

—¿A dónde? —preguntó mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

—Aquí —dijo Justin señalando el edificio que tenían a su espalda.

Shannon elevó su mirada y la clavó en la pequeña capilla que él señalaba.

—¿Qué significa esto? —preguntó desconcertada—. ¿Vamos a rezar?

—No, vamos a casarnos —afirmó Justin con seguridad.

Shannon se quedó con la boca abierta tras escuchar las palabras pronunciadas por él. Miró alternativamente al edificio blanco y a Justin y, por primera vez en su vida, no supo que decir. «¿Quiere casarse conmigo?», se preguntó con el corazón acelerado.

—Qué, ¿no dices nada? —indagó Justin al ver su reacción. No podía negar que se sentía nervioso mientras esperaba una respuesta por su parte.

Shannon, más repuesta, achicó los ojos y sonrió pícaramente antes de

hablar.

—Qué si pretendes casarte conmigo primero deberías pedírmelo.

Justin sonrió a su vez, y se rascó la nuca antes de hablar.

—No te lo voy a negar.

Para sorpresa de Shannon Justin hincó la rodilla en el suelo y cogió su mano.

—¿Qué haces? —preguntó avergonzada, oteando a su alrededor para comprobar que nadie los estaba observando.

—Shannon Addison, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

La joven dejó de prestar atención a lo que sucedía a su alrededor y clavó su mirada en el rostro masculino. Su corazón latía aceleradamente y apenas podía respirar, y aún así logro balbucear un «sí» apenas audible.

—Sí.

Justin respiró al escuchar su voz, y con ímpetu se levantó, cogió nuevamente su mano y la obligó a entrar al interior del templo. No quería que Shannon tuviera tiempo para arrepentimientos.

El párroco, que en aquel momento se encontraba en el altar organizándose para el sermón del domingo, elevó su rostro, sorprendido al escuchar que la puerta se abría y una extraña pareja entraba. Eran dos hombres, o eso le pareció desde la distancia. Uno era alto y corpulento y el otro parecía un joven de pequeña estatura y cuerpo delgado.

—Buenos días, padre. ¿Podría atendernos? —preguntó Justin cuando llegaron a su altura.

El párroco dudó, pero finalmente afirmó.

—Por supuesto, hijo mío, ¿en qué puedo ayudarle?

—Mi prometida y yo queremos casarnos.

El anciano se tuvo que ajustar las gafas de metal que se sustentaban

sobre su nariz y clavó su mirada en el rostro de Shannon. La sorpresa podía leerse en su rostro al descubrir que lo que le había parecido un muchacho en realidad era una mujer.

—¿Padre? —llamó su atención Justin.

—Sí, perdona hijo. ¿Y cuándo será la ceremonia? Tengo un hueco este domingo...

—Ahora mismo.

—¿Qué? —boqueó el anciano sorprendido.

—Se lo ruego, padre, no puedo vivir ni un minuto más sin esta mujer a mi lado. No quiero cometer un pecado —añadió, y al ver la expresión espantada del párroco, tuvo que contener una sonrisa.

—De acuerdo, deme unos minutos —dijo el hombre mientras rebuscaba entre los papeles y libros que tenía ante sí.

—¿Sus nombres? —preguntó poco después, mientras cogía una pluma dispuesto a escribir.

—Justin Chandler y Shannon Addison.

—Bien, pues comencemos —dijo el hombre más repuesto de la extraña situación en la que se veía envuelto.

Veinte minutos después ambos abandonaban la iglesia, cogidos de la mano. Shannon se sentía extraña. «Soy una mujer casada», se dijo para intentar convencerse de que lo que acaba de suceder era del todo real. «Si mi tía me estuviera viendo no daría crédito», continuó con el rumbo que tomaban sus pensamientos.

—¿Estás contenta? —preguntó Justin, con una esplendorosa sonrisa en sus labios. Se sentía el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra.

—Sí —replicó Shannon más recuperada—. Pero, ¿ahora qué hacemos? —indagó curiosa.

—Creo que es hora de que alquilemos una habitación en uno de esos hostales que tanto te gustan —dijo Justin con una sonrisa seductora mientras tiraba de la mano de Shannon.

Los tres estaban agazapados sobre una loma. Desde allí tenían perfecta visión del rancho de Bradley y sus alrededores. Como había previsto Hunter, solo quedaban tres hombres en el lugar. Uno de ellos estaba situado en las proximidades de la entrada, cargado con un *Winchester*. Otro de ellos en el porche, igualmente armado, y el último cerca de los establos.

—Bien, el plan es el siguiente: yo me aproximaré primero y me reuniré con Bradley como estaba previsto para no levantar sospechas. Vosotros esperareis veinte minutos y avanzaréis para encargáros del de la entrada. Luego de los otros dos, pero discretamente, no queremos levantar la liebre antes de tiempo.

—Entendido —dijo Justin mientras seguía estudiando lo que les rodeaba.

—Perfecto, entonces, que comience la fiesta —declaró Hunter con cierto humor antes de reptar hasta su caballo, oculto tras una arboleda.

Cuando se quedaron solos, Justin observó de soslayo a Shannon, que permanecía a su lado con el sombrero calado, ocultando parcialmente su rostro. Parecía concentrada en la contemplación de su primer objetivo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado. Hubiera preferido que Shannon se quedara en la ciudad para que no sufriera ningún mal, pero cuando compartió con ella sus dudas, se puso echa una fiera. En el fondo entendía que quisiera ser ella quien acabara con la vida de Bradley, pero él tenía esa misma necesidad.

—Por supuesto —replicó Shannon con seguridad, aunque los dedos

sobre su arma hormigueaban.

—Todavía estas a tiempo —mencionó Justin, intentándolo por última vez.

—Ni lo sueñes —replicó Shannon segura, sin apartar la mirada de la entrada de la casa por donde se internaba en aquel momento Hunter—. Vamos —añadió repitiendo la acción.

Justin maldijo para sus adentros, pero se resignó y, sin dudar, siguió a Shannon hasta donde permanecían sus caballos. Tenían que actuar rápido y así lo hicieron. En una veloz cabalgada alcanzaron la entrada donde el hombre no titubeó al apuntarles con su rifle. Shannon frenó en seco y, con la velocidad del rayo, sacó su *Winchester* de la funda aferrada a un flanco de su caballo y disparó diestramente, alcanzando al hombre en la pierna. Justin llegó en ese momento.

—¡Quedamos en que no habría sangre! —exclamó furibundo.

—No tuve otra opción, estaba a punto de dispararnos.

—¿Y si Bradley ha escuchado el tiro?

—Estamos demasiado lejos, y ahora deja de protestar y ata a este tipo —le ordeno tajante.

Justin chascó la lengua, molesto, pero finalmente hizo lo que ella le indicaba. Antes de atarlo le practicó un rápido torniquete.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Shannon desde su montura.

—Recuerda que soy médico, no puedo dejar que se desangre —respondió mientras ataba sus manos y piernas y le amordazaba. Luego le arrastró hasta un lugar donde permanecería oculto ante los ojos de cualquiera que flanqueara las puertas del rancho.

—¿Seguimos? —interrogó Shannon mientras esperaba que Justin montara sobre su caballo.

—Si, pero deja de darme órdenes —objetó molesto—. Si sigues así,

esta noche tendré que darte unos azotes en tu lindo trasero.

Su comentario hizo sonreír a Shannon, a sabiendas que él no haría nada parecido, pero no respondió y azuzó a su caballo para seguir con el plan establecido.

Cuando estaban a pocos metros de la casa Justin interrumpió su cabalgada y se dirigió a Shannon, quien se detuvo a su lado.

—Tú ocúpate del tipo del granero, yo lo haré del que está en la puerta.

—Como quieras, *doc* —replicó Shannon sumisa, haciendo que su caballo cambiara de rumbo.

Hunter degustaba la copa de whisky que le había servido su anfitrión. Sobre la mesa había una bolsa llena de billetes que Bradley había preparado para él. El hombre parecía tranquilo mientras disfrutaba de su propia copa y su puro.

—Señor Benson, espero que volvamos a trabajar juntos pronto —dijo Bradley mientras se recostaba contra su silla.

—No lo dude, señor Cronwell —replicó Hunter.

—¿Y de donde me dijo que era usted? —preguntó curioso.

—No se lo he dicho —respondió Hunter.

—¿Es un secreto? —preguntó con humor, pero la sonrisa que adornaba su rostro se borró cuando se escuchó un par de disparos.

—¿Qué demonios sucede? —exclamó Bradley mientras se ponía en pie dispuesto a ir a la entrada, de donde procedía el sonido.

—Pronto lo sabrá —dijo Hunter, que ya había desenfundado su *Colt*, con el que apuntaba al pecho de su oponente.

Bradley se quedó de piedra al ver el arma que le apuntaba. Recorrió su despacho con la mirada y descubrió que su cartuchera estaba colgada de una silla que estaba alejada. Maldijo para sus adentros. «¿Cuándo te has relajado

tanto?»), se amonestó mentalmente.

—Ni lo intente —sonó la voz de Hunter, que ya se había incorporado de su silla y le indicaba con un gesto de su arma que saliera de detrás del escritorio—. Vamos, hay dos personas que quieren mantener una conversación con usted.

Bradley quería revelarse, pero sabía que no era una buena opción. A regañadientes se acercó hasta la puerta y la abrió para salir por la misma. El arma de Hunter rozó su espalda, recordándole que estaba metido en un buen lío.

Cuando salieron al exterior de la casa descubrió a su hombre en un rincón, maniatado, mientras un reguero de sangre manaba de su brazo. Pero lo que de verdad le dejó noqueado fue descubrir a la pareja que esperaba pacientemente su llegada.

Al primer hombre le conocía bien, era el esposo de una de las muchachas, aquella a la que había asesinado. A su lado se encontraba lo que le pareció un muchacho, pero cuando este elevó su cabeza y echó su sombrero para atrás mostrándole su rostro, descubrió que se trataba de la otra joven a la que llevaba años buscando.

—Por fin hemos dado contigo, hijo de perra —sentenció Shannon con voz cargada de odio.

—Nena, yo también estaba deseando encontrarme contigo —replicó Bradley con humor, a pesar de la situación en la que se encontraba.

—No hables hasta que no se te pregunte —le reprendió Justin con voz amenazante mientras se aproximaba a él.

Hunter, que estaba pendiente de lo que los rodeaba, vislumbró un movimiento en el interior de la casa y, temiendo que hubiera algún hombre más, decidió cerciorarse.

—Justin, voy a echar un vistazo en el interior. Id al granero, ahora me

reúno con vosotros —dijo con voz calmada.

—Está bien —pronunció Justin, situándose tras Bradley.

Capítulo 32

Bradley sintió el acero frío del arma de Chandler sobre su espalda, instándole a entrar en el granero. No es que le gustara demasiado la idea, pero tampoco tenía muchas más opciones. «No hay mal que por bien no venga», se dijo al recordar el rostro de la joven que acompañaba al doctor. «Es ella», pensó contento. Llevaba tras su pista desde hacía mucho tiempo y por arte de magia aparecía de la nada en su rancho.

Ya en el interior del edificio, se giró dispuesto a enfrentarse al hombre que le apuntaba. No le temblaba la mano como hubiera esperado de un matasanos.

—¿Qué ha venido a buscar aquí? —le preguntó directo.

Justin no respondió a su pregunta, miró a su alrededor y dio con lo que buscaba.

—Shannon, coge esa cuerda y átale las manos —ordenó sin apartar la mirada de Bradley, que parecía relajado a pesar de las circunstancias.

—¿Es ella? —preguntó Bradley, sin dejar de admirar la belleza salvaje de aquella joven a pesar de su vestimenta masculina.

—No hables hasta que yo te lo diga —respondió Justin mientras Shannon hacía el último nudo a la cuerda.

—¿Y quién me lo va a prohibir? ¿Tú? —se mofó—. Ni siquiera fuiste capaz de proteger a tu esposa.

Sus palabras hirieron a Justin como si le estuviera clavando una navaja en el costado, y sin poder contenerse le dio una patada que logró tirarlo al suelo.

—¡No te atrevas a hablar de ella!

Jasper se rio en su cara, pero no le interesaba seguir hablando con el médico. Le interesaba más la joven que llevaba media vida persiguiendo.

—Supongo que tú debes ser la pequeña que vivía en el prostíbulo con aquella puta. Qué buenos tiempos aquellos, cómo disfruté lacerando su piel...

Shannon, al escuchar sus palabras, no pudo evitar explotar. Sin percatarse volvió a revivir lo sucedido aquella noche, el dolor y el pecho oprimido.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó Shannon fuera de sí mientras asestaba una patada tras otra sobre el cuerpo del hombre, que no parecía estar afectado por los golpes que le propinaba la joven. Más bien parecía disfrutar—. Habla de una maldita vez, ¿quién te ordenó mi asesinato?

—¿Esto es todo lo que sabes hacer? —preguntó Bradley sonriendo con esfuerzo.

Shannon formó un puño con sus dedos y comenzó a golpearlo con todas sus fuerzas, hasta lograr que Bradley tosiera y expulsara sangre por la boca, pero la sonrisa sardónica no se borraba de sus labios.

Justin, que había permanecido en un segundo plano con los brazos cruzados sobre su pecho, se acercó a la joven y la sujetó por el brazo.

—Shannon, ya basta, así no lograremos que nos diga nada.

La aludida se giró y clavó su mirada en Justin. Su rostro estaba transfigurado por la máscara de la venganza.

—¡Me importa una mierda! Quiero que sufra, que sienta la agonía como mi madre aquella noche.

Justin comprendía su dolor, el mismo que llevaba carcomiéndole a él durante demasiado tiempo, pero tenían que mantener la mente fría.

—Lo comprendo, pero él solo es un asesino a sueldo, el verdadero responsable de todo es quien le paga, y tenemos que averiguar su nombre y el porqué.

—Justin, déjame a mí, yo se lo sacaré a base de golpes —dijo Shannon convencida, mientras apretaba su puño derecho, cuyos nudillos comenzaban a amoratarse. No parecía sentir dolor.

—¡Oh, por favor, señor Chandler! —exclamó Bradley llamando la atención de ambos, que se giraron para clavar sus miradas en el hombre sentado en el suelo—. Deje a la muchacha. La verdad es que es admirable su coraje, nada que ver con la insulsa de su esposa.

Justin sintió que el corazón se detenía por un instante en su pecho. Y en menos de un segundo estuvo junto a Bradley, golpeando sin misericordia su cuerpo. En el silencio que se hizo solo se escuchaban los sonidos secos de cada golpe.

Shannon le observaba sorprendida. No reconocía a Justin en aquel hombre, que parecía un salvaje. Ahora era ella la que tenía que mantener la cordura. Las palabras pronunciadas anteriormente por Justin calaron en su cerebro. Bradley había sido la mano ejecutora, pero el verdadero responsable de todo, la persona que tenía el porqué, era todo un misterio.

—Justin, por favor, para —dijo a media voz.

—¡No! —se negó Justin asestando un nuevo golpe.

—¡Basta! —insistió con un grito—. ¿No ves que eso es lo que él quiere? Está jugando con nosotros, provocándonos —solo sus últimas palabras lograron que Justin se apartara.

Bradley les escuchaba y aprovechó que no le prestaban atención para arrastrarse hasta una viga del cobertizo, apoyando su espalda sobre ella. Solo tenía que ganar un poco más de tiempo. No era estúpido y sabía que en el rancho solo estaban tres de sus hombres y al parecer aquella extraña pareja había logrado librarse de ellos. Pero su mano derecha, Sheldon, tenía que estar a punto de llegar. Entonces aquellos dos iban a sufrir de verdad, sobre todo aquella indomable joven. Sonrió torcidamente a pesar de tener el labio

partido, imaginando lo bien que se lo iba a pasar con ella.

—Está bien, ¿queréis saber la verdad? —preguntó, complacido al ver que volvían a prestarle atención. «¿Por qué no hablar?», se preguntó. Al fin y al cabo en poco tiempo estarían muertos.

Justin clavó su mirada en Bradley y achicó sus ojos. No confiaba en ese hombre. Estaba seguro de que algo tramaba, pero no podían desaprovechar la oportunidad que se les presentaba. Se acercó a Shannon, que permanecía inmóvil a su lado y, colocando la mano en su cintura, la instó a acercarse a aquel malnacido.

—Habla —escupió escuetamente.

—Llevo toda mi vida dedicándome a ganar dinero dejando muertos atrás. Sesgar vidas es un negocio muy lucrativo —confesó sin inmutarse—. Hace muchos años me ofrecieron un encargo muy simple, deshacerme de dos mocosas a cambio de una sustanciosa cantidad de dinero que no pude rechazar.

—¿Por qué? —preguntó Shannon con la imperiosa necesidad de saber.

—Eso tendrás que preguntárselo al primo de tu padre —dijo Bradley enigmáticamente.

—¿Quién es ese hombre? —indagó Justin.

—El dueño de uno de los bancos más importantes de Baltimore.

Justin estaba empezando a perder la escasa paciencia con la que contaba y, sin poder contenerse, cogió por la pechera de la camisa a Bradley.

—Su nombre —exigió.

—Angus Archibald.

—¿Qué mal podíamos hacerle a ese hombre dos pobres niñas indefensas? —preguntó Shannon con angustia.

—En principio nada, pero cuando perpetró el accidente donde murieron tus padres, y vosotras salvasteis vuestras vidas, os interpusisteis entre él y los

negocios que heredaría de vuestro progenitor —relató Bradley.

—No lo entiendo —dijo Shannon derrumbándose, acabando de rodillas en el suelo, incapaz de asimilar toda aquella información. Y a pesar de no conocer a sus padres sintió su pérdida como si acabara de pasar, desgarrando nuevamente su alma.

—Todo fue por dinero, vil metal, que puede llevar a las personas a las peores atrocidades —sentenció Justin, acucillándose a su lado y abrazándola contra su costado para ofrecerle el consuelo que el mismo necesitaba y que quedaba en segundo plano al ver el dolor de Shannon.

—Qué enternecedor —se burló Bradley, disfrutando del dolor ajeno—. Si tuviera las manos libres aplaudiría.

—¡Cállate, cabrón! Te voy a matar —explotó Justin deseando estampar su puño contra el rostro sonriente, pero incapaz de dejar sin amparo a Shannon, que sollozaba contra su hombro.

—Oh, vamos, chico duro, no tienes los cojones para hacerlo —declaró antes de prorrumpir en sonoras carcajadas.

—Pero yo sí —sonó una voz femenina proveniente de la entrada del granero.

—Pearl, que oportuna —la llamó Bradley, sin percatarse de lo que podían significar las palabras que la joven había pronunciado. Se sentía agradecido por la aparición de la mujer que portaba entre sus manos un *Winchester*. «Estoy salvado», pensó, hasta observar que la punta del rifle le apuntaba a él y no a los captores.

—Mujer, ¿qué haces? —preguntó confuso.

—Ha llegado mi momento —manifestó Pearl, con una expresión indescifrable.

—¿De qué demonios hablas? ¿No comprendes que estos dos quieren matarme?

—Tranquilo, no lo permitiré.

Jasper Bradley se sintió aliviado.

—Desátame —solicitó.

—No, eres demasiado peligroso y te quiero así, a mi merced —replicó Pearl llegando a su altura.

—¿Te has vuelto completamente loca?

—Sí, no te lo voy a negar. He estado a punto de perder la cabeza todos estos años a tu lado. Ha sido una larga penitencia, pero ha merecido la pena con tal de poder acabar con tu vida.

Shannon había dejado de llorar y observaba la escena, confusa. No entendía nada y mucho menos qué hacía la mujer de Bradley apuntándole con un arma. Iba a levantarse para impedir que le matara, pero Justin detuvo sus movimientos antes de acercarse a ella y susurrar junto a su oído.

—Ni se te ocurra moverte.

—Pero...

—Está claro que esta mujer también tiene una cuenta que saldar con él.

Shannon no pensaba renunciar a su venganza, e ignorando la petición de Justin se levantó del suelo como un resorte y se acercó hasta la mujer elegantemente vestida.

—No puede hacer eso —proclamó segura.

Pearl no se sorprendió cuando la joven se aproximó a ella, ni apartó el arma que apuntaba a Bradley.

—¿Por qué no? —preguntó girando levemente su rostro y clavando su mirada en Shannon.

—Este hombre mató a mi madre, destrozó mi vida y acabó con la vida de una hermana a la que no he tenido la posibilidad de conocer. Tengo derecho a acabar con su mísera existencia.

Una mueca, que asemejaba a una sonrisa, se dibujó en los labios de

Pearl antes de contestar al discurso de la joven.

—Te comprendo, pero llevo tantos años como tu esperando este momento. Lo espero desde el mismo día que este demonio me arrancó de mi hogar cuando apenas contaba con trece años y acabó con toda mi familia. Desde entonces he tenido que aguantar que profanara mi cuerpo y mi alma. Hubiera deseado esperar un poco más, verle sufrir lo indecible, lacerar su piel con su navaja como tantas veces ha hecho con la mía por pura diversión. Pero no hay tiempo, sus hombres están a punto de llegar.

No hubo más palabras. El primer disparo recayó sobre la masculinidad de Bradley, que aulló dolorido.

—Esto por cada vez que me follaste como a un animal.

Pearl se tomó su tiempo para cargar nuevamente el arma.

—Esto —dijo apuntando a su pierna—, por divertirme cazando a mi hermano pequeño como si fuera un animal...

Justin no dudó en levantarse y coger a Shannon por la cintura, obligándola a salir del edificio. Ya en el exterior elevó su mirada y la dirigió hacía el camino de entrada, donde distinguió una polvareda que anunciaba la llegada del resto de hombres de Bradley como había vaticinado aquella mujer.

—Vamos, tenemos que irnos —la instó mientras tiraba de su brazo para llegar a los caballos.

—Quiero verle muerto —dijo Shannon deteniéndose, sin apartar su mirada de la puerta por la que poco antes habían salido.

Justin lo comprendía, pero sus vidas corrían peligro. Se plantó frente a ella y aferró su rostro entre las manos para obligarla a mirarle, consiguiendo toda su atención, que era lo que pretendía.

—Shannon, lo entiendo, y lo estará más pronto que tarde. Jasper Bradley ya no importa, tenemos que seguir buscando al verdadero

responsable de todo, ese tal Angus Archibald.

—¿Qué está pasando? —preguntó Hunter, que llegaba en aquel momento.

Justin recordó entonces la presencia de su amigo. Con todo lo sucedido había perdido la noción del tiempo.

—La esposa de Bradley se está encargando de él por nosotros.

Hunter no salía de su asombro tras escuchar sus palabras. Y su mirada se dirigió al edificio donde se escuchó un nuevo disparo.

—Debemos irnos —insistió Justin, seguro de que los hombres de Bradley no tardarían en llegar.

—Id vosotros —replicó Hunter, sorprendiendo a sus acompañantes—. Tengo algo de lo que encargarme.

—Por Dios, Avery, están a punto de llegar.

—Haced lo que os digo —pidió Hunter—. Me reuniré con vosotros en Denver.

Justin dudó unos instantes, pero finalmente hizo un gesto de cabeza a modo de aceptación y cogió la cintura de Shannon para instarla a caminar hasta los caballos. Poco después Shannon espoleó los flancos del animal para comenzar una alocada carrera en dirección contraria por la que estaba a punto de llegar el grupo de Bradley. Justin no tardó en alcanzarla y en pocos minutos desaparecieron por el horizonte.

Capítulo 33

Justin permanecía sentado en una silla junto a la cama, observando a Shannon, que descansaba sobre ella. Su respiración era acompasada gracias al láudano que le había administrado para que estuviera tranquila y descansara, aunque sabía que cuando despertara se enfurecería con él por haberla drogado.

Se sentía agotado, apenas había descansado porque la preocupación por Hunter le tenía inquieto. Con el cuerpo dolorido, abandonó su asiento y se dirigió a la ventana donde los primeros rayos de sol se filtraban anunciando un nuevo día. Se estiró para comprobar que sus huesos crujían y se dispuso a lavarse la cara en el palanganero cuando unos ligeros golpes en la puerta anunciaron la llegada de alguien. Con celeridad, se acercó a la entrada y abrió la puerta a medias la para encontrarse frente a Hunter, que presentaba un aspecto lamentable.

—¿Dónde has estado? —preguntó Justin, furibundo—. Me has tenido muy preocupado. Si algo te llega a pasar tu hermano me mata.

Hunter se frotó la frente con cansancio y el dolor de cabeza nuevamente le acució, pero quería acabar con aquello cuanto antes.

—¿Puedo pasar y te lo explico? —solicitó, no quería que nadie escuchara su conversación.

Justin asintió y se apartó para que Hunter se internara en el dormitorio, cerrando la puerta a su espalda. Luego le invitó a sentarse en una silla.

—¿Porqué te quedaste? —preguntó Justin directo, mientras se aposentaba sobre el borde de la mesa.

Hunter hubiera deseado no tener que contestar a esa pregunta ni a las que sabía que vendrían a continuación, por lo que decidió zanjar la cuestión con una respuesta tajante. No quería relatar lo acontecido tras su marcha del rancho de Bradley.

—Solo quería comprobar que no había ninguna prueba que pudiera llevar a los hombres de Bradley o el Sheriff hasta nosotros —relató, contando una verdad a medias.

—¿Y por qué has tardado tanto en regresar? —insistió Justin, notando que su amigo le ocultaba algo.

Hunter apretó la mandíbula antes de contestar.

—Me desvié unas millas del camino por si acaso. Y ahora, si no te importa, me gustaría regresar a casa —añadió, abandonando su asiento para dirigirse a la puerta.

Justin no quiso insistir y lo siguió para despedirse. Podía entender que Hunter quisiera volver al hogar. Él mismo lo estaba deseando pero, tras lo ocurrido con Bradley y su confesión sobre la identidad del verdadero responsable de todo lo sucedido, estaba concienciado que su búsqueda todavía no había acabado.

—Gracias por todo, Hunter. Shannon y yo te estaremos eternamente agradecidos. Prometo que mi esposa y yo iremos a visitaros en cuanto todo esto acabe.

Hunter, que ya tenía la mano sobre el picaporte, se giró y observó con asombro a Justin. «¿Ha dicho su esposa?», se preguntó mentalmente, antes de verbalizarla.

—¿Esposa?

—Si, nos casamos hace unos días —confesó Justin con una sonrisa que reflejaba su felicidad—. Fue algo repentino. No te dije nada porque todo el asunto de Bradley se precipitó...

—No tienes porque darme explicaciones —dijo Hunter algo más relajado—. Me alegro por vosotros, te llevas una gran mujer.

—Lo sé, amigo, lo sé —admitió Justin—. Y por favor, cuando llegues a casa mándame un telegrama. Estaremos en Denver unos días más.

—¿Pasa algo? —preguntó Hunter preocupado.

—Aún nos quedan unos asuntos que zanjar antes de poder dejar atrás toda esta historia. Pero cuando nos veamos te cuento. Tú ve tranquilo.

—Te esperaremos —dijo Hunter haciendo un gesto de despedida con su sombrero antes de desaparecer por el corredor.

Justin cerró la puerta con cuidado y se giró para apoyarse sobre la madera a su espalda. Estaba a punto de regresar a la ventana cuando la voz de Shannon le sobresaltó.

—Justin, tengo sed —declaró Shannon, que notaba la boca seca y la cabeza embotada.

—Claro, mi amor —replicó Justin acercándose a ella diligentemente con un vaso en sus manos.

Justin esperó pacientemente a que bebiera y solo habló cuando ella se recostó sobre la almohada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mientras estudiaba su rostro.

Shannon se masajeó la frente antes de contestar.

—Aturdida, como si me hubiera pasado varios días cabalgando. ¿Qué ha pasado? Apenas recuerdo nada.

—Llevas casi un día durmiendo. Te di láudano para que pudieras descansar.

—¿Qué has hecho qué? —preguntó ella furibunda.

—Amor, no te enfades. Estabas demasiado nerviosa y debías descansar.

—Estamos perdiendo un valioso tiempo, los dos sabemos que esto no ha acabado —refunfuñó molesta mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

—Shannon, debes tranquilizarte, no debemos precipitarnos.

—Tenemos que ir tras ese hombre.

—Lo comprendo, pero no puedes presentarte en su casa y pegarle dos tiros.

Shannon cerró los ojos por unos instantes y aceptó que Justin tenía razón. Deseaba tanto acabar con aquel asunto y empezar su nueva vida junto al hombre que amaba que no quería perder el tiempo postrada en una cama.

—Tienes razón, pero ¿por dónde vamos a empezar?

Justin sonrió y se sentó sobre la cama cogiendo la mano de Shannon.

—He escrito un telegrama a Rafferty y me ha contestado esta misma mañana. Ese hombre es un pez gordo, como nos dijo Bradley. Ha dirigido el banco Archibald en Baltimore hasta hace unos años, cuando cedió el mando a su hijo. Luego se trasladó a San Francisco y ahora dirige una empresa de exportación allí.

—¿Y bien? —indagó Shannon elevando una de sus perfectas cejas oscuras.

—Que tenemos que ir hasta allí y encontrar el modo de acercarnos a él sin levantar sus sospechas. Luego le obligaremos a confesar lo sucedido con tus padres y el porqué de esta persecución.

Shannon meditó sobre sus palabras largamente mientras se mesaba la barbilla. La información que le había transmitido Justin era de lo más interesante, sobre todo la ubicación de aquel hombre. «San Francisco», se repitió como el zumbido molesto de una mosca, y se devanó los sesos intentando recordar por qué aquel lugar se había filtrado en su consciencia cuando nunca había estado allí. Su gesto mutó cuando descubrió el porqué.

—¡Ya lo tengo! —exclamó triunfal, logrando que Justin elevara sus cejas confuso.

—¿A qué te refieres? —preguntó interesado.

—¿Recuerdas a la señora Davies? —inquirió Shannon enigmáticamente.

—Cómo voy a olvidar a esa amable ancianita —respondió Justin—. Aunque no entiendo qué tiene que ver esa mujer con todo esto.

—No lo sabes porque no fuiste tú el que tuvo que aguantar su incesante cháchara durante el viaje que compartimos.

—¡Oh, vamos, *forajida*! —exclamó Justin perdiendo la paciencia por unos instantes—, deja de quejarte y dime de una vez por todas que tiene que ver esa mujer con la cuestión que nos ocupa.

—Ella me contó que vive en San Francisco desde hace unos años. Y nos invitó a visitarla cuando quisiéramos —añadió, sintiéndose triunfadora tras la información que había revelado.

Justin sonrió ampliamente al escuchar sus palabras. Por primera vez parecía que el destino se unía a su causa y no pensaba desaprovechar la oportunidad que les brindaba.

—Perfecto, pues tenemos muchas cosas que organizar. En un par de días partiremos a San Francisco. ¿Conoces el mar? —preguntó curioso.

—Vamos *doc*, no es un viaje de recreo y podemos partir mañana mismo —dijo Shannon, notando que la excitación recorría su cuerpo.

—No tan deprisa, cielo —acotó Justin—. No puedes aparecer en casa de la señora Davies vestida de *forajida* —añadió con humor, ganándose un manotazo por parte de su esposa.

—¿No estarás insinuando que tengo que volver a disfrazarme de señorita? —preguntó molesta.

—Bueno, tengo formas de convencerte —indicó Justin con voz melosa antes de inclinarse y besar su cuello—. ¿Quieres que te lo demuestre?

Shannon sonrió a su vez, disfrutando de las caricias de su esposo, y no contestó con palabras si no buscando ansiosamente sus labios.

Shannon alisó la falda del traje de dos piezas y observó su imagen en el espejo. Era la primera vez que se sentía cómoda con ropa femenina y no podía negar que la tela de rayas verticales blancas y azules le encantara. Lo que no llevaba tan bien era el moño alto, rodeado por una trenza, que le había hecho amablemente la joven hija del dueño del hostel donde se hospedaban.

—¿Ves como tenía razón? —preguntó Justin, que entraba en aquel momento por la puerta y apoyaba su hombro en la pared en actitud despreocupada.

Shannon, quien le observaba a través del espejo, pensó que su postura descuidada era de lo más sugerente, al igual que su brillante sonrisa.

—Sí, no te lo voy a negar —dijo con una sonrisa en los labios—. Tuviste muy buen gusto a elegir mi indumentaria.

Justin se acercó hasta ella y enlazó su brazo sobre el talle de la joven clavando su mirada en el mismo espejo en el que ella se reflejaba. Nuevamente se quedó prendado de su belleza.

—Estás preciosa.

—Gracias —replicó agradecida mientras se recostaba sobre su pecho—. Tú tampoco estás mal —dijo observando su traje azul, que le quedaba perfecto. Nunca le había visto tan elegante; siempre vestía pantalones oscuros y camisas sencillas.

—¿Estás preparada? —preguntó él, sacando de su ensimismamiento a Shannon, que frunció ligeramente el ceño.

—¿De verdad es necesario? —indagó.

—Oh, vamos mi amor, si la señora Davies es una anciana entrañable —replicó Justin con humor antes de besar y mordisquear su cuello.

—Si sigues haciendo eso no saldremos de esta habitación —advirtió Shannon, sintiendo que el vello de su piel se erizaba con la caricia.

Justin deseó cumplir con el vaticinio de la joven, pero la señora Davies debía estar a punto de llegar al oficio dominical. Era la ocasión ideal para el encuentro fortuito que habían planeado. A regañadientes, se apartó de su esposa.

—Está bien —aceptó, ofreciéndole su brazo para salir del dormitorio.

Margarite llegó a la puerta de la pequeña iglesia con actitud contrariada. Había intentado convencer a Evangeline para que la acompañara aquel domingo al oficio, pero había sido una completa pérdida de tiempo. Desde que había regresado de su viaje había percibido en su amiga un mayor decaimiento. Durante los años que se conocían siempre la había apoyado en su empresa de encontrar a sus nietas, pero después de casi dos décadas pensaba que lo mejor era que olvidara y disfrutara de los pocos años de vida que le quedaban. Pero cuando se lo había insinuado pocos días antes, se había granjeado una mirada gélida por su parte y no se atrevió a seguir con aquella conversación por miedo a perder su amistad.

Tan concentrada estaba en sus pensamientos, con la mirada baja clavada en el suelo que pisaba, que cuando se chocó frontalmente con un pecho masculino se sobresaltó.

—¡Oh, santo Dios, disculpe! —pronunció azorada. Cuando elevó la mirada y se encontró con el rostro conocido, la ilusión se expandió por su pecho—. Señor Chandler, que placer verle —giró su rostro y descubrió a Shannon, que estaba más hermosa que nunca—. Niña, está preciosa. Que sorpresa más agradable, ¿qué hacen en San Francisco?

Justin le dedicó una brillante sonrisa y tomó su mano galantemente para besar su dorso antes de hablar.

—Señora Davies, el placer es nuestro. Mi mujer me habló de su relato acerca de este lugar y decidimos venir unos días para conocer el mar.

—Siempre he oído hablar de él y Justin se ha empeñado en que tenía que verlo con mis propios ojos —añadió Shannon con una amplia sonrisa.

—Pues me parece que es la mejor decisión que podían haber tomado. ¿Y donde se hospedan? —preguntó directa, como era su costumbre.

—En una pequeña pensión en el centro —comentó Justin—. Creo que es la única del lugar.

—No puedo permitir eso —declaró Margarite, ciertamente sobresaltada por su contestación—, ese lugar es demasiado... precario. En cuanto acabe el servicio —dijo señalando la puerta de la iglesia, por donde algunos parroquianos comenzaban a entrar— quiero que usted —señaló a Justin con el dedo índice— vaya a ese lugar a recoger sus cosas y se dirija a mi casa, donde le esperaremos su esposa y yo.

Justin clavó la mirada en el rostro espantado de Shannon y tuvo que contener una sonrisa divertida antes de contestar a la buena mujer como correspondía, aunque aquella invitación facilitaba sus planes.

—Por favor, señora Davies, no podemos aceptar su ofrecimiento. No queremos aprovecharnos de usted.

—No diga tonterías —replicó la anciana—, está decidido y punto —dijo mientras cogía del brazo a Shannon y la instaba a andar—. Y ahora entremos a la iglesia, no quiero que el párroco me amoneste —concluyó mientras emprendía el camino hacia la puerta. Justin las seguía de cerca.

Capítulo 34

Shannon se sentó y se sintió extraña al descubrir la fina loza que adornaba la mesa y la cantidad de cubiertos de plata que la acompañaba. Nunca había prestado atención a los ornamentos y no podía negar que en aquel momento se sintió ciertamente intimidada. Cuando habían viajado a San Francisco se había sentido muy segura de poder llevar a cabo el plan que había urdido junto a Justin, pero ahora temía no estar preparada para mezclarse con gente de aquel *status* social tan diferente al propio.

Elevó su mirada y descubrió que Justin tenía la suya clavada en ella. Una pequeña sonrisa asomaba a sus labios y, solo con ese guiño, supo que intentaba infundirle los ánimos que necesitaba. Con un gesto, que pasó desapercibido para la señora Davies, le indicó qué cubierto debía utilizar logrando que los nervios que bullían en su interior se disiparan.

—¿Cómo han pasado la noche? ¿El dormitorio ha sido de su agrado? —preguntó Margarite a sus invitados. No conocía demasiado a aquella pareja, pero algo en su corazón le decía que eran buenas personas.

—Gracias, señora Davies, hemos descansado estupendamente —replicó Justin educadamente, aunque aquella noche lo que menos habían hecho era dormir, pensó con humor.

—¿Y qué planes tienen para hoy? —prosiguió la anciana mientras vertía un poco de leche en su taza.

—Hoy tenía pensado llevar a mi esposa a la playa. Llevamos varios días aquí y aun no tuve oportunidad de enseñarle el mar —respondió sorprendiendo a Shannon, que no sabía nada de aquella excursión.

—Qué lástima, me hubiera encantado poder acompañarles, pero he

quedado con mi amiga Evangeline para ayudarla con algunos detalles de la fiesta que se celebrará próximamente en su casa. El hijo de su sobrino Angus llegará en unos días y su esposa se ha empeñado en hacer una fiesta por todo lo alto. Hattie adora la ostentación —añadió sin disimular su antagonismo con aquella desconocida.

Justin, que en aquel momento estaba untando una tostada de pan con mantequilla, se quedó estático al escuchar el nombre del sobrino de la amiga de la señora Davies. «No puede ser», se dijo, y aún así estaba dispuesto a averiguarlo.

—¿Angus Archibald? ¿El dueño del banco Archibald de Baltimore? —preguntó despreocupadamente mientras añadía la mermelada de arándanos a su tostada, intentando que sus manos no temblaran.

Shannon, que estaba pendiente de la conversación, se quedó sin aliento y se mantuvo expectante ante la contestación de la señora Davies.

—Si, es el sobrino de mi amiga Evangeline. Entre nosotros —dijo a modo de confidencia mientras bajaba la voz—, ese hombre no me gusta nada, me parece demasiado ambicioso. Llegó aquí hace unos años y se hizo dueño y señor de la empresa y la casa del pobre Alfred, el hijo de mi amiga. Pero bueno, es una larga historia que algún día les contaré. Ahora debo partir —dijo mientras se limpiaba los labios con la servilleta y se levantaba—. Perdonen mis modales, pero Evangeline me mandó una nota esta mañana y está claro que me necesita. Cada día la veo más alicaída —añadió con tristeza antes de desaparecer por el arco de medio punto del comedor, dejando solos a Shannon y Justin, que aún estaban intentando asimilar lo sucedido.

—Todo empieza a tener sentido —declaró Shannon.

—Shh, aquí no —susurró Justin oteando a su alrededor. En aquel momento una doncella llegaba con una nueva jarra de café—. Hablaremos cuando acabemos de desayunar y salgamos de la casa —finalizó; no quería

oídos indiscretos a su alrededor.

Pese a que la idea de pasear por la playa no seducía a Shannon porque consideraba que era una pérdida de tiempo y que no habían ido a San Francisco para pasar unos días de asueto, no pudo evitar sentirse sobrecogida por la visión que tenía ante sí.

—¿Te gusta? —preguntó Justin, que se encontraba junto a ella y cogía su mano mientras caminaban.

—Sí —contestó sin apartar la mirada de la gran masa de agua de color azul—. ¿De verdad todo eso es agua? —preguntó, incrédula.

Justin sonrió al escuchar sus palabras. En los últimos días estaba descubriendo a una Shannon muy diferente y no podía evitar sentirse más enamorado de ella que nunca.

—Sí, es el agua por donde navegan los barcos y llegan a otros continentes.

—Yo no podría viajar en uno de esos barcos, me aterroraría caer al mar y morir ahogada.

Justin detuvo el paso y enlazó su cintura, obligándola a girarse para clavar su mirada en el rostro femenino antes de hablar.

—Oh, vamos, eso es imposible. Shannon, alias *Forajida*, no teme a nada en este mundo.

Shannon sonrió ante sus palabras, pero no eran del todo ciertas. Siempre había tenido miedo. Primero a un futuro incierto hasta que llegó a la casa de sus tíos. Luego lo tuvo a encontrar a Bradley y no poder hacer su vida hasta que ese hombre desapareciera de la faz de la tierra. Y ahora tenía miedo al futuro junto a Justin porque temía no saber hacerle feliz y que desapareciera también, como había pasado con todas las personas a las que había amado. Su vida había estado marcada por la pérdida y la soledad, y no sabía si podría soportar una sola más.

—¿Qué pasa? —preguntó Justin, preocupado al descubrir la tristeza en sus ojos.

—Nada —mintió Shannon apartando la mirada y fijándola en la inmensidad del mar—. Estaba pensando en los Archibald, en la amiga de la señora Davies. Si ese hombre es su sobrino y su hijo murió, ¿quiere decir que esa mujer es mi abuela? —verbalizó sus pensamientos sin poder evitar sentir vértigo al descubrir que aún le quedaba un pariente vivo, a parte del responsable de la muerte de sus padres y su hermana.

—Sí, eso parece, pero pronto resolveremos todas nuestras incógnitas. Espero que la señora Davies nos lleve de acompañantes a esa famosa fiesta y será el momento de enfrentarnos al señor Archibald.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó preocupada.

Justin acortó la distancia que los separaba y estrechó a Shannon entre los brazos antes de besar su frente con dulzura. Tenía sus mismas dudas y preguntas, pero estaba deseando acabar con todo aquello para poder empezar una nueva vida junto a ella. No le importaba dónde, solo que ella estuviera a su lado lo que le restaba de vida. Pasara lo que pasara, nada cambiaría lo que ambos sentían.

—No lo sé, amor —respondió—, pero tenemos varios días para descubrir qué camino seguir. Recuerda que somos un gran equipo —añadió para dar humor a sus palabras—. Y ahora disfrutemos de nuestro viaje de novios.

Evangeline conversaba amigablemente con Margarite. Estaban decidiendo qué vajilla sería la más adecuada para la cena, pero Hattie no estaba demasiado contenta con la elección de ambas y así se lo hizo saber.

—Tía Evangeline, creo que la más adecuada sería la que tiene un ribete de plata. Es más elegante...

—Oh, por Dios, niña —se inmiscuyó la señora Davies—. No estamos en Baltimore, con esta —dijo señalando uno de los platos de muestra sobre la mesa— con motivos florales la mesa estará más animada, no tan formal.

Hattie apretó los labios y respiró hondamente para no explotar. Una vez logrado, pintó una sonrisa que no sentía en sus labios y replicó a sus palabras.

—Le agradezco su opinión, señora Davies, pero no todos los días viene un hijo con su futura esposa y sus padres, quienes sí viven en Baltimore.

—Paparruchadas —prosiguió Margarite, sin ser consciente del malestar de la sobrina de su amiga—. Conozco a los Thompson y te aseguro que no les importará que vajilla pongas en su mesa. Sobre todo a Amos, que lo que sí tendrá en cuenta será la cantidad de comida que hay en su plato —añadió con humor.

Evangeline sintió ganas de reír ante el comentario de Margarite, pero al descubrir el rostro de Hattie, que parecía sulfurada, decidió acotar la situación antes de que fuera a más.

—Sobrina —comenzó con voz dulce, intentando apaciguarla—, tú tienes mejor gusto que nosotras, encárgate de esto. Yo daré órdenes a la cocinera sobre el menú, ¿te parece?

—Claro, tía Evangeline —respondió Hattie a regañadientes.

—Y ahora, si no te importa, no me vendría mal dar un paseo. ¿Me acompañas Margarite? —incitó a su amiga, que no dudó en aceptar su ofrecimiento.

—Será un placer, tengo que hablarte de los visitantes inesperados que tengo en casa. Te van a encantar.

Evangeline se sintió agradecida cuando salieron al exterior y el sol acarició la piel de su rostro. Margarite iba colgada de su brazo y no dejaba de

hablar de aquella joven pareja.

—El señor Chandler es médico. Es un hombre guapísimo, no me extraña que la señora Chandler se haya prendado de él, aunque ella tampoco se queda atrás, es una mujer hermosa y peculiar, no te lo voy a negar.

—¿Y dónde los conociste? —preguntó Evangeline, curiosa.

—En el tren cuando viajaba con Moses y Sofía.

—¿Y se han presentado en tu casa por sorpresa? —insistió Evangeline. En ocasiones Margarite era demasiado extrovertida y le preocupaba que hubiera metido en su casa a dos desconocidos.

—Si, una agradable casualidad. Ese hombre quería enseñarle a su esposa el mar, y como yo les invité...

—Me gustaría conocerlos —dijo Evangeline sorprendiendo a su amiga. Quería cerciorarse de cómo era esa pareja y si todo iba bien.

—Por supuesto, Evangeline. Será un placer, ya verás cómo te van a encantar. Me dijeron que estarían en la playa, puede que sean esa pareja —dijo señalando dos figuras que se acercaban en la lejanía.

Angus se sentía frustrado. No había tenido noticias de Bradley en la última semana y empezaba a preocuparse. Por su salud mental necesitaba acabar con aquel asunto de una maldita vez, pero parecía que el destino se confabulaba en su contra para impedirle cumplir sus objetivos.

Frustrado, cogió los papeles que tenía sobre el escritorio y, de malas formas, los agrupó para meterlos en una carpeta. Necesitaba despejarse y, con esa intención, abandonó su despacho. Solo quería relajarse, pero nada más entrar en el salón sus planes se desbarataron cuando su esposa salió a su encuentro.

—No soporto a la señora Davies, ¿por qué tu tía permite que se

inmiscuya en los asuntos de la familia?

—Hattie, ahora no —dijo Angus molesto, mientras se dirigía al mueble bar para servirse una copa a pesar de la hora temprana.

La aludida no estaba dispuesta a dejarlo pasar. Estaba furiosa y necesitaba sacar su frustración de alguna manera. No se percató de que su esposo estaba de un humor de mil demonios.

—Angus, estoy cansada. Comprendo que tu tía es una mujer mayor, pero no entiende que ahora soy yo la señora de la casa. Es como ese maldito retrato —dijo señalando el cuadro situado sobre la repisa de la chimenea, donde el artista había captado a la perfección los rasgos de Alfred y su esposa—. No sé por qué no puedo quitarlo. Odio ver a Lauren cada día de mi vida.

Angus se frotó la frente y dio un largo trago antes de girarse para enfrentar a su esposa.

—Hattie, por Dios. Es el retrato del hijo de mi tía.

—No me tomes por estúpida porque no lo soy. Esa mujer, sé que siempre estuviste enamorado de ella. Pero te rechazó, no lo olvides —añadió sonriendo satisfecha.

Angus apretó la mandíbula y sin poder contenerse dio una fuerte bofetada a su esposa, logrando que Hattie estuviera a punto de caer al suelo. Ni siquiera se inmutó al ver sangre en la comisura de sus labios.

Hattie no daba crédito a lo sucedido. A pesar de que a lo largo de los años su esposo y ella habían protagonizado discusiones descomunales, nunca le había puesto la mano encima. Hasta entonces.

—¿Cómo te has atrevido? —le recriminó, mientras limpiaba con el dorso de la mano la sangre que manaba de su labio.

—Te lo advertí, no quiero que hables de eso. Te lo prohibí hace años y ahora, por favor, déjame solo —añadió dándole la espalda y acabando con su copa de un largo trago.

Justin aferraba la mano de Shannon entre sus dedos, disfrutando de la tibieza de su piel. Ambos caminaban sin prisas por la playa, en un silencio cómodo, simplemente disfrutando de lo que les rodeaba. Su mirada estaba perdida en la lejanía, cuando distinguió a una pareja que se aproximaba. Según la distancia se iba acortando, pudo distinguir a la señora Davies acompañada por otra dama.

—Shannon, nuestra anfitriona se aproxima —indicó a su esposa, que contemplaba el mar en aquel momento.

—¿Qué? —preguntó Shannon, que se había relajado dejando su mente en blanco, disfrutando simplemente del paisaje.

—Que nuestra paz acabó —replicó Justin con humor.

—¡Señor y señora Chandler! —les reclamó la señora Davies—. Vengan aquí, quiero presentarles a mi amiga, la señora Archibald.

Al escuchar aquel apellido, Shannon detuvo su caminar quedándose estática. Ahora que había descubierto que la amiga de la señora Davies era su abuela no sabía si estaba preparada para aquel encuentro fortuito.

—¡Maldita sea! —farfulló Justin molesto. Ni él ni Shannon estaban preparados para ese acercamiento, y menos con la señora Davies de por medio.

Margarite, al ver que la pareja se detenía, no dudó en tirar del brazo de Evangeline para obligarla a llegar a su altura.

—Mira, Evangeline, estos son los señores Chandler, de los que tanto he hablado —anunció Margarite con ilusión—. Esta es mi gran amiga, Evangeline Archibald —presentó a su amiga a la pareja.

Evangeline estudió el rostro de la señora Chandler, y por un instante se quedó sin respiración. Con esfuerzo, se obligó a insuflar aire en sus pulmones

y volvió a perpetrar su mirada en el rostro de aquella joven, incrédula. «Es el vivo retrato de Lauren, debo estar soñando», se dijo, pero el fuerte apretón que le dio su amiga en el brazo le dijo que no era así.

—Evangeline, ¿te encuentras bien? —preguntó Margarite al percatarse del rostro ceniciento de su amiga.

Justin, consciente de que algo extraño sucedía, se acercó a la anciana y la instó a caminar hasta unas rocas cercanas, donde la obligó a sentarse antes de comprobar el pulso en su muñeca. La anciana parecía incapaz de apartar la mirada de Shannon y su rostro mostraba una expresión indescifrable. Estaba claro que algo sucedía y no quería que la señora Davies fuera testigo de lo que la señora Archibald quisiera decir, por lo que decidió tomar medidas.

—Shannon, quédate con la señora. Yo iré con la Señora Davies a la casa —dijo señalando el lugar, que estaba próximo—. ¿Sería tan amable de acompañarme? Necesito mi maletín y algo de agua fresca —solicitó, esperando que la mujer aceptara sin poner demasiados problemas.

—Por supuesto, señor Chandler —replicó la mujer, que estaba preocupada por su amiga.

Evangeline esperó hasta que estuvieron solas para hablar, para expresar las dudas que se habían formado en su cabeza. La joven que tenía a su lado parecía nerviosa y temerosa.

—¿Quién eres? —preguntó directa, clavando su mirada en el rostro de Shannon con intensidad.

—Soy la señora Chandler.

—No, quien eres de verdad —le rebatió Evangeline.

Shannon se sorprendió por su pregunta y se tomó unos segundos para responder.

—Si le soy sincera —comenzó—, no lo sé, por eso he venido aquí, para

saber cuáles son mis orígenes —confesó honestamente.

—¿Y por qué piensas que aquí encontraras respuestas?

—Hace poco descubrí que tenía una hermana, ambas conservábamos estos colgantes desde nuestro nacimiento —dijo mientras desprendía de su cuello ambas cadenas y colocaba las hojas gemelas frente a los ojos de la anciana.

Evangeline se llevó la mano al corazón y clavó su mirada en las piezas que se movían rítmicamente ante sus ojos. Claro que conocía esos adornos, ella misma se los había encargado a un orfebre local. Tardó unos minutos en recuperarse y, cuando lo hubo logrado, rebuscó en su propio escote para sacar un colgante formado por dos hojas formando un corazón, idénticas a las que Shannon sostenía, y en ellas grabados dos nombres.

—¿Cuál de las dos eres? —indagó Evangeline con emoción—. ¿Cassie o Shannon?

—Shannon —confesó, con una emoción especial palpitando en su pecho.

Evangeline sintió las lágrimas que se deslizaban sobre sus mejillas. Las apartó de un fuerte manotazo y se abrazó a la joven con intensidad. No se sintió defraudada cuando la joven correspondió a su abrazo con cierta torpeza.

—Mi niña, llevo una eternidad esperando este momento —confesó Evangeline antes de besar la coronilla de la joven con ternura—. ¿Y tu hermana? —preguntó preocupada. Pudo notar como el cuerpo de la joven se tensaba al escuchar su pregunta.

—Está muerta —confesó Shannon, no tenía sentido mentir.

Evangeline solo pudo aferrar más fuertemente el cuerpo de la joven y nuevas lágrimas poblaron sus ojos. Pasaron mucho tiempo así, simplemente abrazándose, dándose el consuelo que ambas parecían necesitar, hasta que

Evangeline se percató de que Margarite y el doctor Chandler se acercaban.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar, pero Margarite se acerca y no quiero tener que darle explicaciones —dijo, apartándose de Shannon a regañadientes—. Te espero esta tarde en el acantilado —le indicó, antes de que Justin y la señora Davies llegaran.

—Evangeline, ¿te encuentras mejor? —preguntó Margarite preocupada, más al ver la humedad en su rostro.

—Mejor que nunca en mi vida —replicó la aludida con una sonrisa en los labios.

Capítulo 35

Shannon se bajó de la calesa con la ayuda de Justin y no pudo evitar fijar la mirada en la imponente casa ante sus ojos. Nunca había visto una vivienda tan bonita. Las paredes estaban recubiertas de madera pintada de blanco y las contraventanas ganaban contraste debido al color verde oliva que las recubría. Todas las habitaciones parecían iluminadas, incluidas las de la planta superior.

—¿Estás preparada? —preguntó Justin a su lado, mientras la obligaba a colocar su mano enguantada sobre su antebrazo.

—No lo sé, pensar que mi padre construyó esto para mi madre y nosotras remueve algo en mi interior.

—Lo comprendo —replicó mientras la inducía a andar hacia las escaleras, donde algunos invitados ya entraban por la puerta de doble hoja donde un sirviente les esperaba—, pero no debes pensar en eso ahora, tienes que mantener la mente fría.

—Lo sé —respondió Shannon, aunque en sus adentros se desataba una marea de sentimientos.

El interior era algo más ostentoso que la fachada y, a pesar de ser hermoso, a Shannon le pareció superficial y frío. Oteó a su alrededor y se sintió como la niña que un día fue, rodeada por desconocidos que no parecían percatarse de su presencia. Solo la mano de Justin, que reposaba sobre la propia, la aferraba al presente.

—Hay mucha gente —dijo la señora Davies, que apareció a su espalda de improvisto—, ya os iré presentando a todos poco a poco.

—No se preocupe, señora Davies, no hay prisa —respondió Justin

mientras buscaba con la mirada a Evangeline. Necesitaba saber quién era Angus.

Evangeline, como si hubiera intuido la presencia de su nieta, se giró y descubrió a la pareja en el amplio *hall*. En aquella ocasión, iba enfundada en un precioso vestido de raso de color aguamarina que se ajustaba perfectamente a su pecho, aderezado con una fina puntilla, al igual que las mangas cortas que cubrían sus hombros. La falda abullonada por las enaguas acentuaba su estrecha cintura, cuyo lazo de un tono más oscuro la rodeaba. Por unos instantes permaneció estática en el sitio, observando a la joven. Nuevamente se sintió sobrecogida al ver su parecido con su nuera, aunque poseía una belleza salvaje. Su pelo oscuro iba recogido en un alto moño y algunos mechones en forma de bucle le caían sobre el rostro.

—Tía, ¿se encuentra bien? —preguntó Hattie a su lado.

Evangeline despertó del estado en el que se encontraba y pintó una falsa sonrisa en sus labios antes de girar el rostro para contestar a la pregunta de su sobrina. Los dos últimos días habían sido los más duros de su existencia. Tener que fingir y mantener la boca cerrada frente a Angus y Hattie había sido la prueba más complicada de su vida.

—Sí, perfectamente, gracias.

—Te veo pálida —insistió Hattie preocupada.

—No, te aseguro que me encuentro bien. Y si me disculpas, voy a saludar a Margarite, que acaba de llegar —concluyó antes de dirigirse con paso firme al lugar donde su amiga y la pareja permanecían.

—Shannon —llamó a su nieta, que en aquel momento se giró y se sintió aliviada al encontrar el rostro conocido de su abuela.

—Señora Archibald, que alegría volver a verla —pronunció, consciente de la presencia de la señora Davies a su lado, que no sabía nada de su autentica relación. Justin, lúcido ante la incomodidad de su esposa, no tardo

en prestarle su ayuda.

—Señora Davies, me gustaría conocer al señor Archibald. Creo que tiene negocios en los que estoy interesado —mintió, matando dos pájaros de un solo tiro.

—Por supuesto, señor Chandler. ¿Con eso quiere decir que podrían quedarse por aquí una temporada...? —interrogó la mujer mientras se alejaba del brazo de Justin.

—¿Estás bien? —preguntó Evangeline, preocupada, mientras tomaba la mano de Shannon en la propia y la apretaba para infundirle ánimos.

—Sí, algo nerviosa —confesó.

—No te preocupes, todo va a salir bien.

—¿Y ese hombre del que nos hablaste? —indagó Shannon. No estaba segura de que el plan de su abuela tuviera el éxito esperado. Hubiera preferido hacer las cosas a su forma, con un arma de por medio.

—Ya está aquí. En cuanto yo le de la señal se ocultará en la sala continua al despacho como habíamos acordado.

—¿Ese hombre es de fiar? —insistió Shannon.

—Es alguacil del condado. Era amigo de mi hijo y te puedo asegurar que si Angus —ya no podía llamarlo sobrino— confiesa lo que hizo, Butler se encargará de que pague. Fue el encargado de investigar lo sucedido y vuestra desaparición. Lleva tantos años como yo obsesionado con este asunto —aseguró.

Shannon frunció el ceño tras escuchar sus palabras.

—Preferiría hacerlo a mi manera —confesó a su abuela, que clavó la mirada en su rostro, sorprendida.

—¿Y cuál es?

—Acabando con la vida de ese miserable con mis propias manos —respondió Shannon con el semblante gélido.

Las palabras de la joven sorprendieron a Evangeline, aunque por la conversación que había mantenido con su esposo sabía que era una joven peculiar y, a pesar de eso, le gustó su respuesta. Ella misma hubiera deseado coger el viejo *Winchester* de su difunto hijo y descargarlo contra Angus, pero sabía que no podía hacerlo si quería disfrutar de su nieta los años de vida que le quedaban. No quería acabar encerrada por infringir la ley.

—No digas eso, mi niña, solventaremos esta situación con la ayuda de la ley. Haz caso a tu esposo, parece un hombre cabal.

Shannon hubiera querido replicar a sus palabras, decirle que Justin no era un santo y sus ideas sobre el asunto de Bradley no habían distado tanto de las propias, aunque finalmente no hubieran sido ellos los que se habían manchado las manos de sangre.

—Y ahora acompáñame, hay algo que quiero mostrarte —invitó Evangeline, aferrándose al brazo de la joven.

—¿De qué se trata? No deberíamos alejarnos —preguntó Shannon confusa.

—Tranquila, hay tiempo, mi sobrino todavía no ha bajado —dijo mientras la conducía a una sala distinta.

—Esos eran tus padres —le indicó señalando el retrato que reposaba sobre la chimenea.

Shannon elevó la mirada y por unos instantes sus pulmones dejaron de insuflar el aire que necesitaban para respirar. Ante sí tenía el retrato de una pareja que sonreía al artista que los había plasmado. Se podía ver en sus ojos, en la mirada que se dedicaban mutuamente, el amor que se procesaban. El hombre, alto y delgado, con una bella sonrisa dibujada en los labios, le pareció amable. Pero lo que de verdad la dejó impactada fue la mujer, cuyas facciones eran idénticas a las propias, como si estuviera viendo su reflejo en un espejo.

—¡Dios santo! —exclamó cubriéndose la boca con una mano.

—No necesitaba que me mostraras los colgantes para saber que en verdad eres mi nieta. Eres el vivo retrato de su madre.

Shannon estaba a punto de replicar a sus palabras, cuando la llegada de un hombre alto y orondo, cuyo pelo era cano, la sobresaltó.

—Señora Archibald, Angus ya está en el despacho con el señor Chandler —indicó con urgencia.

Evangeline se giró y asintió.

—Este es el alguacil, el señor Butler —indicó a Shannon—. Si quiere ya puede ocultarse en la sala que le indiqué. He dejado la puerta entreabierta para que pueda ser testigo de lo que suceda —añadió con complicidad.

—Gracias, señora Archibald —contestó el hombre antes de desaparecer con paso acelerado.

—Shannon, ha llegado la hora, ¿estás preparada? —preguntó Evangeline con el semblante preocupado.

—Más que preparada, llevo esperando este momento toda mi vida —replicó Shannon segura.

Angus se sentía molesto por la insistencia de aquel hombre de hablar con él. Toda la culpa la tenía la amiga de su abuela, la señora Davies, que se había puesto muy pesada al respecto. No tenía ni idea de qué supuestos negocios quería hablarle ese tipo. A primera vista parecía un hombre cultivado pero, su vestimenta sobria, a pesar del evento social en el que se encontraban, distaba mucho de ser lo suficientemente elegante. Una vez entraron en el despacho cerró la puerta a su espalda y se acercó a su escritorio para sentarse.

—Siéntese, por favor, ¿cuál era su apellido? —preguntó directamente, porque le incomodaba no conocer el apellido de la persona a la que se dirigía.

Justin se comportó con completa tranquilidad y ocupó el asiento que el señor Archibald le ofreció. Cuando expresó sus dudas sobre su apellido, masticó la respuesta, dispuesto a disfrutar de su expresión si realmente Bradley le había hablado de él.

—Mi nombre es Justin Chandler —respondió con tranquilidad y fue consciente en el momento exacto en el que su gesto se tensó—. ¿Bradley no le ha hablado de mí? —siguió con su ataque directo.

Angus apretó el puño que mantenía sobre su rodilla y tragó saliva. Claro que sabía quién era Chandler. Era aquel médico de medio pelo que había estado casado con Cassie. Lo que no comprendía es qué hacía en su casa y cómo había llegado hasta él.

—No sé de que está hablando —mintió, intentando ganar tiempo para pensar. Si aquel hombre estaba allí hablándole de Bradley es que algo andaba mal, muy mal.

—No se moleste en fingir. Ese miserable de Bradley nos contó todo antes de morir —dijo Justin, disfrutando de la inquietud de Angus.

—¿Nos contó? ¿A quién se refiere?

—A mí —respondió Shannon, que había entrado en ese preciso instante.

Angus dirigió su mirada hacia la puerta y sintió un fuerte dolor en el pecho. Sin ser consciente de ello, se llevó la mano al lugar para intentar mitigar la sensación. Ante sus ojos se encontraba una joven que era la viva imagen de Lauren. «No puede ser», se dijo para intentar convencerse, pero parecía imposible.

—No puede ser —repitió en voz alta, granjeándose por parte de Shannon una sonrisa fría.

—Me temo que sí. Soy Shannon Archibald y he venido a pedirle explicaciones sobre la muerte de mis padres y mi hermana.

—Señorita, no sé de qué está hablando.

—Claro que lo sabe. Fue usted —dijo Shannon señalando con un dedo acusador a su persona— y solo usted quien preparó el accidente donde perecieron mis padres. Me imagino que su objetivo era quedarse con todas sus posesiones, pero había un problema: mi hermana Cassie y yo habíamos desaparecido.

—¡Eso es una vil mentira!

—No lo es. Usted contrató a Jasper Bradley para seguir nuestro rastro y acabar con nosotras. Al fin y al cabo éramos unos pobres bebés indefensos, ¿verdad? Con lo que no contaba usted era con la bondad y buen corazón de los desconocidos que se afanaron en protegernos. Pero claro, como iba a hacer usted eso, si no sabe lo que es tener corazón. ¡Diga la verdad! —le exigió aproximándose a la mesa, donde vio que reposaba un pequeño abrecartas en forma de puñal.

—Señorita, no sé qué pretende con sus difamaciones, pero no le voy a dar ni un solo céntimo —dijo con voz ahogada—. No tiene ninguna prueba.

—En eso se equivoca —intervino Justin, plantando sobre la mesa un fajo de papeles que había ocultado hasta entonces en el bolsillo interior de su chaqueta—. En estos documentos que he recabado hay pruebas del dinero que ha derivado a Bradley y las acciones ferroviarias que ha transferido a su nombre. Si puede dar explicaciones a sus acciones supongo que la justicia no tendrá problema en exonerarle de nuestras acusaciones.

—No tienen nada. ¿Acaso cree que usted, un medicucho de pueblo, o ella —dijo señalando a Shannon— una joven de vida dudosa que se crió en un prostíbulo, tienen más credibilidad que yo?

Shannon explotó al escuchar sus palabras ofensivas y se movió con

celeridad. Atrapó el abrecartas sobre la mesa y en cuestión de segundos estuvo a su lado, con la hoja sobre su cuello.

—Pues si la justicia no va hacer su labor me encargaré yo —le amenazó hundiendo el metal en su piel—. ¡Confiese de una maldita vez! ¡Quiero saber la verdad! —gritó fuera de sí.

Angus tenía el rostro de la joven a pocos centímetros del propio y pudo comprobar de primera mano su parecido con Lauren. Una ira incontrolable, que había enterrado en lo más hondo de su corazón, estalló.

—¿Quieres la verdad?! —exclamó a su vez—. Pues sí, soy culpable de todo. Ordené la muerte de tus padres.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque tu padre se quedó con lo que más ansiaba en mi vida —sentenció, confesando lo que llevaba una vida ocultando—. Lauren era mía, pero él apareció y la conquistó de la noche a la mañana.

—No lo comprendo —dijo Shannon aflojando la presión del abrecartas—. Si la amaba, ¿por qué la mató?

—Porque amaba a mi primo y no a mí. Si no podía ser mía, no sería de nadie.

—¡Eres un mal nacido! —explotó Evangeline, que había estado en la sala contigua junto al alguacil, escuchando toda la conversación—. En aquel entonces ya estabas casado.

Angus giró su rostro y pudo ver el dolor y la ira en el rostro de su tía. No tenía sentido seguir mintiendo.

—Solo quería su cuerpo, su belleza. Estaba a punto de conquistarla, de convertirla en mi amante, pero entonces llegó Alfred y me la arrebató.

—Entonces, ¿no fue por dinero o posición? —preguntó Justin, incrédulo.

—No —confesó Angus escuetamente, sintiéndose acorralado por lo

que le rodeaba. Sintió una mayor presión en el pecho y se removió incómodamente en su asiento. Un sudor frío recorrió su cuerpo y le hizo temblar.

Justin fue consciente del estado de Angus y se aproximó a Shannon.

—Cielo, apártate —le indicó, cogiendo la cintura de Shannon y obligándola a separarse—. No se encuentra bien.

—No puedo respirar —confirmó Angus mientras intentaba aflojar el nudo de su corbatín.

—¿Qué sucede? —preguntó el alguacil, que entraba en aquel momento.

—Creo que está sufriendo un infarto —dijo Justin mientras obligaba a Angus a levantarse y a tumbarse en un sofá próximo. Su piel estaba cada vez más blanca y en un momento dado se desmayó.

—Por favor, señor Butler, saque a las mujeres de aquí —solicitó mientras desabrochaba el chaleco de Angus.

El aludido asintió con la cabeza y logró guiar a las mujeres al exterior del despacho. Shannon, a pesar de sentirse demolida tras escuchar la versión de aquel hombre, se percató de la blancura de la piel de Evangeline y diligentemente la ayudó a sentarse en una silla próxima.

—Abuela, ¿estás bien? —preguntó preocupada mientras acariciaba con ternura sus mejillas.

—He estado engañada tanto tiempo —afirmó la anciana, perdida en sus propios pensamientos.

—No pienses más en eso, por favor —solicitó intentando calmarla—. Ahora todo eso no importa, pensemos en el futuro.

—¿Qué futuro? —Evangeline verbalizó sus dudas—. Llevo cerca de veinte años viviendo con el asesino de mi hijo. ¿Qué será ahora de mí? ¿Nuevamente la soledad?

—No, ahora me tienes a mí.

—Pero tú tienes una vida por delante junto a tu marido.

Shannon sintió una lástima infinita al escuchar sus palabras. Ahora que conocía sus orígenes, que había encontrado a su familia, no pensaba dejar atrás a aquella mujer que en pocos días se había convertido en alguien tan especial en su vida.

—Me quedaré contigo, te lo prometo.

Evangeline clavó su mirada en el rostro de la joven, incrédula. Aunque su promesa le había dado alas a su corazón, no podía permitir que Shannon renunciara a sus planes junto al doctor Chandler. No era justo. Iba a replicar a sus palabras, pero en aquel momento se abrió la puerta para dar paso a Justin, cuyo rostro serio presagiaba lo peor.

—No he podido hacer nada, su corazón ha fallado.

Epílogo

Justin buscó a Shannon por toda la casa pero no la halló. Empezaba a preocuparse por la extraña actitud de su esposa. Hacía varios días que parecía rehuirle y empezaba a sentirse preocupado. «¿Y si ya no me ama, y si todo ha sido un espejismo?», se preguntó con el corazón encogido. Los acontecimientos de los últimos días debían haber sido como un remolino de sentimientos para Shannon, pero nunca imaginó que acabar con su venganza tras la fortuita muerte de Angus la separaría de él.

Con los nervios a flor de piel, Justin salió al porche de la casa y fijó su mirada en la lejanía en busca de paz. Fue entonces cuando descubrió la silueta de la joven junto al acantilado y no dudó en guiar sus pasos hasta allí. Cuando llegó a su altura, dudó al descubrir su postura recta y su mirada perdida en el mar.

—Shannon —la llamó, y fue consciente de cómo la joven se sobresaltaba—. Tenemos que hablar.

La aludida tardó unos minutos en reaccionar. Había estado evitando a Justin en la medida de lo posible, intentando retrasar aquella conversación, pero no podía huir eternamente. Suspiró pesadamente, se cuadró de hombros y se giró para enfrentarle.

—¿Sobre qué? —preguntó con fingimiento, intentando ganar unos minutos más.

—Sobre nosotros —indicó Justin directo, sin apartar la mirada de su rostro para poder leer en él lo que ella parecía querer ocultarle—. ¿Por qué me rehúyes?, ¿Acaso ya no me amas?

—Claro que te amo —respondió Shannon con vehemencia—, eso nunca cambiará.

—¿Pero? —prosiguió él por ella.

—Han pasado tantas cosas estos días. Me siento sobrepasada por la situación. Reencontrarme con mi abuela ha sido algo único. Por primera vez tengo una familia y no sé si estoy preparada para apartarme de ella tan pronto. También soy consciente de que tú necesitas regresar a casa, que tu hermana te necesita.

Justin comprendió en aquel momento sus dudas y su distanciamiento para con él. Era verdad que estaba deseando regresar a su hogar, que le había hecho una promesa a Elaine, pero Shannon era ahora su mundo, su alma gemela y su esposa y no pensaba renunciar a ella.

—Decidas lo que decidas, mi lugar está contigo y tu lugar está conmigo, mi dulce *forajida*.

Shannon se vio sorprendida por sus palabras y elevó el rostro para clavar su mirada en el de Justin, que permanecía sereno, con una ligera sonrisa dibujada en sus labios. Sus palabras lograron que todo el abatimiento y miedo que le habían acompañado durante tortuosos días desaparecieran como por arte de magia.

—Te amo, no lo olvides —prosiguió Justin, ahora que tenía toda la atención de la mujer que tenía ante sí.

—Y yo a ti Justin, como a nada y a nadie en esta vida.

Justin se sintió aliviado tras escuchar sus palabras y cogió su cuerpo entre sus brazos antes de besarla. Su sabor alteró sus sentidos y le hizo llenarse de plenitud. La había extrañado todo ese tiempo y no pensaba dejar que Shannon volviera a dudar de su futuro en común. Se recreó en la caricia y, con desgana, finalmente la apartó de su cuerpo para poder hablar.

—Partiré mañana para Utah, arreglaré mis asuntos allí, comprobaré que

mi hermana está bien y te traeré a Caleb. Luego volveré para no separarme nunca más de ti.

—¿Harías eso por mí? ¿Dejarás todo atrás? —preguntó Shannon con emoción.

—Eso y mucho más, nunca renunciaré a ti.

—Ni yo a ti, mi único amor —replicó Shannon antes de enlazar sus manos tras la nuca masculina y ponerse de puntillas para poder llegar a sus labios.

FIN

Mar Fernández

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por “El jardín de las mentiras” de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanto historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.

Puedes encontrarme en:



<http://marfernandezmartinez.wixsite.com>

Otras obras de la autora

Contemporánea:

Nunca te olvidé.

Atardecer contigo.

Viaje a los sentimientos.

Construyendo un amor.

Bilogía “Los chicos Bradford”:

Atrapado en tu recuerdo.

Savanna, tentadora obsesión.

Bilogía “Town Hope”:

Besos con sabor a lluvia.

Besos con sabor a esperanza.

Histórica:

(Saga Despertar)

Despertar con tu amor (I).

Perdida en tus brazos (II).

El Halcón del Támesis (III).

Colección tierras lejanas:

Cruce de caminos.

El viaje de su vida.

Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.